

MARTA FRANCÉS

AMANDO
a la
ESTRELLA

AMANDO A LA ESTRELLA

(Love me, Pop Star II)

Marta Francés©2016

Los personajes y situaciones que se narran en esta historia son ficticios, cualquier hecho parecido a la realidad es mera coincidencia.

Primera Edición: Abril 2016

Imagen de la portada: Shutterstock

Fotocomposición: Poppy Pots Design©

Título Original: Amando a la estrella

Del texto: Marta Francés©

Corrección morfosintáctica y de estilos: Tara Howell©

De esta edición: Red Apple Ediciones©

Marta Francés © 2016

Bajo las sanciones establecidas por las leyes queda rigurosamente prohibidas, si la autorización expresa de su titular, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o electrónico, actual o futuro—incluyendo la impresión para su posterior copia o la difusión a través de “amigos” en internet—y la distribución de ejemplares de esta edición o posteriores y futuras mediante alquileres o prestamos públicos.

Para mi mamá Tere, lo más grande que hay.

Jodidas resacas. Ya no recordaba lo que era ese martilleo incesante en la cabeza y esa sensación de pastosidad asquerosa en la boca. Necesitaba beber agua fría.

Se incorporó de donde fuera que había dormido y miró a su alrededor. ¿Qué hacía en la terraza? Estaba en uno de los sillones de mimbre junto a la piscina y no llevaba camisa. Sintió un ligero mareo que ignoró. Entrecerró los ojos para protegerse de la luz del sol y se llevó la mano a la cabeza.

—Joder... —murmuró recordando la noche anterior.

Recordó la expresión contrariada de Jenny al descubrir que estaba borracho, su mirada asustada cuando le gritó, el sonido de sus sollozos mientras se alejaba de la playa...

Dejó caer la cabeza entre sus manos y se auto-compadeció durante un rato.

No podía seguir soportando estar rodeado de personas que bebían sin importarles las consecuencias de sus actos. No podía soportar que una de esas personas fuera la mujer que se había convertido en el centro de su mundo, la que hacía que todo girara a su alrededor sin que nada más tuviera importancia.

Cada vez que la veía hacer una locura como cuando, en medio de la fiesta de su cumpleaños, saltó del escenario sin preocuparse de si la recogerían o no, sentía que el mundo dejaba de girar y veía la secuencia de cámara lenta. ¿Y si se hubiera caído y se hubiera roto algún hueso? O peor todavía, ¿si se hubiera partido la crisma? Hubiera sido su culpa, él no la detuvo a tiempo, no impidió que lo hiciera. Estaba desatendiendo su trabajo. Hacía tiempo que ya no consideraba a Jennifer una persona a la que cuidar o vigilar. Desde que comenzaron su historia conjunta ella había bebido pero no había montado ningún espectáculo, creyó que las cosas estaban cambiando, que había empezado a comportarse con responsabilidad. Vale que la había liado en alguna ocasión, Jenny no era una persona demasiado diplomática y siempre había cosas que la hacían saltar y acarrearaban muchas más consecuencias de las que ella creía. Pero él había bajado la guardia, había dejado de preocuparse de que una borrachera pudiera ser la causante de algún incidente grave.

La sensación de desasosiego que se instaló en su interior cuando la vio saltar desde el escenario, el miedo a que algo pasara y no fueran capaces de cogerla a tiempo, el sentimiento de culpa por no poder realizar su trabajo en condiciones por estar enamorado de la persona a la que debía controlar y, sobre todo, el pasotismo de ella ante aquella situación, le llevaron a beber de nuevo.

Pensó que una copa no le haría daño, que le relajaría y le ayudaría a sobrellevar mejor toda esa situación. Y una mierda. Una copa llevó a otra y esa llevó a otra más, y cuando se dio cuenta se había bebido media botella de vodka. Y la sensación de bienestar volvió. Aquello que sentía cuando bebía regresó. Ya nada importaba. Se movía sobre nubes de algodón, con la sonrisa tranquila en el rostro, con esa paz falsa invadiéndole por dentro, ocultando los verdaderos sentimientos que luego saldrían a la luz con una fuerza terrible.

Y fue Jenny la que recibió esa fuerza. Como una bofetada, sin importarles las consecuencias, le gritó.

La culpaba. En esos momentos la culpaba de todo. Ella era la loca estúpida que bebía y hacía gilipolleces sin pensar en nada más, sin pensar en él. Por su culpa volvió a beber, por ella y por sus locuras de estrella consentida. Y le gritó. Le dijo cosas que pensaba en una parte casi oculta dentro de él, cosas que a veces nos pasan por la mente pero no dejamos salir. El vodka las sacó. Y dolieron, tanto a ella como a él. Y se maldijo por ser un capullo estúpido que culpa a la persona que quiere de haber recaído en la bebida, por no hacer su trabajo como debería porque se ha enamorado, porque ella necesitaba una ayuda que él no había sabido darle, por no poder aguantar esa situación...

Jenny lo era todo para él pero, ¿seguiría siéndolo si las cosas seguían así? ¿Podría seguir con ella viviendo en esa espiral de auto-destrucción sabiendo que podría terminar como terminó él? La quería, la amaba con toda su alma pero, ¿era eso suficiente?

El sonido de una puerta cerrándose le sobresaltó. Levantó la mirada y vio a Gary caminando hacia él con mala cara.

—¿Resaca? —Preguntó al rubio que se acercaba hasta su lado y se dejaba caer en el sillón contiguo.

—Parece que las pocas neuronas que me quedan están bailando claqué en mi cerebro.

David soltó una carcajada que retumbó en su cabeza. Hizo un gesto de dolor y se llevó la mano a la frente.

—Esto está hecho un desastre... —murmuró Gary mirando a su alrededor.

Había vasos de plástico por el suelo, colillas, confetis, alguna botella de champán, en la piscina flotaban las bolas de papel que alumbraron la terraza durante la fiesta... El escenario se veía diferente a la luz del día, como fuera de lugar. Ya nada parecía tan bonito como la noche anterior, entonces daba asco.

—¿Qué hora es?

—Las once y media —contestó Gary recostándose en el sillón.

—¿Dónde está Jenny?

—Supongo que durmiendo —se volvió a mirarle entrecerrando los ojos—. ¿No has dormido con ella?

—Me he despertado aquí.

Sintió la mirada de Gary sobre él. Tomó aire antes de responder a su pregunta silenciosa.

—Ayer discutimos. Bueno, sería más correcto decir que fui yo el que gritó.

—Te enfadaste cuando saltaron, ¿verdad?

—Fue un cúmulo, Gaz. Estoy cansado de esas cosas, no se da cuenta de que podría suceder cualquier desgracia cuando hace algo así. No piensa. Simplemente bebe, se ríe, se divierte y todo le parece lo más fantástico del mundo.

—Suele ser así cuando bebes demasiado...

—Lo sé.

Iba a contarle que lo sabía mejor que nadie y que él había vivido de primera mano lo que era emborracharse y que todo lo demás importara una mierda cuando su teléfono móvil empezó a vibrar dentro del bolsillo de su pantalón. Lo sacó de ahí y miró la pantalla. Frunció el ceño cuando vio que le llamaba Jason Prescott. Qué raro, desde la "discusión" que tuvieron después de volver de Inglaterra no había vuelto a llamarle, siempre era su secretaria la que lo hacía.

—¿Qué pasa, Jason? —Contestó intentando controlar la sorpresa en su tono.

—¿Tienes idea de lo que acabas de hacer, Hill? —Su voz sonaba enfadada aunque con cierto deje de maldad.

—La verdad es que no. ¿Qué he hecho?

Gary se volvió a mirarle con curiosidad.

—Acabas de cavar tu propia tumba —contestó Jason al otro lado tras una risita demoniaca—. Desde hoy hago efectivo tu despido de Rony Music. No quiero que vuelvas a pisar esta discográfica y me encargaré de que te sea muy difícil encontrar un trabajo de asesor en el mundo de la música.

—¿Qué coño estás diciendo? —Se levantó del sillón totalmente confundido. Intentó ignorar el mareo que le dio al moverse tan deprisa y el dolor en sus sienes—. ¿Me despides? No he hecho nada para que me despidas.

Gary le miraba con los ojos muy abiertos.

—Deduzco que no has puesto la televisión ni has visto las revistas de hoy —la voz de Jason destilaba veneno—. Vuestra fiesta de Barbados está en todas partes.

David apretó con fuerza las mandíbulas y cerró los ojos.

Mierda... Mierda, mierda, mierda.

—Todos hemos podido ver como Jennifer y tú mantenéis una relación puramente profesional, David —ironizó Jason—. Sabías que no podías sobrepasar ese límite con ella, está claramente expuesto en tu contrato. Pero tú eres mejor que nadie y te lo has pasado por el forro de los cojones.

—Jason...

—¡No intentes justificarte! Ya lo vi en la fiesta del Four Seasons después del primer concierto de Nueva York pero pensé que eso había quedado aclarado cuando Carlo habló contigo. No creí que fueras a ser tan estúpido, Hill. Has perdido todo lo que tenías por un chochito. Admito que se trata de un chochito bastante apetecible y que ya he tenido el gusto de catar...

—¡Cállate, Prescott! —Estalló no pudiendo reprimirse más—. Tú no has hecho nada con ella en tu vida ni lo harás porque eres un baboso asqueroso. Y no hables así de ella o yo...

—¿Tú qué? —Le cortó con actitud amenazante—. ¿Qué vas a hacer tú contra mí, David? No puedes tocarme, yo soy el que puedo hacer contigo lo que quiera. No olvides quién soy ni que te tengo en la palma de mi mano y puedo aplastarte cuando me plazca. Suerte encontrando un nuevo trabajo, Hill.

—Maldito hijo de...

No pudo terminar su insulto porque Jason ya había cortado la llamada. Se quedó ahí en medio de la terraza llena de basura respirando entrecortado, con la mirada perdida y con unas tremendas ganas de partírsela la cara a alguien. Y no a cualquiera, sino a Jason Prescott. Ese maldito cabrón se la tenía jurada desde que fueron a la universidad. Jamás le perdonó que se acostara con Stella. Maldito rencoroso...

—¡David! ¡Ven a ver esto!

La voz de Gary le sacó de su trance. Había entrado en la casa y estaba sentado en uno de los sofás observando con cara pasmada lo que salía en la televisión.

—...*cumpleaños feliz y más que feliz para Jennifer que anoche daba a conocer su relación con David Hill, al que vemos en estas imágenes abrazándola y en clara actitud cariñosa. Por lo visto, él es su asesor de imagen desde hace varios meses y ha surgido el amor entre ellos. No sabemos desde cuándo mantienen una relación pero esto hace que nos preguntemos qué ha pasado con Josh White...*

¡Lo que le faltaba! ¡El gilipollas!

Salió de la habitación y subió las escaleras a toda prisa. Las ganas de solucionar las cosas y hablar con Jenny primaron sobre el malestar que le causaba la resaca. No podía con todo aquello: no hablar con Jenny desde la noche anterior, la llamada de Jason, la noticia de su relación pululando por todas partes... Fue dando grandes zancadas hasta su habitación y abrió la puerta con fuerza. Jenny estaba en la cama y se levantó como un resorte al verle entrar de esa manera tan repentina. David se llevaba la mano al pelo una y otra vez mientras andaba de un lado a otro sin parar, murmurando cosas que ella no entendía.

—¿Se puede saber qué pasa? —preguntó enfadada.

No había dormido casi nada, le dolía la cabeza y todavía tenía sus gritos muy presentes en la mente. No tenía ganas de verle, quería decirle que era un gilipollas y que le odiaba.

—Jen... todo ha salido mal.

—Tú has querido que fuera así —soltó ella acostándose de nuevo y dándole la espalda para no verle.

—No, no lo entiendes...

—¡Claro que lo entiendo! —Gritó intentando mantener las lágrimas a raya—. ¡Crees que soy mala para ti! No estoy a tu altura, ¿no es eso?

—¿Qué estás diciendo? —se acercó a la cama con la frustración reflejada en el rostro, aunque ella no pudo verlo.

—Vete, David —sollozó—. Ahora soy yo la que necesita estar sola.

—Jenny... —se arrodilló sobre la cama y estiró una mano dispuesto a acariciarle la mejilla.

—¡Que te vayas! —gritó volviéndose a mirarle—. Vete a Nueva York, piénsate las cosas, haz lo que te salga de las narices. Pero no te quiero aquí. Vete.

—¿De verdad quieres que me vaya? —preguntó con un hilo de voz.

Le miró muy seria, intentando no romper a llorar en cualquier momento, apretando con fuerza las mandíbulas para no derrumbarse delante de él.

—Sí.

Lo dijo con toda la convicción que pudo fingir. Mintió. No quería que se fuera, por supuesto que no. Quería que se tumbara con ella en la cama, que la abrazara y que le dijera que todo se iba a solucionar. Pero el orgullo a veces puede con todo y ella era alguien a la que no podían ver comportarse como una persona normal que tiene sentimientos y a la que las cosas le duelen igual que al resto. Sacó a la diva que llevaba dentro y le miró con toda la rabia que pudo.

—Quiero que te vayas.

—Jenny, déjame explicarte qué paso ayer —rogó mirándola con ojos brillantes.

—No quiero que me expliques nada —sacó un poco más de fuerza de su interior—. Quiero que cojas un jodido avión y desaparezcas de aquí.

David la observó mientras se ponía de pie al lado de la cama. Su barbilla temblaba, tenía los ojos llenos de lágrimas que intentaba no dejar salir, sus ojeras dejaban claro que no había dormido exactamente bien esa noche. No pensaba marcharse de allí sin hablar con ella, dijera lo que dijera. Si ella era cabezota él lo era más todavía.

Se cuadró de hombros y la miró serio, dio otro paso más hacia la cama.

—No voy a irme a ningún lado.

Jenny tomó aire con lentitud. No quería perder la paciencia y ese hombre lo estaba consiguiendo. Se puso de rodillas sobre el colchón y le miró fijamente a los ojos.

—¿Qué parte de "quiero que te vayas" no has entendido?

—No pienso irme a ningún lado sin hablar contigo.

—Puedo llamar a seguridad.

David no pudo reprimir una sonrisa.

—¿A William? —Rodó los ojos—. Tendrá una resaca de las serias, ni de broma podrás despertarle ahora. Además, él no va a echarme de aquí.

—¿Tú crees? —Enarcó una ceja—. Probaremos, ¡Will...!

Pero antes de que pudiera terminar de gritar el nombre completo de su amigo la mano de David cubrió su boca. Se lanzó sobre ella en la cama. Jenny empezó a patear y a gritar sobre su mano. Forcejearon durante unos segundos hasta que se dio cuenta de que no podría escapar de entre sus brazos. *Malditos brazos musculosos perfectos.*

—Por favor, escúchame solo un momento —le pidió cuando dejó de patear.

Jenny asintió con la boca tapada todavía.

—Voy a decirte todo esto sin apartar la mano, no me fio ni un pelo de que te pongas a gritar como una loca.

Ella rodó los ojos. *Gilipollas.*

—De acuerdo —carraspeó claramente nervioso—. Lo que te dije anoche fue horrible. No debería haberte dicho esas cosas y menos todavía habértelas dicho borracho.

Jenny se relajó un poco entre sus brazos.

Los dos estaban tumbados en la cama. David tapaba su boca con la mano derecha, dejando el brazo debajo de su cuello. Su otro brazo estaba alrededor de su cintura, impidiendo que se moviera. Jenny apoyó la cabeza en su hombro y se giró un poco para mirarle. Él mantenía la vista al frente, mirando el techo de la habitación mientras hablaba.

—No debería haber bebido pero me sobrepasó toda la situación. Verte haciendo locuras sin que te importe un carajo lo que pueda pasar me satura, Jenny, me causa una ansiedad que a veces no puedo soportar. Verte tan feliz saltando del escenario sin que te pares a pensar en que podrías haberte partido el cuello me cabrea, no sé si puedes llegar a entenderlo. Soy la única persona a tu alrededor que no bebe. Todos van borrachos y esas cosas les parecen preciosísimas. No se dan cuenta de que riendo y celebrando esas situaciones solo consiguen darte alas para seguir actuando de esa manera. Entiendo que haya momentos para hacer locuras, pero deberías empezar a plantearte frenar con todo eso.

Se quedó en silencio un rato, ordenando sus ideas. Jenny cerró los ojos asimilando lo que le estaba diciendo.

—Me preocupo por ti —continuó—, me preocupo porque eres lo más importante que tengo en mi vida. Jamás había estado con nadie como estoy contigo. ¿Crees que si me importaras una mierda me habría puesto como me puse ayer?

Ella negó levemente con la cabeza.

—Y muchas veces no puedo soportar ver todo esto e intentar ser la persona que ponga algo de cordura a la situación. Todos os reis y decís que no pasa nada, que ha sido muy gracioso. Pero yo soy el que siente que el corazón se le va a salir del pecho cuando veo que haces el imbécil. Ayer necesité una copa para poder llevar mejor la situación. No debería haberlo hecho, el alcohol no es la solución a nada. Pero bebí. Y me sentí tan bien...

Jenny se incorporó al notar que sus brazos ya no ejercían presión sobre ella. Él dejó caer la mano que cubría su boca sobre el colchón. Se giró hacia ella y vio cómo sus ojos castaños le miraban con ternura. Levantó la mano y le acarició el pelo.

—No quiero que termines como terminé yo.

Jenny suspiró y cerró los ojos.

—Cuando bebo es como si me transformara en Mister Hyde.

David sonrió tristemente.

—No quiero que bebas por mi culpa —susurró ella sintiéndose mal tras haber escuchado su dolorosa declaración.

—No fue por tu culpa...

—¡No digas eso! —Le cortó empezando a notar las lágrimas en sus ojos de nuevo—. Bebiste porque me comporto como una estúpida, pensaste que así sería más fácil llevar mi manía de no pensar en las consecuencias de mis actos. No quiero que recaigas en algo que te hizo tantísimo daño a ti y a tu familia.

—Eso fue mi culpa, Jen, uno no bebe si no quiere.

—¡Pero las circunstancias te llevaron a hacerlo! No quiero que vuelvas a beber, sé lo que el alcohol te hizo y no pienso permitirlo de nuevo. No dejaré que bebas para poder aguantar las situaciones que yo creo.

David la observó y vio una lágrima cayendo por su mejilla. Llevó su mano hasta ella y la limpió con el pulgar, acariciando su suave piel.

—No llores... Esta noche ya lo has hecho suficiente.

Se encogió de hombros e hizo un puchero con los labios intentando aguantar las lágrimas que amenazaban con salir a raudales. David negó con la cabeza y la atrajo hacia su cuerpo para abrazarla. Ella se agarró a su cintura con fuerza y rompió a llorar apoyando la cabeza en su pecho.

—Lo siento, mi amor, siento haberte gritado.

Sus palabras susurradas con dulzura fueron como un bálsamo para su corazón. Pero se sentía tan mal, tan culpable porque él hubiera bebido de nuevo que no quería llorar, no quería que él la consolara. Debería ser ella la que le pidiera perdón y no al revés. Intentó separarse de él para decírselo, quiso abrir la boca y hablar, pero no podía dejar de llorar. Se encontraba tan bien entre sus brazos que se quedó allí unos minutos, abrazando al hombre que amaba y dejando sus lágrimas caer sin control.

Cuando se calmó y dejó de llorar se incorporó lentamente de su pecho mirándole con ojos hinchados. David dibujó una triste sonrisa en su rostro y acarició su mejilla con suavidad.

—Odio que llores de esta manera —susurró pasando un dedo por debajo de sus ojos, delineando sus marcadas ojeras.

Ella le miró sin decir nada, estiró la mano y la puso en su mejilla, él recostó la cara en ella y cerró los ojos.

—Lo siento —murmuró Jenny con voz ronca—. Siento ser tan inconsciente cuando bebo y siento todo lo que pasó anoche. No debería haber saltado del escenario de esa manera, ahora lo pienso y me doy cuenta de que fue una locura.

Se encogió de hombros y agachó la mirada.

—No quiero que terminemos por mi culpa...

Sintió de nuevo un nudo en la garganta y las lágrimas acudieron de nuevo. Él se incorporó en la cama y se apoyó en las almohadas. Jenny se sentó sobre el colchón mirándole con ojos tristes.

—No vamos a terminar por esto —dijo David cogiendo su mano.

—Puede que ahora no, pero sé que si las cosas siguen como hasta ahora... —le miró a los ojos y pasaron varios segundos hasta que volvió a hablar—. No quiero perderte.

—Ni yo a ti.

—Voy a cambiar, David, en serio. No dejaré que el alcohol sea el motivo de nuestras discusiones ni de nuestra ruptura. Ni tampoco quiero que tú bebas por no saber cómo llevarme, ni que sientas que eres responsable de mis locuras. Soy bastante inestable, ya lo sabes.

Él sonrió y asintió mientras jugaba con sus dedos entrelazados.

—Eso igual no puedo cambiarlo...

—Me gustas inestable, Jenny. Me encanta ese punto de locura que tienes, tus prontoos, tus salidas por la tangente cuando menos lo espero... Aunque me enfade por esas cosas es lo que te hace especial, única y maravillosa. Te quiero tal y como eres.

—Pero sin alcohol.

—Agradecería que ese punto desapareciera, no te voy a engañar —se encogió de hombros—. Me haría las cosas un poco más sencillas.

—Las cosas deberían ser sencillas en una relación.

David tiró de su mano al ver cómo había agachado la cabeza de nuevo y se miraba las rodillas con tristeza. Jenny levantó la mirada y se encontró con el azul de sus ojos.

—No quiero una relación sencilla, Jenny —declaró con voz firme y segura—. Quiero locura, quiero gritos, quiero enfados y reconciliaciones, quiero momentos límite y otros tranquilos llenos de caricias, quiero risas y lágrimas, nada de cosas fáciles. Eso no va con nosotros.

Esbozó una tímida sonrisa.

—Lo fácil es de bebés, ¿verdad?

David rio y asintió con la cabeza.

—Entonces... —la miró fijamente a los ojos—, ¿no quieres que me vaya?

Jenny frunció los labios reprimiendo una sonrisa y negó mientras se acercaba a él. Apoyó la cabeza en su hombro y él pasó el brazo por su cintura atrayéndola hacia su cuerpo.

—Lo solucionaremos, ¿verdad? —Preguntó ella con la nariz apoyada en su cuello.

—Seguro.

Jenny respiró hondo y cerró los ojos dejándose llevar por el aroma de su piel y por las caricias en su espalda. Quería que todo entre ellos saliera bien, que no se marchara jamás de su lado, le quería para siempre.

Estaba completamente enamorada de él y no se imaginaba ni un solo momento de su vida en el que no estuviera presente. Si tenía que dejar de beber por él, lo haría. El alcohol no era más que una ilusión, alegría, efusividad, locura... pero luego llegaba el bajón y la resaca. David era real y quería luchar por esa realidad.

Cuando volvió a abrir los ojos se dio cuenta de que se había quedado completamente dormida. ¿Cuánto tiempo había pasado? Entrecerrando los ojos se incorporó lentamente y miró a David que también estaba dormido. Los dos se habían quedado dormidos abrazados, el pecho de David estaba enrojecido en la zona donde ella había tenido apoyado el rostro.

Sonrió mientras observaba su semblante tranquilo. Acarició con cuidado las curvas de su rostro, delineando su mandíbula, notando su incipiente barba raspando las yemas de sus dedos. Recorrió su nariz, sonriendo al ver como él fruncía el ceño ligeramente al sentir sus caricias. Pasó el dedo pulgar por sus labios y se acercó a besarlos fugazmente.

—Hey... —susurró él sin abrir los ojos—. Me gusta que me despiertes así...

Sonrió y volvió a apoyarse en su pecho. Los brazos de David rodearon su cintura y la apretaron con fuerza. Se quedaron así, disfrutando del silencio y la

tranquilidad.

—¿Qué hora es? —preguntó él un rato después.

—Ni lo sé ni me importa.

—Deberíamos plantearnos levantarnos de la cama.

—Mmmm... no... —se acurrucó más contra él—. Quedémonos aquí para siempre.

David rio y acarició su espalda.

Volvieron a quedarse en silencio. Él sabía que tenía que contarle sobre su conversación con Prescott. Ya no era su asesor, ese cerdo le había despedido. Sería mejor que se lo contara cuanto antes. Había dicho que iba a cambiar por él, no podía ocultarle cosas cuando ella estaba dispuesta a dar un paso adelante en su relación. Además, había soñado cosas horribles ese rato. Jason cogía a Jenny por la cintura en claro gesto posesivo y ella sonreía encantada. Después empezaban a besarse y él lo veía desde detrás de un cristal que no podía romper. De repente ella empezaba a reírse y Jason se convertía en una especie de pulpo que la recorría con sus tentáculos pegajosos por todo el cuerpo. ¡Qué asco!

—¿Estás bien? —le sacó de sus pensamientos Jenny de repente.

—Sí, ¿por?

—Te acaba de dar un escalofrío...

Normal recordando ese sueño.

Tenía que contarle todo.

Carraspeó y se incorporó en la cama. Jenny se apartó de su pecho. Al ver la expresión seria de David se preguntó qué coño pasaba entonces.

—Tengo que decirte una cosa, Jenny —dijo dando golpecitos sobre el colchón a su lado para indicarle que se sentara allí con él.

—¿Aún hay algo más? —preguntó haciendo lo que le pedía.

—La verdad es que sí —tomó aire y cogió una de sus manos—. Quiero que te tomes con calma lo que voy a contarte, no grites ni te pongas como una loca histérica.

—Si me estás avisando quiere decir que sí voy a ponerme como una loca y voy a gritar. Suéltalo ya, David.

—¿Recuerdas que ayer me pareció fenomenal abrazarte y besarte delante de todos?

Asintió con una sonrisa. Fue un momento precioso.

—Resulta que no estábamos solos.

—¿Qué? —Preguntó frunciendo el ceño.

—*Paparazzi*.

—¡No me jodas! —Exclamó girándose por completo a mirarle—. ¿Las hienas estuvieron aquí?

—No sé cómo se enteraron ni dónde estaban exactamente, pero hay imágenes de nosotros en actitud cariñosa por todas partes.

—Mierda, mierda, mierda...

Se levantó de la cama y empezó a pasear nerviosa por la habitación. David se movió hasta quedar sentado en la orilla del colchón, viéndola ir de un lado a otro.

—Estamos en la televisión, supongo que las revistas e internet también harán buena cuenta de las fotos...

—¡Joder! —gritó cogiendo su móvil de la mesilla.

Buscó en Google su nombre y enseguida aparecieron las fotos de ellos dos abrazados en la terraza. Había páginas y más páginas en las que hablaba de su relación con David Hill, su asesor desde hacía unos meses. No entró en ninguna de ellas pero estaba claro que el mundo entero estaría al tanto de su relación.

—¿Por qué no me lo habías dicho antes? —Exclamó lanzando el móvil a la cama.

—Jen, tranquila... —dijo levantándose y caminando hacia ella—. ¿Cómo iba a contarte esto antes de aclarar las cosas entre nosotros? No quería que te enfadaras más todavía.

Le miró mientras notaba que el corazón le latía a mil por hora. Tenía razón, eso era lo que le faltaba, que le dijera que les habían pillado antes de solucionar lo que había pasado entre ellos. Se puso a respirar hondo, tratando de calmarse. David avanzó hasta quedar frente a ella, colocó ambas manos en sus hombros y suspiró.

—Me han despedido —murmuró tan bajito que le costó entenderle.

—¿Cómo? —chilló mirándole con los ojos muy abiertos.

—Jason me ha llamado esta mañana y me ha despedido. Ya sabíamos que lo nuestro estaba vetado en mi contrato, pero no creí que fueran a enterarse tan pronto.

—Oh, Dios mío... ¿te ha despedido? ¿Ese cabrón te ha despedido?

Se separó de él y se llevó la mano a la cabeza mientras empezaba a andar de un lado a otro de la habitación de nuevo.

—Cabrón de mierda, asqueroso cerdo envidioso... Me cago en su...

Jenny le insultó todo lo insultable y él dejó que lo hiciera. Sabía que era lo mejor que podía hacer en esa situación, dejar que sacara todo y se desahogara. La vio caminar sin dejar de murmurar, llevándose la mano a la cabeza, dando alguna que otra patada a sus zapatos esparcidos por el suelo, estirando la camiseta de tirantes que llevaba como única vestimenta.

—Jenny... basta ya —le pidió cogiéndola de la mano cuando empezó a repetir los mismos insultos por tercera vez.

—Ahora mismo voy a llamar a Carlo, le voy a decir que solucione esto y...

—No. Estaba claro en mi contrato, decidimos llevar esto en secreto y sabíamos a lo que nos exponíamos. Encontraré otro trabajo, no te preocupes.

Dijo eso no teniendo demasiado claro que pudiera ser así, las palabras de Jason todavía se repetían en su cabeza.

... *me encargaré de que te sea muy difícil encontrar un trabajo de asesor en el mundo de la música.*

—No quiero que encuentres otro trabajo —exclamó ella mirándole con ojos húmedos—. Te necesito conmigo, todos los días, a todas horas... No quiero que te vayas a ningún sitio donde yo no vaya a estar, no quiero que trabajes con nadie que no sea yo. David, ¿qué hago si tú no estás a mi lado?

—Jen... no me digas estas cosas... —se dio la vuelta para no ver el sufrimiento que tenía escrito en el rostro—. ¿Qué quieres que haga?

Ella era incapaz de concebir la idea de que él no estuviera siempre allí, desde que se levantara hasta que se acostara, y todavía entonces, durmiendo a su lado. No podía encontrar otro trabajo, no, tenía que seguir con ella. No quería siquiera pensar en la posibilidad de que le contrataran para ser el asesor de otra cantante. Agitó la cabeza para eliminar esa idea de la mente, David no iba a irse a ningún lado.

Unos días después del cumpleaños volvieron a Nueva York. Los pensamientos de los pasajeros del avión de Rony Music eran completamente dispares.

Caroline no cabía en sí de gozo. Estaba más que feliz tras la declaración de Will. ¡Iban a casarse por fin! Llevaba un par de años pensándolo, esperando a que él diera el gran paso, dejando caer indirectas para que se lo pidiera. Y por fin lo había hecho. No podía dejar de pensar en los detalles. ¿Dónde sería? ¿Cuándo? ¿Quiénes les acompañarían? Lo mejor sería celebrar la boda a la primavera siguiente, la gira por la Costa Oeste terminaba en febrero así que todos estarían libres para esas fechas. Le hubiera encantado casarse en Navidad pero por entonces todavía tendrían conciertos pendientes. Anna podría empezar desde ese momento a diseñar su vestido porque había echado un vistazo por internet y ya tenía una idea hecha en la mente de lo que quería llevar en su gran día.

William estaba radiante. No lograba borrar la inmensa sonrisa de su rostro. Iba a casarse con su Carol, con su gran amor, con la niña bonita de sus ojos, con su novia de toda la vida. No podía pensar en otra cosa. Iba a pasar el resto de su vida con ella, como siempre había imaginado, como estaban destinados.

Gary no podía apartar la mirada de Anna. Le había dado una oportunidad después de haberse comportado como un capullo con ella y no pensaba desaprovecharla. Debía enmendar sus muchos errores pasados. Iba a hacer lo que fuera necesario para hacerla feliz, tal y como ella merecía.

Anna estaba contenta pero no dejaba que su corazón se lanzara a ilusionarse por completo. Las cosas con Gary nunca habían sido sencillas ni habían salido como ella imaginaba. Por esa razón, en esa ocasión, decidió tomarse las cosas con calma y ver cómo iba progresando la historia sin dejarse llevar del todo. Paso a paso.

David pensaba en su futuro. ¿Qué iba a hacer ahora que no era asesor de Jennifer? Por mucho que ella había hablado con Carlo (más bien gritado), las cosas seguían igual. Carlo no podía hacer nada, el contrato era con Rony Music y estaba completamente anulado desde la llamada de Jason. Dejar de trabajar con Jenny era algo que le tenía ansioso. Dejar de verla tan asiduamente, no estar durante sus ensayos, no poder protegerla, no observar sus expresiones de concentración, de mala leche, su sonrisa...

Jenny se sentía como una olla a presión. Sabía que estaba a punto de estallar y no pensaba hacer nada para evitarlo. En cuanto llegaran a Nueva York iba a ir a los estudios para decirle un par de cositas al imbécil de Jason Prescott. Y por mucho que David o Carlo le dijeran que no hiciera nada, que dejara las cosas como estaban y se evitara tener más problemas, ella no tenía ni la más mínima intención de hacerles caso. Quería a David a su lado y no pensaba dar su brazo a torcer. Si él no iba a estar con ella como en los últimos cinco meses las cosas iban a cambiar y puede que no para el gusto de todos.

Aterizaron en el aeropuerto JFK y recogieron sus maletas. Neal apareció en la zona de recogida y todos le miraron sorprendidos.

—Hey, Neal —dijo William dándole una palmada amistosa en la espalda—. ¿Qué haces aquí? Saldremos ahora...

—Esto está lleno de *paparazzi* —le informó el chofer.

—¿¡Qué!?! —Exclamó Jenny sintiendo como su cabreo se multiplicaba.

David enseguida se acercó a ella y la cogió de la mano para intentar tranquilizarla. Surtió efecto, sí, pero ella sabía muy bien que no lo suficiente como para aplacar toda la mala leche que sentía por dentro.

Parte de los asistentes a la fiesta de Jenny ya habían regresado de Barbados al día siguiente de la fiesta. Solo se quedaron un par de chicos de William, la ayudante de Anna y las chicas que trabajaban con Gary, personas con las que Jenny tenía más trato y, aunque no fueran parte directa de su equipo, también formaban parte de *su gente*.

Will habló un rato con Steve y Alex, dándoles instrucciones para salir de allí cuanto antes y, esperaba, sin causar revuelo. Anna y Caroline se acercaron a ella para tratar de tranquilizarla, sabían que estaba pasando por unos días complicados con la salida a la luz de su relación y el posterior despido de David a raíz de aquello.

—Jen, es solamente por la novedad —decía Anna cogiendo su mano—. Ya verás como dentro de unos días os dejan en paz.

—Lo sé, Annie, pero no por eso me cabrea menos.

—¿Sabes lo que tienes que hacer? —Soltó Caroline con una sonrisa.

Jenny fijó sus ojos en la azul mirada de su amiga.

—Sonríe más que nunca. Que sepan que eres feliz y que nada de lo que ellos hagan o digan va a cambiar eso. Coge a David de la mano y salid ahí para demostrarle a todos que sois felices juntos y que te importa una mierda lo que digan las revistas.

—A Jason no le gustará eso —sonrió ante esa gran idea.

—¿Y qué importa? —Soltó Anna enfadada—. Ya ha despedido a David, no puede hacer nada más.

Jenny la miró asintiendo con la cabeza y se giró para observar a David que hablaba con Gary y Neal. Fue hasta allí y le cogió de la mano, él se volvió a mirarla y le sonrió con dulzura.

—¿Estás más tranquila? —preguntó tras darle un beso en la frente y acariciarle levemente el rostro.

—No, llevo un cabreo de mil pares de cojones.

Su respuesta le hizo reír. La cogió por la cintura y la atrajo hacia su cuerpo para besarla.

—¡Jen! —La llamó William—. Vamos allá.

Tomó aire y cogió con más fuerza la mano de David a la vez que empezaba a caminar hacia la salida. Él la miró frunciendo el ceño.

—No sé si es buena idea que nos vean jun...

—Tú y yo estamos juntos —le cortó mirándole a los ojos—. Te quiero y soy feliz. Si Jason es un gilipollas envidioso nosotros no tenemos la culpa. Todo el mundo sabe lo nuestro y vamos a salir ahí fuera sonrientes, radiantes, y si quieren hacer fotos nuestras, pues que las hagan.

La observó levantando una ceja, intuyendo lo que pretendía.

—Tú lo que quieres es joder un poco más a Prescott, ¿verdad?

—Es probable —soltó completamente seria.

David rio entre dientes y agitó la cabeza a ambos lados. Jenny era incorregible.

—¿Sabes que esto podría afectarte de manera negativa? —Le preguntó cuándo les faltaban cuatro metros para llegar a la puerta.

Ella paró en seco y se volvió a mirarle.

—Esto ya te ha afectado a ti todo lo negativamente posible. No me importa cómo me pueda afectar a mí —estiró la mano y acarició su mejilla—. Si tú no eres mi asesor ya no hay nada que prohíba que estemos juntos. Esas hienas ya saben que estamos aquí y se mueren de ganas por conseguir una foto nuestra. Alimentémoslas un poquito.

—¿No querrás que nos demos el lote delante de ellos? —preguntó ligeramente preocupado.

—¡Qué va! Ya les gustaría... Simplemente salimos ahí como lo que somos: novios.

David sonrió.

—Me gusta cómo suena esa palabra. A ver, dila otra vez.

Soltó una risita.

—Novios.

—Mmmmmm...

David se acercó a ella y le dio un beso fugaz en los labios.

—Te quiero —susurró apoyando su frente en la de ella.

—Y yo a ti. Podemos con esto, cariño.

—Espero que tengas razón.

Se separaron y se miraron a los ojos. La mirada azul de David mostraba todo lo que sentía por ella junto con una pizca de preocupación por lo que estaban a punto de hacer. Los ojos castaños de Jenny brillaban con una mezcla de felicidad, firmeza y un leve destello de perversidad.

Abrieron las puertas caminando con aplomo detrás de William, Steve y Gary. Las chicas se habían escabullido con Neal y todas sus maletas. Tras ellos Alex cerraba la comitiva. William abrió los brazos en cuanto los *paparazzi* empezaron a hacer fotos y avanzaron hacia ellos como una manada de ñus.

—¡Por favor! —Les pidió gritando—. Respetad las distancias y no me hagáis enfadar.

Los periodistas le hicieron caso, no se les echaron encima como locos, respetaron las distancias pero aun así hicieron preguntas estúpidas como siempre.

—Jennifer, Jennifer —la llamaban por un lado—. ¿Desde cuándo mantienen esta relación?

—¿El señor White está al tanto de todo? —Preguntaban por otro lado.

—¿Oiremos pronto campanas de boda?

—¿Es cierto que como regalo de cumpleaños el señor Hill le regaló un anillo de oro blanco con incrustaciones de diamantes por valor de ocho mil dólares?

—¿Los condes de Norfolk han dado su bendición a esta relación?

Jenny inspiró con fuerza sin borrar la sonrisa de su rostro, siguió caminando erguida y sin soltar la mano de David, que estaba a su lado completamente sobrepasado por la situación. ¿Los condes de Norfolk? ¿Qué demonios pasaba con sus padres? ¿Qué bendición ni que ocho cuartos? Hizo verdaderos esfuerzos para no abrir la boca y decirles que cerraran sus putas bocas. En ese mismo instante comprendió algo mejor la manera en que Jenny se comportaba con ellos a veces.

Salieron del JFK con la nube de *paparazzi* a su alrededor, sin soltar sus manos en ningún momento e intentando aparentar tranquilidad. Jenny lo conseguía, estaba acostumbrada a fingir delante de ellos, pero David... su cara era todo un poema.

Estaba habituado a que le fotografiaran en ocasiones puntuales cuando iban a algún evento y él se quedaba con Anna, Caroline y Gary. Siempre les hacían fotos cuando iban a diferentes lugares pero ellos no posaban para nadie, simplemente pasaban al lado de Jenny y algún flash recaía en ellos. En ese momento estaba siendo completamente diferente. Le estaban haciendo fotos a él. De pronto un pensamiento cruzó su mente. ¿Le reconocería alguien por la calle a partir de entonces? No sabía si quería saber la respuesta.

Finalmente llegaron a los coches que les esperaban a la salida de la terminal. Ambos entraron en uno de ellos y William cerró la puerta. Los demás fueron a una monovolumen que había detrás en la que las chicas ya estaban sentadas. Jenny soltó todo el aire de los pulmones y estiró los brazos para relajarse. Se volvió hacia David y al ver la expresión de su rostro no pudo evitar echarse a reír.

—¿Qué? —Cuestionó él mirándola con los ojos muy abiertos.

—Tendrías que verte la cara.

—Por eso no te preocupes, mañana estaré en todas las revistas del kiosco, podré verme una y otra vez —soltó con algo más de rudeza de la que esperaba.

Jenny dejó de reírse y le miró con sorpresa inesperada.

—¿Estás enfadado?

—No... Sí... No lo sé —levantó las manos en el aire frustrado—. Esto ha sido horrible. Que hayan estado haciendo fotos como si se tratara del nacimiento del primer panda en cautiverio y no simplemente de una pareja que vuelve de viaje me cabrea. ¡Me cabrea mucho!

Jenny saltó en su asiento al escucharlo gritar. Sí, definitivamente, estaba enfadado.

—Y meten a mis padres... ¡mis padres! —Se llevó las manos a la cabeza.

Empezó a farfullar incoherencias, ella no entendió casi nada de lo que dijo pero le dejó desahogarse. Sabía muy bien que ese era el efecto que las hienas causaban en las personas con la primera toma de contacto. Era cuestión de tiempo acostumbrarse. Bueno, acostumbrarse no, sería más correcto decir: saber llevar la situación sin saltarles a la yugular con sus estúpidas preguntas. Acostumbrarse a ellos era algo completamente inviable.

Cuando llegaron a su apartamento la situación era similar al aeropuerto. Varios *paparazzi* estaban apostados en el portal. Decidieron entrar por el garaje y evitar cualquier posible situación tensa. David no estaba para otro momento de fotografías como el de antes. El gesto de su cara se había tranquilizado gracias a una sesión de besos reconfortantes de Jenny, pero aún no estaba en plenas condiciones.

Subieron en el ascensor cargados con sus maletas y fue en ese mismo instante cuando todos recordaron algo que con todo ese revuelo había quedado relevado a un segundo plano.

—Los anónimos... —susurró Jenny cuando las puertas del ascensor se cerraron.

Todos guardaron silencio mientras subían, esperando, rogando y cruzando los dedos para que no hubiera ninguna nota desagradable ni nada que pudiera haber sido enviado por ese loco.

Cuando las puertas del ascensor se abrieron Steve ya estaba allí, en el rellano, con gesto serio y profesional. Hizo un ligero asentimiento a William.

—Despejado, Señor.

—Perfecto. Volvamos a casa, chicos —cogió un par de maletas y fue hacia la puerta seguido por todos los demás.

Dos horas después, tras una discusión con David, gritos con Carlo por teléfono y haber pasado completamente de ambos, Jenny iba de camino a Brooklyn en el Audi de David. No podía salir de su edificio con ninguno de sus coches ya que las hienas podrían reconocerlos, así que le quitó las llaves a David y cogió su coche que llevaba aparcado en el garaje desde que fueron a Barbados. Él no tenía ni idea, por supuesto. Ni siquiera se dio cuenta de que le había quitado las llaves porque creyó que William iba con ella y habrían ido en el coche con Neal. Pero cuando vio al jefe de seguridad salir de su habitación, vestido con un chándal y tan tranquilo no pudo evitar maldecir la cabezonería extrema de Jennifer.

—¡Esta mujer no es normal! —gritó yendo hacia la puerta del apartamento.

Los demás le miraron mientras salía y suspiraron fuertemente.

—Vivir la relación de estos dos es como ver un *reality show* en vivo y en directo —rio Anna.

Jenny entró en Rony Music sin quitarse las gafas de sol y con gesto serio. Fue hasta el mostrador al final de la colorida recepción y se apoyó con aire casual en él mirando a la recepcionista con una sonrisa.

—Hola, Susan. Vengo a ver al señor Prescott.

—Señorita Scott... No la esperábamos.

Sonrió al apreciar el nerviosismo en su voz. Por supuesto que no la esperaban.

—El señor Prescott está reunido ahora mismo...

—Me importa una mierda, Susan —le contestó manteniendo neutro el tono de su voz—. Si quieres avisarle de que voy a entrar a su oficina, adelante. Si no se enterará cuando me vea aparecer por la puerta.

Vio a la chica coger el teléfono mientras ella comenzaba a andar hacia la puerta del fondo de la recepción, sin cambiar la expresión de su rostro. Escuchó a Susan decirle que no podía pasar pero seguía importándole una mierda. Fue hacia el gran portón del despacho de Jason y abrió sin llamar. Como era de esperar ni estaba

reunido ni estaba ocupado. Estaba tranquilamente sentado tras su enorme escritorio y no parecía sorprendido de verla llegar.

—Jennifer... —se levantó y sonrió mientras abría los brazos para ella—. Susan me ha dicho que venías, ¡qué agradable sorpresa! ¿A qué debo tu visita inesperada?

—Sabes perfectamente por qué estoy aquí —afirmó quedándose de pie delante de los sillones para los visitantes.

Jason rodeó la mesa y fue hacia ella sin borrar la sonrisa de su rostro. O era gilipollas o sabía actuar tan bien como ella.

—Soy todo oídos —le hizo un gesto señalando uno de los sillones—. Por favor, toma asiento.

Jenny asintió con la cabeza y se sentó. Él hizo lo mismo en el otro sillón.

—Quiero que David recupere su puesto de trabajo.

—Wow... Sin rodeos, Jennifer —rio entre dientes—. Veo que vienes guerrera.

—No tienes idea de lo guerrera que puedo llegar a ser.

Se quitó las gafas de sol y le miró fijamente a los ojos. Creyó apreciar cierto atisbo de miedo en las pupilas castañas del dueño de la discográfica, pero si era real desapareció enseguida, tan rápido como vino.

—Hill no va a recuperar su trabajo. Incumplió una de las cláusulas de su contrato y eso es motivo de despido. No soy yo el que hace las reglas, Jennifer.

Sonrió como si fuera un santo.

Estúpido capullo...

—Mira, Jason, solo te lo voy a decir una vez y espero que te quede muy claro.

Él la miró con esa sonrisa condescendiente en la cara y le dieron ganas de utilizar sus conocimientos de *kick jitsu* para quitársela de una patada.

—Lo que haya entre David y yo es asunto nuestro, no tiene nada que ver con contratos ni mierdas de ningún tipo. Yo lo quiero en mi equipo, quiero que siga siendo mi asesor y lo quiero a mí alrededor con el resto de mi gente. Así que vas a volver a contratarlo para que siga ejerciendo las labores que ha venido llevando a cabo durante estos últimos cinco meses sin poner ningún tipo de objeción.

—No puedo hacer eso —dijo completamente serio.

—¿Por qué?

—Porque el contrato exponía claramente las condiciones para ejercer ese trabajo, él lo incumplió y eso es motivo de despido. No puedo dejar que mis empleados se tomen a la torera las obligaciones de sus puestos de trabajo, Jennifer.

—De acuerdo —se puso de pie sin inmutarse.

Jason frunció el ceño y la miró sorprendido.

—¿De acuerdo? —No pudo evitar preguntar.

—Sí, Jason, de acuerdo —se volvió a colocar las gafas de sol y caminó hacia la puerta. Justo cuando puso la mano sobre el pomo se giró para mirarle de nuevo—.

Te comunico que no voy a actuar en ningún concierto de los programados en la continuación de la gira por la Costa Oeste. Puedes ir anulándolos y devolviendo el dinero a todos mis fans. Yo me encargaré de hacer un comunicado oficial cuando considere oportuno.

—¿¡Cómo!?! —Chilló levantándose del asiento como si se hubiera convertido en una silla eléctrica.

Jenny sonrió con suficiencia.

—Si tú no haces lo que te pido de buenas maneras tendré que ponerme a malas contigo, Jason —se encogió de hombros con falsa expresión inocente—. Si David vuelve, hay gira. Si no vuelve...

Jason tenía la boca completamente abierta y parecía al borde del aneurisma cerebral.

—...no hay gira—terminó encogiéndose de hombros tras su teatral pausa.

Abrió la puerta finalmente y salió sintiendo la adrenalina corriendo por sus venas. Se sentía poderosa y más viva que nunca. No volvió la vista atrás y caminó hasta la recepción sin dejar de sonreír recordando la cara de idiota de Jason.

—Adiós, Susan —se despidió de la recepcionista cuando salía.

—Señorita Scott, espere un momento, por favor...

—Adiós. Susan. —Repetió recalcando las palabras detenidamente.

Escuchó las órdenes de Jason por el interfono y negó con la cabeza. Si pensaba que esa estúpida recepcionista iba a detenerla lo llevaba claro. La escuchó salir de detrás del mostrador y sus pasos acelerados.

—¡Jennifer, por favor...! —Exclamaba a sus espaldas—. El señor Prescott...

El señor Prescott le tocaba las narices. Siguió andando ignorando la voz nasal de la muchacha y fue hasta el Audi que estaba aparcado en la calle frente al edificio de Rony Music. Se montó y sonrió a Susan que estaba al lado de la ventanilla del conductor moviendo los labios sin parar y señalando hacia los estudios. Le sonrió lo más terroríficamente que ella sabía, enseñándole todos los dientes. La recepcionista cerró la boca automáticamente. Arrancó el coche, encendió el reproductor de música y sonrió al escuchar la canción que sonaba. Era suya.

Fue cantando hasta llegar a su apartamento y se agachó ligeramente al ver a los *paparazzi* todavía en el portal de su edificio. En serio, ¿es que no tenían vidas propias? Gruñó un poco y fue al garaje. Cuando aparcó en el espacio libre David salió de detrás del Jeep de William. Casi le da un infarto.

—¡Joder! ¡Qué susto! —Gritó llevándose una mano al pecho.

Fue hacia ella y abrió la puerta del conductor con semblante serio. Bueno, serio no sería exacto, la palabra que mejor le definía era intimidante. Sus ojos azules llameaban enfadados, sus labios formaban una fina línea recta y apretaba las mandíbulas con fuerza. La brusquedad con la que le abrió la puerta fue solo un plus más a tener en cuenta. Estaba que echaba chispas.

Jenny salió intentando no tener en cuenta su cabreo, estiró los brazos y los pasó por sus hombros, entrelazando los dedos en su nuca. David llevó las manos en su cintura e intentó apartarla de él.

—¿Tienes idea del cabreo que llevo?

—Me hago una ligera idea... —murmuró con una sonrisita.

—¿Tú me ves reírme? —gruñó enfadado.

Ella rodó los ojos y se acercó para besar sus labios, solo un roce porque él se echó hacia atrás.

—No te va a servir esta vez. Te has llevado mi coche, Jennifer. Me has robado las llaves y has salido a la calle tú sola con todo lo que está cayendo ahí fuera. ¿Y si las hienas te siguen y provocan un accidente? ¿Y si pinchas una rueda y te quedas tirada en una cuneta? ¿Y si...?

—¡David! —Gritó intentando aguantarse la risa—. ¿Vas a dejar de decir tonterías? Estoy bien, sana y salva. Sé conducir y si tuviera que cambiar una rueda podría hacerlo perfectamente.

Él la miró arqueando una ceja.

—Vale —admitió poniendo los ojos en blanco—, eso no podría hacerlo. ¡Pero estoy bien! ¿Vas a seguir enfadado conmigo?

—¡Claro que sí, por el amor de Dios! —Exclamó llevando las manos a su cintura y atrayéndola a él—. Eres una cabezota, Jenny. Te importa un bledo que te diga una cosa u otra, tú tienes que hacer siempre lo que te da la gana. ¿Entiendes que eso siempre es el motivo de tus cagadas?

Se le quedó mirando a los ojos unos segundos. Él abrió la boca para seguir con su bronca cuando ella habló.

—¿Qué haría yo sin estos sermones?

Se quedó bloqueado. ¿Estaba sonriendo como una idiota? Normalmente la respuesta a sus sermones era una frase envenenada, no una sonrisa radiante acompañada de ojos brillantes y destellantes de emociones.

Para rematar, se acercó a él y le besó con pasión, llevando la mano a su pelo y apretándose tantísimo a él que sentía todas y cada una de las curvas de su cuerpo. Estaría enfadado, pero eso no podía soportarlo. Llevó una mano a su nuca y abrió la boca para recibir su lengua con ganas. Su otra mano se deslizó bajo su camiseta y acarició su espalda arriba y abajo.

Se separaron buscando oxígeno y ella sonrió apoyando la cabeza en su hombro. David respiraba entrecortado y parte de su enfado había dejado paso a un calentón de los serios. Aspiró el aroma que emanaba de su pelo y la besó en la frente.

—Me descentras, Jenny —murmuró abrazándola.

—Lo sé —rio en su cuello.

—¿Me vas a decir qué coño has hecho?

—Lo que tenía que hacer, David. Ni más ni menos —le dio un beso en el hueco detrás de su oreja—. He hecho lo que tenía que hacer.

Si en media hora no está aquí voy a odiarle por el resto de mi vida...

Miré el reloj una y otra vez y no había ni rastro de mi madre. Me giré hacia George, mi padre, y suspiré fuertemente.

—Tranquila, Jen, llegará a tiempo.

—Espero que tengas razón. Sigo sin entender por qué hoy ha tenido que trabajar hasta tan tarde sabiendo lo importante que es esto para mí.

Me crucé de brazos y miré hacia delante.

El escenario estaba ya iluminado y en el centro se podía ver el atril con el micrófono desde el que iban a presentar la gala de premios. La Sala de Congresos de Seattle había sido acondicionada para la entrega de Premios a las Nuevas Promesas de la Música de la Península de Olympic, premios más conocidos como los Olympus. No eran unos premios de gran prestigio ni conocidos en todo el país, pero era el primer premio al que me habían nominado gracias a mi voz y me sentía más que orgullosa.

Vi a Carlo Santori al fondo de la sala. Había aparecido en mi vida hacía unos meses, en uno de los muchos certámenes musicales de mi instituto en Aberdeen. En cuanto aquel certamen terminó se acercó a mí y me dio su tarjeta diciéndome que mi voz era lo más maravilloso que había escuchado en muchos años y que tenía futuro en el mundo de la música. Me quedé de piedra. ¿Yo futuro en el mundo de la música? Casi me río en su cara cuando lo dijo. Me pidió hablar con mi padre ya que era menor de edad. Tenía diecisiete años recién cumplidos en aquel entonces y, tres meses después, mi primer single sonaba en la estación de radio de Aberdeen. Dos meses después fue el turno de las estaciones radiofónicas de la península de Olympic y después se escuchaba en todo el estado. Mi canción sonaba en tiendas, bares y peluquerías. ¡Incluso la gente me reconocía por la calle! Sentí los primeros coletazos de la fama, aunque solo fuera en la ciudad más cercana a mi pueblo natal. Y, como un rayo de esperanza de que lo que el señor Santori había dicho podía hacerse realidad, llegó mi primera nominación a un premio. Había sido nominada a Voz del Año. Me sentí casi morir cuando Carlo llamó para comunicármelo a mi padre.

Todavía recuerdo las lágrimas de mi madre al enterarse...

En la sala el murmullo de voces era ensordecedor. Yo no podía dejar de mirar el reloj, ya solo quedaban cinco minutos para que empezara. Y ni rastro de Margaret. Empezaba a tener dolor de cuello de tantas veces que me había girado hacia la puerta esperando verla aparecer.

Entonces, las luces se apagaron y la gala comenzó. Una mujer vestida de negro y con un horrible moño salió al escenario y empezó a hablar. Sé que debería haber hecho caso a lo que la presentadora decía, pero no podía dejar de pensar que mi madre se estaba perdiendo eso por su estúpido trabajo. Le importaba más que su propia hija. ¡Joder! Qué egoísta era. Siempre me lo había demostrado, pero con esto me lo dejaba más que claro. El día más importante de mi vida, el día en que podía recibir mi primer premio como cantante y ella decidía que era más importante su trabajo que mi sueño.

Solía quedarse casi a diario hasta tarde trabajando, pero no creí que ese día fuera a hacerlo. Era ayudante del alcalde de Aberdeen. Normalmente trabajaba por las mañanas exclusivamente, pero esos últimos días habían tenido más trabajo, se acercaban las elecciones a la alcaldía. Siempre andaba de aquí para allá con documentos importantes y su perpetua carpeta negra bajo el brazo. Pero ese día era mi día. Joder. Mi madre era una egoísta de mierda.

No atendí a nada de lo que la presentadora dijo, pero cuando noté la mano de mi padre apretando la mía supe que había llegado el momento. Me tensé en mi asiento mientras escuchaba a la mujer hablando de los nominados a Voz del Año. No tengo ni idea de quienes eran los otros tres nominados, allí no había vídeos ni nada del estilo de la MTV para presentarnos a cada uno. Y, de repente, esa mujer dijo mi nombre y la sala estalló en aplausos.

—¡Jenny! —gritó emocionado mi padre a mi lado—. ¡Eres tú, cariño! ¡Has ganado!

Me levanté sin saber muy bien cómo. Mis músculos, reticentes, funcionaban por inercia. Había ganado y casi no podía creérmelo. Mi primer premio...

Y mi madre no estaba allí.

Conforme caminaba hacia el escenario mis pensamientos solo iban hacia mi madre una y otra vez. Estaba enfadada. Una parte de mí estaba feliz pero la otra estaba tan cabreada con mi madre que la felicidad que sentía quedó eclipsada por el enfado. No podía creer que no estuviera allí.

Recogí mi premio, dije algunas palabras que no recuerdo muy bien y agradecí a mi padre pero no a Margaret.

¡Que se joda! Que hubiera estado aquí.

Cuando la gala terminó hubo un pequeño aperitivo para todos los asistentes, pero mi padre y yo nos montamos en el coche patrulla y tomamos la carretera en dirección a Aberdeen. George era el jefe de policía del pueblo y aquel coche ejercía de coche familiar la mayoría de las veces porque “el que es jefe de policía lo es las veinticuatro horas del día”.

Durante el viaje él se dio cuenta de lo enfadada que estaba.

—Jen... Deberías estar radiante de alegría.

—Lo estaría si la egoísta de mi madre hubiera pasado del gilipollas del alcalde y hubiera venido a ver la entrega de los malditos premios.

—¡Jennifer! —Rugió mi padre golpeando el volante—. Estás hablando de tu madre, no seas irrespetuosa.

—Ella es la que debería ser respetuosa conmigo y comportarse como una buena madre.

—No voy a permitir que hables así de tu madre. Sabes que tendrá una buena razón para no haber venido, ella...

—¡Y una mierda! —grité golpeando el suelo con el pie—. No quiero excusas que tengan que ver con el alcalde, las elecciones o las fotocopias de mierda que debía hacer antes de marcharse.

George bufó a mi lado y negó con la cabeza.

—Me pregunto de dónde has sacado esa manera de hablar tan horrible. Seguro que William influye de manera negativa en ti...

—No metas a mis amigos en esto, papá —tomé aire para tranquilizarme—. Ellos han estado mucho más interesados en la gala que mi propia madre.

La gilipollas de mi madre, añadí mentalmente.

Anna me había mandado tres mensajes de texto durante la gala y a la salida tenía un mensaje de voz en el que todos ellos gritaban preguntándome qué había pasado, diciendo que seguro había ganado porque era la mejor.

Mis amigos, lo mejor de mi vida sin duda. Si hubiera sabido esto les hubiera dicho a ellos que vinieran en el lugar de mis padres, tal vez de ese modo me sentiría más reconfortada, acompañada y querida.

George era buena gente pero, sinceramente, era un calzonazos.

Miré por la ventanilla. Maldito clima lluvioso. Llevaba dos días lloviendo sin parar y estaba harta de ver agua y más agua por todas partes. Apoyé la cabeza en el cristal y observé los charcos iluminados por los focos del coche patrulla de mi padre.

De repente el sonido de la radio me sobresaltó.

—George, aquí Billy, ¿me oyes?

Mi padre contestó enseguida.

—Sí, Billy, dime, ¿qué ocurre?

—Ha habido un accidente en la carretera hacia Seattle...

—Estoy en ella ahora mismo, Billy. ¿En qué kilómetro?

—Esto... en el... kilómetro ciento catorce.

—Estamos cerca, llegaré enseguida.

—¿George?

—Dime.

Hubo una pausa larga, no sé el tiempo que pasamos en silencio pero casi creí que Billy había cortado la comunicación. No fue así.

—Es Margaret...

—¿Qué? —Chilló mi padre.

Yo abrí muchísimo los ojos y miré hacia la radio.

—Sí, George —la voz de Billy sonaba horrible al otro lado de la radio—. Tu mujer ha tenido un accidente con el coche.

Me quedé helada. El corazón dejó de latirme en ese mismo instante. Mi madre. Un accidente. Coche. Carretera.

No era capaz de hilar los pensamientos. No podía pensar con claridad. Me quedé mirando la radio mientras notaba un picor tremendo en los ojos. Sentí mi cuerpo irse hacia atrás. Supongo que mi padre pisó el acelerador a fondo pero no estoy segura, no recuerdo nada de lo que ocurrió a partir de entonces con demasiada claridad.

Solo recuerdo cosas sueltas.

Las luces de la ambulancia...

El frenazo de mi padre al llegar al lugar...

El sonido de la lluvia sobre el techo del coche...

No podía moverme. Estaba agarrada. Completamente inmóvil sobre el asiento.

De repente recuerdo estar fuera, bajo la intensa lluvia que me mojaba entera.

Gritos...

Gente yendo y viniendo.

Un policía se acerca a mí y me dice que vuelva al coche.

No quiero irme al coche. ¡Es mi madre! Quería gritarlo pero no me salían las palabras, las tenía formando un nudo en mi garganta, casi impidiéndome respirar.

George arrodillado en el suelo.

Una manta de esas térmicas, de color plateado. ¿Qué cubre?

¡Oh! No puede ser...

Recuerdo escuchar los sollozos de mi padre entremezclados con el sonido de la lluvia.

No.

No...

No puede ser...

Estoy paralizada detrás de mi padre. ¿Cómo he llegado hasta aquí? No sé si lloro o no, las lágrimas se confunden con las gotas de lluvia. Siento una terrible opresión en el pecho.

De repente mi padre se da la vuelta y veo que abraza el cuerpo sin vida de mi madre. Veo su pelo rubio. Sé que es ella y que ya no está.

—¡Jennifer! ¡Vuelve al coche!

Los gritos de George me sobresaltan. Jamás me había gritado así. Su mirada está llena de rabia. Me doy la vuelta y empiezo a correr hacia el coche. Los sollozos me impiden respirar, no veo por donde ando, no puedo coger aire. De repente estoy en el suelo. ¿Me he caído? No lo sé y no me importa. Me abrazo a mis rodillas tratando de aferrarme a mí misma y lloro bajo la lluvia con las pocas fuerzas que me quedan.

No sé cómo ni cuánto tiempo después pero estoy en mi casa. Llevo el pelo y la ropa mojados. Me duele el codo por la caída. No me importa, es mucho peor el dolor que siento por dentro.

—Voy a marcharme a preparar todo, Jenny...

Las palabras de mi padre suenan dentro de mi cabeza como en otra dimensión, como si las dijera alguien en otro idioma. Asiento como una autómatas. Siento su mano en mi hombro y poco después escucho la puerta cerrarse. Estoy sola en casa. Sola.

Ahora estoy en mi cuarto, descalza y en ropa interior. No tengo ni idea de qué he hecho con mi ropa. Camino hacia mi escritorio y me siento en la silla cercana a la ventana.

¿Qué hago aquí?

¿Qué ha pasado?

Miro a mí alrededor intentando comprender lo que ha sucedido cuando veo un paquete sobre mi cama. Es un regalo envuelto en papel de color azul cielo y lleva un lazo azul oscuro. Frunzo el ceño y lo abro. Es una cinta de vídeo. No tengo ni idea de qué puede ser ni de quién lo dejó ahí. Me levanto de la silla y voy hasta mi combo de televisión y vídeo, introduzco la cinta y me siento en la orilla de la cama.

Y mi corazón se rompe dentro de mi pecho cuando la película empieza.

—¡Hola, cariño!

Es ella.

Ahogo un sollozo y me tapo la boca con la mano.

—Este vídeo es para decirte lo orgullosa que estoy de ti y de que vayas a recibir este premio por tu maravillosa voz. Sé que todavía no se sabe el ganador pero yo sé que eres tú, mi niña... Tu voz es lo más precioso del mundo entero y sé que vas a llegar muy lejos.

Las lágrimas caen sin control por mis mejillas.

Está tan guapa... y sonrío sin parar, mirando a la cámara con ojos brillantes.

—Te quiero, princesa —lanza un beso—. No lo olvides nunca. Siempre voy a estar allí, apoyándote hagas lo que hagas. Siempre serás mi niña, mi sol y mi cielo. Mi niña cantante...

Sonríe y empiezo a llorar desconsoladamente. Me abrazo a mí misma sobre la cama mientras la imagen de mi madre se congela en la pantalla.

Me balanceo adelante y atrás.

Lloro y lloro. Mi llanto alcanza niveles insospechados para mí. ¿Es posible sentir tanto dolor? Nunca he llorado tanto. Nunca he sufrido así...

Y de repente, la claridad viene a mí.

Es mi culpa. Es mi puta culpa.

Se dirigía a la gala. Llovía y ella iba demasiado deprisa.

Ha sido mi culpa.

Mi madre está muerta por mi culpa.

Puñaladas. Siento como si mi cuerpo estuviera recibiendo puñaladas. Duelen por todas partes pero se centran principalmente en mi pecho.

Grito y me levanto de la cama para dar una patada a la silla y lanzarla al otro lado de la habitación. Grito y me arañó la piel de los brazos sintiendo que es el fin de todo. Ya nada tiene sentido... mi madre no está conmigo y todo es mi maldita culpa.

De repente unos brazos me agarran con fuerza y lucho por escapar de ellos. Oigo voces que intentan calmarme pero no puedo dejar de llorar ni de golpear y empujar a quienes sean que están ahí.

Varias manos me cogen los brazos y consiguen sentarme en la cama. Noto que me echan una manta por encima. Escucho voces que conozco pero no identifico. Las lágrimas siguen cayendo por mis mejillas y bañan mi rostro. Me duele la garganta. Me escuecen los ojos. Me rasga el alma.

Y en algún momento me quedo dormida.

Pero tengo pesadillas. Mi madre conduce hacia Seattle, deprisa, preocupada por no llegar a mi entrega de premios. Un perro se cruza en su camino y frena para no llevárselo por delante. El coche se desliza. Veo su rostro sonriendo como en el video mientras habla: siempre serás mi niña, mi sol y mi cielo...

Grito y me levanto asustada, sin saber si ha ocurrido de verdad o si solamente ha sido una terrible pesadilla sin sentido.

—Jen...

La voz de Caroline. Miro sus ojos y en ese momento sé que todo es verdad.

—Mamá... —sollozo fuertemente.

Y siento sus brazos a mí alrededor abrazándome con fuerza.

Mi siguiente recuerdo de esos días es el funeral. George se empeñó en enterrarla, yo prefería haberla incinerado pero mi palabra no contó en absoluto.

No lloré entonces. No me quedaban lágrimas, era un trapo sin vida. Vi todo como si se tratara de una película, como si lo viera desde fuera y no estuviera sucediendo en realidad. Estuve al lado de George pero no nos tocamos. Sabía que él me culpaba. Yo me culpaba. Todo eso había pasado por mi estúpido premio. Mi madre había muerto por mi culpa.

Ver su ataúd siendo sepultado bajo la tierra fue terrorífico. Comencé a convulsionarme por los sollozos, pero no me cayó ni una sola lágrima. George me miró con sus ojos marrones iguales a los míos y vi la tristeza en ellos. Quería que me abrazara, que me dijera que no era mi culpa, que me consolara y acariciara mi espalda, que me sostuviera y yo sostenerlo. Pero no lo hizo. Miró de nuevo hacia el ataúd y después se dio la vuelta para comenzar a andar a través del cementerio.

Si mis amigos no hubieran estado allí no sé qué hubiera sido de mí. Anna me abrazó hasta lo imposible. Gary me acarició el pelo todas las noches hasta que me quedaba dormida. William hacía bromas sin parar para arrancarme alguna triste sonrisa. Caroline estaba siempre allí cuando abría los ojos. Fueron dos semanas en las que ellos estuvieron en todo momento, creo que incluso dormían en mi habitación o se turnaban para hacerlo. Les quise más que a nada en este puñetero mundo por ello.

Pero mi padre no estuvo allí.

Me miraba con sus ojos tristes y abría la boca para decir algo mientras comíamos, pero la cerraba enseguida y se centraba en su plato. Y yo me hundía en mis pensamientos, en mi culpa y en mi arrepentimiento.

Dos meses después recibí la llamada de Carlo. Una discográfica me quería. Me habían ofrecido un contrato para que grabara un disco con ellos. Una parte de mí se alegró pero había pensado seriamente dejar el mundo de la música. Después de todo fue lo que se llevó a mi madre de mi vida. Debería ir a Nueva York, trasladarme allí, dejar a George solo. Debería dejar a mis amigos. No podía hacer eso. Le dije a Carlo que no, pero él me aconsejó que lo pensara unos días, que no había prisa.

Tres días después estaba sentada en mi cama, con la mirada perdida mientras daba vueltas en la mano a la cinta de mi madre. Unos minutos después puse el video y supe que tenía que aceptar. Mi madre confiaba en mí y debía intentarlo por ella, para obtener su perdón y tal vez expiar mis culpas. Si conseguía triunfar sería la manera de demostrarle lo mucho que lo sentía, lo terriblemente culpable que me sentía por haberla perdido. Sería la manera de demostrarle que ella no había confiado en vano en mí, que su niña ya era una mujer que iba a triunfar y que lo iba a hacer todo por ella.

Un mes después atravesé las puertas del aeropuerto JFK de Nueva York acompañada de las mejores personas que existían en mi mundo: Anna, Gary, Caroline y Will. Mi familia, mis amigos, mi apoyo y mi vida.

Lo haría por ella.

Lo haré por ti, mamá.

—¿Tú crees que esto es normal, Jennifer?

Incluso Joe podría escuchar los gritos de su representante desde la portería del edificio.

Carlo estaba como un loco dando vueltas por su salón sin parar de llevarse las manos al pelo, dejándolo despeinado como ella jamás lo había visto en todo el tiempo que hacía que le conocía. La gomina de Carlo parecía no haber superado la prueba a la que Jenny la había sometido.

—No puedes amenazar con suspender una gira, ¿estás loca? —Gritaba sin parar—. ¡Ni por David ni por nadie! ¿Es que tú no le has dicho que esto es una puta locura? —dijo esto último mirando a David con los ojos totalmente desorbitados.

Él respiró hondo y asintió.

—¿Y crees que a mí me haría caso por alguna razón en especial? —le preguntó con tono cansado.

Había intentado convencerla de dar marcha atrás de mil maneras diferentes, incluso la amenazó con no volver a acostarse con ella. Su respuesta fue reírse despreocupada y tocarle el paquete mientras se acercaba a besarle como si se le fuera la vida en ello. Aún recordaba sus palabras...

No hagas amenazas que sabes que no podrás cumplir, Hill.

Y ahí estaban, intentando buscar una solución a la nueva locura de la gran estrella Jennifer Scott.

Gary la miraba serio mientras la pantalla de su teléfono no dejaba de iluminarse encima de la mesa. Había optado por quitarle el sonido y dejar que las llamadas se fueran acumulando. No pensaba volver a contestar a ninguna llamada de la discográfica. Después de tres conversaciones más que incómodas con Susan y dos con el mismísimo señor Prescott no tenía ganas de más gritos, amenazas de querellas ni mierdas de esas. Estaba algo enfadado con Jenny pero sabía perfectamente cómo era su amiga y en el fondo admiraba su firmeza y sus valores.

Jenny se encontraba recostada en el sofá mientras ojeaba despreocupada una revista, pasando completamente de Carlo y de sus gritos. El día anterior había hecho lo que tenía que hacer. Si Jason Prescott era imbécil no era su problema. Lo que dijo lo dijo completamente en serio, si David no volvía a su antiguo puesto de trabajo no habría gira y punto, fin de la discusión. Jason podía ser muy cabezota, pero no tenía ni idea de que ella podía serlo muchísimo más.

—Jenny...

Se volvió hacia la voz de David que la miraba con el cansancio escrito en el rostro.

—¿Por qué no piensas en tus fans en vez de en mí?

Ella rodó los ojos.

—No.

—Jen, en serio, ¿crees que ellos se merecen algo así?

Esa vez tomó aire lentamente y pasó una página de la revista con total tranquilidad.

—No hay gira, David, digas lo que digas. No. Hay. Gira. Lo puedo decir más alto pero no más claro.

—¡Joder! —gritó él levantándose del sofá y colocándose delante del ventanal. Se llevó una mano al pelo y resopló sintiéndose sobrepasado por la situación.

Jenny le observó por el rabllo del ojo. No quería que se enfadara con ella por eso pero no pensaba dar su brazo a torcer de ninguna manera.

—De acuerdo, Jennifer —empezó Carlo sentándose a su lado en el sofá—. ¿Sabes a lo que te arriesgas con esto?

—Puedo hacerme una idea... —murmuró sin dejar de mirar la revista.

—Si Jason decide denunciarte por incumplimiento de contrato va a ganar. Te echará del sello discográfico y si eso ocurre no tendrás fácil para seguir adelante. Conociéndole, seguro que se ocupa de que todo el mundo sepa lo que ha pasado. ¿Cómo crees que suena esto si lo escucha alguien desde fuera? Jennifer... estoy hablándote, ¿podrías dejar esa puta revista y hacerme caso?!

Levantó la mirada e inhaló aire lentamente, intentando no cabrearse ni ponerse a gritar como una loca. Simplemente se recostó en el sofá y se cruzó de brazos.

—Gracias —continuó Carlo—. Toda la gente importante del mundo de la música sabrá lo que has hecho, sabrán que has anulado tu gira porque te has enrollado con tu asesor...

—¡No le ha anulado por eso! —Chilló ella mirándole enfadada.

—Jenny, piénsalo, sopesalo... Esa es la razón real —le habló con su tono de voz más relajado, como si hablara con una niña pequeña—. David y tú habéis empezado una relación prohibida, los dos lo sabíais, os advertí acerca de ello y no me hicisteis ni puñetero caso. Antes o después las cosas salen a la luz y hay que saber asumir sus consecuencias. No puedes comportarte como si fueras la reina del mundo y todos tuvieran que ceder ante tus caprichos.

—Carlo, no vayas por ahí... —cerró los ojos y empezó a contar hasta diez para relajarse—. Esto no es un maldito capricho...

—¿De verdad? —gritó acercándose a ella—. ¿Cuánto tiempo va a durar esto, Jennifer? Porque no me irás a decir que esta relación con David es más importante que tu carrera, no me digas que estás dispuesta a arriesgar todo lo que has conseguido por un sencillo amorío de verano.

David se giró para mirar a Carlo sintiendo unas ganas tremendas de decirle que cerrara la boca y dejara de decir estupideces, lo suyo no era un amorío de verano.

—Carlo... yo que tú retiraría eso que has dicho... —le aconsejó Gary que observaba cómo la cara de Jenny iba pasando del rojo al morado en pocos segundos.

—¿El qué, Gary?! —gritó—. ¿Qué es tan estúpida como para arriesgar años de éxito por cuatro polvos?

—¡Vete de mi casa! —gritó Jenny poniéndose de pie y mirándole con rabia mientras señalaba hacia la salida.

—Tranquilízate —David estaba tras ella y la cogió con suavidad por la cintura.

—¡No! —chilló empujándolo para que no la agarrara—. ¿Has oído las mierdas que está diciendo? No voy a permitir que me hable así en mi propia casa. Vete ahora mismo, Carlo, ¡vete de mi casa!

Estaba fuera de sí, miraba a su representante como si fuera a saltar sobre él y a golpearle. Sintió los ojos llenándose de lágrimas producto de la rabia que la embargaba. Jamás pensó que él fuera a hablarle de esa manera.

—De acuerdo —contestó Carlo levantando las manos en el aire y andando hacia la salida—, me voy. Pero sabes que todo lo que te he dicho es cierto, no voy a retractarme.

—¡Que te vayas! —gritó Jenny yendo tras él. Gary se levantó del sofá y la cogió del brazo, haciendo que parara—. ¡Vete a la mierda, Carlo! ¡Y no vuelvas!

Él caminó hasta la puerta seguido de cerca por William, que había aparecido al escuchar cómo la conversación subía de temperatura. Le abrió la puerta y le hizo un gesto con la cabeza a modo de despedida justo antes de que saliera y cerrara tras él.

—Jen... tranquilízate... —susurró Gary acariciando su espalda.

Ella seguía estancada en su lugar, de pie mirando hacia la puerta. Respiraba entrecortada, fuertemente, sintiendo que no entraba el suficiente oxígeno en sus pulmones.

—Quiero... irme... necesito... irme... —hablaba entre respiraciones, notando su corazón latir demasiado deprisa en su pecho—. No puedo... no... puedo... respirar...

Sintió unos brazos cogiéndola con firmeza y levantándola del suelo. Aspiró el aroma del pecho en el que dejó caer la cabeza y supo que era su puerto seguro, que ahí podía descansar. Ese fue su último pensamiento antes de que todo se volviera negro.

—Voy a meter también este vestido de Carolina Herrera...

—Anna, se va a casa de David, no a un cóctel benéfico.

—¿Por qué nadie entiende que es importante estar siempre presentable y bien vestido?

—La pregunta es otra, Annie, ¿por qué no entiendes *tú* que no todos estamos tan locos por la moda como tú?

—Caroline Thomas. Espero que no estés diciendo eso en serio, incluso sabiendo que voy a ser yo la que diseñe tu vestido de novia...

Jenny frunció el ceño. Ese sueño era de lo más extraño. Las voces de sus amigas eran tan reales que parecían estar ahí a su lado. Incluso sus risas sonaban iguales que en la realidad.

—Mira, se está despertando...

Abrió los ojos lentamente para encontrarse con las caras preocupadas de sus amigas. Las dos sonrieron a la vez en cuanto vieron que despertaba.

—Menudo susto nos has dado, Jen —dijo Anna acostándose a su lado en la cama—. Odio que tengas estos ataques de pánico.

—¿Qué? —preguntó Jenny confundida—. ¿Ataque de pánico?

—Te has desmayado —informó Carol apartándole el pelo de la cara.

—¿En serio? No me acuerdo...

Anna se acercó más a ella y pasó el brazo por su cintura para abrazarla.

—Te has puesto muy nerviosa con Carlo antes. Ha sido algo parecido a lo que te pasó después de la presentación de Armani.

—¡Anna! —La reprendió Caroline mirándola mal—. No le recuerdes eso ahora...

—¿Qué pasa? —Preguntó frunciendo el ceño—. Solo lo digo para que sepa qué es lo que ha pasado, no para recordarle nada.

Jenny suspiró y se llevó la mano (sobre la que Anna no estaba acostada) a la cabeza. Le dolía ligeramente.

—¿Qué estabais haciendo? —les preguntó al recordar la conversación que les había escuchado y que resultó no ser un sueño.

—Tu maleta —dijo Carol enseñándole una camiseta que llevaba en la mano.

—¿Mi maleta? ¿Por qué?

—Te vas unos días.

—¿A dónde?

—A mi casa.

Levantó la cabeza de la almohada al escuchar la voz de David y le vio entrando en su habitación. Llevaba el pelo revuelto y sus ojeras estaban demasiado marcadas bajo sus preciosos ojos azules. Iba vestido con un pantalón de chándal negro de Nike y una camiseta de manga larga de color azul.

—¿Desde cuándo llevas chándal? —le preguntó frunciendo el ceño.

Él soltó una carcajada y se acercó hasta su cama. Se sentó a su lado.

—¿Qué pasa? ¿Solo tú puedes llevar chándal? —Le preguntó mirándola divertido aunque ella pudo apreciar el cansancio y la preocupación en sus ojos—. Te recuerdo que soy un desempleado, solo quiero ir cómodo para mi nueva vida ociosa.

—El día menos pensado os quemaré todos los chándal... —murmuró Anna incorporándose de la cama.

La escucharon decir no sé qué de Nike y Adidas mientras salía refunfuñando de la habitación. Sonrieron los tres.

—Bueno, esto ya está —dijo Carol cerrando la maleta—. Os dejaré un ratito a solas. Nada de ejercicio en horizontal, ¿eh?

Salió de la habitación entre risitas mientras David negaba con la cabeza. Jenny se incorporó y apoyó la cabeza en el pecho de él, que pasó un brazo por sus hombros.

—Me has vuelto a asustar, Jenny...

—Lo siento.

—No deberías ponerte como te pones —murmuró mientras jugaba despreocupadamente con un mechón de su cabello—. Tienes que aprender a tomarte las cosas con más tranquilidad, sabes que cuando te pones tan nerviosa tu cuerpo reacciona así. Y no tienes ni idea de lo mal que lo paso cuando te veo desmayarte sin que pueda hacer nada por evitarlo.

—Lo siento...

Suspiró sonoramente y la abrazó con fuerza mientras besaba su frente. Estuvieron un rato en silencio, Jenny escuchaba su corazón latir rítmico en su pecho y cerró los ojos. Los dedos de David hacían dibujos imaginarios en su espalda.

—¿Te sientes con fuerzas para hacer un pequeño viaje? —Le preguntó con voz suave.

—Si es contigo, siempre —levantó la cabeza para mirarle y sonrió.

Las comisuras de los labios de David se elevaron ligeramente y se acercó a besarla. Se tomó su tiempo en ese beso, saboreando sus labios y su lengua, mordisqueando con suavidad su labio inferior, profundizando en las sensaciones que provocaba esa boca en él. Jenny se acercó a su cuerpo y llevó una mano a su nuca para acariciar su pelo mientras con la otra levantaba su camiseta y empezaba a recorrer la piel desnuda de su abdomen.

—No juegues con fuego... —murmuró él contra sus labios—. Nada de ejercicio horizontal.

—Solo será un momento...

Se incorporó y se sentó a horcajadas sobre él, paseando los dedos por su cuello y besándole con pasión. David rio entre dientes y llevó las manos a su cintura para apartarla de él.

—Eres temible, Scott.

Jenny soltó un quejido lastimero y dejó caer la cabeza hacia atrás.

—Necesitas guardar reposo —dijo él moviéndose para levantarse de la cama con cuidado mientras la apartaba de su regazo con delicadeza.

—Necesito echar un polvo. Eso es lo que necesito.

David rio mientras se ponía de pie.

—Vamos, ninfómana. Levántate y dúchate, luego nos iremos a mi apartamento.

—Que sepas que cuando lleguemos allí voy a hacerlo contigo —le contestó levantándose de la cama con gesto serio—. Lo quieras o no.

—¿Vas a obligarme? —La miró levantando una ceja.

—No será necesario, Hill...

Se acercó a él caminando lento, mirándole a los ojos fijamente. Se detuvo justo delante y se puso de puntillas. Mirándole juguetona, sacó la lengua para recorrer sus labios lentamente mientras se movía de manera que sus cuerpos quedaran pegados. Movié las caderas de un lado a otro, adelante y atrás, sin dejar de jugar con su lengua. David hizo verdaderos esfuerzos para no cogerla por el trasero y tirarla encima de la cama para arrancarle esa ridícula camiseta de tirantes que llevaba y hundirse en ella hasta dejarla sin aliento.

Jenny se separó de él y fue caminando hacia el baño sin dejar de sonreír. Él rio entre dientes mirándola menear ese bonito culo mientras andaba. Le había dejado con un gran problema entre las piernas pero lo solucionarían en cuanto llegaran a su casa, de eso no tenía ninguna duda. Ni reposo ni leches.

gafas de sol. Decidieron no tentar a la suerte y salir de incógnito. Ningún *paparazzi* sabía dónde vivía David y no querían que eso cambiara. Él cogió la maleta de Jennifer y pasó el brazo por sus hombros para atraerla a su cuerpo. Fueron caminando hasta su portal y después subieron hasta el segundo piso.

—Hacía mucho tiempo que no estábamos aquí —murmuró ella cuando entraron en el apartamento.

—Eso es porque eres una comodona que prefiere estar en su apartamento lleno de lujos antes que en el mío.

Jenny se dio la vuelta para decirle que era idiota por pensar algo así pero él había empezado a correr hacia su habitación mientras reía.

—Te voy a pillar, David —le amenazó sonriendo—. Y ya sabes lo que va a pasar cuando lo haga...

Fue caminando sin dejar de sonreír hasta la habitación y lo encontró tumbado en la cama sin camiseta ni pantalones. Se mordió el labio inferior. David y su maravilloso cuerpo de infarto estaban ahí tumbados, con esa sonrisita torcida que hacía que su clitoris aullara, aplaudiera e hiciera la ola. Los bóxer negros que llevaba eran un peligro para la salud física y mental de cualquier mujer en sus cinco sentidos. Se quedó parada a los pies de la cama y se cruzó de brazos.

—¿Qué pasa, Jennita? —Le preguntó flexionando los brazos por detrás de la cabeza—. ¿No vas a terminar lo que has empezado antes?

—No lo sé, Jack. No estoy segura de querer terminarlo...

David rió y, en un rápido movimiento, se arrastró por la cama y la cogió del brazo lanzándola sobre el colchón mientras ella chillaba. La tumbó de espaldas y se puso sobre ella apoyándose en los codos. La miró fijamente a los ojos con todo el poder de su mirada.

—Te voy a hacer un chequeo, Jennifer —la manera en que lo dijo hizo que se le pusiera la piel de gallina—. Por recomendación médica tengo que tomarte la temperatura

—¿Y qué vas a utilizar, tu termómetro?

David sonrió y acabó con el poco espacio que los separaba para besarla con pasión. Jenny llevó las manos a su pelo y tiró ligeramente de algunos mechones conforme el beso fue volviéndose más demandante. Una de las manos de él ya estaba bajo su camiseta, acariciando su estómago y subiendo hacia sus pechos.

—¿Por qué tú llevas tan poca ropa y yo todavía llevo esto puesto? —Le preguntó ella mientras besaba su cuello—. Doctor, para hacerme el chequeo debo estar igual que usted.

David se incorporó ligeramente para observarla y regalarle la sonrisa torcida más sexy del planeta.

—Lo solucionamos ahora mismo.

Dos horas después ambos estaban sentados, desnudos y abrazados en el sofá del salón mientras veían la tele. Sus cuerpos estando solamente cubiertos por una fina manta de color negro.

—Creo que esas imágenes no te hacen justicia —murmuró Jenny mientras se metía una patata chip en la boca.

—Tengo cara de susto.

Estaban viendo sus propias imágenes saliendo del aeropuerto el día anterior. Se trataba de un programa de cotilleo puro y duro en el que estaban analizando todos sus gestos para saber qué tipo de relación tenían, desde hacía cuánto tiempo estaban juntos y si en realidad era amor o, de lo contrario, si era solo para conseguir más atención por parte del público. Realmente patético.

—Tienes que aprender a sonreír delante de ellos —dijo Jenny apoyando la cabeza en su hombro—. No puedo permitir que me saquen fotografías en todas partes con alguien con semejante cara de pánico.

Se echó a reír pero David no encontró nada gracioso en sus palabras.

—Es fácil decirlo, pero te recuerdo que no llevo ni dos días metido en esta mierda como para saber cómo fingir ante ellos.

—No te enfades. Yo te enseñaré a fingir.

—Esa frase ha sonado fatal.

—¿Por qué?

—*¿Yo te enseñaré a fingir?* —se giró a mirarla con los ojos muy abiertos—. Espero que no finjas en nada más aparte que delante de esas hienas, por la parte que me toca...

Jenny le dio un golpe en el hombro echándose a reír.

—Sé que me voy a arrepentir de lo que voy a decir pero de todas maneras lo diré. Contigo jamás he fingido y dudo mucho que tenga que hacerlo alguna vez. Eres increíble en todo lo que me haces, Hill.

La sonrisa de David se hizo igual de enorme que de petulante.

—Así que... increíble, ¿eh?

—No empieces...

La cogió por la cintura y enterró la nariz en su cuello a la vez que reía encantadísimo. Ella rodó los ojos e intentó deshacerse de su abrazo.

—Suéltame, capullo. Odio cuando eres tan creído.

—Creído no, Jennita —besó su cuello sin dejar de sonreír—. El que vale, vale. No hay más.

Se echó a reír y ella no pudo hacer otra cosa que reír con él mientras dejaba que la abrazara y siguiera regodeándose en sus habilidades sexuales.

—¿Quieres que les diga eso a los periodistas? —Soltó cuando se hartó de sus tonterías—. Puedo decirles que mi novio es un hacha en la cama, que me lleva a los mejores orgasmos que he tenido en toda mi puñetera vida.

David paró en seco y la miró muy serio.

—No vas a hacerlo.

Le mantuvo la mirada con suficiencia.

—Lo haré si no cierras la puta boca ahora mismo. Eres lo más pesado que ha parido madre...

—¿Dejarás algún día de ser tan desagradable?

Le miró fijamente y sonrió con todos los dientes.

—El mismo día en que dejes de ser tan capullo.

David rio entre dientes y la abrazó. Muchísimas veces se planteaba qué coño había visto en esa mujer. Era desagradable, mal hablada, insoportable durante gran parte del día, irascible y una lista interminable de adjetivos negativos.

La observó mirando la televisión mientras comía patatas. No pudo evitar estirar la mano para acariciar su pelo. Jenny era todas esas cosas pero también era una mujer cariñosa, dulce, amiga de sus amigos, generosa, divertida y espontánea. Y debía admitir que gran parte de las cosas negativas tampoco lo eran tanto porque le atraían irremediabilmente, por mucho que pensara que no podía ser normal que no podía ser normal que le atrajeran, no podía evitarlo.

—Te quiero —susurró mientras la observaba.

Ella volvió la cabeza y le miró sorprendida, con la boca llena de patatas.

—¿A qué viene eso ahora? —Le preguntó escupiendo migas de su boca.

David arrugó el gesto y se echó hacia atrás.

—¡Mierda, Jen, eres asquerosa! Retiro lo dicho.

Ella se echó a reír a carcajadas y se lanzó sobre él para besarle.

—Cualquiera diría que eres una estrella mundial, famosa y que debe mantener las apariencias... —murmuró mientras ella le besaba por todo el rostro—. Si alguien te viera aquí y ahora, desnuda, comiendo patatas con la boca abierta, escupiendo y con esos pelos de loca...

Jenny rio todavía más alto y él terminó uniéndose a ella mientras la abrazaba. Las bromas, risas y tocamientos entre carcajadas terminaron convirtiéndose en

caricias, jadeos y gemidos.

Un rato indeterminado después David abrió los ojos y vio a Jenny dormida sobre su pecho, con el pelo cayendo por un lateral de su cuerpo. Le abrazaba con un brazo por la cintura y tenía la boca entreabierta. Se habían quedado profundamente dormidos. Se restregó los ojos y miró hacia la ventana. Todavía era de noche. Miró el reloj del salón y vio que eran las cinco de la madrugada. Suspiró e intentó desperezarse sin despertarla, pero no lo consiguió.

—Hola... —susurró con voz dormida.

—Hola —le dio un beso en la frente—. ¿Has dormido bien?

—Mmmm.

—¿Tienes hambre?

—Todavía tengo restos de patatas en las muelas.

—Arg, Jenny... No necesito conocer tantos detalles.

Ella rio apretando fuertemente su cintura. Levantó la cabeza y le miró a los ojos. David sonrió y acarició su mejilla.

—¿Sabes lo que me gustaría? —Preguntó de repente, él asintió para que continuara—. Que me tocaras algo en el piano.

Levantó una ceja sorprendido.

—Nunca me has tocado nada, me gustaría escucharte...

David suspiró fuertemente. Mantuvo una discusión interna sobre si debía decir o no lo que rondaba por su mente. Finalmente decidió decirlo, probablemente sería para mal pero iba a arriesgarse.

—¿Sabes lo que me gustaría a mí? —Le preguntó acariciando su espalda.

—¿El qué?

—Que me hablaras de tu familia.

Notó cómo su cuerpo se tensaba y se preparó para la tempestad. Frunció los labios y miró al techo, notando como la respiración de Jenny se volvía errática. De repente ella se incorporó y se sentó en el borde del sofá. Él se levantó también y se sentó cruzando las piernas. La observó durante un rato mientras ella miraba al frente, seria, probablemente planteándose si gritarle como una loca por querer entrometerse otra vez en su vida o si levantarse con aire teatral para dejarle ahí plantado. Se esperaba cualquier cosa menos lo que sucedió en realidad.

—Mi madre murió por mi culpa.

Frunció el ceño y se acercó a ella sin saber si lo había oído bien o no. Había hablado en un murmullo y dudó haber escuchado esas palabras en realidad.

—¿Qué dices, Jenny?

—Mi madre murió por mi culpa —repetió con algo más de voz.

—¿Por qué dices eso, cariño?

Se acercó a ella y acarició su espalda desnuda.

—Porque es lo que pasó.

—Si no quieres contármelo no tienes porqué...

—No, David —lo interrumpió. Se giró para mirarle y cogió su mano—. Quiero contártelo. Yo lo sé todo sobre ti, tu pasado y tu familia. Tú no sabes nada de mí. Confío en ti y sé que puedo contártelo, quiero hacerlo.

Él asintió con la cabeza y siguió acariciando su espalda para reconfortarla. Jenny tomó aire y volvió a mirar hacia la televisión que llevaba apagada varias horas.

—Me entregaban mi primer premio, tenía diecisiete años. Lo entregaban en Seattle, cerca de Aberdeen, donde vivíamos. Mi madre no llegó a tiempo y me enfadé muchísimo con ella porque supuse que era por su trabajo y que prefería trabajar antes que acudir a la entrega de mi primer premio, con todo lo que eso suponía para mí —soltó todo el aire de los pulmones lentamente—. Cuando mi padre y yo nos fuimos de allí nos avisaron por radio de que había habido un accidente en la carretera. Mi padre es el Jefe de Policía de Aberdeen, íbamos en el coche patrulla —añadió ya que jamás le había hablado sobre él—. El accidente... era mi madre...

—Jenny...

David se incorporó y pasó un brazo por su cintura para abrazarla. Ella apoyó la cabeza en su hombro.

—Iba a la entrega de premios, no llegaba a tiempo, iba demasiado deprisa y tuvo un accidente —ahogó un sollozo—. Murió ahí mismo, en medio de la carretera sin que nadie pudiera hacer nada.

—No fue tu culpa.

—¡Sí lo fue! —Exclamó cerrando los ojos con fuerza—. Si no hubiera venido a verme no hubiera tenido el accidente.

—Pero eso son cosas que pasan, no tuviste nada que ver con ello —acarició su mejilla y limpió las lágrimas con su pulgar.

—Me enfadé tantísimo con ella... —siguió mirando al frente con la mirada perdida—. Era mi madre, debía venir a la entrega y no llegó a tiempo, me cabré y la insulté. Y ella... ella... murió...

Rompió a llorar enterrando el rostro entre sus manos, sintiendo el peso de toda la situación nuevamente puesto que el paso de los años no menguaba su dolor. David se apresuró a levantarse del sofá y se arrodilló delante de ella, envolviéndola fuertemente entre sus brazos para sostenerla mientras ella lloraba sin control.

No supo cuánto tiempo pasó hasta que se calmó, pero la verdad es que en los brazos de David encontró el consuelo que necesitaba. Una vez pudo hablar sin que los sollozos la interrumpieran, le explicó todo lo ocurrido aquella noche. También le contó cómo su padre se metió en su caparazón y dejó de hablar con ella sobre su madre, acerca de su firme convicción de que la culpaba por todo lo que pasó y de cómo discutieron cuando empezó a aparecer en las revistas con imágenes ligeramente comprometidas.

—Si hubieras visto cómo se puso conmigo... —decía mientras David acariciaba su espalda con cariño—. Gritó como un histérico diciéndome que no tenía ninguna vergüenza actuando así, como una prostituta. ¡Me llamó puta! Me cabreeé tanto que le colgué el teléfono. Y desde entonces hemos hablado muy de vez en cuando. No me gusta hablar con él, no me hace bien.

—¿Por qué? —Se atrevió a preguntar.

—Porque me culpa por lo de mi madre y yo... yo... me siento culpable también.

—Pero no fue tu culpa, Jenny.

Ella suspiró con fuerza. David estiró la mano para cogerla de la barbilla con ternura y girar su cara para que le mirara. Cuando vio sus ojos húmedos por las lágrimas sintió que su corazón encogía. De verdad que odiaba verla así, sentía su dolor como propio.

—Mírame —murmuró—. Los accidentes ocurren, Jen. No es algo de lo que podamos culpar a nadie, simplemente pasan sin más. No son justos en la mayoría de las ocasiones, eso es cierto, pero suceden y no podemos hacer nada por evitarlo ni cambiarlo. Lo que le pasó a tu madre no fue culpa tuya. Y seguro que tu padre no te culpa por ello.

—Tú no viste cómo me miraba cuando estábamos en aquella carretera...

Intentó volver la cara pero la mano de David ejerció presión en su barbilla para mantenerla mirando sus ojos.

—¿Te has planteado alguna vez cómo debió sentirse tu padre cuando se encontró con eso tan inesperadamente?

Dio un respingo. Jamás se lo había planteado.

—Supón lo que sentirías tú si te pasara, cómo reaccionarías ante algo tan duro e impactante. Probablemente atacarías al primero que estuviera a tu lado, sin importar quién fuera.

Entonces se planteó qué sentiría si le pasara algo a él. Por supuesto que miraría mal a cualquiera que estuviera a su lado, probablemente incluso le golpearía. Empezó a sentirse fatal y se le llenaron los ojos de lágrimas otra vez.

—Jen... —murmuró David justo antes de volver a abrazarla.

—Mi padre... George...

—Ssshhhh, cariño, no llores, todo está bien ahora. Estoy aquí contigo.

Se agarró con fuerza a su espalda, apretándose todo lo que pudo a él, incluso aunque no pudiera respirar bien. No le importaba, necesitaba sentirlo lo más cerca posible.

Un rato después se separó ya más tranquila. David la miró con un cariño infinito y le limpió las lágrimas esparcidas por sus mejillas con los pulgares.

—No sabes cómo odio verte llorar así.

—Lo siento —susurró con un hilo de voz.

—Ni se te ocurra disculparte por esto, Jenny —la reprendió—. Sabes que estoy a tu lado ocurra lo que ocurra, sin importar qué sea. Te quiero muchísimo. Lo sabes, ¿verdad?

Ella asintió lentamente con la cabeza y David se acercó a besarla en los labios con dulzura.

—Gracias por compartir esto conmigo —murmuró dejando la frente apoyada en la suya.

—Gracias a ti por escucharme.

—¿Sigues queriendo que te toque algo en el piano? —Le preguntó con emoción en la voz.

—Por supuesto —contestó con una triste sonrisa.

David se levantó del suelo en el que llevaba sentado desde que empezó a relatarle la historia y le tendió una mano para ayudarla a levantarse. Cuando estuvo de pie dio un tirón a su brazo para atraerla a él y abrazarla fuertemente. Jenny apoyó la cabeza en su pecho y él besó su pelo.

—Vamos a vestirnos, no quiero que enfermes —dijo con suavidad.

Asintió con la cabeza y se dejó guiar hasta su habitación. Él se puso el pantalón de pijama y Jenny sacó una camiseta de tirantes y un pantalón de pijama de la maleta. Se vistió mientras él le observaba con ojos de halcón, vigilando todos sus movimientos. Sabía que estaba triste, enormemente triste. Jamás la había visto así de destrozada. Podía ver en sus ojos el dolor que le causaba el simple hecho de recordarlo. Y además se había dado cuenta de que había juzgado a su padre de manera errónea. Probablemente eso la estaba matando por dentro. La conocía y sabía todos los sentimientos que le provocaba hablar de sus padres. Recordaba su reacción ante la foto que Carlo le regaló, cuando salió de su despacho la observó mirándola con nostalgia. Echaba de menos a su padre pero era tan orgullosa que dar el primer paso ni siquiera habría pasado por su cabeza.

Puede que entonces estuviera pensando que quizá debería hacerlo, o por lo menos intentarlo. No podía imaginar lo que eso supondría para ella y su increíble testarudez.

—¿Qué vas a tocar? —Le preguntó con voz triste mientras volvían al salón.

La cogió de la mano y la llevó hasta la banqueta del piano.

—Tocaré lo que quieras que toque.

Jenny sonrió tímidamente. Se sentó y él la imitó enseguida. Observó sus manos levantando la tapa con lentitud y vio cómo acariciaba las teclas sin llegar a presionarlas, casi con veneración. Si no se sintiera tan triste estaría pensando en lo que esos largos dedos hacían normalmente sobre su piel.

—¿Alguna petición especial?

La miraba con una sonrisa sincera en el rostro. Ella se encogió de hombros.

—No sé, la verdad es que no sé mucho de música clásica.

—¿Música clásica? —Frunció el ceño—. Puedo tocar mucho más que eso, Jen. Escucha.

Y sus dedos empezaron a presionar las teclas. El sonido maravilloso del piano inundó la habitación. Le sonaba la melodía pero no llegaba a diferenciarla. Unos segundos después sonrió abiertamente.

—¿*Vacaciones en el mar?*

David rio mientras asentía. Entonces la melodía cambió y la reconoció... la canción de la serie *Friends*. Sonrió de nuevo y apoyó la cabeza en el hombro de David justo antes de que él empezara a cantar.

—*I'll be there for you... when the rain starts to pour* —cantaba con suavidad, en voz baja, como una simple caricia—. *I'll be there for you... Like I've been there before. I'll be there for you... 'Cause you're there for me too...*

Se inclinó levemente para besar su cabeza con cariño. Ella suspiró sonoramente. Sintió una lágrima descendiendo despacio por su mejilla. Se había emocionado al escucharle cantar, supo que se lo cantaba con el corazón, completamente en serio porque él iba a estar allí para ella, siempre.

La melodía cambió de nuevo y esta vez era algo melancólico pero a su vez precioso. Jenny se irguió en su asiento y contuvo el aliento mientras le escuchaba. Se le encogió el corazón. El sonido de la música le llegó al alma y sintió como se le abría la boca sin que pudiera evitarlo, también notó como otra inevitable lágrima brotaba de sus ojos. David tocaba con los ojos cerrados, dejándose llevar por la melodía, por los sentimientos que le abordaban, por cómo había hecho que se sintiera conocer el triste pasado de la mujer que amaba.

Cuando terminó de tocar la canción se quedó en silencio, sin abrir los ojos y escuchando la respiración arrítmica de Jennifer a su lado. Entonces la escuchó hipar y se giró a mirarla abriendo los ojos rápidamente, saliendo de su trance. Estaba llorando de nuevo.

—Cariño... lo siento, no debería haber tocado algo así.

—No importa—se secó las lágrimas con el dorso de la mano—. Ha sido precioso. De verdad, David, me ha encantado. Es solo que... ya sabes... estoy sensible.

Sonrió con tristeza y se acercó a besarla. Lento, dulce, acariciando sus labios con la lengua, llevando la mano a su nuca para atraerla más hacia su boca. Escuchó un gemido salir de sus labios y se apartó para mirarla fijamente. Sus ojos tristes tenían ahora un brillo de deseo.

—¿Quieres que toque algo más movido?

—Quiero que me toques a mí—dijo casi sin aliento.

David reprimió una sonrisa. Siempre tan directa.

—Eres el instrumento que más me gusta tocar en el mundo, Jennifer.

Estiró la mano y recorrió su rostro con las yemas de los dedos. Ella cerró los ojos mientras dejaba escapar un suspiro de sus labios. Recorrió su boca, su mandíbula, bajó por su cuello hasta la clavícula, de allí fue hasta su hombro y siguió a lo largo de todo su brazo. Levantó la vista para mirarla y vio cómo su rostro había adquirido un toque de color gracias al rubor de sus mejillas.

La besó con dulzura de nuevo, llevando una mano a la parte baja de su espalda y la otra a su rostro. Jenny llevó las manos a su pelo y tiró levemente de los mechones oscuros mientras sus lenguas jugaban en sus bocas. Notó cómo las manos de él recorrían su espalda por debajo de la camiseta, despacio, con suavidad. Se acercó más a su cuerpo. Entonces él la cogió de la cintura y la levantó para que ella pasara una pierna por encima de las suyas y así quedara frente a él, sentada sobre su regazo.

—Hola... —susurró David mientras acariciaba su rostro con ambas manos.

—Hola...

Sus manos bajaron por su cuello y llegaron hasta sus pechos, cogiendo ambos entre sus manos y acariciándolos. Gimió mientras cerraba los ojos. Sintió sus labios recorrer su cuello, poniéndole la piel de gallina y mandando mil descargas eléctricas a lo más hondo de su ser. Jenny levantó los brazos para que él le quitara la camiseta. Dejó caer las manos sobre sus hombros para acariciarlos mientras volvían a besarse. Se acercó más a él y sintió su erección. Escuchó el gemido que surgió de los labios de David.

Entonces él tiró de su pelo sin fuerza, obligándola a echar la cabeza hacia atrás para tener mayor acceso a su cuello. Lo besó, lo recorrió con la lengua bajando hasta sus pechos, donde se entretuvo mientras escuchaba los dulces suspiros y gemidos de Jenny que cortaban el silencio de la habitación.

En algún momento mientras él besaba sus pechos ella se echó hacia atrás, haciendo presión en varias teclas del piano y asustándola. Sintió la risa de David sobre su piel y un nuevo escalofrío le recorrió todo el cuerpo.

—¿Tienes frío? —Le preguntó acariciando su pelo mientras mordisqueaba su clavícula.

—N-No...

Sintió la sonrisa en su piel.

—David... —susurró echando la cabeza hacia atrás cuando él mordió con más fuerza de la que esperaba uno de sus pezones.

—Dime...

En serio, que hablara mediante susurros sobre su piel era algo que le hacía perder el control de la mente. Iba a decirle algo, pero... ¿qué era? Ah, sí, eso sí lo recordaba.

—Te necesito...

Entonces él se separó de ella y se levantó de la banqueta con ella en brazos, obligándola a abrazarse con las piernas a su cintura.

—Tienes que quitarte esos pantalones si quieres que terminemos esto, Jen.

La miró sonriente y ella parpadeó sin entender qué quería decirle. Pantalones. Terminar... Ah, claro. Sonrió a la vez que desenroscaba las piernas de su cintura. Él cogió su cara con ambas manos y la besó con pasión y determinación, dejándola sin aliento, haciendo que sus piernas se convirtieran en gelatina. Se bajó los pantalones y los dejó caer al suelo, sacando las piernas con cuidado de no perder el equilibrio. Él también se había quitado los pantalones y entonces ambos estaban desnudos. Jenny le miró a los ojos y recorrió su cara delicadamente con los dedos de la mano derecha, bajó por su cuello, por su pecho hasta su abdomen y siguió bajando. David jadeó y cerró los ojos.

—Mírame —pidió ella.

Él abrió los ojos y la miró desenfocado, parpadeó para centrar la vista; su respiración agitada se mezclaba con la de ella. Se miraron a los ojos fijamente.

—Te quiero, David —susurró acercándose a besarle—. Quiero hacerlo aquí.

Una de las manos de David abandonó su piel y escuchó el sonido de una caja cerrándose. Él dio un paso hacia el piano y de repente notó el frío de la madera en la piel de su trasero. Ah, entonces ese ruido había sido la tapa al cerrarse. Sonrió mientras se agarraba a sus hombros anticipándose a lo que venía. Los ojos de David se encontraron con los suyos, justo entonces sintió cómo entraba dentro de ella, con fuerza pero suave a la vez. Gimió y se mordió el labio inferior. No apartó la mirada de la de él ni un segundo. Delicioso, con deliberada lentitud, con dulzura. El azul de sus ojos irradiaba amor mientras hacían el amor. Porque eso fue lo que hicieron en ese momento. Demostrarse lo que sentían mediante la unión de sus cuerpos.

Sus respiraciones entrecortadas eran lo único que se escuchaba tras la pasión que habían derrochado. David se dejó caer sobre la banqueta y Jenny se sentó en su regazo. La abrazó por la cintura y dejó la cabeza apoyada en su pecho.

—¿Tienes sueño? —Le preguntó él con dulzura cuando se hubo recuperado.

Asintió con la cabeza. De repente él se puso de pie y la levantó en volandas, rio agarrándose con fuerza a su cuello. Fueron hasta la habitación de David y la dejó sobre la cama con cuidado, la cubrió con la sábana y se metió en la cama a su lado. Jenny se acurrucó en su pecho y él la abrazó antes de besar su frente.

—Descansa, mi estrella.

Ella no pudo contestar nada, se quedó dormida en el mismo instante en que escuchó su dulce voz diciéndole esas palabras.

Al mediodía siguiente David bajó a comprar algo de leche, pan y huevos. Por supuesto lo hizo con gorra y gafas de sol, vestido con una chaqueta con el cuello levantado para que le cubriera lo máximo posible. No quería que nadie le reconociera. Aunque cuando entró en la pequeña tienda a la que solía ir siempre la dependienta le miró más de la cuenta.

Pagó la cuenta bastante nervioso. Estaba claro que le reconocía, seguramente cuando le vio en la tele al lado de Jennifer exclamó algo del estilo: *jese tipo viene a comprar leche!* Pero en ese momento no le dijo nada, simplemente le sonrió y le dio las gracias por su compra. David le devolvió una rápida sonrisa y salió a toda velocidad para volver de nuevo a la seguridad de su apartamento. La próxima vez pedirían comida a domicilio.

Al llegar allí, Jenny estaba sentada en la banqueta del piano con aire melancólico. Suspiró al verla, dejó las cosas en la cocina y fue hasta ella.

—Jen, ¿estás bien?

Ella se sobresaltó y parpadeó un par de veces antes de darse cuenta de que él estaba a su lado.

—Sí, sí, no te preocupes. Me has asustado —sonrió aunque la sonrisa no le llegó a los ojos—. No te he oído entrar.

—Tendré que ponerme un cascabel para no asustarte.

Ella rio con suavidad y a él le pareció el sonido más maravilloso del mundo. En serio, ¿cuándo se había transformado en un capullo romántico que casi besaba el suelo que pisaba esa mujer? Agitó la cabeza y se agachó para besarla dulcemente en la sien.

—¿Quieres comer algo?

—Sí, tengo hambre.

—Perfecto, el chef Hill le preparará un almuerzo espectacular.

Dobló el brazo hacia ella con una reverencia que la hizo reír de nuevo. Cogió la mano que le tendía y se levantó de la banqueta para caminar a su lado hasta la cocina. Se sentó en una de las sillas de la mesa de comedor que quedaba más cerca de la cocina y él fue hacia la encimera.

—Puedo ayudarte si quieres... —susurró Jenny.

—No. Hoy cocino yo. Déjame mimarte.

—Me gusta que me mimen —murmuró ella elevando ligeramente las comisuras de los labios.

—Es lo que tengo intención de hacer... —"toda la vida" añadió una vocecita en su cabeza.

Frunció el ceño y alejó ese pensamiento de la mente. Cogió unos huevos y empezó a batirlos. Sacó beicon de la nevera y lo puso en la sartén. Preparó la cafetera y la encendió, poco después el aroma a café recién hecho inundaba el apartamento. Hizo huevos revueltos que sirvió en un par de platos junto con el beicon tostado. Fue a la mesa y dejó un plato frente a Jenny, que había estado muy callada mientras él cocinaba. Sacó zumo de naranja de la nevera y lo sirvió en dos vasos, cogió la jarra del café y se sentó al lado de ella. La miró preocupado. Jugaba con el tenedor pinchando y soltando trozos de huevo.

—Jenny, en serio, ¿estás bien?

Ella suspiró sonoramente.

—No... —admitió por fin.

—No te he creído antes cuando me has dicho que sí —estiró la mano y colocó un mechón de pelo tras su oreja—. ¿Sigues pensando en lo que hemos hablado esta noche?

Asintió. Se metió el tenedor a la boca y empezó a masticar lentamente.

—¿Quieres hablar de ello?

—No lo sé... —murmuró mientras masticaba.

Él asintió y se sirvió café en una taza.

—Estoy saturada, David —dijo después de unos segundos en silencio—. Todo lo que está pasando... Me siento agobiada, triste, sin fuerzas...

—Vamos a ver —le dijo muy serio—. Voy a decirte las cosas tal y como las pienso. Si te enfadas conmigo... bueno... tendrás que desenfadarte antes o después, no quiero que pienses que te lo digo con mala intención.

—Jamás pensaría eso de ti.

—Me alegro, porque yo lo único que hago es preocuparme por ti e intentar ayudarte en lo que esté a mi alcance.

—Lo sé y te lo agradezco.

Estiró la mano y cogió la suya por encima de la mesa. Se miraron significativamente a los ojos y se sonrieron.

—Venga, estoy esperando, Hill —dijo sin dejar de sonreír.

—Allá voy —tomó aire—. Lo de la gira me parece una auténtica locura, lo sabes. Sigo pensando que estás loca por hacer algo así simplemente porque a mí me hayan despedido. Pero te lo agradezco. Me demuestra que te importo de verdad.

Ella se encogió de hombros.

—Es porque sin ti yo no sé estar... Ya no.

David sonrió y se acercó a besarla tiernamente en la punta de la nariz.

—Mi estrella alocada... —susurró mientras se alejaba.

Ella soltó una risita.

—El tema de tu padre... —siguió David—. Se va a solucionar, Jenny, no tengo ninguna duda. Si quieres que vayamos a Aberdeen para que hables con él, para desahogarte y para aclarar todo, yo voy contigo. Cuando tú quieras, como si quieres que cojamos un jodido avión esta misma tarde, lo haremos, yo estaré ahí.

Jenny le miraba con los ojos muy abiertos, el corazón le latía deprisa en el pecho.

—Pero creo que deberías tranquilizarte antes de hacer algo así. No sé, concienciarte de que no fue tu culpa, quitarte ese absurdo pensamiento de la cabeza porque no te hace ningún bien. Dudo mucho que ningún padre pueda culpar a un hijo de algo así. Mira a mi madre... —se encogió de hombros—. Sé que no es el mismo caso para nada, pero ella me perdonó y sigue pensando que soy su niño.

Se quedaron mirando en silencio un rato. Jenny asimilando todo lo que le estaba diciendo y él esperando ver alguna reacción por su parte. Pero no hubo nada, necesitaba tiempo, eso estaba claro. La atención de ella se centró en su plato de comida.

—¿Vendrías conmigo a Aberdeen? —Murmuró de repente.

Él la miró frunciendo el ceño primero pero enseguida asintió con la cabeza.

—¡Por supuesto! No dejaré que te enfrentes a esto sola. Ahora somos tú y yo, ¿recuerdas?

Jenny levantó la mirada de su plato y sonrió abiertamente, la mayor sonrisa que él le había visto en los últimos dos días.

—Tú y yo... —susurró mirándole a los ojos fijamente.

—Siempre, no lo olvides —y le obsequió con su maravillosa sonrisa, haciendo que esa sensación de calidez que sentía en el pecho se expandiera a todo su cuerpo.

Se levantó de la silla y fue hasta él, se sentó en su regazo y pasó los brazos por su cuello, abrazándole con fuerza.

—Gracias —murmuró contra su cuello—. Por todo.

—Estoy para lo que necesites.

Se quedaron abrazados fuertemente sin importar el tiempo ni nada que no fueran ellos dos. Nada más importaba. Ni la gira, ni Jason Prescott, ni el pasado, ni el qué dirán... Solos ellos dos.

Pero fuera del apartamento alguien observaba la ventana del segundo piso con una rabia interna imposible de contener. Apretó los puños con fuerza, haciendo que sus nudillos se volvieran blancos.

No podía creer que esa maldita relación siguiera adelante y que fuera bien. No podía creer que incluso hubieran aparecido delante de la prensa sin preocuparles absolutamente nada. No podía creer que ese que aparecía con Jenny de la mano, haciéndola sonreír de esa manera y besándola en esa maldita fiesta de Barbados a la que nadie le invitó, no fuera él.

Apretó las mandíbulas con fuerza y cruzó la calle. Fue hasta la entrada del edificio y, para su propia sorpresa, la puerta estaba abierta. Subió las escaleras, llegó al segundo piso y se detuvo frente al apartamento. Miró el sobre que llevaba en la mano. Las letras que esa misma mañana había recortado del periódico estaban pegadas, escribiendo el nombre de su obsesión: JENNIFER.

El sobre se deslizó por debajo de la puerta, solo a unos metros de donde ellos dos estaban abrazados. Por suerte, David poseía un oído muy fino y escuchó el ruido, frunció el ceño y se volvió hacia la puerta. Vio simplemente una esquina del sobre en el suelo pero supo perfectamente qué era. Se levantó de la silla a toda velocidad, haciendo que Jenny saltara en el aire y no se cayera al suelo de puro milagro. En ese momento en lo único que pensaba era en que ese cabrón estaba justo ahí, detrás de su puerta. Echó a correr y la abrió sintiendo el corazón latiéndole muy deprisa. No había nadie allí. Sin pensárselo demasiado echó a correr escaleras abajo.

—¡Jen, no te muevas de ahí y cierra la puerta! —Gritó a su chica cuando empezó a bajar las escaleras.

Ella hizo lo que le pedía, se acercó contrariada hacia la puerta sin entender qué pasaba, pero cuando vio el sobre en el suelo dejó escapar una exclamación y se llevó las manos a la boca. El loco de los anónimos había llegado hasta allí. Dio un par de pasos más hasta la puerta y colocó la mano sobre el pomo para cerrarla, pero cuando quedaban unos centímetros para que lo hiciera por completo una mano la detuvo. Jenny gritó. Esa mano ejerció presión para abrir la puerta y ella intentó cerrarla con todas sus fuerzas, empujando como si se le fuera la vida en ello. Empezó a asustarse de verdad. Entonces escuchó una voz conocida.

—Jen, soy yo...

Dejó de hacer fuerza automáticamente y se relajó, soltó todo el aire que tenía en los pulmones y se llevó las manos al pecho.

—Joder, qué susto me has dado.

La puerta se abrió y pudo ver a Josh sonriente apoyado en el marco. Le observó un instante y supo que había algo raro en él. Su sonrisa habitualmente sincera parecía crispada. Le vio ligeramente desaliñado.

Solía ir siempre bien vestido, conjuntado y perfectamente peinado. Pero entonces llevaba unos vaqueros roídos y una camiseta de manga corta. Teniendo en cuenta que en Nueva York acababa de empezar el otoño y que estaba muy nublado, era poca ropa para la temperatura que hacía en la calle. Además, iba despeinado y parecía no haberse afeitado en días.

—Josh... —empezó dando un par de pasos atrás—. ¿Qué estás haciendo aquí?

Él rio y se llevó la mano a la nuca para rascarse en claro gesto de nerviosismo, cosa que la puso en guardia. ¿Cómo narices había llegado al apartamento de David? ¿Qué coño estaba haciendo allí? ¿Por qué había salido David corriendo escaleras abajo y no se había encontrado con él? Y lo más importante: ¿dónde estaba David?

Sentía el corazón latiéndole deprisa en el pecho, su respiración se había acelerado y tuvo miedo de volver a sufrir otro episodio de pánico. Y es que era así exactamente como se sentía: muerta de miedo, con el pánico invadiendo sus venas y nublando su cerebro. Se obligó a respirar hondo y a tratar de calmarse.

Josh entró en el apartamento sin esperar a ser invitado y cerró la puerta tras él. Echó el seguro y ella dio otros dos pasos hacia atrás. ¿Acababa de encerrarles dentro? *Mierda, mierda, mierda...*

—Me he enterado de que lo tuyo con el cangurito va en serio... —dijo con voz falsamente calmada mientras pasaba los dedos por el marco de uno de los cuadros de la pared—. Fue toda una sorpresa ver las imágenes de Barbados en televisión, qué decir de las del aeropuerto.

Jenny no sabía qué decir, ni siquiera encontraba la voz.

—No me invitaste a tu cumpleaños, Jen.

Ella intentó sonreír pero le salió una mueca digna del Pasaje del Terror.

—Lo siento, Josh... No creí que tú quisieras...

—¿Que yo no quisiera qué, Jenny? —La cortó mirándola con los ojos muy abiertos—. ¿Que yo no quisiera ir, que no quisiera celebrar contigo tu cumpleaños, que no quisiera estar contigo? ¡Eh! ¡Contéstame! ¿Qué creías que no quería?

Jenny retrocedió dos pasos, asustada ante la dureza e intensidad en las palabras del que fue su amante y chocó con la pared. Sentía el pulso atronador en los oídos y estaba segura de que el color habría abandonado su rostro. No entendía absolutamente nada. ¿Por qué le estaba gritando de esa manera?

—Josh... —estiró la mano hacia delante e intentó sonreír para transmitirle calma—. No hemos hablado en mucho tiempo, nos hemos distanciado y yo...

—Y tú creíste que invitarme a tu cumpleaños al igual que los últimos cinco años era un error, ¿no?

Se acercó a ella, sin dejar de observar a su alrededor. Apreció que estaba muy nervioso y que tenía una especie de tic en el ojo. Jamás le había visto así. Se apretó más a la pared y empezó a rogar a quién fuera que había en el cielo para que David apareciera cuanto antes y la sacara de allí.

—El apartamento de tu novio no está mal... —observó el salón y vio el piano—. ¿También toca? Ese imbécil es un portento. Qué mejor para una estrella como tú, ¿verdad? Nada de un simple bailarín que es conocido en todo el país. No... eso no era suficiente para ti. Tú lo querías todo... Tú querías ligar con todo lo que tuviera pene y además tenerme a mí para cuando necesitaras algo más seguro a lo que agarrarte. Pero en cuanto él llegó yo pasé a ser un cero a la izquierda, una mierda, ¡nada!

Jenny dio un respingo y miró asustada al que suponía su amigo y con el que había compartido tantos momentos de su vida.

—¿Qué te pasa, Josh? —Se atrevió a preguntar con voz temblorosa.

—¿Que qué me pasa? ¡¿Qué me pasa?! —Gritó encarándola—. Que tú eres mía y dejaste que ese gilipollas se metiera en medio, eso es lo que me pasa.

Se había acercado tanto a ella que sus narices casi se rozaban. Sentía su aliento sobre ella, apeataba a alcohol. Sus ojos negros normalmente alegres y llenos de vida parecían los ojos de un demente. Apoyó las manos en la pared y cerró los ojos intentando no ponerse a llorar, pero en realidad estaba tan asustada que incluso le temblaban las piernas.

—Ni siquiera los putos anónimos han servido de nada —rio amargamente apartándose de ella unos centímetros pero apoyando una de sus manos al lado de su cabeza, acorralándola ligeramente—. Deberías haber venido a buscarme, a pedirme ayuda como siempre hacías antes, como era antes de que él llegara.

Jenny frunció el ceño. Entonces lo entendió todo. Josh era el de los anónimos. Le miró como si acabara de ver un fantasma o al mismísimo diablo. Sintió el corazón latiéndole a toda velocidad a causa del miedo. La cara de Josh y esa mirada que tenía no le calmaban en absoluto, al revés, la empujaban a un estado de pánico peligroso.

—¿Qué... qué pretendes con todo esto? —Le preguntó en un susurro.

La miró fijamente y apoyó la otra mano al otro lado de su cabeza. Sonrió y un escalofrío recorrió toda la espalda de Jennifer.

Su mente empezó a trabajar a toda velocidad. Estaba ahí, encerrada con Josh en el apartamento de David. Pero no con un Josh normal y divertido como solía ser antes, no, estaba ahí con un Josh que había perdido el juicio, que parecía recién sacado de un psiquiátrico y al que solo le faltaba la camisa blanca de fuerza. Tenía que salir de allí. No tenía ni puñetera idea de qué planes tenía para ella.

El solo hecho de pensar en que quisiera forzarla o que la golpeará...

Después de todo, ellos nunca tuvieron nada serio, jamás fueron pareja ni nada que se le pareciera. Ni siquiera se habían dicho que se querían ni una sola vez en todo el tiempo que estuvieron juntos. Es más, ni siquiera habían estado juntos realmente.

Nunca se le había pasado por la mente hablar de amor con Josh. Se enrollaban, se tenían de comodín, una manera de no estar solos cuando querían compañía. Eso es lo que fueron: comodines, nada más.

Y él había decidido que su relación con David no podía ser, había decidido que la mejor manera de romperla era asustándola, mandando estúpidos anónimos que la hicieran ir hacia él. Ni siquiera entendía ese planteamiento. ¿Por qué iba a ir a él teniendo a David?

Tomó aire y miró fijamente a los ojos de Josh que seguían pareciendo los de un loco demente.

—Josh, déjame salir de aquí, podemos hablar las cosas y...

—¡No! —Gritó golpeando la pared y sobresaltándola—. No te vas a mover de aquí hasta que me digas que volverás conmigo.

¡¿Qué?!

Unos golpes en la puerta les sobresaltaron.

—¡Jen! —¡David! Sintió como su corazón se relajaba al escuchar su voz—. ¿Por qué has cerrado? No puedo entrar.

El cuerpo de su agresor se tensó por completo al escuchar esa voz y se volvió a mirar hacia la puerta. En ese momento Jenny actuó sin pensar, sin darle demasiadas vueltas porque en caso contrario probablemente nunca lo hubiera hecho.

Miró a Josh mientras él observaba la puerta. Puso las manos sobre sus hombros casi sin apoyarse en ellos y levantó la rodilla derecha para impactar con dureza en sus partes masculinas. Lo hizo con todas sus fuerzas, agradeciendo internamente a Caroline el hecho de que se empeñara en que empezara sus clases de *Kick Jitsu*.

Él soltó un grito ahogado a la vez que se volvía hacia ella y le miraba con la sorpresa y el dolor escritos en el rostro. Se llevó las manos a la entrepierna y se agachó. Jenny aprovechó el momento para empujarle, tirándolo al suelo, y echar a correr hacia la puerta. Desde el suelo, Josh estiró una mano para agarrarla por el tobillo haciéndola caer delante de él y golpearse la cabeza con fuerza contra el piso.

David escuchó todos los ruidos dentro de su apartamento. Entonces entendió que él estaba dentro con ella. El loco de los anónimos estaba con ella. La había retenido a la fuerza en su apartamento y se escuchaban gritos y golpes. Empezó a aporrear la puerta.

—¡Jen! ¿Estás bien? ¡Jenny, ábreme la puerta! Maldito hijo de puta, como le toques un pelo te mataré, ¿me estás oyendo? —Gritaba sin control, casi sin darse cuenta de las palabras que salían por su boca—. ¡Abre la maldita puerta, cabrón de mierda!

Jenny estaba dentro escuchando sus gritos, tirada en el suelo. Se volvió hacia Josh y le vio a su lado, todavía con una mano en sus partes y sujetándole el tobillo con la otra. Tomó aire y le dio una patada en la cara con el pie libre. El grito de Josh fue todavía mayor que el anterior e, inmediatamente, soltó su tobillo para llevarse esa mano a la zona herida.

Vio como la sangre empezaba a gotear en el suelo. Se levantó a la vez que corría (medio gateando, medio reptando) y fue hasta la puerta. Quitó el seguro y abrió la puerta.

Un muy asustado David entró como una exhalación, con la cara blanca por el pánico. Observó su apartamento buscando al agresor para partírselo la cara. Cuando descubrió al estúpido bailarín de las narices tirado en el suelo, sangrando y llorando como un bebé. Le invadió una rabia irracional. No podía compararse con nada porque jamás había estado tan furioso.

Trató de acercarse a él pero Jenny se lanzó a sus brazos y él la sostuvo con fuerza. Ella le agarraba como si fuera el último abrazo que le fuera a dar en la vida, como si no les quedara tiempo suficiente para ello. En realidad eso fue lo que él creyó por un momento mientras estaba al otro lado de la puerta, que su tiempo juntos se había acabado.

David besó su cabeza, acarició su pelo y su espalda una y otra vez. Jenny se había enganchado a su cuello y había enterrado la nariz en él. Su puerto seguro. Tenía los ojos cerrados con fuerza y respiraba demasiado rápido, David se dio cuenta.

—Tranquila, cariño, ya estoy aquí, tranquilízate... —susurró acariciando su pelo para que se calmara. Lo último que quería era que se desmayara.

Entonces centró su atención en Josh finalmente.

—¡¿Eras tú?! —Exclamó señalándole—. El de los anónimos eras tú... Maldito cabrón de mierda...

Y se lanzó hacia él soltando a Jenny por completo, dispuesto a darle una paliza. Estaba cegado por la ira, lo veía todo rojo y fuego. Cuando llegó a su lado y comenzó a levantar la pierna dispuesto a darle una patada en pleno estómago, sintió unas manos agarrándole por el brazo.

—¡No, David! Déjalo, por favor.

Si no hubiera sido por esa voz, si no hubiera sentido sus manos cogiéndole con dulzura...

Se relajó y suspiró fuertemente. Miró a Josh tendido en el suelo de su apartamento, sangrando sin parar. Entonces frunció el ceño y se volvió hacia ella.

—¿Qué coño le has hecho?

El caos que había en el apartamento de David una hora después era digno de una película de cine. La policía había esposado a Josh que ya había dejado de sangrar. Tenía la nariz rota y los cardenales empezaban a ser latentes alrededor de sus ojos. Jenny estaba sentada en el sofá con David a su lado, abrazándola con fuerza mientras hablaba con dos agentes. Uno de ellos era Jonathan, el amigo con el que habló acerca de los anónimos. También había dos médicos de la ambulancia que habían revisado las heridas de Josh y ya estaban abandonando el apartamento al no ser de gravedad.

—Entonces me está diciendo que él era el que mandaba los anónimos, ¿es correcto? —Le preguntaba Jonathan a Jenny, que parecía no poder separarse de David ni un solo milímetro.

Ella asintió con la cabeza y fue David el que relató cómo había oído deslizarse el sobre bajo la puerta y cómo sucedió todo después de eso. Ella casi no podía hablar, seguía en shock. Contestó como pudo a todas las preguntas que Jonathan le hizo. Los dos agentes la miraron con clara incredulidad cuando les dijo que ella misma le había dado una patada en los huevos para salir corriendo hacia la puerta y todavía la miraron más sorprendidos cuando les dijo que le dio una patada en la cara para que la soltara cuando la tiró al suelo. David no pudo evitar sonreír completamente orgulloso de ella, apretándola un poco más a su cuerpo.

—Bueno, nos llevamos al sujeto y os mantendré informados de cualquier novedad —les dijo Jonathan poniéndose en pie y dándole la mano a David—. Es un problema que sea una persona pública, pero aunque se libre de la cárcel nadie le quita una orden de alejamiento y salir en las noticias durante una temporada. Eso también te incluye a ti, Jennifer.

—Jenny, por favor.

El policía asintió sonriendo.

—Tendréis que tener paciencia.

—Lo sabemos —dijo David frunciendo los labios.

—Gracias por todo, Jonathan —le dijo Jenny dándole la mano también.

—Has sido muy valiente, Jennifer... —ella le miró enarcando las cejas haciéndole reír—. Disculpa, Jenny. No he conocido a muchas mujeres que tengan tanto valor como para defenderse de esa manera ante un agresor más grande que ellas.

—Es que Jenny es mucha Jenny —rio David abrazando un poco más a su chica.

—Artes marciales —dijo ella sonriendo tímidamente.

Se despidieron de ambos agentes y los dos se marcharon del apartamento con los otros policías que habían estado haciendo fotos y tomando huellas del lugar. Entonces Jenny tomó aire y se echó a llorar. David la miró sorprendido. La había visto tan calmada y entera durante todo el interrogatorio que no pensó que fuera a derrumbarse en ningún momento.

—Jen, cielo, no llores, ya ha pasado todo...

—Lo sé, es solo que... —hipó—, me he asustado muchísimo.

Él soltó una carcajada y se ganó una mirada confusa y con algo de enfado pese a estar llena de lágrimas.

—No me mires así, le has dado una paliza a ese gilipollas. Le has roto la nariz, Jen, ¡la puta nariz! —Se acercó a besarla en la frente—. Casi tengo hasta envidia. Me hubiera encantado hacerlo a mí mismo.

Y apretó con fuerza las mandíbulas. Jenny dejó salir un par de lágrimas más, desahogándose por la angustia que había sentido y unos minutos después estaba riendo

con David mientras recordaba la patada en las pelotas que le había dado al malnacido de Josh.

El timbre de la puerta sonó. David le dio un rápido beso en los labios y se levantó para abrir, pero ella fue tras él cogiéndole de la mano. La miró frunciendo el ceño pero siguió hasta la puerta con ella como su sombra. Miró por la mirilla antes de abrir. Sonrió y abrió la puerta para dejar entrar a la locura.

—¡Jenny! ¿Estás bien, cariño? —Caroline se lanzó a los brazos de su amiga.

—Ese maldito asqueroso de Josh... —Anna abrazó a sus dos amigas empujando a David hacia atrás en el pasillo.

—Hey, amigo —William se acercó a él con gesto serio—. Siento muchísimo no haber mandado a nadie con vosotros, tendría que haberlo pensado.

—No, Will, no pasa nada —puso la mano en su hombro—. No podías saberlo. Ninguno pensamos que pudiera seguirnos hasta aquí.

—¿Os ha hecho daño? —Le preguntó Gary mientras se acercaba a abrazarlo preocupado.

—No, Jenny sabe defenderse muy bien solita.

Los tres la observaron mientras abrazaba a Anna y Caroline entre lágrimas. Pero no era la única que lloraba, las otras dos también estaba sumidas en un río de lágrimas y las tres parecían inconsolables. Era algo lógico.

Se querían tantísimo que el simple hecho de imaginar que a ninguna de ellas pudiera pasarles algo les resultaba demasiado doloroso. Jenny se desahogó con ellas de nuevo, agradecida por sus abrazos, por sus caricias y sus palabras de ánimo. De nuevo estaban allí con ella, como siempre.

Una vez se separaron tras el abrazo colectivo, Jenny abrazó con fuerza a William, esa vez fue mayor la efusividad de ella que la de él.

—Jen... me estás ahogando...

Ella rio y le abrazó todavía más fuerte. Su hermano mayor...

Gary fue el último en acercarse a ella y su abrazo fue mucho más dulce que los otros. Se miraron a los ojos y ella volvió a llorar. Gaz era el puerto seguro que había tenido durante toda su vida hasta que David apareció, el que siempre había estado allí pese a todas sus locuras, poniéndole cordura a sus momentos de desvarie. Y entonces, al verle tan preocupado, sintió las pocas fuerzas que le quedaban desvanecerse y lloró hasta el agotamiento.

Los seis se sentaron en el sofá y David les contó todo lo que había pasado. Jenny se recostó en su hombro y cerró los ojos para descansar un momento. Poco después se había quedado dormida, exhausta tras el bajón de adrenalina.

—Llévala a la cama —murmuró Anna mientras le apartaba el pelo de la cara.

La cogió en brazos y la llevó hasta su cama. La dejó sobre las sábanas y cogió una manta para cubrirla. Se agachó para darle un beso en la mejilla y acarició su cabeza con cariño. Su estrella alocada y karateka. Agradeció a quien quiera que hubiera ahí arriba por haber permitido que saliera sana y salva de toda esa situación.

—David... —murmuró ella removiéndose inquieta en la cama.

—Estoy aquí, cariño —volvió a acariciarle el pelo.

Ella se relajó y esbozó una sonrisa en su rostro dormido.

—Te quiero... —susurró acurrucándose en la cama.

—Y yo a ti —se acercó a besarla de nuevo—. Te quiero, Jennifer.

Su respiración se volvió rítmica y la dejó descansando. Salió de la habitación y observó a los amigos de Jenny en su sofá, preocupados por ella, asustados por todo lo que había pasado.

Se sentó con ellos de nuevo y Anna se apoyó en su hombro.

—Hemos estado muy preocupados por vosotros desde que nos has llamado. El trayecto desde casa hasta aquí se me ha hecho eterno.

—Solo de pensar que os podía haber pasado algo... —dijo Caroline negando con la cabeza.

—Jenny es muy valiente. Todavía no me puedo creer que le haya dado una patada en los huevos al gilipollas de los c...

—Es muy buena con el *Kick Jitsu*, David —le cortó Caroline—. Un día le dio una paliza a Will.

—¡Estaba enfermo, tenía fiebre! —Exclamó el aludido.

—Excusas baratas —rio Gary.

Todos rieron notando como la calma volvía de nuevo, sintiendo sus cuerpos relajarse y tranquilizarse.

Estuvieron bromeando y hablando de cosas intrascendentes, queriendo aparentar normalidad ante lo que acababa de suceder. Después de todo ya sabían quién era el de los anónimos, ya entendían por qué pudo subir hasta su apartamento (Joe le conocía) y podían estar más tranquilos sabiendo que le había detenido la policía. No pusieron la televisión e ignoraron el murmullo incesante que provenía de la calle.

Por supuesto que los periodistas se habían enterado de todo. Los gritos de David habían alertado a los vecinos y alguno de ellos había llamado a las hienas al descubrir que se trataba de algo relacionado con la pareja del momento. Los periodistas llevaban apostados en su puerta durante horas, esperando verles asomarse por la ventana o saliendo a la calle. Probablemente lo que había sucedido ya estaría saliendo en todas partes, pero no querían verlo. Preferían hacer que eso era algo pasado y que ya podían olvidarlo, nada de remover más la mierda.

Alrededor de las ocho de la tarde los chicos se marcharon. Se habían comido y bebido la mitad de las provisiones de David, todas sus bolsas de patatas y las cervezas que supuestamente eran para Jenny. William empezó a hablar acerca de un restaurante japonés que hacía el mejor sushi de la ciudad y le propuso despertar a Jenny para ir todos juntos. Caroline le dio una colleja en la cabeza.

—Necesita descansar después del shock.

—¿Seguirás haciéndome eso cuando nos casemos?

Todos rieron mientras caminaban hacia la salida. Las chicas besaron y abrazaron a David con mucho cariño y los chicos le palmearon la espalda dándole las gracias por cuidar de su amiga. Los observó bajando las escaleras. William con el brazo alrededor de los hombros de Caroline, Anna y Gary cogidos de la mano. En ese momento supo que no solo eran los amigos de Jenny. Eran sus amigos. Le querían y él les quería a ellos. Suspiró justo antes de cerrar la puerta.

Fue a la cocina y sacó lo necesario para limpiar las manchas de sangre del suelo que no había dejado limpiar a Caroline por mucho que pretendió hacerlo. Limpió los restos de ese terrible rato que Jenny había pasado a solas con ese cerdo asqueroso intentando no pensar demasiado en ello porque sentía la rabia fluir con total libertad por sus venas de nuevo. Si él hubiera estado allí... No debería haber salido corriendo escaleras abajo, debería haber pensado que estaría escondido a la espera de atacar a Jenny. Si algo malo le hubiera pasado no podría perdonárselo en la vida.

Estaba ensimismado mientras secaba con un trapo el suelo de madera para evitar dejar ninguna mancha cuando escuchó los gritos de Jenny en la habitación. Le costó escasos segundos llegar hasta ella. Parecía tener una pesadilla. Se sentó a su lado y le acarició el pelo con suavidad.

—Sshhh, cariño. Estoy aquí, estoy aquí...

Ella balbuceó algo que no entendió pero se relajó. Dejó de apretar con fuerza los párpados y su frente dejó de estar arrugada. Su rostro se fue tranquilizando mientras él le susurraba que estaba ahí y que todo iba bien. La besó con dulzura una y otra vez, notando como sus besos la apaciguaban. La escuchó murmurar su nombre varias veces y poco después su sueño se convirtió en tranquilo y sin pesadillas.

Estuvo sentado en la cama un rato más, acariciándola, apartando el pelo de su cara, observándola dormir y esperando que en su sueño no reviviera nada de lo que había pasado ese horrible día.

Cuando se aseguró de que estaba calmada suspiró hondo y se puso de pie. Se cambió de ropa y se puso el pijama. Sabía perfectamente que no iba a ser capaz de dormirse así que salió al salón dejando abierta la puerta de su habitación para poder escuchar cualquier susurro entre sueños o pesadillas. Fue a la cocina y se preparó una taza de té. Joder, hacía siglos que no tomaba té, su madre siempre se lo preparaba cuando estaba de exámenes diciéndole que era una buena manera de combatir los nervios. En ese momento esperó que ejerciera el efecto de antaño en su cuerpo y le permitiera, al menos, relajar un poco los músculos.

Se sentó en el sofá con la humeante taza de té entre las manos. Miró al frente, a la televisión apagada. Resistió las enormes ganas de encenderla para ver qué estarían diciendo de todo lo sucedido. Si lo hacía, lo más probable era que terminara con un cabreo de mil pares porque cualquier similitud con la realidad sería mínima.

Estaba recostado e intentando relajarse cuando el sonido de su móvil le sobresaltó. Se incorporó para cogerlo de la mesita pensando que sería Carlo, no había tenido noticias suyas en todo el día y le resultaba demasiado extraño.

Pese a su enfado con Jenny no había dejado de ser su representante y lo que había pasado era demasiado serio como para que no se preocupara por ella. Miró la pantalla y vio que era un número privado. Frunció el ceño. De todas maneras contestó, podría ser algo relacionado con el cabrón de Josh.

—¿Dígame?

—Oh, David, cariño, ¿qué tal estáis?

—Mamá... Qué sorpresa oír tu voz —sonrió contento de escuchar a su madre al otro lado de la línea.

—No sabes el susto que nos hemos dado al ver lo que ha pasado en las noticias. Kate está histérica.

Podía escuchar perfectamente la voz de su hermana dando voces.

—La oigo, mamá —rio ligeramente.

—Dice que quiere hablar con Jenny para asegurarse de que está bien.

—Está descansando ahora mismo.

—Está descansando —informó Ygritte a Kate. Escuchó a su hermana decir algo más que su madre se encargó de retransmitir—. Dice que quiere hablar con ella cuando despierte, está muy preocupada, David. Bueno... y yo también. Incluso tu padre está nervioso con todo lo que ha pasado.

—¿En serio? —Le sorprendía que toda su familia estuviera tan pendiente de lo que había sucedido.

—David Gerard Hill, Jennifer es tu novia, es una más de nuestra familia. ¿Cómo no íbamos a estar preocupados?

Sonrió escuchando a su madre. Hacía mucho tiempo que no le llamaba por su nombre completo. Además, le gustó saber que se preocupaban por Jenny.

—De acuerdo, mamá, tienes razón.

—Bueno, cariño, cuéntame, ¿está tranquila? En la televisión dicen que la han agredido.

—No, mamá, no la han agredido —la corrigió. Sabía que las hienas dirían de todo—. Había un loco que le mandaba anónimos y nos siguió hasta mi apartamento. He creído que le tenía pero en realidad él estaba esperando mi error para poder entrar. Jenny se ha asustado mucho pero es una chica dura que sabe defenderse.

—Dios mío, no me puedo imaginar cómo lo habrá pasado...

—Es muy valiente, mamá. Le ha pateado el culo a ese cabrón.

—¡David! No hables así —le regañó.

Él rodó los ojos.

—Mamá... tengo treinta años...

—¡No me importa! No te eduqué para que hablaras de esa manera de las personas, sean lo que sean.

—Ese tipo no merece ningún respeto —soltó apretando las mandíbulas.

—De acuerdo —aceptó su madre resignada—. Pero intenta no hablar así delante de mí.

David sonrió.

—Vale, mamá, lo recordaré. ¿Qué tal estáis vosotros? Hace tiempo que no hablamos.

—Estamos bien, cariño, tu padre tiene la espalda destrozada pero es cosa de la edad. Quiere seguir aparentando ser un jovencito pero ya no lo es. Montar a caballo no le va bien pero no hay manera de que lo deje, es tan cabezota...

David rio al escucharle. Entonces se dio cuenta de que tenía ganas de volver a ver a su familia. No podría esperar hasta Navidad, todavía quedaban demasiados meses. Desde que estuvo en Norfolk en verano habían pasado solo tres meses y en ese momento supo que necesitaba ver a su madre para abrazarla, que echaba de menos la risa de su hermana y que quería ver la mirada sabia de su padre. De repente un sentimiento melancólico le invadió.

—También te llamo para decirte otra cosa.

Escuchó a su madre y dejó a un lado la tristeza repentina.

— ¡Vamos a ir a verte a Nueva York!

—Tienes que dar una rueda de prensa.

—Gary...

Miró hacia el techo intentando ganar algo de paciencia.

—No, Jen —dijo su amigo al otro lado del teléfono—. Todo el mundo está haciendo preguntas, tus fans están histéricos. ¿No has puesto la televisión?

—La verdad es que es lo último que quiero hacer ahora mismo.

—Han salido imágenes de niñas llorando, preocupadísimas por lo que te ha pasado. ¡Creen que estás herida!

—¿En serio? —Susurró. Que sus fans estuvieran tan preocupadas por ella era un asunto serio.

—Los periodistas están diciendo de todo, no saben lo que ha pasado en realidad y especulan sin cesar. Tus fans merecen saber qué ha pasado contigo y quién mejor que tú para hacerlo, no les hagas pasar un mal trago con todo esto.

Jenny tomó aire y lo soltó despacio, pensando seriamente lo que Gary le estaba diciendo.

—No sé si podré hablarlo delante de las cámaras como si nada, Gaz. Me da miedo venirme abajo frente a todos.

—Yo estaré a tu lado.

—No sé si puedo contar todo lo que ha pasado, la policía...

—Yo hablaré con ellos y preguntaré hasta dónde podemos hablar. Pero tienes que dar esa rueda de prensa, Jen. Mi teléfono está que echa humo, todo el mundo quiere saber qué ha pasado, si estás bien o estás herida.

Ella cerró los ojos y asintió.

—Está bien, lo haré. Pero no quiero una rueda de prensa con todos los medios, ni quiero que me avasallen con preguntas estúpidas acerca de David, solo contestaré a cinco preguntas y si hay alguna que no me gusta no la contestaré. Déjales eso bien claro.

—De acuerdo, así será.

Se quedaron los dos en silencio.

—¿Qué tal te encuentras hoy? ¿Has dormido bien esta noche?

Jenny se encogió de hombros, como si él pudiera verle a través de la línea.

—He tenido pesadillas... pero tener a David cerca ayuda.

—Me alegro mucho de que le hayas encontrado, Jen.

—Yo también —sonrió.

—Admito que al principio creí que era un capullo pero ahora no me puedo imaginar a nadie mejor para ti.

—Comparto tu misma opinión —rió y escuchó la risa de su amigo al otro lado.

—Voy a organizar todo para la rueda de prensa. ¿Te parece bien que les convoque para esta tarde alrededor de las cinco en la sala de prensa del Four Seasons?

—Lo que sea, Gaz, pero cuanto antes para poder pasar página de toda esta mierda.

—Muy bien, luego te llamo y te doy los detalles. Hasta luego.

—Hasta luego.

Colgó el teléfono y se dio la vuelta en la cama. Miró al techo y se quedó pensativa unos segundos. En cuanto el rostro de Josh lleno de locura acudió a su mente agitó la cabeza y se incorporó. No quería pararse a pensar en eso.

Salió de la cama y se puso una sudadera de David que había apoyada en una silla. La puerta de la habitación estaba abierta y podía escuchar el sonido de la televisión encendida. Cuando salió al salón le vio dormido en el sofá envuelto en una manta, con el ceño fruncido y las mandíbulas apretadas. Se sentó a su lado y acarició su mejilla con suavidad. La expresión de su rostro se relajó un poco y se acercó a besarle en la comisura de los labios. David suspiró y se relajó por completo. Eso la hizo sonreír. Le cubrió mejor con la manta, comenzaba a hacer frío y no quería que enfermara.

Se levantó del sofá y fue a la nevera. Decidió preparar algo de comer para ambos. Con todos los acontecimientos recientes apenas habían probado bocado. Sacó lechuga, un par de tomates y observó el interior del congelador. Sacó un par de pechugas de pollo y las metió en el microondas a baja potencia para descongelarlas. Cortó la lechuga y la lavó; troceó los tomates y puso todo en una ensaladera de cristal que encontró en un armario. Cuando las pechugas estuvieron descongeladas las puso en la plancha.

—Buenos días.

Se llevó una mano al pecho a la vez que se daba la vuelta, ligeramente sobresaltada. David estaba tumbado en el sofá observándola, con el pelo revuelto y cara de sueño. Completamente adorable.

—Buenos días, ¿tienes hambre?

—La verdad es que sí —se levantó del sofá mientras se rascaba la cabeza y se estiraba—. Recuérdame que no vuelva a dormirme en este sofá en la vida. Qué dolor de espalda...

—No sé por qué no has venido a dormir conmigo —le contestó mientras controlaba los filetes.

—Anoche no podía dormir y me puse a ver la televisión. Debí quedarme dormido en algún momento.

Se acercó a ella y la cogió por la cintura, apoyó la barbilla en su hombro y le dio un suave beso en el cuello justo bajo su oído.

—¿Qué tal has dormido?

Jenny se encogió de hombros. No quería hablarle de las horribles pesadillas que había tenido, no quería que se preocupara.

—Sé que has tenido pesadillas.

Siguió con el pollo como si nada, no quería pensar en eso.

—Todo va a estar bien ahora, Jenny, no pienses más en ello.

—Es fácil decirlo —murmuró.

—No voy a apartarme de tu lado ni un segundo.

Esa frase hizo que ella suspirara. Se recostó sobre su pecho, preparándose para lo que iba a pedirle. Tomó aire.

—¿Estarás conmigo en la rueda de prensa?

—¿Qué rueda de prensa?

—¿Puedes repetirme por qué cojones tengo que estar yo aquí sentado, por favor?

Gary rio entre dientes y se giró ligeramente hacia él apartando la boca del micrófono que tenía delante.

—Porque quieres a Jenny y quieres que ella se sienta cómoda.

David bufó y se pasó la mano por el pelo claramente nervioso. Miró hacia delante y tuvo que respirar hondo mientras contaba mentalmente hasta diez para intentar tranquilizarse.

No tenía ni idea de cuánta gente habría ahí delante, puede que unas veinticinco personas. Unos llevaban cámaras de fotos con objetivos enormes, otros llevaban cámaras más pequeñas, había alguna cámara de televisión, la FOX estaba allí al igual que la MTV. Todos los periodistas estaban ansiosos por ver aparecer a Jennifer, cosa que no quería decir que no lo estuvieran por verle a él. Hacia dos minutos, cuando se sentó en la silla al lado de Gary, una ráfaga de flashes casi le había dejado ciego.

En serio, ¿qué coño hacía él ahí sentado?

Justo entonces aumentó el volumen de los cuchicheos entre los periodistas hasta convertirse en un cúmulo de voces acompañados por el sonido de los lanzamientos de fotos. David se volvió hacia donde todas las cámaras enfocaban y vio entrar a Jenny en la sala seguida de cerca por William. Llevaba unos vaqueros claros, botas marrones hasta la rodilla y un jersey ancho de punto de color beige. Apreció su nerviosismo aunque lo ocultara a la perfección con una falsa fachada de seguridad. Sonrió. Años de práctica ante esa cuadrilla de carroñeros de la información.

Jenny se sentó al lado de David y le dirigió una pequeña sonrisa. Él le cogió la mano por debajo de la mesa y se la apretó para demostrarle su apoyo incondicional. Pese a que se sintiera como un manojo de nervios había prometido estar a su lado en todo momento y quería que sintiera que era así, sin importar nada más que ellos dos.

Ella tomó una gran inspiración y miró a Gary para hacerle un pequeño movimiento de cabeza e indicarle que podían comenzar.

—Buenas tardes, damas y caballeros —anunció él—. Hemos convocado esta rueda de prensa para aclarar los hechos sucedidos en las últimas horas y que están provocando tanto revuelo. Jennifer va a contestar a sus preguntas, pero no contestará a ninguna pregunta inapropiada y que no corresponda al carácter de esta rueda de prensa. ¿de acuerdo? Entonces, comencemos.

Señaló a una chica de pelo corto oscuro que estaba en la primera fila.

—Buenas tardes, Sarah Jones, de la revista Rolling Stone. Jennifer, tenemos entendido que todo esto comenzó por una serie de anónimos que usted recibió y que la persona que se los enviaba consiguió seguirles hasta el domicilio del señor Hill, donde entró a la fuerza con claras intenciones de agredirla. ¿Es eso cierto?

Jenny tomó aire.

—Sí, Sarah, empecé a recibir unos anónimos antes de comenzar la gira pero no le dimos mayor importancia porque no era la primera vez que algo así ocurría, suele haber gente que manda anónimos de ese tipo pero jamás son con malas intenciones. No creímos que la cosa fuera a terminar de esta manera. La verdad es que no sé si las intenciones del... mmm... agresor, eran las de hacerme daño, yo creo que no hubiera sido capaz de algo así.

Escuchó a David bufar a su lado. Él no pensaba igual en absoluto.

Gary señaló a un hombre calvo con gafas que llevaba una grabadora en la mano.

—Thomas Scott, Fox News. ¿Podría confirmar que el agresor era Josh White, antigua pareja suya?

Ella se removió incómoda en su asiento. Sintió que David apretaba un poco más fuerte su mano.

—Sí, era él.

Se escuchó un murmullo en toda la sala y saltaron más flashes.

Jenny bajó la mirada, trató de serenarse y mantener calmada su respiración. Hablar de todo eso la ponía muy nerviosa, todavía no entendía que Josh hubiera actuado así.

No se dio cuenta de a quién señalaba Gary hasta que escuchó su voz.

—Jack Nelly, MTV. ¿Su gira sigue adelante pese a todo lo ocurrido?

Tragó en seco. Tema delicado.

—Siento mucho comunicar que mi gira se va a posponer durante un tiempo indefinido. Quiero decir a todos mis fans que mis conciertos se harán pero no en las fechas programadas. El dinero de las entradas será reembolsado y siento mucho causarles cualquier tipo de problema, pero ahora mismo no me siento con fuerzas para continuar con la gira.

<<Sé que serán comprensivos y entenderán las razones que motivan esto. Quiero aprovechar para agradecerles todo el apoyo que me dan y para decirles que no se preocupen por mí, que estoy bien. He de añadir que os habéis pasado diciendo que me habían agredido y eso ha provocado que muchos de ellos se asusten, tenéis que admitir que sois una cuadrilla de capullos en muchas ocasiones.

Se escucharon risitas en la sala. Jenny no utilizó un mal tono de voz para decir eso, es más, lo dijo con diversión, con falso tono de reprimenda. Los periodistas supieron entenderlo.

—Deberíais pedirles disculpas por asustarles —añadió sonriente—. Bueno, sigamos, otra pregunta.

Gary señaló a una chica rubia.

—Emily Preston, InTouch. ¿Cree que el motivo de esos anónimos y de la actuación del señor White esté causado por su relación con el señor Hill?

—La señorita Scott no va a contestar a esa pregunta —aclaró Gary con voz glacial.

—Pero está bastante claro que estos sucesos se han desencadenado desde el momento en que ellos dos aparecieron en los medios dando muestras de su relación —siguió la reportera.

—He dicho que la señorita Scott no va a contestar...

—No, Gaz —le silenció Jenny cogiéndole la mano mientras se apartaba del micrófono para que solo él pudiera oírle—. Voy a contestar a esa pregunta.

Él la miró con los ojos muy abiertos, lanzándole una advertencia silenciosa para que no dijera nada que no tenía que decir. Ella asintió con la cabeza comprendiendo su preocupación y se acercó al micrófono de nuevo.

—El hecho de que haya comenzado una relación con David no da derecho a nadie a actuar de esa manera. Déjeme que le haga una pregunta, ¿señorita...?

—Preston —contestó la periodista.

—Señorita Preston, si usted se enamorara de alguien, ¿cree que cualquier otra persona tendría derecho a intentar coaccionarla para que tuviera una relación con ella mediante el envío de anónimos o yendo a su casa para acoj... perdón, asustarla?

La periodista negó con la cabeza.

—Eso mismo opino yo —dijo Jenny mirándola fijamente.

—¿Con eso quiere decirnos que está usted enamorada del señor Hill?

Jodida periodista. Solo se quedaba con eso de todo un intento por hacerle entender que el hecho de ser famoso no da derecho a nadie a tratarla como si fuera diferente, tratando de coaccionarla ni de obligarla a nada con anónimos estúpidos.

Vio a todos los periodistas paralizados, esperando la respuesta a esa pregunta como si se tratara de lo más importante que había ocurrido en el mundo últimamente. Nada de terremotos, desastres naturales, guerras, crisis económicas o muertes... nada, lo más importante era saber si estaba enamorada de David. Sonrió. Podía darles esa noticia. ¿Por qué no?

Se volvió hacia su chico, que tenía el peor color de piel que le había visto jamás. Una mezcla entre amarillento y gris. Sus ojos azules se posaron en ella y vio cómo se encogía imperceptiblemente de hombros, dándole permiso para hacer lo que fuera que tenía pensado hacer.

—Señorita Preston, señores periodistas y mundo en general —empezó volviendo a mirarles—. Estoy total, absoluta y completamente enamorada del hombre que tengo a mi lado.

Los flashes empezaron a saltar y se escuchó un murmullo generalizado en el lugar. Vio a Gary negar con la cabeza aunque sonriente.

—Es la primera vez en la vida que me vais a escuchar decir esto así que aprovechad porque jamás, y repito, jamás, volveré a hablar sobre mi vida personal ni mi relación con David —se levantó de la silla lentamente y de repente recordó algo. Volvió a acercarse al micrófono con una enorme sonrisa en el rostro—. Ah, se me

olvidaba. No os diré algo así nunca más porque sé que David es el hombre de mi vida.

Entonces sí que se formó el revuelo padre en la sala. Todos los periodistas se pusieron de pie y empezaron a gritar preguntas como locos. Jenny sonrió y miró a David que también sonreía con algo de mejor color que antes. Seguían cogidos de la mano. Él se puso de pie y se acercó a ella. Los flashes no dejaban de alumbrarles.

—Estás loca —le dijo bajito en el oído.

—Por ti.

Y giró la cara para darle un beso en los labios. Los periodistas enloquecieron. Flashes, gritos, sillas moviéndose y Gary intentando calmarles a todos. Jenny y David abandonaron la sala cogidos de la mano y pasaron a la sala de al lado. Jenny se echó a reír.

—Mañana vas a ser portada de todas las revistas, Hill.

—Me dan ganas de estrangularte por hacerme pasar por esto... —pasó las manos por su cintura y la atrajo a él—. Pero creo que voy a hacer otra cosa contigo.

—¿Ah, sí? —Pestañeó coqueta sin poder dejar sonreír.

—Voy a follarla, señorita Jennifer Scott, estrella de fama mundial que me acaba de convertir en el nuevo tema de conversación de las hienas.

—Le cogerás el gustillo —acarició su nuca con las yemas de los dedos.

—¿A follarte? —Sonrió de lado—. A eso hace tiempo que le cogí el gustillo.

Jenny soltó una carcajada que enseguida fue silenciada por los labios de David.

Dos días después Jenny y David estaban en el aeropuerto de La Guardia a la espera de la llegada de la familia Hill. Los dos aguardaban sentados en las sillas de la sala de espera de la zona de primera clase. Ella hojeaba una revista y David no dejaba de mirar por la cristalera esperando ver llegar el avión en el que viajaban sus padres. Sabía que era de British Airways y que debía llegar en cinco minutos más o menos. Estaba nervioso por verles de nuevo.

—Son gilipollas.

Giró la cara para ver qué le pasaba a Jenny. Ella levantó la revista para enseñarle lo que estaba leyendo. Era InTouch, una enorme foto de ellos dos besándose ocupaba casi una página entera y al lado se leía en letras mayúsculas: DAVID ES EL HOMBRE DE MI VIDA.

—Jenny, no te haces una idea de lo ridículo que me resulta ver eso escrito en una de las revistas de mayor tirada del país.

—Y eso que no has leído lo que pone... Escucha —se acomodó en la silla y carraspeó antes de empezar a leer—: *la cantante Jennifer no dejaba de hacer ojitos a su enamorado que supo estar en todo momento con ella, respetando el protagonismo de su chica y la acompañó fielmente en esta complicada situación que ha vivido...*

David sonrió.

—Eso es exactamente lo que hice.

—¡Y una mierda! —Rio ella—. Tenías peor cara que cuando nos montamos en aquella montaña rusa de Barbados que...

—Cállate, Scott —le tapó la boca con la mano aguantándose la risa.

Jenny le lamió la palma para conseguir que le soltara.

—Joder, eres asquerosa cuando te lo propones —murmuró apartando la mano y limpiándola en la tela de su pantalón.

Ella rio entre dientes y siguió leyendo.

—*Si tuviéramos que elegir a una pareja enamorada de hoy en día no cabe duda que serían Jennifer y David. Sus gestos, sus miradas y ese beso que se dieron antes de abandonar la sala, nos dejan claro que no hay ex que valga y que su amor será duradero. Nos quedamos con ganas de saber qué hay de la formalización de su relación y de oír campanas de boda...* —Jenny levantó la vista de la revista y observó a David—. ¿Campanas de boda? Estos son gilipollas.

—¿Qué pasa? ¿No quieres casarte?

Eso la hizo ponerse seria de repente. Le miró con cautela.

—Eerrr... ¿tú quieres casarte?

—Claro que quiero.

—¿Ya?

—Jenny, tu cara en estos momentos supera cualquier cara que yo haya podido poner en cualquier momento anterior —rio mientras acariciaba su mejilla—. No te estoy pidiendo matrimonio, respira.

Pero ella acababa de entrar en una especie de estado de shock. Estaba en trance. Las palabras retumbaban en su cabeza. *Boda. Matrimonio. Casarse. Ya. No te estoy pidiendo matrimonio...*

Joder, ¿por qué acababa de sentir una punzada de dolor al escuchar esa última frase?

—*El vuelo número BA432 de British Airways con origen en el aeropuerto de Heathrow de Londres acaba de tomar tierra.*

Las palabras del asistente de tierra de la compañía sonaron por los altavoces e hicieron que Jenny diera un respingo. Se alegró de escuchar algo que la distrajera porque en esos momentos no quería pensar ni plantearse eso que había aparecido en su mente sin previo aviso.

—*¡Por favor! ¡Matrimonio!* Rio bajito mientras negaba con la cabeza. ¡Menudos pensamientos más estúpidos! Tomó aire y se puso de pie a la vez que David. Él la cogió de la mano y los dos juntos fueron a esperar a los Hill.

La primera en aparecer por la puerta de pasajeros de primera clase fue Kate. Entró corriendo, arrastrando a trompicones la maleta y mirando a todos lados. En cuanto su mirada encontró a Jenny gritó de alegría y soltó la maleta en medio de la sala, sin importarle un carajo que sus padres fueran detrás y que Gerard se tropezara con ella.

—¡Kate! —Exclamó Ygritte agarrando a su marido por el brazo para estabilizarlo.

Pero a ella le daba igual. Corría hacia Jenny como si se tratara de la última persona en el mundo y acabara de encontrarse con ella tras años de soledad.

Jenny rio al verla corriendo hacia ella y soltó la mano de David para poder abrazarla. La había echado de menos. Desde que volvieron de Inglaterra habían mantenido en contacto mediante e-mails, mensajes y video llamadas, pero ya tenía ganas de volver a verla en persona y poder reír con su sentido del humor adolescente.

—¡Jenny! —Gritó Kate cuando se lanzó a sus brazos.

Ella se carcajeó feliz mientras la abrazaba con fuerza. David sonrió al verlas, tenía asumido que su hermana iba a pasar completamente de él y que su reencuentro con Jenny iba a ser apoteósico, casi como de una loca película romántica donde los protagonistas se reencuentran, con cámara lenta incluida. Solo les faltó caerse al suelo para terminar de montar el espectáculo. Las dejó tras él riendo como histéricas mientras caminaba hacia sus padres. Sonrió a su madre que se acercaba a él con lágrimas en los ojos.

—Mamá, no se te ocurra llorar —la amenazó con una sonrisa.

Pero Ygritte lloró y abrazó a su hijo como si llevara años sin verle. Gerard también le abrazó y su hermana (cuando hubo soltado a Jenny) también lo hizo con fuerza y cariño. Jenny recibió los abrazos cariñosos de los padres de David que la hicieron sentir como parte de la familia. Reprimió con mucho esfuerzo las ganas de llorar.

Salieron de la terminal todos juntos. Había varios *paparazzi* a la espera de alguna imagen y les hicieron varias fotos pese a que David les pidió que les dejaran tranquilos y respetaran su vida privada. El hecho de que Kate posara para ellos echó sus palabras por tierra.

—Kate, compórtate, por favor —la reprendió cuando iban hacia el coche—. No quiero verte haciendo el idiota en las revistas.

—Yo no hago el idiota, Dave, yo poso junto a mi cuñada —la suficiencia con la que lo dijo hizo reír a Jenny.

—Espero que Dios me dé paciencia para soportar estos días porque sé que realmente la voy a necesitar.

—No seas teatrero —su madre le dio un codazo en el brazo sin dejar de sonreír—. Deja disfrutar a tu hermana.

—Mamá... no le des alas, por favor —la miró suplicante.

—Tarde —rió su padre—. ¿Sabes que está guardando todos los recortes de las revistas en los que habéis salido los dos?

David frunció el ceño y se volvió hacia su madre que saludaba efusivamente a Neal. Gerard le dio un par de palmadas en la espalda.

—No todos los días tu hijo se hace pareja de una persona famosa, conocida en todo el mundo y declaran su amor a los cuatro vientos.

—Papá, por favor...

Gerard se encogió de hombros justo antes de darle la mano a Neal y entrar en el coche. David respiró hondo y fue hacia el asiento de delante, dejando a su familia y a Jenny sentados en la parte de atrás del Jeep de William.

—¿Vamos al hotel, señor Hill? —Le preguntó el chófer una vez se montó en el coche.

—Sí, por favor. Al Hyatt, Neal.

—Marchando.

El Jeep arrancó y dejaron el aeropuerto atrás. Jenny fue charlando con los padres de David todo el camino. Les contó el episodio de los anónimos y todo lo que sucedió, excepto el momento en que Josh entró en el apartamento, todavía le costaba hablar de ello. Fue él quien relató lo sucedido volviéndose a mirar a sus padres y cogiendo a Jenny de la mano para hacerla sentir bien. Sabía que sufría al recordarlo. Y le había prometido estar a su lado en todo momento, así que eso era lo que pensaba hacer, estar ahí cuando lo contara, cuando lo necesitara o en cualquier otro momento, siempre y sin excepciones.

Mientras circulaban por el centro de la ciudad y escuchaba la risa de Jenny causada por una historia de Kate acerca de no sé qué chico de su clase que no creía que su hermano fuera el novio de Jennifer, una palabra volvió a aparecer en su mente. Esa palabra que habían nombrado antes ese mismo día, esa palabra que había aparecido en su mente varias veces durante los últimos días, esa palabra que parecía haber asustado a Jenny...

Matrimonio.

Jenny no podía dejar de sonreír. Estaba haciendo turismo como una persona normal y corriente. No conseguía recordar cuándo había sido la última vez que había caminado por las calles de la ciudad tan tranquila y relajada. La gente seguía reconociéndola, por supuesto, pero no se lanzaban sobre ella ni la agobiaban. La miraban pero no la molestaban y eso era realmente cómodo. El hecho de que fuera con David y su familia probablemente contribuía a ello. Y puede que el hecho de que Steve y Alex, dos de los chicos del equipo de seguridad de William, estuvieran acompañándoles también tuviera algo que ver en eso. Lanzaban miradas asesinas a quienes se acercaban más de la cuenta. De todas maneras, Jenny les pidió que dejaran acercarse a la gente que quisiera hacerse una foto con ella o que pidiera un autógrafo. El único problema era que no podía dedicar demasiado tiempo a eso o su día de turismo se iría atendiendo a sus fans.

Iban en el ferri de camino a Liberty Island para ver la Estatua de la Libertad. Hacía frío. Jenny llevaba una cazadora de piel con borreguillo por dentro y la llevaba abrochada hasta arriba. Kate estaba agarrada a su brazo y apoyaba la cabeza en su hombro mientras observaba la silueta de Manhattan a lo lejos.

—Me encanta esta ciudad —murmuró Kate.

—¿Has pensado en venirte a estudiar aquí?

—La verdad es que todavía no sé qué estudiar...

—¿Qué es lo que te gusta? —Se giró a mirarla e intentó recoger un mechón de pelo detrás de la oreja, pero enseguida volvió a soltarse y a revolotear a su alrededor.

—Me gusta la moda, todo lo que tenga que ver con confeccionar vestidos... He traído algunos para ver si te gustan.

Jenny abrió mucho los ojos y sonrió.

—¿En serio? Seguro que me encantan —Kate sonrió encantada—. Además, una de mis mejores amigas es la que se encarga de diseñar todos mis conjuntos durante las giras y de mi imagen por completo el resto del tiempo. Creo que haríais buenas migas. Esta noche la conocerás y podéis hablar sobre todo esto, puede que a partir del año que viene necesite una nueva ayudante.

Kate levantó la cabeza y la miró con ilusión.

—¿De verdad?

Jenny asintió con la cabeza intentando reprimir una sonrisa. Kate se soltó de su brazo y se abalanzó sobre ella, abrazándola con fuerza sin parar de reír. Jenny también rio por su espontaneidad y su emoción.

—Gracias, Jen, eres la mejor.

David las observaba desde unos metros más allá y no pudo evitar sonreír al verlas interactuar así. Le encantaba que Jennifer se llevara tan bien con su hermana y los tres últimos días habían servido para unirlos todavía más. Probablemente el hecho de que Jenny le regalara un vestido de Dolce & Gabbana y unos zapatos de Jimmy Choo había contribuido a que su hermana la elevara del puesto de cuñada estrella del pop al de persona más increíble en todo el universo.

Regañó a Jenny por haberle regalado eso en aquella tienda de la Quinta Avenida, pero ella simplemente rodó los ojos y le compró a Ygritte un vestido de Prada que costaba dos mil quinientos dólares. ¿Qué quieres arroz? Pues toma tres tazas. Jenny era así de imposible.

Los condes no tenían problemas económicos en absoluto, pero jamás habían comprado vestidos de esos precios. Que Jennifer se gastara todo ese dinero en su familia le gustaba a la vez que le disgustaba. Además, se estaba encargando de pagar todos y cada uno de los gastos de ese viaje y eso no le estaba agradando en absoluto.

Su padre era gerente de un banco inglés y también colaboraba con alguna que otra empresa de vez en cuando prestándoles ayuda fiscal. Era abogado especializado en asuntos financieros relacionados con la banca.

Era conde, sí, pero no era un conde rico de esos que llevan monóculo y sombrero de copa. Habían heredado el castillo y una pequeña fortuna de los padres de Gerard, pero aparte de eso eran personas normales.

Ygritte se dedicaba a ayudar a los más necesitados gestionando una fundación que habían creado los padres de Gerard, Kate era una chica normal en un instituto privado y Gerard era el padre de familia. Tenían un par de personas a su servicio y un castillo enorme, pero no alardeaban de ello. Eran una de las familias nobles de Inglaterra que menos aparecían en actos oficiales.

Cuando llegaron al Hyatt el primer día después de recogerles en el aeropuerto, les dieron las llaves de sus habitaciones (dos dobles de alta gama) pero Jenny dijo que, ya que no podían hospedarse con ellos por falta de espacio, se iba a encargar de que no les faltara de nada. Habló con el recepcionista y cambió sus dos habitaciones por una suite con tres habitaciones, un salón, jacuzzi y servicio de habitaciones a cualquier hora. David se quejó ante su excentricidad pero ella le acalló diciendo que sus padres no habían estado nunca en Nueva York y debían disfrutar al máximo de esos días.

Además, ese verano habían accedido a hospedarla en su casa sin conocerla absolutamente de nada, tenía una deuda pendiente con ellos. Por supuesto que Gerard también se quejó, pero sucumbió a la primera de cambio ante los encantos de su nuera.

Joder, ni su padre podía resistirse a la Jenny dulce y agradable. Si conociera a la Jenny borde y con mala leche dudaba mucho que sonriera como un idiota cada vez que ella le cogía del brazo.

La verdad es que Jenny estaba siendo tan agradable con la familia de David porque le salía comportarse así con ellos. Cuando estuvieron en Inglaterra la trataron tan bien que sintió que siempre ocuparían un espacio en su corazón. Y su visita a Nueva York fue como un rayo de luz en un momento de oscuridad. Con todo lo de Josh, la anulación de la gira, el cabreo con Jason y Carlo... era justo lo que necesitaba: pasar tiempo con David y su familia, con aquellos que consideraba su propia familia.

Cuando desembarcaron en Liberty Island Jenny cogió a David de la mano.

—Empezaba a creer que te habías olvidado de mí... —murmuró ofendido.

—¿Cómo me voy a olvidar de ti? —Se acercó a él y le besó en la mejilla—. Es solo que tu hermana es... no sé... como un saquito de felicidad.

Él se volvió a mirarla levantando una ceja.

—¿Un saquito de felicidad?

—Sí, me transmite alegría y mucha ternura. No sé, es lo que necesito en estos momentos.

—Yo también puedo transmitirti ternura.

—Tú me transmites mucho más de lo que crees, tonto —se acercó a él y le besó en los labios.

David sonrió y pasó una mano por su cintura para atraerla hacia él. La gente a su alrededor les miraba pero les daba completamente igual. Bueno, por lo menos a ella.

—Me encanta verte con mi hermana —David le acarició la nariz con la suya—. Me encanta verte con toda mi familia. Están encantados contigo.

—Y yo con ellos.

Apoyó la frente en la de Jenny y los dos se quedaron así unos segundos. Él abrió los ojos y observó a su alrededor.

—Jen, la gente nos mira...

Ella soltó una carcajada.

—¿Qué esperabas? Estamos en uno de los sitios más turísticos de la ciudad.

—Joder, no sé si seré capaz de acostumbrarme a esto.

Jenny rio y se acercó a besarle nuevamente. Escucharon los ruidos de las cámaras a su alrededor haciendo fotos.

—Señorita Scott, por favor.

Se volvieron hacia Alex que les miraba muy serio.

—Creo que sería buena idea moverse y no estar aquí... esto... ejem...

—¿Besándonos? —Le ayudó Jenny con una sonrisa.

El guardaespaldas carraspeó nervioso y asintió con la cabeza.

—Tranquilo, machote, ya nos movemos.

David negó con la cabeza y siguió a Alex hacia los pies de la estatua. Miró hacia arriba y vio a sus padres haciendo fotos y a Kate saludándoles como una loca desde el primer piso visitable de la estatua. Rio al verla y le devolvió el saludo justo antes de sentir la mano de Jenny cogiendo la suya de nuevo.

La puerta de The Glass era un hervidero de *paparazzi* a la espera de una foto sabrosa a la que hincarle el diente. A David le sudaban las manos.

—Dave, respira, colega. Parece que te llevan al matadero.

Miró a William con cara de pocos amigos y el moreno levantó las manos en el aire riéndose.

—Déjalo, Will, cuesta acostumbrarse a esto de la fama —dijo Anna acariciándole la rodilla para transmitirle su apoyo.

De repente se trasladó a la primera vez que iba en una de esas limusinas enormes con esas mismas personas, el día de la presentación de Jenny como imagen de Armani. En aquella ocasión todos la animaban a ella y le daban su apoyo para que no estuviera nerviosa. Pero esta vez era él quien necesitaba su apoyo.

Joder, ¿quién le hubiera dicho que se iban a volver las tornas de esa manera por aquel entonces?

Tomó aire y lo dejó salir lentamente. Una mano pequeña y cálida cogió la suya y se volvió para encontrarse con esos ojos castaños que regían su mundo.

—Todo va a salir bien, cariño. Tú simplemente camina y no hagas caso a todas las tonterías que digan.

—Sí, sí, paso de todas las tonterías...

—Y mira al frente, sin hacer caso a los flashes —añadió Anna.

—Sí, miro al frente...

—Y camina erguido, como si no te importara absolutamente nada que estén ahí —dijo Caroline.

—Sí, camino erguido...

—Y tócale el culo a Jenny en cuanto bajes de la limusina.

—Sí, le toco el culo a... ¿¿qué?!

—¡William! —Gritó Jenny golpeando a su amigo en el hombro.

El aludido se echó a reír encantado con su propia broma haciendo caso omiso de las miradas serias del resto de sus amigos, incluso de la fulminante de su prometida.

—Joder, no tenéis sentido del humor.

—No es buen momento para hacer chistes —dijo Gary censurándole con la mirada—. David tiene que enfrentarse a todos esos periodistas, deberías mostrarle tu apoyo en vez de intentar mofarte a su costa.

—Joder, Gary, desde que estás con mi hermana has perdido el poco sentido del humor que te quedaba.

El rubio se echó a reír y le pasó un brazo por los hombros. William refunfuñó un poco pero enseguida una sonrisa apareció en su rostro.

David pasó completamente de ambos y miró por la ventanilla. Llevaban ahí parados demasiado tiempo y tenían que salir ya. Sintió la mano de Jenny cogiendo la suya y cómo se la apretaba para transmitirle su apoyo.

La miró mientras sentía el corazón en la garganta y le dio un ligero asentimiento de cabeza. Ella sonrió y él la imitó, por lo menos lo intentó, no estaba seguro de que le saliera una sonrisa real. William abrió la puerta de la limusina y salió delante de ellos. Jenny fue la primera en poner un pie fuera y los flashes comenzaron. David la siguió y las luces le desorientaron por completo. Sentía la mano de Jenny agarrando fuertemente la suya, tomó aire. La miró para poder concentrarse solamente en ella y no en todos esos periodistas que gritaban cosas que no entendía y que no dejaban de hacerles fotos. Sus ojos marrones le dieron algo de calma y se dijo a sí mismo que podía hacer eso. La observó acercándose hasta su oído.

—Yo también estoy a tu lado siempre y en todo momento, no lo olvides.

Sus palabras susurradas con firmeza le hicieron sonreír y la miró con calidez. Sintió unas ganas tremendas de capturar sus labios y besarla hasta quedarse sin aliento, pero recapacitó a tiempo. Si la besaba así volverían a ser portada de las revistas y no quería eso, con aparecer en alguna de las páginas interiores sería más que suficiente.

Se dirigieron a la entrada del restaurante seguidos por sus amigos que se unieron a ellos enseguida, tapándoles todo lo posible de las cámaras fotográficas. Ignoraron las preguntas y las peticiones para parar y posar ante ellos. Entraron en The Glass y David respiró hondo.

—Lo has hecho muy bien —Jenny se acercó a él y le besó fugazmente en los labios—. Esta noche tendrás un premio.

Él encarcó una ceja y la miró con diversión.

—¿Me vas a recompensar como a los perros?

—Mi pequeña mascota... —le acarició el pelo como se lo haría a un cachorro, utilizando un tono de voz bromista—. A ver, dame la patita...

La miró intentando reprimir una sonrisa mientras ella se reía a carcajadas con su propio chiste. La cogió de la cintura y la atrajo a su cuerpo con brusquedad. El resto de sus amigos estaban preguntando por la mesa reservada a nombre de Gerard Hill y no estaban haciéndoles mucho caso.

—Jennita... —susurró serio en su oído—, tu sentido del humor me cabrea en ocasiones... —ella tragó en seco al escuchar el enfado en su voz, en esa voz que utilizaba tantas veces cuando lo hacían. Su sexo se activó ante ese sonido familiar y ante el roce de su aliento en la sensible piel de su cuello. Se agarró con fuerza a sus hombros—. Pero también me da unas ganas tremendas de ponerte a cuatro patas y...

—¡David!

Mierda.

Se separaron a toda velocidad al escuchar la voz de la pequeña de los Hill. No se habían dado cuenta de que estaban excesivamente pegados el uno al otro y esa no era una imagen demasiado adecuada para la entrada de un restaurante. Y mucho menos para uno en el que su familia estaba esperándoles. Por suerte su querida hermana Kate estaba allí para recordárselo.

—Chicos, os presento a mi hermana Katherine, Kate para los amigos.

La susodicha se acercó sin dejar de sonreír a todos ellos y repartió besos en la mejilla con la naturalidad con la que actuaba siempre.

Jenny todavía estaba hiperventilando a causa de ese momento demasiado íntimo que había compartido con David y sonrió a duras penas cuando Kate la abrazó.

—Venid, papá y mamá están sentados esperándoos.

Todos la siguieron por el pasillo dejando a ambos lados varias mesas ocupadas por gente que casi no les hizo caso. Era bastante habitual ver *celebrities* en The Glass, David se dio cuenta de que al fondo de la sala Lindsay Fox hablaba animadamente con tres personas que cenaban con ella. Jenny y él cerraban la comitiva seguidos de cerca por el *maitre*. Ella se acercó a él y le susurró en el oído unas simples palabras.

—¿Alguna vez lo has hecho en el baño de un restaurante?

—¡Jenny! —Rio él volviéndose a mirarla—. Tu adicción comienza a ser realmente preocupante...

Negó con la cabeza mientras reía y ella le dio un pequeño codazo en las costillas.

—Dime que tú no lo has pensado.

David entrecerró los ojos y la miró fijamente. Allí estaba la salida de su novia, Jennifer, radiante en su vestido negro demasiado corto de lentejuelas de Dolce &

Gabbana. Jennifer, la cantante y estrella del pop más conocida del planeta, diciéndole que quería echar un polvo con él en el baño del restaurante. De un restaurante en el que estaban también sus padres.

Le estaba llevando por el mal camino, le estaba haciendo perder los papeles y lo sabía, pero no le importaba. Lo habían hecho en un avión, en el coche que les llevaba al aeropuerto, en el ascensor del apartamento de Tribeca (memorable aunque bastante rápido), en el aparcamiento dentro del Jeep de William (si él se enteraba iba a liar una de las buenas) y ahora le pedía hacerlo en un lugar completamente público. Y lo decía en serio.

El brillo de sus ojos marrones le decía que si él aceptaba en unos minutos estaría penetrándola en el baño de hombres o mujeres de ese maldito restaurante. Joder, y a le tenía completamente cachondo.

Ella rio al ver su rostro. Conocía perfectamente sus expresiones y sabía en qué estaba pensando. Le cogió del brazo antes de llegar al reservado en el que los condes les esperaban y justo antes de soltarle para saludar a Ygritte y Gerard le dio un pellizco en el culo haciendo que se sobresaltase.

David negó con la cabeza a la vez que una sonrisa aparecía en su rostro. ¿Qué iba a hacer con esa mujer?

Tras las presentaciones oportunas todos se sentaron a la mesa. El *maitre* volvió y les dejó los menús. Gerard pidió un par de botellas de Screaming Eagle cosecha de 2001 alegando que había leído antes de viajar a Nueva York que era uno de los mejores vinos de Estados Unidos. David frunció el ceño. ¿Cuánto valdría ese jodido vino? No quería que su padre se empeñara en pagar esa cena y, por el camino que llevaban las cosas, no le sorprendería en absoluto que así fuera.

Trajeron el vino. Gary ejerció de perfecto catador y asintió muy serio con la cabeza cuando lo probó, haciendo reír a Anna como a una quinceañera. Él la miró divertido y se acercó a besarle en la comisura de los labios con dulzura. David estaba encantado con su relación, era latente que eran tal para cual, nadie más que Gary podía aguantar la obsesión de Anna por... por todo.

—Así que, Kate, Jenny me ha contado que te gusta la moda —le dijo la morena a su hermana.

Kate asintió y ambas se sumergieron en una conversación acerca de moda, Dolce & Gabbana, zapatos y la Fashion Week que había terminado unos días atrás.

David se centró en hablar con su padre, Will y Gary sobre deportes. Hablaron de los Knicks y de béisbol. Gerard no entendía muy bien el funcionamiento del juego y Will, encantado, se encargó de explicarle en qué consistía. Gary y él se rieron muchísimo viendo las caras de Gerard mientras su amigo le explicaba todo con un entusiasmo casi infantil.

Jenny e Ygritte estuvieron hablando con Caroline acerca de la boda, de la fecha, el lugar y los preparativos. Ya habían decidido que se iba a celebrar en Aberdeen a finales de año ya que había habido cambio de planes. Al anular la gira podían celebrarla antes, así que sería en Navidad, justo la fecha en la que siempre había querido casarse Caroline. El hecho de saber todo eso no evitó que Jenny se pusiera nerviosa mientras las escuchaba al pensar en regresar a su pueblo natal, con todo lo que ello conllevaba. Intentó no darle demasiadas vueltas, no era el momento de pensar en eso.

David fue al baño entre el primer y el segundo plato. Estaba lavándose las manos cuando escuchó abrirse la puerta, se giró despreocupado y frunció mucho el ceño al ver a Jenny con una sonrisa pícaro justo detrás de él.

—Jen... —rio secándose las manos y observándola a través del espejo—, no vamos a hacer nada aquí.

Ella se lamió los labios. Tono autoritario... mmm, justo lo que quería escuchar.

—¿Por qué no? —Susurró acercándose a él lentamente.

—Porque son los puñeteros baños de un restaurante donde, por si no lo recuerdas, también están mis padres.

—Gerard está muy entretenido hablando con Will.

Pasó las manos por su cintura, desde atrás, y miró fijamente su reflejo en el espejo.

—No, no va a pasar.

Ella no le hizo ningún caso y empezó a sacarle la camisa de color negro de dentro del pantalón vaquero. David se removió un poco y agarró sus manos. La miró muy serio en el espejo.

—No.

Oh... joder... Ese tono de voz... Su clitoris ya estaba haciendo la ola.

—Será rápido —pidió volviendo a mover sus manos por dentro de su camisa, acariciando sus abdominales lentamente.

—Jenny...

Detectó cierto atisbo de deseo en su voz. Perfecto, un avance.

—Llevo falda y mira —levantó algo en su mano y David casi se ahoga con su propia saliva cuando descubrió que eran sus braguitas—. Me he adelantado y así será mucho más rápido.

Él frunció los labios intentando reprimir una sonrisa.

—Jennifer Scott, es usted una guarrilla.

—Pero eso ya lo sabía, señor Hill.

Metió la mano dentro de sus pantalones para encontrarse con el miembro de David que estaba realmente encantado de que hubiera entrado en el baño. Levantó una ceja y miró al reflejo ya acalorado de su chico en el espejo.

—Creo que su pene también se apunta a uno rápido en el baño.

—Por Dios, Jenny...

David se dio la vuelta y la cogió con brusquedad del trasero, ella pasó las piernas por su cintura y la arrastró hasta uno de los cubículos mientras le besaba con pasión. Por suerte no había nadie más en el servicio en esos momentos, por lo que nadie escuchó el ruido de la puerta al cerrarse ni el de la espalda de Jennifer impactando con fuerza contra ella.

—Perdona —murmuró él en su cuello mientras lo mordisqueaba—, no quería hacerte daño.

—Cállate —murmuró ella casi sin aliento mientras intentaba desabrocharle los pantalones—. Y fóllame.

David rio entre dientes al escucharla hablar así. *Jodida malhablada...*

Se desabrochó rápidamente el pantalón quitando las manos de Jenny de su bragueta porque no estaba consiguiendo soltar ni un botón. Los bajó y ella enseguida agarró la goma de sus calzoncillos para bajarlos también.

—Joder, Jen, no seas tan ansiosa.

—Uno rápido es un rápido.

David besó su cuello y la atrajo más a su cuerpo, respirando con dificultad. La excitación era máxima, tanto por sentir el cuerpo de Jenny bajo sus manos y sus suspiros cerca de su oído, como por la posibilidad de que alguien los descubriera. Joder, estaba echando un polvo con Jennifer Scott en los lavabos de un restaurante al que acudían la gente más famosa y reconocida de Nueva York. De verdad que esa mujer lo estaba pervirtiendo de maneras acojonantes.

Intentó no pensar en ello y se centró en desabrochar el vestido de Jenny para poder tener acceso a sus pechos. Sería un polvo rápido, pero quería morder esos pezones que tanto le gustaban. Ella se apoyó con ambas manos en las dos paredes que los flanqueaban y, sin soltar las piernas de la cintura de David, se colocó de manera que pudiera introducir su miembro dentro de ella. Él gimio cuando sintió cómo entraba en su interior. Con su mano derecha consiguió liberar uno de sus pechos y agachó la cabeza para besarle y chuparlo. Jenny arqueó la espalda sin dejar de moverse arriba y abajo. Cuando le mordió el pezón ella gimio en voz alta... demasiado alta.

—Sshh.

El efecto de ese sonido sobre su pezón fue devastador en ella. Apartó una de las manos de la pared y la llevó a la nuca de David para levantar su cabeza y besarle con ansia. Sus lenguas se encontraron y recorrieron sus respectivas bocas. Seguían moviéndose, él agarrando con fuerza su culo, ella sujeta a su espalda, arriba y abajo, gimiendo e intentando no gritar.

—Jen...

—Dime...

—Yo ya casi...

Y ella se movió con más rapidez, sintiendo cómo el orgasmo se acercaba, notando su interior removiéndose, contrayéndose, anticipándose a la mejor sensación del mundo entero. Un par de movimientos más bastaron para que estallara mordiendo el labio para no gritar. David observó su rostro y se dejó ir. Era algo tan bello el ver a Jenny llegar al orgasmo que jamás se cansaba de observarla cuando cerraba los ojos con fuerza y echaba la cabeza hacia atrás.

Él la abrazó sin salir de ella, enterrando la cabeza en su pelo y aspirando con fuerza. Respiraban agitados, intentando no ser demasiado escandalosos porque podía haber entrado alguien y ellos ni siquiera se habrían enterado. Joder, ¿y si había entrado alguien? ¿Cómo coño iban a salir de allí y hacer como si nada?

David aguzó el oído pero no escuchó nada. Respiró más tranquilo. Dejó a Jenny en el suelo y la miró mientras ella se colocaba bien el vestido.

—Yo no era así antes de estar contigo.

Ella levantó la vista y le miró enarcando una ceja.

—¿Y el cambio ha sido para bien o para mal?

Se agachó para subirse los calzoncillos y el pantalón a la vez que soltaba una risita.

—La verdad es que no tengo ni idea. ¿Tú qué opinas?

—A mí me encantas así —se abalanzó sobre él y rodeó su cuello con los brazos—. Pervertido y sucio... mmm... y si antes me riñes un poquito aún me gusta más.

—¿Qué...?

El sonido de la puerta abriéndose le hizo callarse al instante. Empujó a Jenny hasta el fondo del baño para que quien fuera que acababa de entrar no pudiera ver sus pies bajo la puerta. El desconocido empezó a silbar una canción. Ella miró a David frunciendo el ceño, él se llevó el dedo índice a los labios para indicarle que no dijera nada. Escucharon cómo el silbador hacía pis y cómo tiraba de la cadena. Al escuchar el ruido del agua del lavabo dejó de silbar y tosió. Los dos estaban dentro del pequeño habitáculo aguantando la respiración.

—Más vale que salgáis pronto de ahí si no queréis que empiecen a sospechar.

Jenny soltó una carcajada y David dejó salir todo el aire que llevaba aguantando desde que le habían oído entrar. Abrieron la puerta y Jenny asomó la cabeza. William estaba apoyado en la pila del lavabo con los brazos cruzados y una enorme sonrisa al más puro estilo *Will-toca-pelotas*.

—Salimos enseguida —susurró con una tímida sonrisa.

—Ya os vale... —rio él—. Jen, ¿estás enferma!

—Gracias, Will —contestó la aludida entre risas.

El moreno negó con la cabeza mientras sonreía y lanzó una última mirada divertida a David antes de salir. Él miró a Jenny muy serio una vez William se hubo marchado.

—Joder... te juro que no vas a volver a convencerme para hacer algo así otra...

Los labios de Jenny le silenciaron. Sintió la sonrisa de ella sobre su boca.

—Nunca digas de este agua no beberé.

No pudo evitarlo y sonrió. Sabía que podría volver a convencerle de repetir aquello en cualquier lugar y en cualquier momento. ¿Que estaba loco? ¿Que su cerebro no funcionaba con normalidad? Cierto. Y le encantaba.

A la mañana siguiente estaban vistiéndose en el apartamento de David para pasar a recoger a sus padres y Kate e ir todos juntos a pasear por Central Park. Habían planeado visitar el Museo de Historia Natural y el Guggenheim. Jenny se moría de ganas por pasear por Strawberry Fields, desde que llegó a Nueva York hacía ya siete años no había vuelto a pasar por ahí. Le encantaban los Beatles y ese rincón del parque, que era un homenaje al gran John Lennon, le transmitía paz. Además, siempre había soñado con tararear *Imagine* sentada en uno de los bancos mientras observaba el grabado del suelo que hacía referencia a esa canción.

Se estaba poniendo un pañuelo alrededor del cuello cuando escuchó sonar su móvil. Salió de la habitación hacia el salón, donde lo había dejado cargando, y miró quién le llamaba. Frunció el ceño y volvió a dejar el móvil donde estaba. David la observaba desde la cocina mientras preparaba unos sándwiches para comer en el parque durante su paseo.

—¿Quién era?

—Nadie.

Ella volvió a la habitación aparentando normalidad, pero él la conocía demasiado bien como para saber que mentía.

—Jenny... ¿quién era? —Repitió mientras añadía una loncha de queso a un sándwich.

—¡He dicho que nadie!

Que le gritara así significaba claramente que sí era alguien.

El teléfono volvió a sonar de nuevo. David se le adelantó y corrió hasta donde estaba cargándose. Miró la pantalla.

Carlo.

—Jen, deberías responder.

—Y una mierda. Él debería haberme llamado hace mucho tiempo.

Las cosas con Carlo estaban muy tirantes. Después de todo lo sucedido con Josh no se puso en contacto con ella y eso la descolocó por completo. Siempre habían discutido y se habían peleado, pero las aguas habían vuelto a su cauce antes o después. En esa ocasión parecía no ser así. Habían pasado dos semanas de la “agresión” del que fue su amante y hasta ese día no había sabido nada de él. Dudaba que las cosas fueran a cambiar. Que la llamara entonces no suponía ningún cambio para ella. Tendría que haberlo hecho en el mismo instante en que supo lo sucedido con Josh. Y no lo hizo. Eso le dolió más de lo que admitiría jamás ante nadie pero podía vivir con ello. Carlo había actuado de manera desleal con ella y no sería capaz de perdonárselo.

Gran parte de culpa de lo sucedido con Carlo, y no le cabía ninguna duda, la tenía Jason Prescott. Desde que canceló la gira había obviado las llamadas del dueño de la discográfica, incluso le pidió a Gary que no atendiera al teléfono si el número que aparecía era de los estudios o de cualquiera relacionado con ellos. Eso había añadido todavía más tensión a la situación. Cuando Jenny tomó la decisión inamovible de suspender la gira supo perfectamente que la había cagado con Rony Music, sabía a lo que se exponía al hacerlo. Pero también tuvo muy claro desde el primer momento que no quería volver a trabajar con ellos si eso conllevaba trabajar con retrógrados que no aceptaban que estuviera enamorada de su asesor.

Jason habría hablado con Carlo y habría impuesto su criterio. Ya se sabe lo poderoso que es Don Dinero...

Pero a Jenny le daba igual. No les necesitaba.

Ni a Rony Music ni a Carlo Santori.

Buscaría una solución cuando todo estuviera más calmado y los Hill hubieran regresado a Inglaterra.

Así que en esos momentos Jennifer Scott se encontraba en un limbo, musical y profesionalmente hablando. Y sin intención alguna de hablar con el que fue su representante durante años.

—Tienes razón, pero habéis estado trabajando juntos durante mucho tiempo...

—No, David —le cortó volviendo a salir al salón—. Por esa misma razón él debería haber acudido en cuanto pasó lo de Josh, por esa misma razón él debería haber estado preocupándose por mí en vez de pensar en la jodida gira. Y podría seguir diciéndote muchas cosas que no voy a nombrar porque no merece la pena que pierda ni un solo segundo más hablando de él.

—Pero ahora no te hablas con tu representante ni las cosas con tu sello discográfico están claras. ¿Tienes idea de lo culpable que me siento? Todo esto ha sido por mí y...

—No digas ni media palabra más —puso un dedo sobre su boca—. Ha sido porque yo he querido hacerlo y no me arrepiento en absoluto. No te culpes, ¿vale?

Estoy contigo, te quiero, y el que no acepte eso... no merece nada mío. No te preocupes por mí, me vendrá bien una temporada de tranquilidad hasta que las cosas vuelvan a centrarse.

—¿Y tus fans? —Preguntó sobre el dedo que permanecía en sus labios.

—Mis fans me quieren y con todo lo de los anónimos están mucho más encima de mí. ¿Viste las cartas que me trajo Gary el otro día? —Sonrió al recordarlo—. Me dan ganas de comérmelos a besos a todos, son increíbles. Me dan su apoyo sin condiciones. Si Carlo hubiera hecho eso, si se hubiera interesado por mí, las cosas serían diferentes ahora.

David se quedó en silencio y la miró a los ojos, besó su dedo y la cogió por la cintura.

—Cuando quieres eres extremadamente razonable y brillante.

—¿Eso quiere decir que otras veces soy tonta?

Él se encogió de hombros y sonrió.

—Yo no he dicho eso, aunque no estoy en desacuerdo.

—¡David! —Le riñó aun sonriendo.

Se acercó a besarla en la punta de la nariz.

—En serio, Jen, tenemos que solucionar todo esto de alguna manera. Me sentiría mucho mejor si me dejaras formar parte de lo que sea que vaya a pasar a partir de ahora.

—A veces creo que el tonto aquí eres tú.

David le miró como si le acabara de salir una segunda cabeza.

—¿Acaso no te has dado cuenta ya de que pase lo que pase a partir de ahora tú vas a formar parte de ello siempre? —Le dio un casto beso en los labios—. Eres mi presente, David y hace mucho tiempo que pasaste a formar parte de mi futuro.

Él sonrió y la atrajo a su cuerpo para abrazarla con fuerza. Y de nuevo volvió a pensar en eso, en su futuro con Jenny, en su futuro conjunto con Jennifer Scott, estrella del pop, mujer inestable emocionalmente, ninfómana reconocida, con problemas de control de la ira, terriblemente celosa de los suyos y sorprendentemente inteligente. Mujer de la que, pese a todo, estaba total e irremediabilmente enamorado.

El futuro. Nuestro futuro... ¿Juntos? Eso suena realmente bien.

La noche antes de que los Hill regresaran a Inglaterra, David preparó una cena en su apartamento. Bueno, sería más correcto decir que la encargó a un restaurante puesto que ni él ni Jenny sabían preparar algo digno para una cena medianamente importante.

Los condes llegaron puntuales y tuvieron que saludar a dos fotógrafos que les hicieron unas fotos al verles llegar al edificio. David echaba chispas por tener a un par de *paparazzi* en su calle pero no podía hacer nada, era parte de las consecuencias de mantener una relación abierta con Jennifer Scott.

—Hola, Ygritte —saludó Jenny tras abrir la puerta.

—Hola, cariño —contestó mientras la besaba en la mejilla.

—¿Sabéis que tenéis dos fotógrafos muy simpáticos allí abajo? —Preguntó Gerard después de abrazar a Jenny con cariño.

Se escuchó el gruñido de David proveniente la cocina. Jenny sonrió y cogió los abrigos que sus suegros le tendían.

—No lo lleva demasiado bien —les susurró con complicidad.

—David siempre ha tenido poca paciencia con las cosas —dijo su madre en el mismo tono de voz—. Eso le hace tener un poco de mal genio.

Jenny sonrió abiertamente. ¿David Hill mal genio? ¿Desde cuándo?

—Es de mala educación cuchichear delante de otras personas, mamá.

La voz de David sonó seria desde la cocina.

—Nadie está cuchicheando —Ygritte hizo un guiño cómplice a Jenny—. No sé cómo puedes pensar eso de tu madre.

Se reunieron en el salón donde Gerard estaba observando la botella de vino que había sobre la mesa con el ceño fruncido. Jenny enseguida se dio cuenta de ese gesto y se acercó a él.

—Pensamos que igual os gustaría beber un poco de vino en la cena y...

—Jenny, no es necesario. Creo que todos estamos al tanto de las cosas que sucedieron en el pasado —ella asintió en silencio—. Así que... ¿qué tal si tomamos una copa de *Eau Mineral*?

El acento francés que usó para decirlo la hizo reír. Gerard le sonrió en respuesta. No quería beber delante de su hijo, en una cena con más gente la cosa era diferente, pero en esa cena estaban solos los cuatro y todos conocían el pasado de David. Era estúpido mantener unas apariencias innecesarias.

Jenny recogió la botella de vino y sacó una botella de Bling H2O de la nevera. ¿Pija? Desde luego, podía permitirse beber agua cara y era lo que pensaba hacer. Le mostró la botella a Gerard con gesto profesional de *sommelier* y éste asintió muy serio con la cabeza. Vertió un poco de agua en una copa y él la cogió dándole vueltas en el aire, metió la nariz y aspiró. Jenny aguantó la risa. Gerard bebió un pequeño sorbo y la miró con un gesto totalmente serio y solemne, asintió a la vez que dejaba la copa sobre la mesa de nuevo.

—Puede servir —le dijo con entonación extremadamente formal. Fue la primera ocasión en que lo vio como un verdadero aristócrata. Ni siquiera cuando le conoció en Norfolk había usado ese tono de voz tan formal. Casi le vio enfundado en un traje de gala y haciendo una reverencia a la reina Isabel.

David y Ygritte les observaban desde la cocina. Ella sonreía al ver actuar así a su marido con Jenny y a David casi se le caía la baba.

—¿Cenamos? —Preguntó Gerard rompiendo el momento.

David asintió y entonces Jenny se dio cuenta de algo.

—¿Dónde está Kate?

—Ha ido con Anna a su taller de diseño...

—¿Su qué? —Exclamó Jenny cortando a Ygritte.

—Su taller de diseño... ¿No se llama así?

—Perdona, Ygritte —rió Jenny agitando la mano hacia ella—. Es que Anna perfectamente podría haberlo llamado "Mi Centro de Hacer Magia con Tejidos". Lo que ella llama taller de diseño es una habitación en mi apartamento llena de telas, hilos y maniqués terroríficos.

Ygritte sonrió y se encogió de hombros.

—Pues Katherine estaba encantada de ir a visitar esa habitación. Entre tú y Anna habéis puesto su mundo del revés y ahora no hace otra cosa que decir que llegará un día en que diseñará vestidos que se llevarán en la alfombra roja en la entrega de los Oscar.

Jenny se echó a reír y vio a David cabeceando. No le hacía ninguna gracia que su hermana quisiera meterse en el mundo de la moda. Ella tenía serias convicciones de que eso se debía a que no quería a su hermana en Nueva York, sería demasiado pedir a su escasa paciencia. Kate alocada y suelta en la gran manzana... Él debería ejercer demasiado de hermano mayor.

Los cuatro se sentaron a la mesa una vez estuvo servida la cena. Degustaron una ensalada de lechugas variadas con beicon, queso de cabra, nueces y una vinagreta con mermelada de tomate. Cuando comenzaron con la lubina al orio y barritas de puerro crujiente Gerard carraspeó llamando la atención de todos.

—Me gustaría hablar con vosotros de una cosa que me lleva rondando la cabeza desde que llegamos aquí y David me comentó tu situación, Jenny.

Ella le miró confundida, luego dirigió su mirada a David que sonrió tímidamente. ¿Qué le había contado a su padre acerca de su situación?

—David me contó sobre tu discusión con la discográfica y tu representante, espero que no te importe que lo hiciera.

—No, en absoluto —murmuró Jenny sin entender a dónde quería llegar.

—La cuestión es que he estado pensando y pensando, me hago mayor y llegará un día en que tenga que dejar mi trabajo...

—Esperemos que sea pronto —añadió Ygritte en voz baja haciéndoles sonreír a los tres.

—Será pronto, cariño, te lo aseguro —cogió la mano de su mujer por encima de la mesa—. Y cuando llegue ese día me gustaría saber que dejo a mis hijos en buenas manos y con un próspero futuro por delante.

>>Ahora mismo David no tiene trabajo y tú, Jenny, te encuentras en una situación un tanto compleja. Supongo que las discográficas no tardarán en enterarse de lo que ha sucedido con Rony Music y te ofrecerán contratos millonarios. No quiero condicionarte pero tengo una propuesta que hacerte.

El ceño de Jenny estaba más fruncido que nunca. David estiró la mano y pasó un dedo por él para que lo relajara. Ella se volvió a mirarle con una cara que le hizo apartar el dedo a la velocidad de la luz. Perfectamente podría haberle dado un mordisco y arrancárselo. La mirada de esa mujer le acojonaba realmente en ocasiones.

—No entiendo nada, Gerard, ¿qué propuesta? —preguntó volviéndose para mirarle.

Él tomó aire y dejó los cubiertos sobre el plato. Cruzó las manos a la altura del rostro y la miró fijamente.

—¿Qué opinarías de la creación de un nuevo sello discográfico?

Jenny frunció todavía más el ceño. Gerard siguió hablando.

—Un sello discográfico Hill-Scott —hizo una pausa de dos segundos y se apresuró a añadir—. O Scott-Hill, no hay preferencias.

Jenny le miraba como si se acabara de transformar en un pequeño gnomo del bosque. David se dio cuenta y la cogió de la mano.

—Papá, por favor, explícate un poco mejor. ¿Qué sello discográfico?

Gerard carraspeó y se puso más recto en la silla.

—Mi propuesta es crear un sello discográfico con Jenny, bueno... con Jennifer —sonrió mirándola con calidez—. Crear nuestra propia empresa, con una

aportación de capital por ambas partes pero en la que yo no me metería en absoluto, te lo dejaría todo a ti, David.

Fue el turno de David de quedarse boquiabierto. Gerard rio al ver las caras de ambos.

—Este es un buen negocio si lleva el nombre de Jennifer. No te ofendas, Jenny, pero eres una marca muy buena e importante a nivel mundial. Todo lo que lleva tu nombre se vende como caramelos: tus discos, camisetas con tu nombre, pósters, ese perfume que sacaste hace un año... Kate tardó dos semanas en encontrarlo porque estaba agotado en todas partes. Por eso mismo creo que es una gran idea crear tu propio sello discográfico. Tú te encargarías de tus propios temas, de editarlos a tu gusto, rodeándote de la gente que tú quisieras. Y seguro que hay grupos y cantantes por ahí que darían cualquier cosa por trabajar con un sello que llevara tu firma.

—¿Lo estás diciendo en serio? —Preguntó Jenny encontrando algo de sentido a sus palabras finalmente.

—Completamente en serio. ¿Qué me dices?

Jenny sonrió abiertamente. Su propio sello discográfico... Poder decidir todo sobre su vida, absolutamente todo. Eso le gustaba. Además podría ayudar a nuevos talentos que quisieran entrar en ese mundo al igual que el señor Prescott hizo con ella.

Odiaba a Jason por cómo había tratado a David y además le tenía un asco que no podía verle ni en pintura, ¡le perdería de vista! Esa idea casi le hizo saltar de alegría en la silla.

Empezó a asentir con la cabeza a la vez que sonreía.

—Claro que sí, Gerard, ¡por supuesto que sí! —Se levantó y sin pensárselo mucho le abrazó con fuerza.

—Me gustaría respirar, Jenny...

Se separó de él rápidamente para verle sonriendo.

—Joder, Gerard... ups, lo siento —se tapó la boca con las manos y escuchó la risa de David—, quería decir... no sé... ¡Recórcholis, Gerard! ¡Esta noticia es maravillosa!

David empezó a reír a carcajadas y ella se giró a mirarle. Vio que Ygritte sonreía mientras observaba a su hijo reír tan a gusto.

—¿Qué pasa? —Le preguntó sin dejar de sonreír.

—Por Dios, Jenny... ¿recórcholis? ¿En un momento así la gran Jennifer dice *recórcholis*?

Ella soltó una carcajada, miró a su suegra y luego a Gerard.

—Pido perdón por anticipado —tomó aire y gritó—: ¡Joder, Gerard! ¡Esta noticia es cojonuda!

La despedida en el aeropuerto fue menos emotiva que cuando dejaron Inglaterra, pero no por eso fue menos lacrimógena. Kate lloró como si se tratara del fin del mundo y por mucho que Jenny le decía que volverían a verse pronto no había manera de calmarla.

Al abrazar a David no dejó de susurrarle que le quería muchísimo y que se sentía muy feliz de que hubiera encontrado a alguien como Jenny. David aguantó estoicamente e intentó ignorar el nudo de su garganta.

Cuando Ygritte y Jenny se abrazaron sus lágrimas volvieron a caer sin medida. Entonces David entendía un poco más la razón de esas lágrimas y simplemente la dejó desahogarse y abrazar a su madre. Gerard les besó a ambos y Jenny le abrazó con muchísima fuerza sin dejar de darle las gracias por permitirle crear ese sello discográfico conjunto.

Cuando la voz de una azafata anunció la última llamada para el vuelo con destino a Londres volvieron a abrazarse por última vez diciéndose lo mucho que se echarían de menos y prometiendo verse en persona pronto.

Jenny apoyó la cabeza en el hombro de David mientras les observaba atravesar la puerta de embarque. Él acarició su espalda con cariño y suspiró. Esa vez le había dolido realmente decir adiós a su familia, por mucho que fuera un hasta luego.

—¿Nos vamos a casa? —Le preguntó en un susurro.

Ella asintió y pasó la mano por su cintura. Salieron de la terminal caminando a paso lento e ignorando a los que les observaban. Un grupo de chicos y chicas jóvenes observaron a Jenny desde la distancia, parecían una especie de excursión de instituto.

—Creo que quieren hablar contigo —murmuró David agachándose hacia su oído.

Jenny frunció el ceño y miró a su alrededor. Cuando vio los rostros de esos chicos mirándola con esas enormes sonrisas en el rostro se sintió un poquito mejor. Decidió dejar de lado la tristeza por la marcha de los Hill (volvería a verlos pronto después de todo) y compuso su mejor sonrisa. Ellos empezaron a acercarse como con miedo y entonces ella les hizo un gesto con la mano.

—¿Queréis una foto?

Fue como encender un petardo en una fábrica de fuegos artificiales. Todos corrieron hacia ella y los rodearon sin dejar de sonreír, sacando los móviles de sus bolsos y bolsillos.

—Pero tenéis que comportaros, ¿eh? Nada de empujones ni agobios.

—Gracias, Jennifer —le dijo una chica rubia con unas graciosas gafas de pasta color rosa.

—Nos encantas... —dijo otra chica morena con demasiado maquillaje—. Y nos encanta David también.

Soltó una risita a la vez que miraba a David con timidez. Él abrió mucho los ojos y escuchó una gran carcajada por parte de Jenny. La miró y ella elevó una ceja para mirarle divertida. Seguro que luego tenía que aguantar comentarios acerca de eso...

Jenny posó con los chicos para varias fotos, unas de grupo, otras con chicas solas y otras con solo los chicos. No pasó desapercibido para ella que le hicieran fotos a David también, aunque él intentara quedar en un segundo plano. Casi le da un ataque de risa cuando vio a la chica morena extra maquillada pidiéndole a una amiga que le hiciera una foto con él. La cara de David cuando le preguntó si podían hacérsela fue un auténtico poema. Pero tragó saliva y sonrió todo lo natural que pudo mientras la morena se apretaba demasiado a él y posaban para la foto.

Fue un rato de risas y Jenny lo agradeció de todo corazón. Se despidieron de los chicos con una sonrisa y siguieron caminando por la terminal hasta la salida, sintiendo todas miradas sobre ellos. Una vez fuera, Neal les abrió la puerta del coche. En cuanto entraron en él, Jenny tosió a propósito para atraer la atención de David que miraba por la ventanilla. Se giró a mirarla y extendió la mano con la palma enfocada hacia ella.

—Cállate, no digas ni media palabra.

Jenny sonrió y movió la cabeza para poder mirarle, evitando su palma extendida.

—Triunfas entre mis fans, Hill.

David bufó y bajó la mano.

—Vete a la mierda, Jenny.

Ella soltó una carcajada y se acercó a él para poner una mano sobre su rodilla.

—Pensaba que esto sería un extra para ti y tu vanidad.

—Jenny, en serio, no me hace ni puta gracia que las niñas vengan a hacerse fotos conmigo. Cierra la boca si no quieres que me enfade.

—Debería ser yo la que se enfada —dijo disfrutando del momento con una malévola sonrisa—. Mis fans babean por ti. Mis fans babean por mi novio. Me estás robando los fans, David.

Él murmuró algo acerca de dónde se podía meter a sus fans que la hizo reír muy alto. Neal los observaba desde el espejo retrovisor y pensó que jamás había visto a Jennifer tan risueña y de tan buen humor. Aunque en esos momentos pareciera disfrutar de una manera morbosa de cómo se sentía el señor Hill, escucharla reír siempre era mejor que escucharla gritar y soltando barbaridades por esa boca.

Jenny fue todo el trayecto hasta su apartamento mirando internet desde su iPad. No dejó de darle codazos a David para que viera las cosas que decían sobre ellos en la red. Él bufaba con cada titular y con cada foto que le mostraba. ¿En serio todo eso acerca de ellos andaba colgado por ahí? Malditos *paparazzi*.

Había fotos suyas en la puerta de The Glass el otro día, fotos en la Estatua de la Libertad, fotos de Jenny sentada en un banco de Strawberry Fields que una chica que estaba allí había subido a Twitter, fotos de Kate paseando con Jenny cogidas de la mano por la Quinta Avenida, fotos de él y sus padres entrando en el Rockefeller Center... Pero mejor que las fotos eran los titulares.

"Los Hill conocen Nueva York de mano de Jennifer. Disfrutan de un paseo tranquilo por Central Park."

¿Tranquilo? ¿Con ellos detrás? Y una mierda, no fue nada tranquilo.

"Jennifer y David, el amor surge en cualquier lugar."

Y contaban su historia. Una historia mitad cierta y mitad falsa porque ni Jenny ni él habían hablado con nadie acerca de cómo había empezado todo. Tampoco tenían intención de hacerlo.

"La hermana de David, interesada en el mundo de la moda, junto con la estilista de Jennifer paseando por el Soho."

Casi podía escuchar rechinar sus dientes al leer todo eso.

—Adiós a la intimidad y la vida privada, David.

—Lo sé.

El tono enfadado con el que dijo esas palabras impactó en Jenny. Se volvió a mirarle mientras Neal entraba en el parking de su edificio.

—¿Es demasiado para ti? —Le preguntó con cierto temor.

Él tomó aire y lo dejó salir lentamente.

—En cierta parte sí —Jenny dejó de respirar un instante, ese *sí* significaba demasiado—. Estar en todas partes, que vigilen todo lo que hacemos, no tener ni un rato de tranquilidad... Me está costando mucho acostumbrarme a esto.

—¿Podrás acostumbrarte?

En esa pregunta sí dejó que se reflejara todo el miedo que sentía. Si David no se acostumbraba a la fama y a tener gente atenta a todos sus movimientos no serían capaces de hacer que lo suyo funcionara.

—No lo sé.

Esas palabras impactaron en su corazón como una bola de demolición.

El coche se detuvo y David abrió la puerta para salir, sin esperar a Jenny comenzó a andar hacia el ascensor. Ella salió del BMW y le vio caminando cabizbajo. *Mierda... Mierda, mierda, mierda.* No quería perderle. No quería que la maldita fama y ese mundillo le apartaran de su lado. Si él no podía sobrellevar toda esa situación... Ni siquiera quería pensar en ello. Pestañeó varias veces para alejar las lágrimas de sus ojos y fue hacia el ascensor sin decir adiós a Neal.

David ya estaba dentro esperándola, las puertas se cerraron en cuanto ella entró. Apretó el botón de su piso y se apoyó en la pared. La tensión en el ambiente era más que palpable. Le miró de reojo y vio su gesto serio mirando al frente, un mechón de pelo castaño caía por su frente. Le quería tantísimo... El solo hecho de imaginar que se marchara de su lado...

No pudo evitarlo y un sollozo escapó de sus labios. David se giró rápidamente al escucharlo y la miró con el ceño fruncido. Se acercó a ella enseguida y le apartó el pelo de la cara.

—Jenny, ¿qué pasa? ¿Por qué lloras?

Ella negó con la cabeza y se obligó a serenarse. Limpió la jodida lágrima que se había escapado de su autocontrol y empujó a David poniendo una mano en su pecho.

—Nada —mintió.

—No me lo creo, tú no lloras por nada.

Justo entonces llegaron a su piso y las puertas se abrieron. Jenny salió lo más deprisa que pudo y llamó al timbre. Él la siguió sin entender nada. Cuando estaba sacando sus llaves la puerta se abrió y Anna apareció con una enorme sonrisa que cayó en picado al ver las caras de los dos.

—¿Qué pasa? ¿Ha ido todo bien con el vuelo de tus padres?

—Sí, sí, todo ha ido bien, Anna. No te preocupes.

Ella no creyó ni una sola palabra de David. Observó a su amiga pasar a su lado casi sin mirarla y la vio ir hacia su habitación. Escuchó cómo cerraba la puerta y miró a David de nuevo.

—¿Qué coño le has hecho?

—¿Yo? —Exclamó sorprendido—. No le he hecho nada, Anna, se ha puesto así de repente.

Los dos entraron en el apartamento y fueron a la cocina, ambos se sentaron en los taburetes. Anna dirigió una mirada inquisitiva a David.

—Tienes dos opciones —dijo sin quitarle el ojo de encima—. Contarme qué ha pasado por las buenas o conseguirás que tenga que utilizar técnicas dudosas para sonsacarte la información.

David sonrió.

—¿Esas son las tácticas que usas con Gary?

—Con Gary uso una serie de trucos que no voy a utilizar contigo, sería poner en peligro mi amistad con Jenny y no pienso arriesgarme.

Él rio entre dientes. Después suspiró y apoyó las palmas de las manos en la encimera de mármol.

—No tengo ni idea, Anna. Hemos salido del aeropuerto después del acoso de unos fans y ha venido todo el camino viendo los artículos en los que aparecemos en internet.

—Oh, ¿has visto la foto de *Cosmo*? —Interrumpió Anna sonriente—. Estáis guapísimos los dos. Hice bien vistiéndoos aquel día, esos pantalones negros te quedaban perfectos, David. Y la chaqueta de Jenny era maravi...

—Anna, por favor —la cortó cerrando los ojos con claro gesto de cansancio—. ¿Quieres que te cuente las cosas o no?

—Sí, sí, perdona —sonrió y le dio un golpecito en una de sus manos.

—Me cansa eso de tener a los *paparazzi* siempre encima atentos a cada paso que damos, me siento tan observado vaya a donde vaya... Pero estoy intentando llevarlo lo mejor posible, de verdad, me conciencia de que es el mundo de Jenny, que si estoy con ella es mi mundo también. Pero es difícil, muy difícil. Antes simplemente estaba ahí mientras los periodistas perseguían a la persona para la que yo trabajaba, pero ahora a quien persiguen es a mí —respiró profundo y vio la comprensión en los ojos de Anna—. Una chica me ha pedido una foto hoy.

—¿En serio?

—Ha sido totalmente inesperado.

—Pero, David, ¿tú te has mirado en el espejo últimamente?

Él rio entre dientes. Sabía a dónde quería llegar.

—Estás bueno, eres guapo, sales con una cantante súper famosa... ¿En serio pensabas que si lo vuestro salía a la luz no ibas a revolucionar el mundo?

—No digas eso, yo no revoluciono nada.

—¡Y una mierda! —Gritó Anna saltando de la banqueta y corriendo hacia el sofá.

La morena cogió una *tablet* y corrió hacia él de nuevo. La dejó sobre la encimera y desbloqueó la pantalla para que pudiera ver lo que ella estaba viendo antes. Eran fotos de ellos dos, de Jenny y él. De la mano, sonriendo, caminando por la calle, mirándose con complicidad... En una fotografía Jenny reía a carcajadas mientras él la miraba, estaban en Central Park. Era una foto bonita pese a tener escrito encima en grandes letras blancas: EL AMOR FLORECE EN OTOÑO. Bueno... incluso era bonita con esas palabras escritas ahí.

—¿Lo ves? Hablan de ti, de ella, de los dos. Y aquí... —pasó el dedo por la pantalla haciendo que las imágenes cambiaran—. Aquí hablan de ti.

Oh, joder.

Fotos de él. Comentarios acerca de su manera de vestir. Comentarios acerca de su pelo. Comentarios acerca de las peticiones que los peluqueros de la ciudad de Nueva York habían recibido de decenas de clientes para que les hicieran su mismo peinado. ¿Qué cojones...? De repente se sintió como Jennifer Anniston cuando

comenzó *Friends* y todas las mujeres pedían su corte de pelo. ¿Ahora todos los hombres querrían su corte de pelo? Eso era para partirse de risa.

Y sin poder evitarlo se echó a reír. Puede que fuera una reacción espontánea a la tensión acumulada y a la ridiculidad de la situación, pero rio hasta las lágrimas. Anna le acompañó y juntos estuvieron comentando las estupideces que decían en las revistas y en todas partes sobre las personas que, como ellos, causaban algo de revuelo en el mundo mediático.

Entonces se dio cuenta de lo que Anna pretendía. Quería que se tomara eso a guasa, que lo viera como lo que era, algo secundario, algo que siempre iba a estar allí pero que tenía que aprender a llevar lo mejor posible. Algo que tenía que tomarse con humor o lo destrozaría todo.

—Gracias, Anna.

Se acercó a ella y la besó en la mejilla.

—¿Por qué? —Preguntó con falso tono de inocencia—. Si yo no he hecho nada...

David rio y la abrazó.

La dejó sentada observando unos artículos que hablaban acerca de su forma de vestir y fue hacia la habitación de Jenny. Se sorprendió al entrar, todo estaba completamente a oscuras.

—¿Jen?

Caminó hacia la cama y se sentó con cuidado. Sabía que ella estaba dentro, la escuchaba respirar.

—¿Estás dormida?

—No.

Su voz sonó como la de un niño enfurruñado. Sonrió al escucharla y se tumbó despacio a su lado quitándose los zapatos con los pies. Pasó un brazo por encima de su cintura y se acurrucó a su lado. Aspiró el aroma afrutado de su pelo y cerró los ojos.

—Voy a poder con esto, Jen.

El corazón de Jenny dio un vuelco en su pecho al escucharlo.

—Por ti podré con cualquier cosa.

—Me habías asustado.

—Yo me he asustado, Jenny. ¿Una niña queriendo hacerse una foto conmigo? Joder, creo que tengo derecho a asustarme un poquito, ¿no?

—La verdad es que asusta al principio.

—Más bien acojona.

Ella rio bajito y se dio la vuelta para quedar frente a él. Pasó los brazos por su cuello. Abrió los ojos pese a que no viera nada en la oscuridad.

—La fama es algo complicado de llevar, pero siempre les puedes mandar a la mierda, David.

—¿Cómo haces tú? —Rio divertido.

—Aun así me quieren —se encogió de hombros mientras sonreía.

Él se acercó y encontró sus labios en la oscuridad. Se besaron unos segundos y luego Jenny escondió el rostro en su cuello. David besó su cabeza y acarició su espalda.

—Hay páginas de internet que hablan de mi pelo —murmuró un rato después rompiendo el cómodo silencio que había entre los dos.

Jenny se echó a reír.

—No te rías, cabrona —le dijo intentando aguantarse sus propias risas—. Me da miedo salir a la calle y ver hombres con mi mismo corte de pelo.

—Pues prepárate, los habrá y por montones. Y las niñas van a tener tus fotos forrando sus carpetas y soñarán contigo. Y gritaran cuando te vean, muriéndose por tocarte y por recibir una mirada tuya. La del aeropuerto de hoy solo ha sido el comienzo.

David gimió y abrazó más fuerte a Jenny.

—¿Me defenderás? —Murmuró con tono lastimero.

—Por supuesto. Eres mi chico.

Él rio y la besó con ganas. Volvieron a quedarse en silencio. David estaba mirando al techo aún sin poder ver nada. Jenny tenía la cabeza apoyada en su pecho y acariciaba distraídamente su estómago por dentro de la camiseta.

—¿Lo del otro día iba en serio?

La pregunta de Jenny le hizo parpadear.

—¿El qué? —Preguntó confuso.

—Lo que dijiste en el aeropuerto.

—¿El qué? —Repitió frunciendo el ceño.

—Lo que dijiste cuando esperábamos a tus padres...

—Jenny, cariño, ve al grano, no te pega nada eso de andarte por las ramas.

Pellizcó su cintura y ella rio bajito. Se moría de vergüenza por ir a preguntarle eso pero sacaría provecho del hecho de estar a oscuras y que no pudiera ver su cara.

—Lo de... lo del... *matrimonio*.

Ya estaba, ya lo había dicho. Cerró los ojos con fuerza. Sintió el cuerpo de David agitándose por la risa y su mano apretándole más.

—Por supuesto —declaró con voz seria.

—¿Quieres casarte?

—¿Contigo?

Se incorporó levemente y estiró la mano para encender la pequeña lámpara de la mesilla. Jenny se puso las manos en los ojos cuando lo hizo. Mierda. A tomar viento su intención de que no viera su rostro. David la miró con una enorme sonrisa y ojos brillantes. Ella tuvo ganas de cavar un agujero y meterse en él, como un avestruz.

—Señorita Scott... ¿está intentando proponerme algo?

El tono divertido con el que lo dijo la hizo sonreír. Le dio un pequeño empujón con el codo.

—Hablo en serio, idiota. ¿Quieres casarte?

David se puso serio y la miró con calidez. Jenny estuvo a punto de derretirse ante esa mirada tan sincera y llena de amor.

—Jenny... yo quiero estar siempre contigo, no quiero nada en este mundo que no seas tú. Si tú estás a mi lado soy feliz, no necesito nada más —estiró la mano para acariciar su mejilla, Jenny sintió que se le llenaban los ojos de lágrimas—. ¿Casarme contigo? Es algo que quiero hacer, por supuesto que sí. Si tú quieres, claro.

Ella soltó una risita de colegiala enamorada. Joder, se sentía igual que si lo fuera.

—Yo también quiero —susurró con timidez.

Hay que joderse, ¡timidez! ¡Ella!

David soltó una carcajada.

—¡Estás colorada como un tomate! —Exclamó mirándola con cariño—. No me puedo creer que esto te dé vergüenza, ¡solo soy yo!

—Por eso... —murmuró tapándose la cara con las manos.

Él las cogió y las apartó con suavidad. Se tumbó de nuevo hasta que sus ojos quedaron a la misma altura. Azul y marrón, mirándose fijamente.

—Sé que es pronto, sé que es una puñetera locura pero parece que las cosas contigo siempre van a serlo.

El corazón de Jenny latía a toda velocidad. La voz de David y la firmeza de su mirada la estaban haciendo creer que iba a decirle algo que ella quería que dijera. Oh, joder... ¿y si se lo pedía? Su corazón latió aún más rápido. La mano de David acarició con delicadeza su mejilla y bajó por su cuello, se detuvo allí. Le vio tomando aire y de nuevo la miró fijamente.

—Voy a meterme de lleno en tu mundo así que... ¿qué mejor que una locura de las gordas para empezar? —Le regaló esa sonrisa torcida que hacía que todo su mundo se pusiera del revés—. Jennifer, Jenny, mi Jenny... mi alocada estrella... ¿te casarás conmigo?

Cartas de abogados, cartas de Rony Music pidiendo indemnizaciones por daños y perjuicios debido a su abandono de la compañía, preguntas incesantes de los periodistas que morían por saber qué iba a ser de Jennifer y de su música ahora que no tenía discográfica, mensajes de Carlo en el buzón de voz pidiéndole que fuera a su despacho, Jason Prescott en televisión hablando de la gran afrenta que Jennifer había hecho a su compañía, a él mismo y a su padre.

Todo le importaba una mierda excepto que Jason utilizara el recuerdo de su padre ante los medios para dejarla en mal lugar. El verdadero señor Prescott jamás la habría tratado como él había hecho, era un hombre bueno y se tenían mucho cariño. El gilipollas de Jason no dudaba en sacar la basura por la puerta de delante.

Pero, pese a todo, ella vivía en una constante nube. Flotaba y era feliz. Qué importaba que tuviera que pagar una cantidad de dinero desorbitada a Rony Music por abandonarles y cancelar la gira, le sobraba el dinero, podía afrontarlo sin ningún tipo de problema. Qué importaba que tuviera que acudir a reuniones con sus abogados y los del señor Prescott, ponía su mejor sonrisa y accedía a lo que le pedían. Qué importaba que los periodistas hablaran de ella día sí y día también, ni siquiera le afectaban sus preguntas. Jenny no saltaba de alegría a todas horas porque el resto del mundo pensaría que estaba loca. Aunque la verdad es que eso tampoco le importaba demasiado.

La razón de su alegría, la razón de su felicidad era él, David, su flamante y maravilloso prometido. ¿Qué si no la iba a tener tan radiante?

Estaba sentada en la enorme mesa de juntas observando por la ventana los rascacielos de la ciudad. Se apoyó en los reposabrazos y dio vueltas en la silla con ruedas. Estaban a mediados de diciembre, el cielo estaba nublado y hacía mucho frío, pronto empezaría a nevar. Se movió por la sala con la ayuda de los pies sin levantarse de la silla y fue hasta la ventana. Le encantaban esas vistas. Era muy atrevido colocar la sede de su nueva discográfica en Manhattan, pero ese lugar les había conquistado. No estaban en pleno centro financiero, pero en tan solo quince minutos podían estar en Wall Street. Tenían el puente de Brooklyn al lado y las vistas eran inmejorables. Incluso desde uno de los despachos se podía ver a lo lejos la Estatua de la Libertad.

Escuchó la voz de David que hablaba con Gary y se volvió hacia la puerta. Toda la pared que daba al pasillo era de cristal. Les vio pasar gesticulando. Anna iba tras ellos con un cuaderno apuntando Dios sabe qué. Se quedó embobada mirando los andares de David y soltó un sonoro suspiro. Llevaba un traje negro impecable, camisa blanca reluciente y corbata azul eléctrico. Su pelo revuelto dejaba claro que habría estado discutiendo algo con Gary, probablemente acerca de las personas que harían falta para trabajar allí. ¿Se podía ser más guapo? Volvió a suspirar.

—¿Babeando de nuevo?

Miró hacia la puerta y vio la cabeza sonriente de Anna asomando por ella.

—Un poquito —hizo un gesto con los dedos indicando ese poquito y sonrió—. Creo que tengo todo el derecho del mundo, ¿no?

—No te lo niego —dijo entrando en la sala—. Dos hombres tan guapos juntos es demasiado para cualquiera.

Las dos rieron. Anna se acercó hasta la mesa, cogió una de las sillas y la arrastró hasta la ventana al lado de Jenny. Se sentó y observó las vistas.

—Me encanta Nueva York —murmuró.

—Y a mí.

—¿Alguna vez te he dado las gracias por traerme contigo hasta aquí?

Jenny se giró a mirarla y frunció el ceño.

—La oportunidad que nos diste, la vida que llevamos ahora... —siguió Anna mirando fijamente el edificio de delante—. Sin ti no hubiera sido posible.

—¿Qué te pasa que estás tan melancólica?

Anna se encogió de hombros, giró el rostro para mirarla y sonrió.

—Simplemente es que a veces me doy cuenta de lo que tengo, de lo que soy y estoy muy agradecida por ello. Tú hiciste todo esto posible y te lo agradezco.

—¿Pretendes hacerme llorar?

Anna se echó a reír y estiró la mano para coger la de Jenny. Las dos se quedaron en silencio mirando por la ventana con sus manos entrelazadas.

—Aún no me creo que te pidiera que te casaras con él.

Una sonrisa apareció automáticamente en el rostro de Jenny.

—Si te sirve de consuelo yo todavía creo que fue un sueño.

—Un sueño bastante real —levantó su mano en el aire y observó el anillo de compromiso mientras reía.

—Un sueño del que no quiero despertar.

—¿Te he dicho alguna vez que estar enamorada te hace ser jodidamente ñoña?

Jenny se echó a reír y Anna se unió a ella.

—Pero sigo siendo yo, Annie.

—Lo sé y gracias a Dios, porque hay un par de periodistas en la puerta del edificio a los que hay que ladrar un poquito.

—Jennifer ya no ladra.

Las dos se giraron hacia la voz de David que acababa de entrar en la sala y sonreía con las manos metidas en los bolsillos del pantalón.

—¿Qué te hace pensar eso? —Le preguntó Jenny levantando una ceja.

—Acaban de llamar a Gary para entrevistarte para no sé qué revista de adolescentes hormonados. Quieren saber qué es lo que te ha hecho dejar de ser tan borde y andar por ahí como si llevaras puestas unas bolas chinas todo el día.

Anna soltó una carcajada y se ganó una mirada asesina por parte de Jenny. Volvió a mirar a David y se cruzó de brazos.

—¿Intentas ser gracioso, Jack?

—Oh, mi nombre de canguro... —exclamó llevándose una mano al pecho—. Lo echaba tanto de menos.

Jenny reprimió la sonrisa. Ese idiota estaba tomándole el pelo.

—Gaz dice que tenemos que decidir cómo vamos a distribuir los despachos —empezó él cambiando de tema y acercándose a las chicas—. Hay que pensar dónde será mejor colocar el estudio de grabación, en este piso o abajo.

—Yo creo que sería mejor dejar este piso para las oficinas y despachos. Esta sala es impresionante —dijo Anna moviendo los brazos a su alrededor.

—El piso de abajo no tiene la distribución que tiene este —siguió Jenny—. Yo también creo que sería mejor dejar éste como está.

—De acuerdo, señoritas, ustedes son las que mandan.

—Uy, señor Hill, ¿ya está delegando en nosotras? —Dijo Anna poniéndose de pie y sonriendo—. Cuidado, si nos da demasiado poder tendremos que utilizarlo.

—Anna, me das miedo —dijo David con una pequeña sonrisa asomando en los labios.

—Y eso que todavía no has visto lo que tengo pensado para decorar este lugar.

David la señaló con un dedo.

—No quiero florecitas por todas partes ni paredes de colores chillones que hagan que quiera suicidarme.

—Pobre Susan —murmuró Jenny.

Todos guardaron silencio unos segundos recordando a la pobre recepcionista de Rony Music rodeada de todos esos colorines terroríficos.

—Bueno, chicos —dijo Anna alisándose la falda de color rojo que llevaba—. Tengo que ir a acompañar a William a la prueba de su esmoquin. David, ¿no habrás olvidado ir a probarte el tuyo?

—No, Anna —contestó con tono cansino—. Tengo que ir mañana.

—De acuerdo —dijo un pequeño saltito y sonrió—. Hasta luego, Jen, te veo en casa.

Se acercó a ella y la besó en la mejilla. Caminó hacia David y él se agachó un poco para que le besara también. Anna sonrió antes de salir y les miró a los dos, se llevó las manos al pecho y suspiró.

—Me muero de ganas por ver lo guapísimos que estaréis en el altar.

—Anna, vete ya —dijo Jenny sonriendo al ver que iba a comenzar a decir tonterías y probablemente a soltar alguna que otra lágrima.

La morena dio un saltito de nuevo y salió de la sala para buscar a Gary e ir juntos a la prueba del esmoquin de su hermano.

Quedaba poco más de una semana para la boda de Caroline y William, en tan solo siete días se darían el “*sí, quiero*” delante de todos sus familiares y amigos en Aberdeen, su pueblo natal.

Cambiaron de idea acerca de casarse en primavera cuando Jenny canceló la gira por la Costa Oeste. Ya no tenían nada que hacer ese mismo invierno, Caroline podría hacer realidad su sueño de casarse en Navidad, rodeada de nieve. Todos pensaban que estaba loca, que iban a pasar un frío de mil pares y que era la peor idea del mundo. Todos excepto ella y William. El moreno dijo que si su chica quería casarse en esas fechas sería lo que harían, así que dos días antes del día de Navidad celebrarían su enlace sin importarles nada lo que el resto dijera.

David observó a Jenny y ladeó la cabeza.

—¿Lo de las bolas chinas es cierto?

Ella se echó a reír y escuchó la risa de David uniéndose a la suya. Él caminó hasta la ventana y se sentó en la silla que antes ocupaba Anna. Estiró la mano y cogió la suya con suavidad. Juguetó con sus dedos y recorrió con el índice el anillo de compromiso, se lo llevó hasta la boca y lo besó. Jenny sonrió y le miró con cara de auténtica idiota. Inevitable.

—Futura señora Hill —empezó él—. ¿Querrá que nos vayamos a casa?

—Me apetece un helado.

—¿Qué? ¿Con el frío que hace?

Jenny se encogió de hombros.

—No sé, me apetece un helado de chocolate —le miró con inocencia, agitando las pestañas—. ¿Me invitas?

David rio mientras negaba con la cabeza. Besó el dorso de su mano.

—A ver... ¿a dónde quieres ir? —Preguntó con tono resignado.

—¡Al pier 17!

La efusividad y la emoción con las que lo dijo le hicieron reír de nuevo.

Y veinte minutos después los dos estaban paseando por el pequeño puerto comercial enfundados en sus abrigos. Hacía un frío de mil demonios. Jenny llevaba un helado de chocolate en sus manos y se lo estaba comiendo como si fuera el primero que comía en su vida. David le colocó mejor la bufanda alrededor del cuello y ella le sonrió en respuesta.

—Si caes enferma después de esto le dejaré muy claro a Caroline que ha sido culpa tuya.

—Y yo le diré que tú me has acompañado —Jenny se encogió de hombros con naturalidad—. Eres mi canguro y deberías ser el que me prohíbe hacer este tipo de cosas.

—Ya no soy tu canguro, Jen.

—Siempre serás mi canguro. Vas a estar a mi lado siempre, ¿no?

David asintió a la vez que estiraba la mano para apartarle el pelo de la cara. Hacía bastante viento y estaban parados frente a la valla de madera tras la cual el mar agitado mecía los barcos a su merced. Ese viento también mecía el pelo de Jenny. Intentó infructuosamente colocarlo en su lugar.

—Entonces siempre serás mi canguro.

—¿No eres mayorcita para necesitar un canguro?

Jenny le miró y se metió en la boca la última cucharada de helado, dejó el recipiente apoyado en la barandilla de madera y pasó los brazos alrededor del cuello de David. Se acercó hasta sus labios y le besó con suavidad. El chocolate pasó de su boca a la de él.

—Mmm... chocolate... —murmuró David sobre sus labios.

Se besaron durante unos segundos hasta que David se separó de ella y apoyó la frente en la suya.

—¿Hay helado en casa? —Preguntó de repente.

Jenny se separó de él y le miró frunciendo el ceño.

—Si querías un helado deberías haberlo dicho cuando he pedido el mío, capullo.

—Si le digo al heladero que quiero que te cubra de helado de chocolate para luego lamerte todo el cuerpo muy despacio...

Oh... joder... Se le atascó el aire en la garganta. Su clitoris aplaudió ante la idea.

—¿No crees que me miraría raro?

La miró enarcando una ceja y con esa sonrisa torcida que la volvía loca. Vio la llama del deseo en sus ojos azules y tragó en seco. Le cogió de la mano y tiró arrastrándolo mientras él reía. Casi corrieron hasta donde estaba aparcado el Audi y David tuvo que ir apartando las manos de Jenny de su entrepierna durante todo el trayecto.

—Me has puesto caliente, David —se justificaba ella—. El helado se va a derretir a la velocidad de la luz sobre mí.

Él rio a carcajadas al escucharla y pisó con más fuerza el acelerador.

—¿Nada de tías buenas saliendo de una tarta?

—No, William, nada de tías buenas saliendo de una tarta.

El tono de Gary dejaba más que claro el grado de saturación que había alcanzado.

—¿Nada de strippers?

—No, William, nada de strippers.

—¿Nada de chochitos ni muñecas hinchables?

—David, por favor, deja de reírte y dile que se calle de una jodida vez si no quieres que le mate antes de su boda.

Los dos se echaron a reír mientras veían a Gary beberse de un trago lo que quedaba de su cerveza.

—Joder, Gaz, solo te estoy vacilando. Sé que no es la típica despedida de soltero. No quiero una despedida de ese tipo, ya lo sabes.

Gary le miró entrecerrando los ojos y mordiéndose la lengua para no decirle que se podía meter sus vaciladas por el culo.

—Será mejor que nos vayamos ya.

David se puso de pie y los otros dos le siguieron. Se despidieron del camarero con un leve movimiento de cabeza y salieron a la calle. Era de noche y hacía frío, al igual que los días anteriores. El invierno había llegado a Nueva York. Se subieron los cuellos de sus cazadoras y comenzaron a andar hacia el Madison Square Garden mientras hablaban de cosas sin importancia.

Era sábado, el sábado antes del gran día, y los tres habían optado por celebrar a su manera la particular despedida de soltero de William. Irian a un partido de los

Knicks y luego a tomar algo a algún pub tranquilo. Nada de tías buenas, strippers, chochitos ni muñecas hinchables.

—¡Margaritas!

Anna entró al salón llevando ese horrible sombrero que parecía sacado de una película de la época victoriana. En sus manos llevaba una jarra enorme de margarita y arrancó gritos y aullidos de las féminas ahí reunidas.

Jessica y Carmen también habían sido invitadas a la despedida de Caroline porque eran como dos más del grupo tras todas las horas que compartían juntas como ayudantes de Anna. Las dos llevaban sombreros también, pero el de Jessica era un gorrito de esos rojos tan graciosos que llevan en Marruecos y Carmen llevaba uno enorme con un lazo rosa al más puro estilo de Laura Ingalls. Jenny no se libraba de llevar sombrero pero la verdad es que lo llevaba con orgullo y alegría, aunque puede que eso se debiera en parte a que iba algo achispada. Llevaba un gorro de princesa de esos puntiagudos de color azul cielo con una gasa blanca transparente cosida a la punta y que caía graciosa hasta la mitad de su espalda.

Y Caroline era tema aparte. No solo llevaba sombrero, llevaba un disfraz completo. Iba vestida de policía, aunque Anna había dicho y redicho que se trataba de un disfraz de vigilante de seguridad (por eso de que William lo era) pero todas coincidían en que la habían timado en la tienda de disfraces. Pese a eso Caroline estaba encantada con su porra, su gorra y sus esposas.

—Esto es lo mejor de todo —sonrió en cuanto las vio—, ¡las usaré con William!

La idea era tener una despedida sencilla, en casa y con la gente necesaria. No podía faltar el alcohol y las risas. La tercera jarra de margaritas ya iba en camino de emborracharlas por completo.

Caroline necesitaba ese rato con sus amigas. Estaba muy estresada por la proximidad de su gran día. Decía que no iba a tener el vestido a tiempo y Anna le gritaba diciéndole que sí lo estaría. Esa era su discusión constante. También decía que había engordado porque no podía parar de comer chocolate a causa de la ansiedad. Jenny y Anna intentaban tranquilizarla, los chicos decidieron hacerse a un lado después de un intento de animarla por parte de William en el que ella casi le arranca una oreja de un mordisco.

El apartamento estaba lleno de revistas de bodas, de ropa por todas partes y de olor a laca constante por las pruebas de peinado de las tres. Todos debían ir a Aberdeen y hacer las maletas estaba resultando demasiado complicado para Anna. Porque por supuesto que era ella la que se encargaba de supervisarlo todo, y el hecho de no tener clara la climatología de esas fechas le hacía cambiar de parecer cada dos por tres.

—Juguemos a algo —dijo Anna dejando su copa sobre la mesa.

—¡Verdad o acción! —Gritó Carmen emocionada.

—No estamos en el instituto.

—Jenny, no seas aguafiestas. Es la despedida de Carol, que ella decida.

Anna miró a la rubia que estaba observando minuciosamente sus esposas. Jenny rio entre dientes al verla.

—¡Hey, Carol! Sal de tu burbuja erótica y céntrate en nosotras.

La aludida pestañeó un par de veces y miró a Jenny, después pasó la mirada por las otras tres chicas y todas se echaron a reír.

—Perdón, esto me ha dado muchas cosas en las que pensar —rio dejando las esposas en la mesa—. Juguemos a otra cosa... A "yo no he..."

Movió las cejas arriba y abajo sugestivamente. Jenny negó con la cabeza.

—Ah, no, yo no quiero jugar a eso, siempre salgo mal parada. No quiero emborracharme demasiado.

Todas se volvieron a mirarla impactadas. Como si acabara de tirarse un pedo o algo parecido.

—¿Qué pasa? —Exclamó echándose un poco hacia atrás.

—Hill te está transformando, Jenny —dijo Carmen mirándola con miedo.

—Yo me dejaría transformar por un hombre así —la voz de Jessica estaba llena de nostalgia, para rematar su frase con un suspiro.

—La verdad es que yo también... —Anna la imitó.

—¡Anna! —Exclamó Jenny riendo—. Tú tienes a Gary.

—Sí, sí, pero a nadie le amarga un dulce, ¿no?

Todas se echaron a reír. Se olvidaron de que habían decidido jugar a ese juego y siguieron bebiendo mientras hablaban de hombres, del cuerpo de bomberos de la ciudad de Nueva York, de Ashton Kutcher y de Matt Bomer.

—Dale un beso.

—¡Ni de coña, David!

—Joder, estás saliendo en la Kiss Cam, tienes que darle un beso.

—¡Es Gary!

—Venga, Will, bésame. Lo estás deseando.

David rio entre dientes. Todas las personas que estaban sentadas a su alrededor aplaudían y animaban a William para que lo hiciera. David empezó a aplaudir con ellos. De reojo miraba la enorme pantalla en el centro del estadio en la que, enmarcados en un enorme corazón rosa, estaban William y Gary. El rubio miraba a William agitando las pestañas y poniendo morritos para que le besara.

—¡Bésalo! ¡Bésalo! ¡Bésalo! —Gritaba el público del partido.

—Vamos, chico, no seas vergonzoso —decía la voz del comentarista por los altavoces del estadio—. Dale un beso, el público de Nueva York te lo pide.

La gente aulló en respuesta. David levantó los brazos en el aire al igual que todo el público. Gary le dio un codazo en las costillas a William.

—Vamos, tonto, solo es un beso. Te casas dentro de poco, suéltate la melena.

—¡Os odio! —gritó William.

Cogió su cerveza y bebió todo lo que quedaba de un trago. Se volvió hacia Gary, le cogió con fuerza por la nuca y le acercó para estampar los labios en los suyos. El rubio le cogió la cara entre las manos y le apretó más a él cuando empezó a notar que se echaba hacia atrás.

David se estaba partiendo de risa, aplaudía y gritaba con las masas enloquecidas por el beso de sus amigos. Por suerte había sido precavido y tenía el móvil preparado para sacar una instantánea del momento. Apuntó a la pantalla con su iPhone e inmortalizó ese beso para toda la eternidad.

William se apartó con brusquedad de Gary y le miró con enfado. Gary sonrió abiertamente y le pasó la mano por los hombros. Las personas más cercanas a sus asientos les palmearon la espalda y les dieron la enhorabuena por su relación. La señora de detrás de William le susurró en el oído que hacían una pareja preciosa. Él se volvió a mirarla con ojos desorbitados y se forzó a sonreírle para no gritarle que sus amigos eran una pareja de hijos de puta.

Gary miró a David de reojo y le hizo un guiño. David sonrió y asintió con la cabeza. En ese momento le mandó un mensaje a su amigo Anthony, encargado de las cámaras del estadio, para darle las gracias por sacar a William en la Kiss Cam. No hay nada en el mundo como tener conocidos en todas partes...

Jenny salió del cuarto de baño agachando un poco la cabeza para no chocarse con el marco debido al enorme gorro de princesa que llevaba. Fue tambaleándose hasta el salón y se sentó al lado de Caroline. La rubia estaba riendo sin parar al ver a Anna bailando con Carmen. Se suponía que estaban diciéndole a Caroline cómo tenía que

bailar con William durante el baile nupcial. Pero ver bailar a Anna con ese sombrero, arrastrando literalmente a Carmen (que siempre había sido una negada para el baile) era demasiado. El sombrero de Carmen tampoco ayudaba a quitarle gracia al momento.

—¿Y Jessica? —Preguntó Jenny.

—Preparando más margaritas.

Jenny asintió y observó con ojos desenfocados a las bailarinas "profesionales". Miró de reojo a Caroline. Solo de imaginársela vestida de blanco caminando hacia el altar se le llenaban los ojos de lágrimas. Y eso que no sabía cómo era su vestido porque le habían prohibido verlo bajo amenaza de muerte. Había intentado sobornar a Anna pero fue imposible.

—Carol...

La rubia se giró a mirarla. Sus ojos azules estaban ligeramente enrojecidos a causa del alcohol. Llevaba la gorra de policía de medio lado.

—¿Te he dicho alguna vez lo mucho que te quiero?

—Jen... ¿quieres hacerme llorar?

Caroline hizo un puchero y los ojos se le llenaron automáticamente de lágrimas. Jenny sintió los suyos aguararse por completo y se lanzó a abrazarla mientras las dos lloraban desconsoladas.

—Me alegro muchísimo de que vayas a casarte —sollozó Jenny en el oído de Caroline.

—Y yo me alegro de que tú también te cases.

—Te quiero.

—Yo también.

—Jamás dejaremos de ser amigas.

—Eso nunca.

—Seremos ancianas y viviremos en una urdan... una urdaniz... —Jenny hipó entre sus lágrimas—. En un sitio de esos donde hay muchas casas.

—¡Sí! —Exclamó Caroline en su oído abrazándola más fuerte—. Y tendremos gatos.

Jenny odiaba los gatos.

—¡Sí! Tendremos gatos, muchos gatos —contestó presa del momento etílico-emotivo.

—Y veremos juntas la telenovela de después de comer.

Jenny ya no pudo con eso y se echó a reír. Caroline se unió a sus risas y segundos después estaban limpiándose las lágrimas entremezcladas de felicidad, risa y borrachera. Increíble cómo podían cambiar de estado de ánimo tan rápido. Lo que hace el alcohol...

—¿Os he dicho alguna vez lo mucho que os quiero? —Gritaba William a escasos cien metros de su edificio.

—Unas cincuenta veces en la última media hora.

David reía entre dientes al ver a su amigo agarrado a Gary y a él mientras caminaban por la calle. No iba extremadamente borracho, pero estaba en ese momento de lucidez de borracho que te hace decir cosas demasiado graciosas y que hace que casi todo lo que te dicen te resulte todavía más gracioso.

—¿Estarán las chicas despiertas? —Preguntó William apoyando la cabeza en la de Gary.

—Supongo que sí, no es tarde.

—¿Tendrán *stripers*? —Soltó de repente.

David y Gary soltaron una carcajada.

—Si los tienen no serán de las que tú esperas, Will.

—Yo quiero ver tetas esta noche.

—Joder, Will... —dijo David entre risas—, tu sinceridad me está matando.

—¿Tú no quieres ver tetas, David? —Le preguntó parándose en seco justo frente a su portal y mirándole a los ojos.

—Claro, William, ¿quién no quiere ver tetas?

—¿Y tú, Gaz? —Se dio la vuelta muy rápido para mirarle—. ¿Quieres ver tetas?

—¡Por supuesto!

Gary no iba tan borracho como William pero también estaba algo achispado.

Entonces William frunció el ceño y miró fijamente a Gary.

—Nada de tetas para ti —soltó justo antes de echar a andar hacia el portal—. Las tetas que tú miras son las de mi hermana, ¡pervertido!

Entró dentro y agitó la mano hacia Joe que estaba detrás de la enorme mesa de la entrada.

—¿Qué paaaassa, Joey? —Le gritó acercándose hacia él.

—Buenas noches, señor Sheppard. Espero que hayan pasado una buena noche.

—Ha sido cojonuda, Joey —dijo pasando detrás de la mesa y dándole un abrazo de auténtico oso.

—William, por favor.

David fue corriendo a por él intentando aguantar la risa. La cara de Joe era tan espectacular que no pudo evitar que se le escapara una pequeña carcajada. Auténtico pavor mezclado con sorpresa. Sencillamente genial. Gary reía detrás de ellos sin cortarse un pelo.

—¿Alguna vez has besado a un hombre, Joey? —Le preguntó William mientras David le cogía por los brazos para deshacer su abrazo.

El pobre Joe carraspeó y se colocó bien la corbata. Miró casi asustado a William y negó con la cabeza. ¿Qué coño estaba preguntándole ese loco?

—Pues deberías, Joey... —le dijo mientras David le arrastraba hacia el ascensor—. Deberías porque es una sensación inigualaaaaaaable.

Joe les miraba como si estuvieran todos locos. Alguna vez les había visto borrachos, pero jamás habían actuado de esa manera con él. El señor Walters reía sin parar apoyado en la puerta del ascensor, el señor Hill parecía algo avergonzado pero también reía, pero el señor Sheppard...

—Buenas noches —le dijo David antes de entrar en el ascensor.

Las puertas empezaron a cerrarse pero una pierna que apareció de repente hizo que se volvieran a abrir. William salió del ascensor a paso decidido hacia Joe. Él se echó hacia atrás sintiendo un miedo terrible de repente.

—No puedes quedarte sin besar a un hombre, Joey. Yo te besaré.

—¡William!

Gracias al cielo los señores Hill y Walters salieron corriendo del ascensor y le cogieron de los brazos a tiempo.

—Perdona, Joe, es su despedida de soltero y ya sabes cómo son esas cosas...

—Sí, sí... —balbuceó—. Ya sé cómo son esas cosas.

Arrastraron a William de vuelta al ascensor. Fue lanzándole besos a Joe hasta que consiguieron meterle dentro. Los tres empezaron a reírse a carcajadas, tanto que incluso se cayeron al suelo mientras limpiaban las lágrimas que caían por sus mejillas.

David abrió la puerta del apartamento casi con miedo. No sabía lo que podía encontrar allí. Si aparecía un tipo cachas en tanga o un enano calvo que corría por la casa mientras hacía malabares no se hubiera sorprendido demasiado. Pero casi le dio más miedo el silencio que se escuchaba.

—¡Chicas! ¡Ya estamos aquí!

William no se enteró de la tranquilidad del apartamento y entró como un tsunami. Entonces se escucharon gritos de mujeres y David estuvo a punto de darse la vuelta y echar a correr para refugiarse con Joe detrás de su mesa en la entrada.

Caroline apareció vestida de policía, con unos pantalones demasiado cortos para ser de un policía de verdad. Llevaba una especie de sombrero marroquí. ¿Qué cojones...? La siguiente en aparecer fue Anna que llevaba un sombrero enorme con un lazo rosa anudado a la altura de la barbilla. En serio, ¿qué habían estado haciendo esas locas en su ausencia?

Las dos saltaron sobre William y Gary como auténticas lobas. William no estaba demasiado preparado para eso y cayó al suelo llevándose a Caroline con él. No pareció importarles demasiado porque empezaron a besarse entre risas y murmullos, entre los que David diferenció las palabras tetas, margaritas y esposas. Frunció el ceño. No quería saber nada más sobre eso. Demasiada información para su salud mental.

Anna ya estaba arrastrando a Gary hacia su habitación. El rubio la miraba embelesado y ella reía con esa carita de duende. Aunque la rojez de sus ojos dejaba más que claro que era un duende borracho, muy borracho.

Fue hasta el salón y vio a Jenny completamente dormida sobre el sofá. Supuso que Carmen y Jessica ya se habrían marchado a sus casas porque no había ni rastro de ellas. Sonrió en cuanto se acercó más a ella. Llevaba un sombrero horroroso al más puro estilo de las princesas de los cuentos de los hermanos Grimm, de esos en los que están encerradas en la torre más alta del castillo y tienen que lanzar sus cabellos para que el príncipe trepe por ellos y así las rescate.

La gasa blanca que colgaba de la punta del gorro le tapaba la cara. Pero... ¿qué coño llevaba puesto? Estaba completamente cubierta de papel higiénico. La observó más detenidamente. Le habían hecho una falda de papel higiénico con flores de papel higiénico. El corpiño que llevaba también tenía flores de papel higiénico. Pero lo mejor era la cola que salía de detrás de la falda, también era de papel higiénico pero no llevaba flores. En su lugar habían optado por dibujar varios canguros y cosas que parecían ser personas dándose besos. Rio entre dientes a la vez que agitaba la cabeza. Menuda cuadrilla de locas.

Se agachó al lado de Jenny y apartó la gasa del gorro de su cara. Estaba completamente dormida, con la boca abierta y la mano colgando por el sofá.

—Jen... —susurró acariciando su mejilla.

Ni se inmutó.

—Jenny, he vuelto...

Nada.

Optó por darle la vuelta y levantarla en brazos para llevarla a la cama. Ella gruñó un poco pero se agarró a sus hombros a la vez que enterraba la nariz en su cuello. La llevó hasta su habitación y la dejó sobre la cama. Se pasó cinco minutos quitándole todo ese maldito papel higiénico mientras ella roncaba. Una imagen realmente espectacular. Estuvo a punto de grabarla con el móvil para enseñárselo al día siguiente pero decidió no tentar a la suerte.

Se quitó la ropa y se tumbó a su lado en la cama. Jenny se dio la vuelta completamente dormida y pasó la mano por su cintura. Entonces hizo un ruidito gracioso de sorpresa, como si entonces se diera cuenta de que él estaba allí. Probablemente ni siquiera sabía dónde se encontraba. David reprimió una carcajada. La sintió acercándose a su cuerpo y acurrucándose a él.

—M-mmm...

Creyó que habría despertado y giró la cara para ver si era así. Ella suspiró fuerte y se abrazó más a su cuerpo. David negó con la cabeza y sonrió. Se acercó a Jenny y le dio un dulce beso en la frente. Nada de tetas para él esa noche.

La mirada de George era helada, con una dureza que hacía que su corazón se rompiera en mil pedazos de nuevo.

—Fue tu culpa, tú mataste a tu madre.

—Papá...yo...

—Vete de aquí—la rudeza de sus palabras impactó en el centro de su alma—. No quiero verte en esta casa.

Echó a correr intentando acallar los sollozos que provenían de lo más hondo de su ser, salió de lo que siempre había considerado su refugio, su hogar, para adentrarse en el bosque oscuro y húmedo. Corrió y corrió mientras las lágrimas inundaban sus mejillas. Le faltaba el aire mientras atravesaba la maleza. No vio las raíces de los árboles y tropezó cayendo al suelo irremediadamente.

—Jenny...

Oh, esa voz... Quería gritarle que le necesitaba, que le abrazara. Pero no podía articular palabra porque los sollozos se lo impedían.

—¡Jenny!

Se sintió agitar por alguien pero no veía nada, todo era verde y oscuro, las lágrimas no le dejaban ver.

—¡Jenny! ¡Despierta!

Entonces abrió los ojos y al encontrarse con los azules iris de David supo que todo aquello no había sido más que una pesadilla. Una pesadilla de nuevo.

Estiró los brazos y se agarró a su cuello como si le fuera la vida en ello. Él la abrazó asustado. Estaba cansado de esa situación, llevaba toda la semana teniendo pesadillas y no quería hablar de ello. Jenny aseguraba que eran pesadillas estúpidas que no tenían nada de especial, que posiblemente eran causadas por algo que cenaba y le sentaba mal. Estaba harto de escucharla decir eso. Debía pensar que era tonto y se lo creía, pero él sabía perfectamente que lo que causaba esas pesadillas era la inminente visita a Aberdeen y el reencuentro que eso iba a originar.

—Jenny... —acarició su cabello mientras ella sollozaba en su hombro—, ya ha pasado, estoy aquí, estoy aquí...

—Era... tan... real... —hipó ella.

La dejó calmarse un momento y, cuando estuvo más tranquila, cogió su cara con ambas manos y la miró fijamente a los ojos. Esos preciosos ojos jamás deberían estar de esa manera, tan llenos de tristeza que le rompían el alma.

—¿Me vas a decir de una vez qué es lo que te pasa?

—Nada, serán los margaritas de anoche que...

—Jenny, deja de decir tonterías —la rudeza en su voz la hizo callar automáticamente—. Estoy hasta las narices de que me digas que tus pesadillas no son nada. Sé que sueñas con tu padre y con tu vuelta a casa. No entiendo por qué intentas ocultarme eso.

Jenny suspiró con fuerza y apartó la mirada. David ejerció más fuerza con sus manos y la obligó a mirarle de nuevo. Ella hizo gala de su más pura cabezonería y de un brusco manotazo apartó las manos que la sujetaban. Se echó hacia atrás en la cama y David la observó sentado en el colchón.

—¿Crees que Caroline se enfadara mucho si no voy a su boda? —susurró Jenny mirando hacia la ventana.

David soltó todo el aire de sus pulmones intentando cargarse de paciencia.

—Hazme el favor de pensar seriamente la tontería que acabas de decir. ¿No ir a la boda de tu mejor amiga? ¿En serio serías capaz de hacer algo así? —Chasqueó la lengua y se levantó de la cama—. Te tenía por alguien más valiente, Jennifer. No pensaba que fueras a ser tan cobarde como para plantearte faltar a la boda de Caroline por el simple hecho de tener que volver a ver a tu padre.

Fue hacia el armario y sacó unos vaqueros que se puso sin mirar a Jenny. Sacó una camiseta y se giró hacia ella, que seguía tumbada en la cama mirando hacia la ventana. Cabezota de las narices...

—No fue tu culpa, Jenny —dijo seriamente desde los pies de la cama—. Métete eso en la cabeza de una jodida vez. Lo que pasó con tu madre no fue tu culpa, tu padre lo sabe y seguro que se muere de ganas por volver a abrazarte. Y sé que tú también lo haces. Pero si quieres seguir con toda esta mierda, adelante, hazlo. Pero no me hagas participe de tu infelicidad.

Y dicho eso dio media vuelta y salió de la habitación, dejando a Jenny tumbada en la cama y con un tremendísimo nudo de angustia en la garganta.

—Gilipollas —murmuró justo antes de romper a llorar de nuevo.

Estúpido, estúpido David. ¿Y él decía que la quería? ¿Quién se creía que era para hablarle así?

Las lágrimas caían a raudales por sus mejillas. Estaba dolida por sus palabras pero algo en su interior empezó a decirle que también lo estaba porque eran ciertas. Todo lo que David le había dicho era cierto y le dolía en lo más profundo de su corazón.

Normalmente le costaba asimilar la realidad y darse cuenta de las cosas. No solía aceptar la sinceridad cuando ésta iba en su contra, como en ese caso. Era mucho más sencillo esconderse en un agujerito y dejar las cosas pasar. Sobre todo las cosas difíciles como era el tema de George. Volver a verle siempre era difícil, pero entonces, después de haber entendido que su reacción tras la muerte de su madre se pudo deber al dolor y a lo inesperado de lo sucedido... era mucho más difícil todavía.

Se moría de ganas por ver a su padre, por abrazarle y por recuperar lo que tuvieron cuando era una niña. Aún recordaba cómo la llevaba en su coche patrulla al colegio y las veces que ella le decía lo muchísimo que lo odiaba. Siempre se iba a clase refunfuñando porque todos los niños la veían salir de ese horrible coche. Pero en realidad los niños la envidiaban por ello y eso hacía que terminara sonriendo cada vez que se lo decían. Jamás admitió delante de George que realmente le encantaba que la llevara con él. Siempre había sido una cabezota sin remedio.

Entonces tuvo una especie de revelación. Puede que su padre jamás se hubiera atrevido a decirle que no fue su culpa por cabezota, por miedo, por orgullo. Nunca habían sido personas de muchas palabras y no solían demostrar sus sentimientos entre ellos. Puede que esa fuera una de las razones. O puede que fuera la única... Uniéndola al hecho de que ella se había largado de casa en cuanto pudo y a que había emprendido una forma de vida que su padre rechazaba casi por completo era bastante lógico que las cosas entre ellos siguieran de esa manera.

—Mierda —murmuró tapándose los ojos con la mano.

Jodido David. ¿Cómo conseguía siempre hacerla entrar en razón?

La puerta de la habitación se abrió y él entró con gesto serio. No la miró ni un ápice. Jenny se incorporó y se sentó cruzando las piernas. Le vio pasar delante de la cama hasta a su maleta medio hecha.

—David...

Él hizo como que no había escuchado su quejoso susurro. Sacó una camiseta y fue hacia el armario para dejarla y coger otras que Anna le acababa de decir que cogiera. Volvió a la maleta sin mirar a Jenny.

—David, no me ignores.

Pero él no le hizo el más mínimo caso. Pasó delante de ella y entró en el cuarto de baño. Eso hizo que se enfadara. Se levantó de la cama y fue tras él. Estaba guardando en un neceser gel o champú, le importaba una mierda.

—Oye —le dio un empujón en el hombro—. Ya vale, ¿no?

—¿Por qué debería de valer?

—¡Porque eres un imbécil!

Eso hizo que David se quedara paralizado frente a ella, mirándola muy fijamente y con cara de pocos amigos.

—¿Yo soy el imbécil?

Jenny bajó la mirada y maldijo en su interior a ese gilipollas que tenía en frente.

—Creo que la imbécil aquí eres tú, Jenny.

David dio un paso adelante dispuesto a salir del baño y continuar haciendo su maleta para el viaje. Pero ella estaba delante de él y estiró una mano para coger la suya. Paró en seco justo a su lado y respiró hondo. No estaba dispuesto a aguantar otro arrebato de Jenny en el que él fuera el blanco de todos sus insultos. Bastante hacía intentando abrirle los ojos como para que encima pagara todos sus problemas con él. Si no quería hablar con su padre que no hablara, al fin y al cabo era su puñetero problema, a él no le incumbía en absoluto. ¿No?

—Lo siento —admitió ella finalmente.

—¿El qué? ¿Insultarme o ser tan tremendamente cerrada de mente?

—Todo —susurró tan bajito que David casi no la escuchó.

—¿Qué has dicho? —Preguntó inclinando la cabeza hacia ella.

—Que lo siento todo, coño. Te gusta escuchar cómo me disculpo, ¿eh?

—Me encanta —admitió asintiendo con la cabeza—. Pero me sacas de mis casillas, de verdad.

Jenny le miró fijamente. Se quedaron los dos en silencio un rato hasta que ella habló.

—¿Me ayudas a terminar mi maleta?

David la observó fijamente. Allí estaba, con su mejor mirada de niña buena embaucadora, haciéndole ojitos y con el labio inferior sobresaliendo ligeramente. No pudo evitar sonreír. Se agachó y la besó en la frente.

—Vamos, pequeña tramposa —tiró de su mano y ella rio mientras le abrazaba—. Anna es mala influencia.

Jenny rio entre dientes y dejó la cabeza apoyada en el pecho de David, que enseguida había rodeado su espalda con los brazos.

—¿Qué tal fue la despedida de William? —preguntó segundos después sin moverse de su posición.

—Interesante —rio David recordando los grandes momentos de la noche anterior—. Tengo que enseñarte unas fotos que te van a encantar. ¿Qué tal lo pasasteis vosotras?

—Muy bien, fue muy divertida y emotiva.

Entonces David la cogió por los hombros y la apartó de su pecho. Jenny levantó la vista y vio cómo él le miraba interrogante.

—¿Me puedes decir por qué cojones te habían vestido como una especie de novia harapienta de papel higiénico?

Aberdeen. Todo seguía exactamente igual.

Los árboles, la humedad, los colores del suelo, el gris del cielo, la lluvia casi perpetua...

Jenny respiró hondo en cuanto bajó del coche y sintió que estaba en casa. Mil recuerdos bombardearon su mente y se obligó a controlarse porque no quería empezar a llorar de nuevo.

Era veintiuno de diciembre. Caroline y William habían decidido casarse el día veintitrés, en vísperas de Navidad. Eso, teniendo en cuenta el clima de Aberdeen, era un claro alarde de locura. El hombre del tiempo había previsto nevadas importantes a partir del día siguiente, probablemente todo estaría cubierto de nieve para el gran día.

Caroline quería nieve, y la tendría a toneladas. Pero Anna se había encargado de eso y había enviado a un equipo para realizar las labores de acondicionamiento para su llegada. Habían preparado una carpa climatizada en la que nadie pasaría frío y Anna aseguraba que disfrutarían de una temperatura media de veintidós grados centígrados.

Ninguno excepto Caroline se lo había creído y bromeaban constantemente diciendo que iban a llevar unas mochilas con botas de montaña para poder caminar entre la nieve. Las miradas asesinas de Anna no tenían el poder suficiente para evitar las bromas al respecto así que se limitaba a bufar y a llamarles hombres de poca fe.

Tenía treinta y seis horas por delante para supervisar todo, para que las cosas estuvieran tal y como ella quería. Sí, sí, tal y como Anna quería. Caroline había delegado todo en ella porque confiaba plenamente en su criterio. Jenny sentía una particular sensación de miedo ya que no tenía ni idea de qué habría ideado esa pequeña monstruo. De hecho, solamente sabía que su vestido iba a ser de color azul. No sabía si sería largo, corto, si llevaría abrigo (esperaba que sí con ese maldito frío), ni su peinado ni absolutamente nada. Odiaba esa incertidumbre.

Todos cogieron sus maletas de la furgoneta que les había llevado desde el aeropuerto y caminaron hacia el pequeño hotel. Habían reservado todas las habitaciones. Teniendo en cuenta que solamente eran veinte no era ninguna exageración. Todos excepto Jenny se quedaban en casa de sus padres. La central de operaciones de la boda iba a ser el hotel, así que fueron allí primero para dejar parte de sus equipajes, sobre todo las bolsas en las que llevaban los vestidos y trajes para el gran día.

Jenny dejó su maleta en la suite (si podía llamarse así a la habitación más grande del hotel) y se sentó sobre la cama mirando por la ventana. Respiró hondo pensando en lo que tendría que hacer antes o después. Volver a ver a George.

—Todos se han ido a ver a sus padres —la voz de David sonó a sus espaldas—. ¿Quieres que nosotros hagamos lo mismo?

Ella no se giró y siguió mirando por la ventana. Tenía la mente en blanco. Los recuerdos eran tantos y tan intensos que se convertían en una maraña de imágenes que no podía procesar. No sabía si sería capaz de caminar hasta la que fue su casa.

—Jen, vamos.

Negó casi imperceptiblemente con la cabeza. Escuchó un suspiro a su espalda. Entonces el cuerpo de David se interpuso en su campo de visión y le vio agacharse frente a ella.

—Vamos a ver a George, tengo ganas de conocerle.

Su cálida sonrisa intentaba quitarle hierro al asunto.

—No sabe que estoy aquí...

—¿Y qué importa?

—Igual no está en casa...

—Entonces iremos a buscarle. No será difícil encontrar al jefe de policía con ese coche tan llamativo.

—Pero...

—Jenny, en serio —estiró una mano para ponerla en su mejilla mientras la miraba con cariño—. Va a salir bien. No tienes por qué estar preocupada. Se morirá de ganas por volver a verte y seguro que el pasado se queda en eso, en pasado. ¿No tienes ganas de verle y abrazarle?

Jenny asintió tímidamente con la cabeza.

—Seguro que él también.

—¿Tú crees?

Él asintió sin dejar de mirarla a los ojos. El hecho de que David pensara así suponía mucho para Jenny, era su mayor apoyo. Verle seguro le daba fuerzas para sentirse también segura y capaz de hacerlo.

—Vamos —murmuró antes de tomar aire y ponerse en pie.

David se acercó a ella y pasó una mano por su cintura, la atrajo a su cuerpo y la besó en la frente con dulzura. Ella se dejó abrazar, necesitaba sentirse respaldada

con todo eso y él lo estaba haciendo genial.

—Te quiero —le dijo apretándose contra su pecho y abrazándole con fuerza.

—Y yo a ti, pequeña loca.

Jenny inspiró con fuerza, se separó de David y cogió su mano con seguridad. Ambos abandonaron el hotel ante la atenta mirada de las personas que había en la recepción. La gran Jennifer Scott había vuelto a su pueblo natal y nadie tenía ni idea de que eso fuera a suceder. Habían guardado muy bien el secreto de la boda de Caroline y William.

Pidieron a los familiares y asistentes que trataran de mantener silencio. De haberse sabido todo el pueblo estaría esperando su llegada y eso significaría periodistas y *paparazzi*. Aunque una vez pisaron suelo de Aberdeen ya no había nada que pudieran hacer para mantener el secreto de su visita. Su llegada había causado un gran revuelo.

La recepcionista había llamado a su madre y a sus amigas para decírselo así que, en ese momento, más de la mitad de la población sabía que ella estaba allí. La noticia iba de boca en boca, de vecino en vecino, de fan en fan. Y así, de esa manera, llegó hasta la persona que menos esperaba esa noticia en aquel momento: George Scott.

Cuando su ayudante le dijo por la radio del coche patrulla que su hija estaba en Aberdeen no lo creyó. ¿Cómo iba a estar su hija en el pueblo si él no sabía nada? Pero entonces cayó en algo, ¿le hubiera avisado ella de que iba a ir a Aberdeen? La respuesta era sencilla: no. Teniendo en cuenta la relación que habían mantenido durante el último año estaba más que claro que no iba a informarle de algo así.

Invadido por una enorme sensación de nervios y ansiedad condujo hasta su casa después de decirle a su ayudante que se tomaba el resto del día libre y que si le necesitaba para cualquier cosa le llamara al móvil. Cuando entró en su calle los recuerdos de su niña le inundaron. La última vez que la vio fue en televisión, paseando por la Quinta Avenida con su nuevo novio y la familia de él. En realidad eso lo había visto todo el mundo y le hacía sentir enormemente triste.

Saber de su hija lo mismo que el resto de habitantes del planeta era desesperante y bastante deprimente. Aparcó el coche en la acera frente a su casa y bajó distraído, pensando en Jenny y en lo mucho que la echaba de menos. Iba tan absorto en sus pensamientos que no se dio cuenta de que había un par de personas en su porche, sentados en las escaleras.

En cuanto Jenny vio aparecer el coche patrulla de su padre sintió que el corazón se le iba a salir del pecho. Estuvo a punto de echar a correr en dirección al bosque y no volver a aparecer por esa casa jamás. Pero la fuerza de la mano de David sobre la suya le hizo tranquilizarse un poco. Sintió sus labios suavemente en su pelo.

—Tranquila.

Si él no hubiera estado allí dándole su apoyo...

George anduvo por el caminito de tierra del jardín hacia la casa mirando al suelo. Jenny se puso de pie. Sentía el pulso atronador en los oídos. Su padre estaba allí, a escasos cincuenta metros de ella.

Entonces él levantó la mirada y la vio. Paró en seco y la miró fijamente con la boca entreabierta, completamente sorprendido. Jenny sonrió tímidamente y dio un paso adelante.

—Hola, papá.

Su susurro fue casi inaudible pero él lo escuchó. Su niñita, su preciosa niñita estaba allí. Se le llenaron los ojos de lágrimas. Sintió cómo le flaqueaban las piernas pero se obligó a avanzar hasta ella. Y él que había pensado que no iría a verle... Las comisuras de sus labios se elevaron en una sonrisa y vio que ella le correspondía. Se parecía tanto a su madre cuando sonreía...

—Jenny.

La emoción que sentía quedó reflejada en su voz. Abrió los brazos y ella terminó con los metros que les separaban para meterse en ellos. Se abrazaron con fuerza, con amor y con desesperación. Habían pasado tantos años desde que se abrazaran por última vez que aquello fue tan reconfortante para ambos que rompieron a llorar.

David les observaba desde el porche sin poder dejar de sonreír e intentando reprimir sus propias lágrimas. No quería que su suegro le viera llorar la primera vez que se veían.

—¿Queréis tomar algo?

George se movía nervioso por la cocina abriendo armarios, cerrando cajones y mirando a Jenny y David sentados en las sillas amarillentas que siempre habían ocupado esa habitación y nunca había cambiado.

—Papá, no queremos nada. Siéntate, por favor.

Él le hizo caso y se sentó al lado de su hija. Jenny cogió su mano y sonrió. Ya estaba mucho más tranquila, la reacción de su padre le había ayudado a relajarse ya que no esperaba que fuera a abrazarle con tanta efusividad. Eso le hizo darse cuenta de que David tenía razón, su padre le echaba tanto de menos como ella a él.

—El otro día te vi por la tele. Bueno... os vi —rio George lanzando una pequeña mirada a David, luego volvió a Jenny—. No esperaba verte aquí en estas fechas.

—Caroline se casa.

—¿Caroline Thomas? —preguntó George sorprendido.

—Sí, adivina con quién.

—Si me dices con el chico Sheppard no me sorprenderá en absoluto.

Jenny soltó una carcajada y se sorprendió por lo cómoda que se sentía con su padre. Le observó y vio cómo el paso de los años había hecho mella en él. Hacía más de seis años desde que se fue de casa y se habían vuelto a ver en ocasiones puntuales, prácticamente inexistentes durante los dos últimos años. Su pelo antes moreno se había vuelto cano casi por completo. Las arrugas que recorrían su rostro dejaban claro que había vivido mucho, aunque no todas ellas eran a causa de momentos felices. Jenny sintió un latigazo de dolor al pensar que muchas de esas arrugas habrían sido causadas por la tristeza o la preocupación.

—Papá, te he echado de menos —susurró Jenny mirándole con una pequeña sonrisa en los labios.

—Y yo a ti, pequeña —apretó con fuerza su mano—, y yo a ti.

David carraspeó y se levantó de la silla. Los dos se giraron a mirarle.

—Será mejor que me vaya a dar una vuelta y os deje solos...

—No, no —le interrumpió George—, de eso nada, chico. Quiero saberlo todo de vosotros.

—Pero...

—He dicho que no.

—Papá, hay algunas cosas que quiero hablar contigo y...

George negó rotundamente con la cabeza y miró fijamente a su hija. Jenny vio todo el amor que su padre sentía por ella reflejado en sus ojos, tan parecidos a los suyos.

—No hay nada que hablar, Jen —dijo George con suavidad—. Ambos hemos cometido errores y ahora solo quiero aprovechar el tiempo contigo. Hablar del pasado solo hará que perdamos el tiempo que tenemos para estar juntos. Siento muchísimo cómo me comporté y no haber sabido hacer nada por solucionar las cosas en todo este tiempo. Me alegro mucho de que hayas venido a casa, de verdad, no sabes lo feliz que me siento.

Jenny sintió una lágrima cayendo por su mejilla.

—Yo también me siento feliz, papá —murmuró presa de la emoción del momento—. Y también siento haber sido tan imbécil todo este tiempo.

George sonrió y estiró la mano para acariciar la mejilla de su hija y llevarse con él esa lágrima.

—¿Todavía dice tantas palabrotas? —preguntó George volviéndose hacia David.

Él rio y asintió con la cabeza.

—No se hace una idea.

—Siempre fue una niña mal hablada. Cuando tenía ocho años vino a casa diciendo que William le había enseñado unas nuevas palabras que iban a enriquecer su vocabulario —negó con la cabeza recordándolo—. ¿Quieres saber qué palabras eran?

David asintió sin poder dejar de sonreír. Vio a Jenny sonriendo también.

—Las palabras eran *mierda* y *joder*. ¿Aún te extrañas de que le tenga tanto cariño al chico Sheppard?

David y Jenny se echaron a reír y George se unió a ellos. Menuda sensación, pensó Jenny. Allí estaba, en la cocina de su casa, sentada en las sillas que tantas veces había compartido con su padre, riéndose con él y con David a su lado. Se sentía tan bien que los ojos le brillaban de felicidad.

—Así que habéis venido a una boda... —empezó George—. ¿Con este tiempo?

Jenny se encogió de hombros.

—A Caroline le gusta esta época del año.

George asintió pensativo. Jenny le observó. Había pasado mucho tiempo sin ver a su padre pero sabía reconocer sus expresiones.

—Papá, ¿qué estás pensando?

—Nada, cariño. Es solo que... —hizo una pausa y miró nervioso a su hija—. Dentro de poco es Navidad y...

Jenny sonrió y cogió la mano de su padre.

—Vamos a quedarnos aquí a pasarla contigo.

La cara de George se iluminó como si fuera un niño abriendo sus regalos el veinticinco de diciembre. David y Jenny se sonrieron. No habían hablado de esa posibilidad. El resto de sus amigos se iban a quedar a pasar la Navidad con sus familias, pero ellos no sabían qué harían. Los padres de David y Kate llegaban al día siguiente desde Inglaterra para asistir a la boda, habían pensado pasar esos días juntos pero entonces todavía no sabían cómo saldrían las cosas con George. Ahora estaba claro que iban a pasar la Navidad en familia, en una gran y nueva familia.

—¿En serio? —preguntó George mirándolos a los dos de hito en hito.

Jenny asintió y sonrió. Joder, se sentía tan feliz que iba a llorar. Y eso hizo, empezó a llorar como una idiota. Escondió la cara entre sus manos mientras sollozaba. George se levantó de su silla y fue hasta ella para abrazarla con fuerza.

—Ya está, cariño. Estás aquí conmigo y todo va a ser perfecto.

Y Jenny supo que las palabras de su padre eran ciertas. Sintió su corazón hincharse de felicidad y lloró todavía más fuerte. Pero no eran lágrimas tristes, para nada, eran lágrimas de pura felicidad.

Anna era un genio, un maldito genio de la organización. Aunque decirse fuera sinónimo de alimentar a la bestia organizadora que vivía dentro de ella, había que admitir que era especialista en planificar eventos.

Jenny observaba el despliegue artístico de su amiga desde la entrada a la carpa donde todo tendría lugar, envuelta en su chal de terciopelo de color azul cielo.

Su vestido era azul oscuro y largo hasta los pies, llevaba unos tirantes finos con cristales de Swarovski. Los zapatos eran del mismo color que el chal, *peep toes* y bastante cómodos pese a tener unos tacones de unos catorce centímetros. Era un vestido precioso y Anna había dado en el clavo con el color y con todos los complementos.

La nieve rodeaba la carpa y la estampa era preciosa. Hacía muchísimo frío pero era cierto que dentro la temperatura era de unos veintidós grados, tal y como Anna había dicho. Una enorme alfombra de color rojo llevaba desde la carretera hasta la entrada de la carpa. La nieve se amontonaba a ambos lados de ella, dejando que todo el mundo pudiera caminar sin problemas hasta el lugar de la ceremonia y el posterior banquete. Un montón de coches estaban ya aparcados y los invitados iban y venían halagando a la persona que había organizado todo eso.

La carpa estaba a las afueras de Aberdeen, justo al lado de la carretera. Anna había hablado con el ayuntamiento para solicitar permiso para usar esa zona aquel día. Estaba rodeado de árboles y las montañas se podían ver entre la neblina con la que había amanecido el día.

Dentro de la carpa había una zona con sillas y un pequeño altar con flores donde la feliz pareja se juraría amor eterno. Las sillas eran blancas, el altar también, el arco que lo adornaba estaba completamente cubierto por flores blancas y había un pequeño altillo desde donde hablaría la persona que iba a presidir la ceremonia. Un poco más allá estaban preparadas las mesas redondas en las que los invitados se sentarían para comer, todas ellas adornadas con flores exactamente iguales a las del arco del altar. Las mesas eran para grupos pequeños, de unas seis u ocho personas. Toda la vajilla y los cubiertos estaban ya colocados a la espera de que la celebración comenzara. Al fondo de la carpa había un pequeño escenario donde iría la orquesta y demás actuaciones del día. Los camareros no paraban de dar vueltas con sus esmóquines poniendo bien las flores, colocando tenedores y revisando hasta el más mínimo detalle.

—Estás preciosa.

Jenny se sobresaltó con el susurro de David tan cerca de su oído. Se volvió y tuvo que tragar en seco al verle tan guapo. David en traje estaba guapo, pero David en esmoquin... eso eran palabras mayores.

—Tú sí que estás guapo —susurró cogiéndole del brazo y atrayéndolo hacia ella.

David sonrió justo antes de agacharse ligeramente para besarla. La envolvió en sus brazos intentando darle algo de calor, aunque Jenny se calentaba con solo el roce de sus labios. Se separaron y él la besó con cariño en la frente.

—¿Has visto a la novia? —Le preguntó mirando a su alrededor.

—Me han echado de la habitación —refunfuñó Jenny—. No creo que echar a una de las damas de honor de la habitación de la novia sea demasiado educado ni correcto.

David sonrió al apreciar el enfado en sus palabras y la apretó un poco más a su cuerpo.

—Mira, ahí viene Anna, seguro que te dice que vayas con ellas.

—Igual ahora la que no quiere ir soy yo...

David negó con la cabeza a la vez que cogía aire. Esa mujer era tremendamente cabezota.

Anna llegó hasta ellos casi corriendo y con cara estresada.

—Jen, te necesito ahí dentro ya.

—Ah, ¿sí? —preguntó volviéndose hacia ella con total parsimonia.

—Sí, Caroline está al borde de la histeria y te necesitamos —la miró un par de segundos con carita de pena—. Siento lo de antes, no tenía que haberte echado. Estoy muy estresada con todo esto y tener gente alrededor me pone más nerviosa.

Jenny elevó las comisuras de los labios hacia arriba y cogió la mano de su amiga. Anna le sonrió en respuesta y empezó a tirar de ella hacia la improvisada habitación donde estaba esperando Caroline. Jenny se dio la vuelta y agitó la mano para despedirse de David.

Llegaron allí y tuvieron que apaciguar a la novia diciéndole que todo iba a salir bien, que no se preocupara, que William iba a estar en el altar o ellas mismas se encargaron de asesinarlo con sus propias manos, Anna juró que no le importaba que fuera su hermano. Una vez Caroline dejó de hiperventilar llegó el gran momento.

—¡El vestido! —Gritó Anna cogiendo una enorme bolsa blanca que colgaba de un perchero.

Cuando Jenny vio a su amiga vestida de novia se le llenaron los ojos de lágrimas. Estaba preciosa. Ese era su vestido, el perfecto para ella. Anna era estupenda. El peinado que le había hecho iba a la perfección tanto con su rostro como con el vestido. Estaba guapísima.

—Carol... —sollozó Jenny con una mano tapando su boca—, eres la novia más bonita que he visto en la vida.

—¿Tú crees? —Preguntó la aludida con ojos brillantes.

—Sin ninguna duda.

Se acercó a ella y le apartó un poco el pelo de la cara. Las dos se miraron a los ojos y Jenny notó una lágrima cayendo por su mejilla.

—¡No, no y no! —Gritó Anna acercándose a las dos—. Nada de lágrimas, por favor. Si una empieza vamos todas detrás y no quiero que destrocéis vuestros maquillajes.

Sacó una caja de pañuelos y las tres cogieron uno, que se pasaron por el borde de los ojos para eliminar cualquier resto de lágrimas y dejar bien sus maquillajes.

—Os quiero, chicas —dijo Caroline mirándolas a las dos.

—Y nosotras a ti, cariño —susurró Anna cogiéndola de la mano.

—Dios, Carol... —murmuró Jenny—, vas a casarte...

Las tres sonrieron como idiotas y tomaron aire.

—Bueno, cariños, ha llegado el momento —Anna se puso seria y las miró a las dos—. Voy a buscar a tu padre, Carol. William ya debe estar esperándote ahí fuera. Jenny, tú ve a tu sitio en el altar, yo iré en un momento.

Las tres se despidieron con sonoros besos y tuvieron que volver a usar los pañuelos de nuevo. Jenny fue hasta el altar y suspiró. Dentro de unos meses ella misma sería la que ocuparía el lugar de Caroline. Todavía no habían puesto fecha pero tenía muy claro que sería en verano y en una playa tranquila.

Miró a todo el mundo allí reunido. Su padre estaba sentado en la primera fila con los padres de David y charlaban animadamente. Se habían caído muy bien y eso la hizo muy feliz. Kate hablaba con Jessica y Carmen, las tres sonreían mientras echaban miraditas furtivas a los chicos de William que estaban sentados al otro lado del pasillo. Si Kate se encaprichaba de alguno de los chicos de seguridad a David le iba a dar un ataque. Jenny rio entre dientes al imaginárselo. Entonces le vio caminando por el pasillo y su corazón se detuvo. Sonreía mientras saludaba a Neal y a las chicas de Gary. Se detuvo a hablar con William y sus padres que estaban conversando en la primera fila.

Algún día hablaría con Ygritte para darle las gracias por haber traído al mundo a un hombre como él. No solo por su belleza (que era algo por lo que indudablemente estaba agradecida), ni por su cuerpo (que era algo por lo que su clítoris aplaudía en esos instantes), sino por su manera de ser. Podía tener mal genio, podía ser un

mandón y otras mil cosas más, pero era una persona maravillosa.

Tenía unos valores firmes en cuanto a lo que pensaba y opinaba, sabía encandilar a la gente, sabía hablar y sabía estar. Era divertido, le hacía reír como nadie y, sobre todo, sabía manejarla. Y eso no era algo fácil ni sencillo.

Entonces él la miró y sonrió de esa manera torcida que hacía estragos en su interior. Jenny le sonrió coqueta en respuesta y le guiñó un ojo. David rio bajito y se acercó hasta ella para darle un beso en la mejilla y ocupar su puesto en el altar.

Todo el mundo cuchicheaba a la espera de la llegada de la novia. William ocupó su lugar y soltó todo el aire de los pulmones. Jenny le observó y le regaló una gran sonrisa. Estaba muy guapo con su esmoquin y esa flor de color blanco adornándole la solapa. Sus ojos tenían un brillo especial que dejaba claro lo nervioso y emocionado que estaba. Jenny se acercó a él y le susurró en el oído:

—Vas a ser un gran marido.

Él le sonrió en respuesta y los hoyuelos aparecieron en su rostro.

—Gracias, Jen. Estoy cagado.

Ella rio y él volvió a soltar el aire lentamente.

David le dio un par de palmadas en la espalda y justo entonces Gary apareció casi sin aliento.

—El fotógrafo no paraba de hacer fotos... —murmuró ajustándose la pajarita.

Entonces vieron llegar a la madre de Caroline y Anna apareció por detrás del altar. Se puso al lado de Jenny y suspiró. Miró a su hermano un instante y le lanzó un beso. William sonrió y todos soltaron unas pequeñas risitas.

Justo entonces el sonido de la canción que Caroline había elegido para caminar hacia el altar hizo que todos se giraran hacia la entrada de la carpa. Las notas del Aria de la *Suite número tres en Re menor* de Juan Sebastian Bach hicieron que a Jenny se le pusieran los pelos de punta. Ver entrar a Caroline cogida del brazo de su padre consiguió que el corazón se le expandiera en el pecho y se le volvieron a llenar los ojos de lágrimas. Caminaba tan sonriente, tan segura, tan feliz...

Si algo tenía claro en ese momento era que ese día iba a ser especial, muy especial. Y ella iba a llorar todo el maldito día como una jodida magdalena.

El banquete estuvo compuesto por tres platos: ensalada templada de langostinos y vieiras; lubina a la plancha con acompañamiento de verduras en tempura y solomillo de cerdo con reducción de Pedro Ximenez.

Jenny no recordaba haber comido tanto en su vida, y eso que la carne ni siquiera la probó. El hecho de que hubiera habido un lunch de bienvenida a los recién casados compuesto por seis canapés diferentes también ayudaba a su hinchazón. Además de estar bebiendo más de lo normal. Intentó no pasarse demasiado con el vino pero estaba buenísimo y Gary no paraba de proponer brindis por los novios.

Todos sabían ya de la adicción por la que pasó David, hacía un par de semanas que les habló de ella. Le admitieron que sospechaban algo porque jamás le habían visto beber a excepción de en la fiesta de Barbados. Nadie le trataba de manera diferente por ello pero intentaban no sobrepasarse a la hora de beber. La verdad es que todos estaban comportándose bastante bien últimamente, aunque claro, ahora estaban en una boda y esa era una ocasión más que especial.

David estaba partiéndose de risa observando a Gary mientras le decía a Anna que había hecho un trabajo genial con la boda y que su vestido de color verde iba a quedar estupendo colgado de la silla que había en su habitación.

—¡Gaz! No voy a ir a casa de tus padres a echar un polvo— Anna quería parecer indignada pero más bien parecía divertida.

Él la miró confundido y se rascó pensativo la cabeza.

—Pues iremos al hotel —dijo de repente—. Yo tengo que quitarte ese vestido sí o sí esta noche.

David rio mientras negaba con la cabeza y Anna le dio un manotazo a Gary que intentaba meterle mano por debajo de la mesa. Estaban tan absortos en sus tonterías que no se dieron cuenta de que Jenny había subido al escenario con una guitarra en la mano. Cuando la escucharon carraspear en el micrófono todos se volvieron hacia ella.

—Eh... hola, buenas tardes a todos —dijo Jenny sentándose en una silla justo detrás del micro—. Quiero dar la enhorabuena a Caroline y William. Chicos, os quiero y os deseo lo mejor.

Observó a la feliz pareja sentada frente al resto de las mesas. William besó a Caroline en la mejilla y ella le cogió de la mano, se sonrieron entre ellos y volvieron a mirar a Jenny.

—Quiero daros mi primer regalo de bodas —colocó la guitarra en su regazo y posó los dedos sobre las cuerdas—. Felicidades, Carol y Will, esto es para vosotros.

Se hizo el silencio en la sala, saltaron los flashes de varias cámaras. David miró interrogante a Anna y ella se encogió de hombros. Ninguno tenía ni idea de eso, Jenny lo había mantenido en secreto para que fuera una sorpresa para todos. La luz de un foco incidió directamente sobre ella y el resto de la iluminación de la carpa disminuyó. Jenny miró a los radiantes novios y empezó a puntear en la guitarra. Sonrió.

—*Oh, thinking about all our younger years, there were only you and me, we were young and wild and free. Now nothing can take you away from me, we've been down that road before but that's over now... you keep me coming back for more. Baby you're all that I want, when you're lying here in my arms. I'm finding it hard to believe we're in heaven. Your love is all that I need and I found it there in your heart, it isn't too hard to see we're in heaven...*

La gente empezó a aplaudir y Caroline se limpió una lágrima silenciosa. David miraba embelesado a su chica, a su futura esposa, a la mujer que amaba con todo su ser. Ahí estaba cantando la canción favorita de su amiga el día de su boda, haciendo de ese un momento mágico.

William se puso de pie y cogió a Caroline, los dos se fundieron en un emotivo abrazo y empezaron a bailar al ritmo de la música.

—*Oh... once in your life you find someone, who will turn your world around, bring you up when you're feeling down. Now nothing can change what you mean to me. Oh... there's lots that I can say, just hold me now... 'cause our love will light the way... And baby you're all that I want, when you're lying here in my arms. I'm finding it hard to believe we're in heaven. And love is all that I need and I found it there in your heart it isn't too hard to see we're in heaven...*

Jenny posó su mirada en David, que seguía embelesado observándola cantar con esa dulzura y ese cariño hacia sus amigos. Lo que cantó entonces iba dedicado a él.

—*I've been waiting for so long for something to arrive, for love to come alone... Now our dreams are coming true. Through the good times and the bad I'll be standing there by you...*

David sonrió abiertamente y ella le correspondió justo antes de continuar con la canción.

—*And baby you're all that I want, when you're lying here in my arms. I'm finding it hard to believe we're in heaven. Yeah... love is all that I need and I found it there in your heart, isn't too hard to see we're in heaven... heaven... Oooohh... You're all that I have; you're all that I need...*

Todos los invitados se pusieron en pie y aplaudieron a Jennifer. William se acercó hasta el escenario y Jenny fue hasta él dejando la guitarra apoyada en la silla. Se agachó para poder abrazarle pero William la cogió con sus enormes brazos y la bajó en volandas del escenario para sorpresa de Jenny, que gritó entre risas. Los dos se abrazaron con fuerza y Jenny reprimió las ganas de llorar de nuevo. Pero en cuanto Caroline le abrazo dándole las gracias por haber cantado esa canción no pudo aguantar más y empezó a llorar otra vez. Joder, se iba a pasar el día llorando sin parar.

Cuando los novios la soltaron David fue caminado hacia ella lentamente. La miró fijamente con las comisuras de los labios elevadas en una sonrisa feliz y estiró la mano para coger la suya. Jenny rio tímidamente y se acercó a él.

—Eres increíble, Jenny.

—Lo sé.

Los dos sonrieron justo antes de besarse. No se dieron cuenta de que las miradas de la mayoría de los invitados de la boda estaban puestas en ellos, por lo que casi saltaron en su posición cuando todo el mundo empezó a aplaudir y a gritar. Se separaron avergonzados y frunció los labios intentando no mirar a nadie. Empezaron a andar hacia su mesa cuando escucharon unos ruidos que provenían de los altavoces. Se giraron hacia el escenario y vieron a los novios allí subidos. William estaba dando golpes en el micrófono.

—Uno, dos, uno, dos... ¿se me escucha?

Jenny soltó una carcajada al verle. Por Dios, ¿no acababa ella de cantar y se le había escuchado perfectamente?

Caroline debió decirle lo mismo al oído porque William se rio mientras se encogía de hombros. Se puso el micro en la boca y lanzó una mirada divertida a Jenny, que se encogió ligeramente en su interior al no tener ni idea de qué iban a hacer esos dos. Agarró con fuerza la mano de David.

—Queremos dar las gracias a todo el mundo por haber venido a compartir este día tan especial con nosotros —cogió la mano de Caroline y ella sonrió asintiendo—. Queremos dar las gracias especialmente a mi hermana Anna que ha organizado toda esta locura. Y ha sido perfecto. Puedes llegar a ser muy pesada, Annie, pero te queremos con locura y eso jamás cambiará.

Anna soltó un pequeño sollozo y sonrió a su hermano y su cuñada.

—También queremos agradecer a Gary por su paciencia conmigo, por su paciencia con Carol y por ser un gran amigo y estar siempre allí. Gaz, tío —le señaló con un dedo y se llevó el puño al pecho—, te queremos.

El aludido se puso de pie y repitió el gesto, señalándoles y llevándose el puño después al pecho. Parecían pandilleros o algo así. Hicieron reír a Jenny.

—Y después de esta canción y de todo lo que ella ha hecho por nosotros... —miró a Jenny, que permanecía de pie al lado del escenario—. Gracias, Jen, sabes que te queremos y que gracias a ti tenemos todo lo que tenemos.

Jenny se apoyó en el pecho de David notando cómo temblaba su labio inferior. Iba a volver a llorar, iba a llorar de nuevo... David se dio cuenta y la cogió por la cintura, la besó en el cabello y sonrió al verla tan emocionada.

—No puedo olvidar lo que hiciste por mí el día de tu cumpleaños —siguió William mirando a los invitados—. Así que creo que es justo para ti que hoy te ceda parte del protagonismo. Porque te queremos mucho tanto a ti como a David... ¡sube aquí otra vez!

Jenny pensó que se moría ahí mismo. ¡Querían que dijera que se había comprometido con David delante de toda esa gente! ¡Estaban mal de la cabeza! Empezó a negar efusivamente abriendo mucho los ojos. Joder, su padre estaba allí, sus futuros suegros, parte de la ciudad de Nueva York, parte del pueblo de Aberdeen... incluso puede que hubiera algún *paparazzi* infiltrado por ahí. Puede que hubieran sobornado a algún invitado para que les vendieran las fotos, seguro que la señora Jones había aceptado por unos cuantos dólares. Ni de coña iba a subir allí a decir que iba a casarse.

—Vamos, Jen, sube —dijo en esa ocasión Caroline acercándose al micro—. David, acompaña.

Los murmullos y cuchicheos en la carpa subieron de volumen. Gran parte de los invitados no podía evitar hacer comentarios del tipo: "son la pareja del momento", "me encanta lo monos que quedan juntos", "leí en una revista que tenían gustos sexuales de lo más raritos"... Ya se sabe, la gente habla de más casi siempre.

David la cogió de la mano y se agachó un poco para susurrar en su oído.

—Vamos, Jennita, demuéstreme lo valiente que eres.

Ella se volvió a mirarle. ¿En serio estaba incitándola a decir que se casaban?

—¿Tú eres tonto o qué? —Le gritó en voz baja—. ¿Quieres que digamos que nos casamos aquí delante de nuestros padres? ¿Así sin más?

—¿Qué más da? William nos ofrece la oportunidad, es su día y te está diciendo que lo hagas. A Carol y a él les va a hacer felices si lo hacemos. ¿Qué más da lo que piense la gente?

Joder, ¡lo decía en serio!

—Sí a mi padre le da un jodido infarto será tu culpa, Hill —le amenazó con un dedo.

David rio despreocupado y la estrechó entre sus brazos. Jenny dejó salir todo el aire de los pulmones y siguió a David hacia el escenario. Fue una suerte que se hubiera bebido varias copas de vino que la hacían sentirse bastante desinhibida. Cuando llegaron al lado de los novios los cuatro se abrazaron y se besaron.

—Te voy a matar —susurró Jenny en el oído de Caroline. Ella rio con falsa inocencia y la abrazó más fuerte.

—Por si hay alguien aquí que no conozca a estos dos me encargaré de hacer las presentaciones —William cogió a Jenny de la mano—. Creo que todos conocéis a Jennifer, ¿verdad?

Los invitados aplaudieron y gritaron. Joder, ¿eso era una boda o un puto concierto?

—Creo que sí la conocéis... —rio William. Soltó a Jenny y cogió a David—. Y este es David, el antiguo asesor de Jennifer que conquistó su corazón. Igual le habéis visto en las portadas de alguna revista, me han comentado que causa sensación entre la población gay del país.

Todo el mundo se echó a reír y aplaudieron. Las mujeres ahí reunidas asintieron con la cabeza dejando claro que le conocían y que no solo la población gay del país estaba loca por él.

—Voy a dejar que sean ellos los que hablen ahora.

William le pasó el micro a Jenny pero ella negó con la cabeza. ¿Qué coño tenía que decir? *Nada, simplemente que... que... que nos casamos*. No pensaba sonar tan estúpida y vergonzosa porque ella no era así. Bueno, por lo menos no lo era ante la gente, con el tema de la boda estaba volviéndose demasiado romántica. Cuando vio a David coger el micrófono sin borrar la sonrisa de su rostro casi se esconde detrás de William.

—Bueno... primero de todo, gracias por esta encerrona —sonrió a sus amigos que reían muy divertidos por la situación—. La verdad es que no esperábamos tener que hacer esto de esta manera pero... Jenny, ven aquí, por favor.

Ella tomó aire y se puso a su lado. Los invitados les hicieron fotos sin parar. En serio, se sentía como en una rueda de prensa o en la zona de *photocall* de cualquier evento. David cogió su mano y le sonrió un instante antes de volver a hablar. Le vio tan seguro, tan convencido de lo que iba a hacer que se relajó un poco. David estaba seguro, seguro de casarse con ella, tan seguro que iba a anunciarlo delante de un montón de personas entre las que se incluían sus padres y varias decenas que ni siquiera conocía. Sintió su corazón latiendo más deprisa.

—Simplemente queremos dar una noticia, una buena noticia —miró a Jenny y se llevó su mano hasta la boca para besarla, le lanzó una sonrisa rápida y tomó aire antes de hablar de nuevo—. Nos vamos a casar.

Se hizo el silencio más absoluto en la carpa. Casi se podía escuchar el sonido del aire caliente saliendo de las máquinas calefactoras. De repente Kate se puso de pie y aulló a la vez que levantaba los brazos en el aire. Jenny sonrió al verle. Su futura cuñada estaba encantadísima con la noticia, como era de esperar. Carmen y Jessica también gritaron y los chicos de William las siguieron enseguida. Y así, poco a poco, todo el mundo empezó a aplaudir, muchos incrédulos (como fue el caso de George Scott) y otros emocionados con la noticia (como Ygritte Hill).

—Mañana vamos a salir en las revistas —siguió David hablando por el micrófono—. Así que, si vamos a ser noticia de todas maneras... que tengan buen material que publicar.

Llevó una mano a la cintura de Jenny y la otra a su nuca para girarla con rapidez, la tumbó ligeramente y se agachó a besarla. Los invitados aplaudieron, William y Caroline gritaban detrás de ellos mientras reían. Jenny tardó un par de segundos en reaccionar pero llevó las manos a la nuca de David para agarrarse y no caer al suelo porque estaba prácticamente suspendida en el aire. Correspondió al beso como pudo, ya que David estaba poniéndolo todo en él y la estaba dejando sin respiración.

Joder... Eso no estaba planeado, eso no tenía que haber pasado tan pronto. Pero su relación con David no tenía un guión, jamás sabía qué podía suceder así que se dejó llevar y rio con todos, sonrió a los invitados y aguantó las miradas de su padre como mejor pudo. Ya pensaría en lo que habían hecho al día siguiente cuando todos los medios hablaran de su compromiso.

David estaba plácidamente dormido, cansadísimo tras haberse acostado a las tres de la madrugada después de haber llevado a Jenny en brazos hasta su habitación mientras ella tarareaba la marcha nupcial sin parar. No bebió demasiado pero sí lo suficiente como para cantar *Build me up, buttercup* en el escenario con Anna otra vez. Esa vez no hubo salto sobre los espectadores, gracias al cielo.

—¡El esperado compromiso de Jennifer y su novio!

Abrió los ojos sobresaltado por esa voz chillona que gritaba a un volumen excesivo.

—¿Qué coño...?

Se incorporó lentamente mientras se frotaba los ojos y vio a Jenny sentada sobre la cama, con el pelo completamente revuelto dado que la noche anterior no se había quitado las horquillas con las que Anna sujetó su cabello, y con los ojos abiertos como platos. Después miró a la tele y vio a una chica rubia con el pelo recogido en un moño muy tirante que hablaba sin parar desde un plató que reconoció como del canal E!

—Ayer, durante el enlace matrimonial de unos amigos que forman parte de su séquito habitual, decidieron dar la gran noticia a todos sus seres queridos. Como pueden ver en estas imágenes, ambos irradiaban felicidad subidos en ese escenario y no tuvieron reparos en besarse con pasión. Jennifer vestía un precioso vestido azul noche de la colección de la próxima primavera de Dolce y Gabbana que su estilista...

—¿Ves? —Chilló Jenny señalando a la televisión—. Te lo dije, te dije que acabaría en todas partes.

—¿Qué haces despierta a estas horas? —Estiró la mano hasta la mesilla y cogió su reloj para mirar la hora—. Ni siquiera son las nueve, vuelve a dormirte.

Y se dejó caer de nuevo sobre la almohada, cerró los ojos y se cubrió con las mantas.

—No puedo creer que hiciera caso al imbécil de William —Jenny hablaba sin parar de gesticular con las manos—. No puedo creer que te hiciera caso a ti... Esto va a ser imposible de soportar...

—Jenny, en serio —la interrumpió David con voz cansada—, vuelve a acostarte y duérmete. Ya hablaremos de esto más tarde.

—¿Más tarde?! —Gritó dando un golpe en la cama—. ¡Y una mierda más tarde!

David tomó aire y lo soltó lentamente. Ni siquiera había vuelto a abrir los ojos, quería dormir un poco más y esa loca no paraba de gritar.

—Mira, abre los putos ojos y mira —le dijo ella dándole golpecitos en el hombro—. ¡David! ¡Mira todo esto, joder!

Se dio la vuelta bruscamente y abrió los ojos intentando no enfadarse. Se encontró con el iPad de Jenny en sus narices. Lo que ya esperaba estaba frente a él. Las revistas ya se habían hecho eco de lo sucedido, por supuesto.

Fotos y más fotos. Su beso, sus sonrisas, los invitados aplaudiendo, fotos de la carpa... Todo estaba ya en internet. Y los titulares eran espectaculares, como siempre.

"Campanas de boda... ¡por fin!" En InTouch estaban como unas castañuelas con la noticia.

"La boda del siglo." Cosmo era más recatada en sus titulares.

"Jennifer dará el sí, quiero a David. Una boda entre guapos." Bien, US Weekly, muy original.

"Primeras declaraciones de las personas que mejor les conocen." Esa era buena. Era una página de internet llamada gossip.com en la que aseguraban tener las declaraciones de sus mejores amigos. David rodó los ojos. Eso no se lo creían ni en sueños.

—Jenny, cariño... —susurró cogiéndola de la mano—, ¿qué más da? Ya sabías que esto iba a pasar antes o después. ¿Qué importa que haya sido ahora?

—¡Sí que importa!

—¿Por qué? —Intentó sonar tranquilo aunque estaba empezando a cabrearse, él quería dormir.

—Porque sí.

David miró al techo y pidió fuerzas al ser supremo que hubiera allí arriba.

—¿Y por qué sí?

Miró a Jenny que estaba cruzada de brazos y sus labios formaban un gracioso puchero. Gracioso si fuera una niña de cuatro años la que lo estaba haciendo y no una de veinticuatro.

—Porque sí.

—Jenny, me estoy cabreando... —cerró los ojos y se pasó la mano por el pelo.

—¡Vale! —Gritó descruzando los brazos y volviéndose a mirarle—. Tú hablarás con mi padre, tú le dirás que me pediste matrimonio y que tuve que decirte que sí.

—¿Es tu padre lo que te preocupa?

—¿Viste cómo me miraba ayer?

—Jen, en serio, se te está yendo la cabeza. Vamos a dormir un poco más y hablamos de esto más tarde —acarició su mejilla—. Tu padre estará encantado con todo esto, solo es que le pilló por sorpresa, como a todo el mundo.

—¡Y una mierda! —Volvió a cruzarse de brazos.

David ya no pudo más. Se sentó y la miró muy serio.

—Lo voy a decir solo una vez más, ¿entendido? —Usó ese tono de voz tan autoritario característico suyo—. Tu padre solo está sorprendido, saldremos por todas partes durante una temporada, inventarán mil cosas y a nosotros nos dará igual. Basta ya de darle vueltas al asunto, joder. Parece mentira que sea yo el que te está diciendo esto... Estoy cansado, ayer tuve que cargar contigo por todo este jodido hotel y quiero dormir. Además, ¿tú no deberías tener resaca?

Jenny le miró frunciendo los labios.

—Me duele un poco la cabeza —soltó con enfado, como si fuera culpa de él.

—¿Ves? Lo mejor será volver a dormirnos de una jodida vez. Apaga la tele, apaga el iPad y apaga tu mente paranoica.

Volvió a tumbarse y a taparse con las mantas. Escuchó a Jenny apagando la tele, dejando el iPad en la mesilla y metiéndose de nuevo en la cama. Sintió cómo se alejaba de él todo lo posible y se acurrucaba en su lado de la cama. Solía hacer eso cuando se enfadaba. David chasqueó la lengua y se dio la vuelta para acercarse hasta ella. Pasó una mano por su cintura y entrelazó sus dedos con los de Jenny. Se apretó a su espalda y le dio un beso en el cuello.

—Piense lo que piense la gente yo voy a quererte siempre.

Jenny respondió acurrucándose contra su pecho y apretó con fuerza su mano.

—Lo sé —susurró.

—Deja de preocuparte por tu padre y por el resto del mundo —volvió a besarla en el cuello—. Recuerda que somos solo tú y yo.

Escuchó a Jenny suspirar y sonrió. Empezó a relajarse lentamente, el sueño estaba cerca...

—Me pone cachonda que me hables así.

—¿Qué? —Chilló abriendo los ojos en la oscuridad. Eso sí que no se lo esperaba.

—Que me pone cachonda que me hables con ese tono tan autoritario.

Se echó a reír, no pudo evitarlo.

—¿Que te pone cachonda que te regañe?

No podía creérselo... Aunque pensándolo bien, viniendo de alguien como Jenny no era tan descabellado. Esa mujer no era normal así que no podía esperar de ella reacciones normales.

—Sí, mucho —admitió en un susurro.

—Señorita Scott, no deja usted de sorprenderme.

Se acercó más a ella y empezó a besarla en el cuello. Jenny se apretó más contra su cuerpo, rozando con el culo zona peligrosa. David rio para sus adentros.

—Mucho... —susurró Jenny empezando a rendirse ante los besos de David y las caricias que su mano había empezado a hacer en su vientre.

—Me tienes muy enfadado —dijo él con ese tono de voz que parecía tener efectos secundarios en Jenny—. Quería dormir y me has despertado. Estoy muy cabreado.

—¿En serio? —Jadeó ella echando la cabeza hacia atrás y apretándose más a David.

—Completamente en serio —la voz de David ya no sonaba nada autoritaria.

Jenny se dio la vuelta rápidamente y pasó las manos por su cuello, le besó con urgencia y él respondió rudamente. Jenny gimió y lo que iba a ser una vuelta a dormir pronto pasó a ser un revolcón en toda regla.

La noche antes de Navidad. Una noche especial para vivir con la familia y los seres queridos. La noche que precede al día que muchas personas consideran el más especial del año. Una noche en la que cenar rodeado de sonrisas, buena comida y buenos deseos. Una noche que era todo eso y más teniendo en cuenta que la loca de Anna era la que había organizado la cena.

—Tú estás mal de la cabeza.

—Mañana es Navidad, ¿qué menos que celebrarlo a lo grande?

Jenny miraba con la boca abierta el despliegue organizativo en el enorme salón de los señores Sheppard. La habitual decoración de esa habitación había desaparecido y se había transformado en un salón de un anuncio muy navideño en tonos rojos, verdes y dorados. Demasiado navideño.

Una enorme mesa alargada presidía el salón y ya estaba preparada para los comensales. También en ella había más y más adornos navideños: candelabros dorados, velas rojas, centros de mesa con piñas y lazos verdes, muñequitos de nieve, cientos de Santa Claus de cerámica... El árbol que presidía el salón era grotescamente grande. Los adornos eran muchos y variados, además de horteras. En serio, solo faltaba que el propio Santa apareciera por la chimenea para rematar el ambiente navideño que se respiraba. Joder, parecía que los elfos felices del Polo Norte habían cogido una borrachera de alegría navideña y habían vomitado en ese jodido salón.

—Ya os podéis sentar —la voz de la madre de Anna y William la hizo despertar y se sentó en una silla entre David y Kate.

Todos estaban invitados a esa cena: la familia de David, George, los padres de Caroline, los padres de Gary y, por supuesto, todos ellos. Los novios todavía no se habían marchado de luna de miel ya que prefirieron esperar a pasar esos días en familia.

Cenaron entre risas porque el señor Sheppard no paró de contar chistes y anécdotas de todos ellos cuando eran pequeños. Recordaron cuando las chicas llegaron a casa llenas de barro y arañazos tras volver de una excursión al bosque corriendo como locas ya que un enorme oso salvaje las perseguía. Durante esa carrera por salvar sus vidas se cayeron varias veces rompiendo sus pantalones y manchándose hasta las orejas.

—En serio nos persiguió —explicaba Caroline con una sonrisa.

—¡Lo escuchamos rugir! —Exclamó Anna justificándose.

—William, díles la verdad —el señor Sheppard se volvió hacia su hijo y le miró cómplice.

El aludido se retorció un poco en su asiento y compuso su mejor sonrisa de niño bueno. Cogió a su recién estrenada esposa de la mano y miró a Jenny y a Anna.

—Bueno... en realidad... —dijo mientras se rascaba la cabeza—. resulta que...

—Lo hizo queriendo para daros un susto de muerte —soltó Gary con una sonrisita diabólica.

—¡¿Qué?! —chillaron las tres chicas a la vez.

—Es que eráis tan inocentes —dijo antes de echarse a reír.

—No me lo puedo creer —Caroline estaba indignada—. Me pasé tres días temblando por eso. Eres un idiota, William.

Soltó la mano que le había cogido antes y se cruzó de brazos. El resto de la mesa soltaba risitas por lo bajo. Excepto Jenny y Anna, que lanzaban rayos exterminadores por los ojos a William. Aquello fue algo realmente traumático para ellas.

—Carño —empezó William pasando el brazo por los hombros de Caroline—, fue una broma. Además, yo estuve consolándote todo el tiempo...

—¡Por eso lo hiciste! —gritó Anna de repente poniéndose de pie y señalando a su hermano.

William la miró con una enorme sonrisa triunfal. Caroline miró a Anna frunciendo el ceño un segundo y se giró para mirar a William. Tomó aire lentamente y la expresión de su rostro dejó claro que había entendido qué quería decir.

—¿Fuiste capaz de darnos el susto de nuestras vidas para que yo corriera a refugiarme entre tus brazos, William Sheppard?

—Culpable —admitió levantando la mano derecha en el aire.

El resto de la mesa reía o negaba con la cabeza.

—Eres... —empezó Caroline—, eres...

—¿Una persona llena de recursos? —susurró William con la misma cara que su hermana usaba cuando quería dar pena.

—Gilipollas —se escuchó la voz de Jenny desde el otro lado de la mesa.

—Un capullo —añadió la voz de Anna.

—Para nada un caballero —esa era la voz de la señora Sheppard.

—¡Un genio!

La voz de Gerard hizo que todos se volvieran a mirarle. Ygritte le miraba con el ceño fruncido y esperando ver cómo salía de esa.

—Lo siento, me ha parecido una anécdota genial. Imaginad cuando se lo contéis a vuestros nietos: vuestro abuelo fingió ser un oso escondido en el bosque para asustarme y que yo fuera a buscarle para conseguir consuelo. Ahí empezó nuestra historia de amor...

Fingió voz de mujer para decir eso. David se llevó la mano al puente de la nariz para masajearlo mientras negaba con la cabeza. Jenny no pudo evitarlo y se echó a reír, Kate la acompañó enseguida y poco después todos estaban riendo a carcajadas.

—Llamé al servicio de protección de animales cuando Jenny vino a casa chillando por el oso salvaje que las había perseguido —dijo George que había permanecido callado hasta entonces—. ¿Cómo iban a encontrarlo? ¡Era el chico Sheppard!

Y empezó a reírse agarrándose el estómago con las manos. Jenny le miraba con ojos brillantes. Hacía tanto tiempo que no escuchaba la risa de su padre que casi la había olvidado. Notó la mano de David en la rodilla y se volvió a mirarle. Le sonreía y sus azules orbes brillaban felices. Esa Navidad iba a ser especial, de eso no le cabía la menor duda.

Después de la multitudinaria cena en casa de los Sheppard llegó el día de Navidad. George se empeñó en que Jenny y David durmieran en su casa la noche anterior, quería que despertaran allí el veinticinco de diciembre. Jenny no pudo negarse y terminó durmiendo sola en su cama de tamaño mini, rodeada de todas sus cosas de cuando era niña. Procuró no pensar demasiado en la última temporada que pasó en esa habitación, aunque fue bastante difícil ya que todo le recordaba a ella.

Cuando David le deseó buenas noches y se marchó resignado a dormir en el sofá se quedó sola observando todo. Terminó llorando mientras abrazaba su almohada, recordando a su madre y lo mucho que la echaba de menos. Pero ya no fue un llanto desgarrador y lleno de sufrimiento. Había hecho las paces consigo misma, había hecho las paces con su padre y sentía que había hecho las paces con Margaret. Terminó durmiéndose con una sonrisa en el rostro y recordando los buenos momentos que vivió con su madre.

A la mañana siguiente unos ruidos en su puerta la despertaron.

—¿Jen? ¿Puedo entrar?

Se frotó los ojos y se incorporó lentamente en la cama.

—Sí, papá, pasa.

George abrió la puerta sonriente, mirándola con una expresión llena de ternura. Ella le sonrió en respuesta. Fue hasta la cama y se sentó a su lado.

—Feliz Navidad, cielo.

—Feliz Navidad, papá.

Se abrazaron y Jenny sintió sus ojos llenándose de lágrimas.

—Me alegro muchísimo de que estés aquí conmigo —susurró George en su oído—. Esta sí es una verdadera Navidad.

—Papá...

Derramó unas lágrimas sobre el hombro de su padre mientras él acariciaba su espalda. Entonces escucharon unos ruidos provenientes del piso de abajo y se separaron. Jenny sonrió mientras se limpiaba las lágrimas de las mejillas.

—Es David intentando preparar el desayuno. Será mejor que bajemos si no quieres que prenda fuego a tu cocina.

—¿Tampoco sabe cocinar? —Miró a su hija con los ojos muy abiertos—. Entonces dime, Jen, ¿cómo leches os vais a apañar vosotros dos si ninguno sabéis freír un huevo?

—Existe una cosa que se llama "pedir comida a domicilio", papá.

—Bueno, hija, yo solo digo que si vas a casarte con alguien es bueno que os complementéis y... no sé... que por lo menos uno de los dos sepa cocinar. Claro, porque también tiene que haber alguien que... ya me entiendes... que...

Jenny sonrió al ver a su padre poniéndose nervioso mientras hablaba. Estiró las manos y cogió las suyas.

—Papá, ¿te parece bien que vaya a casarme?

—No soy quién para opinar acerca de tus decisiones.

—No digas eso, claro que puedes opinar. Quiero saber qué te parece porque... no sé —se encogió de hombros—. Me dio la sensación de que no te tomabas demasiado bien la noticia.

George soltó una carcajada que dejó a Jenny perpleja.

—Jen... —acarició su cabeza con dulzura—, desde que has vuelto a casa te veo tan cambiada. No sé por qué pero creo que David tiene bastante que ver en este cambio.

—Puede... —susurró ella encogiéndose de hombros de nuevo.

—Ya no te veo en la televisión montando espectáculos, ya no sales en las revistas haciendo cosas horribles como las que hacías antes. Siempre que te veo sales con él, sonriente, cogida de su mano... y pareces la mujer más feliz de este mundo —sonrió a su hija haciendo que las arrugas de sus ojos se acentuaran—. David te hace feliz y eso es más que suficiente para mí. Además, parece que te ha hecho centrarte y tomarte las cosas con algo más de calma.

—Él me convenció para venir aquí.

George abrió mucho los ojos y miró hacia la puerta. Los ruidos de la cocina se seguían escuchando. Justo entonces se oyó un ruido sordo seguido de un "mierda" que hizo que ambos se echaran a reír. George volvió a mirar a su hija y le apartó el pelo de la cara.

—Si tú eres feliz y o también lo soy, Jen.

—Soy feliz, papá, ahora lo soy completamente.

Se abrazaron de nuevo con fuerza. El ruido un plato rompiéndose en el suelo hizo que George se apartara de ella y mirara hacia la puerta.

—Será mejor que bajemos si no quieres que tu prometido me deje sin vajilla.

Jenny rio y se levantó de la cama para bajar cogida del brazo de su padre hasta la cocina, donde David les esperaba con su pijama de cuadros y lleno de algo que parecía harina (Jenny descartó la idea de que fuera cocaína por el pasado de David y por el hecho de que se encontraban en casa del jefe de policía del pueblo).

—Feliz Navidad —les dijo limpiándose las manos en el pantalón—. Estaba intentando hacer tortitas pero...

—Será mejor que lo dejes, hijo —dijo George sacando una cuchara llena de una especie de masa de color beige de un bol—. Está visto que la cocina no es lo tuyo.

—Quería hacer un desayuno navideño —se encogió de hombros y Jenny pensó que estaba adorable.

George le dio unos golpecitos amistosos en el hombro.

—La intención es lo que cuenta, David. Feliz Navidad.

—Feliz Navidad, jefe Scott.

Jenny le miró levantando una ceja. ¿Jefe Scott? ¿Qué coño eran esos formalismos? George debió pensar parecido porque se giró a mirarle con cara sorprendida.

—Puedes llamarme George. Que os haya hecho dormir en habitaciones separadas no quiere decir que nuestra relación vaya a ser chapada a la antigua.

—De acuerdo, George —dijo David sonriendo a su suegro—. Feliz Navidad a ti también.

Y tras dos segundos de vacilación por parte de George se acercó a él y le abrazó. David miró a Jenny desde el hombro de su padre con las cejas muy levantadas y sonriendo. Ella soltó una carcajada y se acercó para abrazarlos a los dos.

—Esta Navidad está siendo cojonuda —soltó abrazándolos con fuerza.

—¡Jennifer! —La regañó su padre.

David y ella se echaron a reír y George se terminó uniendo a ellos.

Unas horas después los padres y la hermana de David llegaron a casa. Ygritte llevaba una bandeja de pasteles que había comprado en la pastelería de Aberdeen. Kate se abalanzó sobre Jenny y la cogió de las manos para arrastrarla lejos del fino oído de su hermano.

David las observó desaparecer escaleras arriba con el ceño fruncido. No tenía ni idea de qué tramaban esas dos pero no le daba buena espina. Su padre le había pasado el brazo por los hombros y acababa de empezar una charla acerca de la fauna y la flora de Aberdeen, a la que George se unió rápidamente comentando acerca de los acantilados tan bonitos que podían ver por la zona. No le quedó otra que poner buena cara y asentir haciéndose el interesado.

—¡Steve me ha pedido una cita! —gritó Kate en cuanto ella y Jenny entraron en su habitación.

—¿Qué dices? —Quiso aparentar sorpresa aunque probablemente no lo consiguió—. No tenía ni idea.

Anna se había encargado de mover los hilos al enterarse de que la pequeña Hill estaba ligeramente pillada por el chico del equipo de seguridad de William.

Steve era el más joven, con tan solo veinte años había empezado a trabajar con Will después de que se conocieran en el gimnasio al que acudía diariamente. Su estatura y su complexión, nada normal en un chico tan joven, hicieron que el jefe de seguridad le ofreciera el empleo. La verdad es que Steve no había llevado una vida ejemplar hasta entonces... Era boxeador y había participado en muchísimas peleas ilegales para ganarse la vida, además de haber sido detenido en alguna ocasión por la policía tras riñas en bares. Pero desde que comenzó a trabajar como guardaespaldas de Jenny no había vuelto a meterse en líos ni en refriegas. Era un buen chico, divertido y agradable, además de bastante atractivo. Y tenía a Kate colada por él.

—Me llamó anoche para desearme feliz Navidad, no sé cómo consiguió mi teléfono —comentó la hermana de David con ilusión encogiéndose de hombros.

Jenny la imitó. De nuevo la mano invisible de Anna... bueno, más bien la mano entrometida de Anna que se pasó casi toda la boda de William dándole codazos a Steve y diciéndole: "¿a qué es mona? ¿No te gustaría quedar con ella?" A lo que él dijo que por supuesto. El resto estaba bastante claro, ¿no? Si David se enteraba de aquello iban a rodar cabezas. Que su hermanita de diecisiete años (casi dieciocho, como decía ella cada vez que alguien le sacaba el tema) estuviera medio liada con un chico mayor que ella y que encima formara parte del equipo de seguridad era algo que no le iba a hacer ni pizca de gracia. Intentó aguantar la sonrisa que amenazaba con aparecer en su rostro.

—La cuestión es que me dijo que le había parecido una chica encantadora... ¡encantadora, Jenny! —Chilló cogiéndola de las manos—. Nadie me había dicho nunca que fuera encantadora. Y me dijo que cuando volviera a Nueva York podríamos quedar y que hasta entonces podíamos mantener el contacto por WhatsApp, Skype y esas cosas.

—¿Y qué le dijiste?

—¿Tú qué crees? —Chilló abriendo muchísimo los ojos—. ¡Que sí!

Y empezó a saltar por la habitación arrastrando a Jenny con ella. No pudo evitar unirse a sus risas. Le contagiaba con toda esa alegría adolescente que irradiaba.

—¿A qué dijiste que sí?

La voz de David les hizo congelarse en sus posiciones y las dos cambiaron la expresión de su rostro a una falsa sonrisa que intentaba aparentar normalidad aunque claramente decía "joder, qué pillada".

—A nada, Dave —se apresuró a decir su hermana caminando hacia él sin dejar de sonreír—. Cosas de chicas.

Él la observó pasando a su lado y saliendo de la habitación, enseguida dirigió su mirada hacia Jenny, que seguía allí sonriente y falsamente inocente.

—Me conozco esa sonrisa, Jenny.

—¿Qué sonrisa?

Fue hacia él y pasó los brazos por su cintura. Se puso un poco de puntillas y le besó fugazmente en los labios.

—Sabes que me voy a enterar de lo que tramáis mi hermana y tú, ¿verdad?

—Por supuesto —le abrazó con fuerza—. Pero ahora centrémonos en que es Navidad y es un día feliz que pasar con los seres queridos.

David se echó a reír.

—Esa ha sido la peor manera de cambiar de tema de la historia.

Jenny levantó la vista y le miró fijamente.

—Feliz Navidad, David.

Él rodó los ojos resignado y la miró. El brillo en sus ojos chocolate y la enorme sonrisa feliz que tenía le hizo dejar a un lado lo que fuera que pasara con Kate. La estrechó más fuerte entre sus brazos y besó con dulzura la punta de su nariz.

—Feliz Navidad, Jenny.

Se fundieron en un beso lleno de significado, de sentimiento. Jenny llevó las manos a la nuca de David y le atrajo un poco más a ella. Sus respiraciones fueron poco a poco aumentando la intensidad y entonces Jenny notó en la cadera que el ambiente navideño de David también había aumentado ligeramente. Se apartó de él y le miró enarcando una ceja.

—Hay alguien más aquí que quiere desearme feliz Navidad... —susurró juguetona apretándose contra su erección.

De repente David la cogió con brusquedad por la nuca y la besó con rudeza, haciéndole perder el equilibrio y tener que agarrarse a sus hombros para no caer al suelo. Sentía su lengua moviéndose rápida en su boca, sus dientes mordiéndola, sus manos recorriéndola con fiereza. Y entonces... nada. Se quedó hiperventilando mirando desenfocada al hombre que tenía de pie ante ella y que ya no le tocaba ni le besaba.

—Nuestros padres están abajo —dijo con seriedad pero claramente afectado por lo que acababa de suceder—. Ni de coña me vas a convencer para que echemos un polvo aquí, ni en el baño, ni en la habitación de George.

Jenny frunció el ceño. ¿De qué narices estaba hablándole? ¡Había sido él el que se había lanzado sobre ella!

—Será mejor que bajemos ya —añadió David casi con enfado.

Estiró la mano y cogió la de Jenny, tiró de ella para sacarla de la habitación y volver a hacer acto de presencia abajo. La mente de Jenny empezó a recuperar su ritmo habitual y de repente se dio cuenta de que ella no había hecho nada para que él se enfadara, que no tenía por qué tirar de su brazo de esa manera. Se paró en mitad de las escaleras y se deshizo de su agarre. David se volvió a mirarla. Jenny vio en sus ojos azules los restos del deseo y del enfado. Una combinación demasiado excitante para su propio bien. Carraspeó un poco para aclararse la garganta y le encaró.

—¡No he hecho nada para que te enfades así conmigo!

Gritó entre susurros, no quería que sus padres escucharan algo que no debían escuchar.

—¿Tú? —Exclamó David sorprendido—. ¿Quién ha dicho que tú hayas hecho nada?

Jenny parpadeó un par de veces. ¿Qué?

—No entiendo... ¿no estás enfadado conmigo por lo que acaba de pasar?

Entonces la risa musical de David resonó en toda la escalera. Jenny le miró como si se acabara de convertir en lo más extraño del mundo, en... no sé... en Carlo con tutú o algo parecido.

—Jen... —subió un escalón y acarició su mejilla—. No estoy enfadado contigo, no seas ridícula. Estoy enfadado con tu padre.

Entonces sí que sí, era Carlo bailando *El Lago de los Cisnes*.

—Tu padre nos ha obligado a dormir separados —se explicó David con cara de frustración—. He tenido que dormir en ese terrible sofá que me ha destrozado la espalda. Pero lo peor no ha sido eso. ¡He tenido que dormir sin ti!

Jenny sonrió tímidamente.

—He dormido sin tus brazos alrededor de mí, sin tu respiración cerca de mi oído, sin tus pies congelados rozándome las piernas, sin tus susurros entre sueños, sin tu aroma, sin la suavidad de tu piel... —Jenny pensaba que se iba a derretir de amor—. Y lo peor de todo, sin hacer el amor contigo.

Jenny se echó a reír y le abrazó. Ese hombre la iba a volver loca. Abrió la boca dispuesta a decirle que solucionarían eso en cuanto tuvieran ocasión cuando Ygritte apareció a los pies de la escalera.

—Tortolitos, la comida está lista.

Los dos se volvieron a mirarla y asintieron con la cabeza. Bajaron el resto de las escaleras y fueron hasta la mesa para una amena comida en familia.

Fue un día maravilloso, lleno de risas y buenos momentos. George y Gerard se dedicaron a contar anécdotas de sus hijos cuando eran pequeños, avergonzando ligeramente a todos ellos en más de una ocasión. Luego la conversación derivó en la pesca, así que Jenny, Ygritte y Kate se dedicaron a hablar de la boda y los preparativos. Ygritte insistía en que se casaran en Norfolk, decía que los jardines del castillo eran perfectos para una celebración así. Jenny le daba la razón, pero no quería trasladar a toda su familia y amigos hasta allí. Lo que no le dijo a Ygritte es que ella ya tenía muy claro en su mente cómo iba a ser todo. No le comentó nada porque ni siquiera lo había hablado con David así que era estúpido discutir con su suegra acerca de algo que todavía no estaba decidido. Bueno... decidido estaba, porque ella lo quería así y así iba a ser. La cosa era que el novio debía estar al tanto de cómo iba a ser su boda, ¿no?

Jenny observaba las calles a través del cristal de la ventanilla. La gente iba y venía, ajetreada, unos con bolsas de la compra, otros con sus elegantes maletines, otros con cámaras de fotos inmortalizando sus vacaciones. Había que reconocer que era una ciudad bonita y que cada vez que la visitaba se enamoraba un poquito más de ella. Lo único que no le terminaba de convencer era que condujeran por el carril contrario.

—¡Mierda! —Gritó al mirar al frente sobresaltando a William y Gary—. ¡Ese camión va por el sitio equivocado!

—Jen... por decimoquinta vez... estamos en Londres, aquí conducen así.

Gary resopló cansado y miró a Jenny fijamente. Ella sonrió y puso la mano sobre su rodilla.

—Lo siento. No me acostumbro a esta jodida costumbre que tienen.

No se dio cuenta de cómo le miraba el conductor por el espejo retrovisor. Mejor, porque probablemente le hubiera soltado alguna bordería de las suyas. El chófer negó imperceptiblemente con la cabeza y siguió conduciendo tranquilamente por las calles del centro de la ciudad pensando que las estrellas musicales normalmente eran unas estúpidas.

—Tenemos que atender a los medios en la sala... —Gary pasó el dedo por el primer folio de la carpeta que tenía en su regazo—. La sala Buckingham del Hotel Waldorf Hilton. Luego tienes una entrevista en la televisión pública con una tal... Emily High, que no tengo ni idea de quién es. Te preguntará acerca de tu nuevo disco, de la nueva discográfica, de tu próxima gira de conciertos y sabes perfectamente que te preguntará por David. ¿Serás capaz de contestar como una persona cuerda y racional?

Jenny rodó los ojos y escuchó las risas de William desde el asiento de delante. Se estiró un poco y le golpeó en el hombro.

—Lo siento, Jen —le dijo el moreno volviéndose a mirarla a través de sus gafas de sol—. Lo de Paris fue demasiado para mí. Cada vez que lo recuerdo no puedo evitar reirme.

—Si fueras su representante te reirías menos, cabrón.

Gary siguió observando los papeles con el ceño fruncido. Aún no había olvidado lo que sucedió en Paris.

...Estaban llegando al hotel en el que se alojaban después de un duro día de promoción, tras haber concedido mil entrevistas y haber contestado mil veces a las mismas estúpidas preguntas. Jenny se sentía muy cansada. Estaban a unos metros de la entrada, en la que un elegante señor con traje les esperaba con la puerta abierta, cuando una periodista y un cámara salieron de la nada y empezaron a grabarles y a hacer preguntas estúpidas de nuevo.

—¿Qué hay de cierto en los rumores que hablan acerca de una posible infidelidad de su prometido?

Jenny respiró hondo y reprimió las ganas de destrozarle la yugular a esa imbécil. Siguió caminando al lado de William y varias de las personas que habían ido con ellos a ese viaje (un par de chicos de seguridad de William, una de las ayudantes de Gary y Jessica, la mano derecha de Anna). Will la apretaba a su cuerpo mientras pasaba un brazo por sus hombros.

—Según una fuente bastante fiable nos hemos enterado de que David ha podido estar tonteando con otra mujer mientras usted está en Europa de promoción. ¿No tiene nada que decir al respecto?

Se detuvo en seco y su cuerpo tenso advirtió a William de que algo malo se avecinaba.

—Jen, tranquila —susurró en su oído.

Ella giró la cabeza lentamente hacia la periodista y le regaló una sonrisa completamente falsa.

—Te voy a decir dos cosas —empezó ladeando la cabeza y hablando con un tono tan tranquilo que puso los pelos de punta a la chica—. Primero, eres una gilipollas de cuidado. Y segundo, sí tengo algo que decir al respecto.

La periodista la miraba con algo de miedo mientras el cámara seguía grabando, congelado en su lugar. Si Jenny hubiera sabido que era su primer día de trabajo probablemente no le hubiera hablado así pero...

—Te puedo decir que me tocan los cojones todas tus fuentes fiables, sus madres y sus futuros hijos. ¿Me has entendido, pedazo de mierda?

William tiró de ella frunciendo los labios para no reírse. La pobre chica (no debía tener más de veintidós años) estaba casi temblando. Jenny hervía de rabia y remató su discurso sacándole el dedo corazón a los dos. William la metió a rastras al interior del hotel y volvió a salir corriendo para coger al cámara antes de que salieran en las noticias internacionales. Justo entonces llegó Gary que se había quedado atrás ultimando detalles con el conductor de su coche y se encontró con esa estampa. Tuvo que convencerles para que no publicaran nada de lo que había pasado pagándoles una cantidad de dinero realmente exagerada para lo estúpido de la situación...

—No deberían hablar sobre cosas que no son ciertas —soltó Jenny mirando por la ventanilla de nuevo.

—¡Son periodistas del corazón, Jenny! —Gritó Gary levantando la cabeza de los documentos—. ¿Cuándo coño te vas a dar cuenta de que viven de sacar mentiras y de remover mierda?

Jenny se encogió en su asiento. Gary no solía gritarle nunca.

—Perdona —se apresuró a disculparse estirando la mano y cogiendo la de ella—. Esto de ser tu representante es nuevo para mí, me está costando un poco acostumbrarme a sacarte de todas estas mierdas y, perdona que te lo diga pero... no me pones las cosas demasiado fáciles.

—Tienes razón, Gaz. Lo siento. A partir de ahora me comportaré mejor.

—Solo te pido que no me hagas pasar por todo lo que Carlo pasó contigo, no sé si podría soportarlo.

—A ti jamás te haría cosas así.

Le sonrió cálidamente y él apretó su mano mientras una sonrisa aparecía en su cansado rostro.

La promoción estaba acabando con ellos. Llevaban más de tres semanas fuera de casa y todos echaban de menos Nueva York. Bueno, Nueva York y a las personas que se habían quedado allí.

Se encontraban a finales de abril. La nueva discográfica comenzó sus andares en enero. No fueron unos comienzos sencillos ya que ellos no tenían demasiada idea de cómo funcionaba todo ese mundo. Por suerte consiguieron contratar a Jack Russo, subdirector de Rony Music (¡chúpate esa, Prescott!). Como es bien sabido por todos, no hay nada que el dinero no pueda comprar y Jack no era la excepción a la regla. Empezó a trabajar con ellos a mitades de enero y se convirtió en la mano derecha de David. Consiguieron que varios cantantes reconocidos se fueran con ellos: Alicia Keys, Snoop Dogg y los Black Eyed Peas. Sobra decir que eran muy amigos de Jennifer y que quisieron apoyarla en esta nueva andadura. Varias colaboraciones entre ellos quedaron programadas desde que firmaron sus contratos. Además estaban en negociaciones con varios cantantes más, entre ellos Katy Perry, así que las cosas habían comenzado bastante bien para Viva Music.

Jenny grabó su nuevo disco y eso supuso el comienzo de la promoción. Tuvo que volar a Europa, Gary la acompañó en su nuevo papel de representante y William en su habitual papel de jefe de seguridad. Carlo fue oficialmente despedido en febrero tras una serie de episodios no muy agradables que involucraron abogados y una nada bienvenida demanda. Gary estaba encantado con su nuevo empleo, había desempeñado labores muy similares a las de un representante hasta entonces, pero el genio de Jennifer era algo que todavía no podía controlar pese a ser uno de sus mejores amigos.

Y allí estaban los tres, en Londres, la última parada de la promoción. Deseando que terminara ese maldito día para coger un avión y volver a su querido hogar con sus parejas.

Después de atender a los medios en el Waldorf Hilton de la capital británica, Jenny comió con Ygritte y Kate en el restaurante del hotel donde se alojaba, el St. Martins Lane, en Covent Garden. Gerard estaba en una reunión importante y no pudo acompañarlas. Jenny disfrutó de ese rato de desconexión con su futura suegra y su cuñada, lo necesitaba.

Kate le contó que seguía hablando con Steve y que estaba enamoradísima de él. Ygritte reía mientras escuchaba a su hija hablar de su amor trasatlántico. Entre madre e hija se contaban todo y eso era algo que Jenny añoraba. Hablaron un poco acerca de la discográfica, de las actividades benéficas que Ygritte estaba llevando a cabo entonces y de la boda, por supuesto, era un tema que no podía faltar.

—No puedo creer que todavía no tengáis fecha —dijo Ygritte ligeramente molesta.

—Será este verano, Ygritte —le aseguró Jenny cogiendo su mano—. No te preocupes, tenemos intención de invitarte.

Su suegra la miró con gesto serio un instante antes de echarse a reír. Hubo algo en la manera en que Ygritte rio que le recordó a David y sintió unas ganas enormes de echarse a llorar. Le echaba muchísimo de menos.

Continuaron su comida entre conversaciones de mujeres y Jenny sintió enormemente tener que despedirse de ellas. Las quería muchísimo y siempre estaban diciéndose adiós. Ygritte la abrazó con fuerza mientras le repetía lo mucho que la quería y las ganas que tenía de volver a verla de nuevo. Kate soltó unas lagrimillas que hicieron que se le pusiera un nudo en la garganta, pero aguantó estoicamente. Se despidieron después de besarse y abrazarse una vez más y Jenny fue a su habitación para cambiarse. Tenía esa jodida entrevista en la televisión. La última entrevista. La última antes de volver a casa con su chico.

De camino a los estudios llamó a David. Llevaban un par de días sin hablar entre el cambio horario y las obligaciones de cada uno. Estaba llevando fatal toda esa situación. Antes iba con él a todas partes, estaba con ella siempre, a todas horas. Pero ahora ya no. Y le echaba tanto de menos que dolía. Necesitaba verle. Necesitaba ver sus ojos, ver su sonrisa, escuchar su risa, aspirar su aroma, acariciar su pelo, besar sus labios... y, por supuesto, necesita su perfectamente esculpido cuerpo.

Necesitaba echar un polvo cuanto antes o iba a explotar. Incluso tenía sueños húmedos por las noches. Joder, estaba desesperada por volver a sentir el pene de David dentro de ella. Se rio con sus propios pensamientos. Podría decirle eso a la tal Emily en la entrevista. Ese sería un gran titular. Soltó una pequeña carcajada que hizo que el conductor la mirara raro.

—¿Jenny?

Escuchar su voz por teléfono era maravilloso. Aunque en realidad era lo único que tenía en esos momentos, maravilloso o no.

—¡Hola, cariño! —Exclamó mientras observaba una cabina de teléfono roja por la ventanilla—. ¿Qué tal estás?

—Echándote de menos...

Sintió de nuevo el nudo en la garganta.

—Yo también te echo de menos a ti... —sus ojos se aguaron.

—¿A qué hora llegas? Iré a buscarte al aeropuerto.

—Creo que llegamos de madrugada. No vengas a buscarme, Neal vendrá a por nosotros. Ya te despertaré cuando llegue a casa.

Escuchó la risa de David al otro lado y un nerviosismo inesperado se instaló en su estómago. ¡En unas horas le escucharía reír de verdad!

—No voy a poder dormir sabiendo que vuelves por fin —intuyó la sonrisa en su voz—. Iré a buscarte con Neal y no se hable más.

—Vale —aceptó con voz emocionada—. No tienes ni idea de las ganas que tengo de verte.

David suspiró.

—Esto es una mierda —dijo como si fuera un niño pequeño—. Odio estas promociones y no poder ir contigo como siempre.

—Eres el presidente de una empresa ahora, David, tienes que estar allí para que las cosas funcionen.

—Lo sé, lo sé. Pero no por eso deja de ser una mierda.

Se quedaron en silencio unos segundos. Jenny quería abrazarle y acariciarle, consolarle y que él la consolara a ella. Dios, la distancia era una mierda.

—Hemos llegado, señorita Scott.

La voz con acento británico del conductor le anunció la llegada a los estudios. Miró al exterior y vio a Gary caminando hacia ella.

—David, tengo que colgar. Dentro de unas horas nos vemos. Me muero de ganas.

—Y yo, Jen... Me muero de ganas por besarte...

Jenny sonrió.

—No tienes ni idea de lo que te voy a hacer en cuanto lleguemos a casa...

El tono de su voz dejó más que claro que le iba a dar un meneo de los buenos. El sexo de Jenny palpitó con anticipación.

—Y tú no tienes ni idea de las ganas que tengo de que me lo hagas —susurró al teléfono para que el conductor no la escuchara—. Te quiero.

—Y yo a ti, Jen, muchísimo. Nos vemos pronto.

Justo entonces la puerta del coche se abrió y Jenny miró a Gary que le sonreía. Volvió a prestar atención al teléfono pero David ya había colgado. Se sintió ligeramente decepcionada por no haberle mandado un beso de despedida y lo guardó en su bolso. Salió del coche y fue con Gary hasta el interior del estudio. La llevaron a maquillaje, le retocaron el pelo y le pusieron un micrófono. No tocaron su ropa ya que llevaba un pantalón pitillo negro, una camisola de colores que dejaba a la vista su hombro derecho y zapatos de tacón de color *nude*. Un gracioso cinturón de cuero marrón marcaba su delgada cintura y le daba un toque divertido. Jenny no entendía cuando Anna decía que los complementos daban un toque divertido a la ropa. Esperó hasta que la presentadora la llamó y entonces salió al plató sonriente y saludando al público que aplaudía.

—Bienvenida, Jennifer —la saludó Emily con una sonrisa y estrechando su mano.

La presentadora sería de su misma edad. Tenía el pelo castaño, liso y le caía por los hombros. Era morena de piel y tenía los ojos oscuros. Hubo algo en la expresión de su rostro que no terminó de gustarle. Pero eso no era relevante. Tenía que darle esa maldita entrevista, terminar cuanto antes para poder coger el jodido avión que la llevara con David de nuevo.

Se sentaron las dos en un sofá de color crema. Jenny observó el decorado. Era una especie de salón de una casa moderna convertido en plató. Había mesitas decoradas con jarrones y flores, marcos de fotos y figuras de porcelana. Había más sofás alrededor de donde ellas estaban sentadas, todos de color crema. Una enorme alfombra de color rojo y beige en el suelo y una mesa de cristal sobre ella. No había demasiado público, probablemente solo unas treinta personas. Todos la miraban sonriendo.

—Bueno, Jennifer —comenzó Emily—, tu nuevo disco sale a la venta el próximo día veinticuatro de mayo, lleno de canciones nuevas y muchas de ellas escritas por ti, ¿no es cierto?

—Así es, Emily —sonrió—. Últimamente he estado componiendo y me he dado cuenta de que es algo que se me da bien, me gusta, me siento bastante realizada haciéndolo. Es una suerte que me permitan cantar mis propias canciones.

Volvió a sonreír, esta vez al público, que aplaudió con su respuesta. Jenny odiaba esas mierdas. Sonreír falsamente se le daba fatal, se le cansaba la mandíbula y le dolían las mejillas. Pero en eso consistía la promoción.

Emily le hizo un par de preguntas acerca del disco y después siguió con lo que ya esperaba.

—Cuéntanos, Jennifer, ¿cómo van los planes de boda?

El público aplaudió encantado.

—Van bien, Emily. Gracias por preguntar.

Y una mierda. *Que te jodan, Emily, jodida entrometida.*

—Te pregunto por la boda porque no sé si estás al tanto de las imágenes que acaban de salir a la luz.

El tono con el que dijo eso no le gustó nada. Se puso en guardia y lanzó una mirada rápida a Gary que estaba detrás de las cámaras. Él se encogió de hombros y la

miró extrañado.

—Nos han llegado hace unos minutos y queríamos compartirlas contigo, Jennifer.

Jenny la miró con el ceño fruncido. Emily sonrió y entonces vio que claramente esa sí era una sonrisa falsa, falsa y bastante llena de maldad. Le señaló una pantalla al lado del sofá y ella la miró. De repente aparecieron las susodichas imágenes y su mundo se vino abajo.

No podía ser. Eso era imposible.

Pero allí estaba.

Él no podía hacerle eso. No podía.

Y menos con ella.

Se levantó del sofá y miró a Gary que observaba la pantalla con ojos desorbitados. Jenny sintió que sus piernas empezaban a flaquear. Quería salir de allí, tenía que salir de allí. Emily la miraba desde el sofá con esa jodida sonrisa malévol. Le dieron ganas de darle un puñetazo pero no podía moverse. Se había quedado en shock. Solo podía mirar la pantalla. Y ojalá no hubiera estado viendo eso...

No escuchó los gritos del público, no escuchó cómo Gary exclamaba que eso no era lo que habían acordado, casi no sintió los brazos de William levantándola y sacándola de ese jodido plató, no escuchó sus palabras reconfortantes, no notó cómo entraban en el coche y arrancaban entre los gritos y maldiciones de Gary. Solo sentía un dolor terrible en el pecho. Su corazón había dejado de latir, su mente se había bloqueado.

—Gaz, tío, ¿qué mierda era esa? —Le preguntó William mientras acariciaba el pelo de Jenny en el asiento trasero del coche.

—No tengo ni idea, Will —le contestó mirando con furia hacia delante—. Pero te juro que voy a matar al cabrón de David por hacerle esto.

Se dio la vuelta y observó el rostro pálido de Jenny. Estiró la mano para acariciar su mejilla pero ella no respondió. Seguía paralizada.

David llegó a la sede de Viva Music a las dos de la tarde después de haber estado toda la mañana reunido con unos posibles clientes y comiendo con Jack Russo, su mano derecha. Aparcó el coche en su plaza y subió en el ascensor sin poder dejar de sonreír. Jenny volvía esa misma noche a Nueva York. Su Jenny volvía por fin. Casi un mes después iba a poder abrazarla de nuevo. Estaba eufórico.

Cuando el ascensor paró en la planta baja y varias personas entraron en él se dio cuenta de que un par de mujeres le lanzaron miradas de odio. Se sorprendió porque esas mujeres normalmente le saludaban amistosamente, formaban parte del departamento contable. Hizo una mueca con los labios pero lo dejó pasar. Jenny volvía esa noche y eso era lo único importante.

El ascensor llegó a su planta, salió acompañado de esas mismas mujeres y se despidió de ellas, pero solo recibió silencio y otra mirada de odio. *¿Qué narices pasaba con esas dos?* Las observó marchándose por el pasillo, desconcertado. Fue caminando lentamente hasta su despacho, echando vistazos hacia atrás de vez en cuando, intentando entender el porqué de esas miradas.

—Buenas tardes, señor Hill.

—Buenas tardes, Elizabeth —saludó a su secretaria.

—La señorita Sheppard está esperándole en su despacho.

—¿Anna o Caroline?

—La señorita Anna, señor.

Asintió y llevó la mano al pomo de su puerta. Justo antes de abrir se volvió a mirar a Elizabeth que le sonrió desde su mesa. Bueno, por lo menos ella no le había mirado mal. Igual se había vuelto un paranoico. Le devolvió una pequeña sonrisa y entró en su despacho. Anna estaba sentada en el sofá y había apoyado los pies en la mesa de delante.

—Hola, Anna, da gusto ver que te sientes como en casa.

La morena rio y se puso de pie grácilmente. Se estiró la falda del vestido verde que llevaba y caminó hacia él haciendo sonar sus tacones negros.

—Te he traído un café.

Señaló un par de cafés de Starbucks que había encima de su mesa, al lado de su ordenador. David la miró y le sonrió.

—Muchas gracias, Anna, no sé qué haría sin ti.

—Lo sé —rio ella acercándose a él para darle un beso en la mejilla—. No entiendo por qué llevas dos días durmiendo en tu apartamento. ¿Acaso me tienes miedo?

David rio entre dientes mientras caminaba hacia su sillón tras la mesa.

—En cierta parte sí, Anna, te tengo bastante miedo. Pero no he estado fuera por eso. Te recuerdo que tengo que recoger todo para cuando lleguen los nuevos inquilinos de mi apartamento. He estado empacando cosas y me he encontrado este traje en un armario, ¿no crees que me queda fenomenal?

Y giró sobre sí mismo mostrándole a Anna el traje que llevaba. Era de color azul marino, con raya diplomática. Le quedaba como un pincel. También llevaba una camisa de color azul claro y una corbata de rayas grises y azul también marino. Anna asintió mientras se cruzaba de brazos y le miraba con ojos sumamente profesionales.

—Te queda muy bien, David. Pero aun así —continuó acercándose a la mesa y sentándose en uno de los sillones frente a él—, Caroline está en su casa y no me gusta dormir sola en ese apartamento tan grande.

—Lo sé, Annie, pero solo han sido un par de noches. En cuanto salgamos de aquí hoy iré de vuelta a casa, no te preocupes.

—¡Esta noche vuelven por fin! —Chilló ella aplaudiendo como una niña pequeña.

—Lo sé.

Los dos se sonrieron felices. Anna también estaba notando la ausencia de Gary. Se pasaba el día pegada a David y diciéndole lo mucho que le echaba de menos. Él tenía tantas ganas de que volvieran en parte por quitarse a la pequeña duende de encima.

Después de la boda, Caroline y William se habían mudado a otro apartamento en el mismo edificio, regalo de bodas de Jennifer. Así que la casa estaba medio vacía sin los tres que se habían marchado a la promoción y sin la rubia. David ya estaba instalado allí desde hacía un tiempo y había conseguido vender su antiguo apartamento por fin. La mudanza estaba en marcha pero todavía le quedaban cosas que recoger, había aprovechado esos dos días para meter sus pertenencias en cajas y para descansar en el que había sido su apartamento. Las últimas semanas había estado conviviendo con Anna en el piso de Tribeca y necesitaba algo de descanso de ella. La adoraba, pero a veces le volvía loco.

—Por fin me dejarás en paz —le dijo con un brillo divertido en la mirada.

—¡Oye! —Gritó indignada—. Sabes perfectamente que me adoras y que estos días juntos han sido divertidos.

—Yo no diría divertidos... más bien diría que han sido un completo calvario.

Anna abrió la boca para contestarle pero entonces unos gritos en la puerta les sobresaltaron.

—Vete llamando a la ambulancia, Elizabeth —era Caroline—. ¡David Hill, te voy a matar!

David se levantó de su sillón y miró a Anna, que parecía igual de confundida que él. La puerta del despacho se abrió bruscamente y Caroline apareció hecha una furia. Traía el pelo revuelto, sus ojos podrían confundirse perfectamente con los del mismísimo Belcebú y apretaba las mandíbulas con fuerza.

—¡Tú! —Gritó señalándole con rabia—. No tienes ni puñetera idea de lo que has hecho, ¡has firmado tu sentencia de muerte!

Anna miró a su amiga frunciendo el ceño y luego a David. No entendía absolutamente nada. David parecía igual de confuso que ella.

—¿De qué estás hablando, Caroline?

La rubia rio fríamente y se acercó a la mesa. Sus tacones resonaron contra el piso, fuerte, con la misma rabia que emanaba de su mirada. Pasó al lado de Anna sin mirarla siquiera, no apartaba sus ojos azules de David. Llegó hasta la mesa y dejó un papel con fuerza en ella.

—¡De esto estoy hablando! De esto, ¡maldita sea!

David miró lo que había dejado y frunció el ceño. Volvió a mirar a Caroline que respiraba entecortada y parecía a punto de sufrir un ataque.

—Carol, tranquilízate —dijo estirando las manos para coger las suyas por encima de la mesa.

—¡Y una mierda! —Gritó de nuevo apartando las manos con brusquedad—. Y no se te ocurra llamarme así, no se te ocurra tener ni una jodida familiaridad conmigo.

Me parece una vergüenza que tengas las narices de actuar así después de lo que has hecho. ¡Una puta vergüenza!

—Carol —interrumpió Anna mirándola casi enfadada—, estás siendo muy desagradable con David, no me gusta que le hables así.

—Ah, ¿no? Pues cuando te enteres de lo que ha hecho serás tú la que le hables igual.

Mientras ellas hablaban, David cogió el papel de su mesa y lo levantó para poder observarlo mejor. Era una foto, estaba muy oscura. Estaba recién impresa, según el pie de página que hacía saber que se había sacado de la página web de la revista *InTouch*. *Jodida revista*, no solía traer nunca nada bueno. Miró la imagen. Parecían unas personas en el interior de un coche. Parecían estar besándose o algo así. Frunció el ceño intentando ver sus caras.

—¿Qué? —Gritó cuando los reconoció.

Anna y Caroline se volvieron a mirarle. David dio un puñetazo en la mesa y las dos saltaron en sus posiciones. Empezó a murmurar insultos e improprios. Anna se acercó a él y le quitó el papel de las manos. Lo observó unos segundos y su rostro cambió por completo cuando se dio cuenta de quiénes eran esas dos personas pilladas en esa actitud tan cariñosa.

—¡Hijo de puta! —le gritó empezando a caminar hacia él con clara intención de golpearle.

Él se apresuró y la cogió por los brazos para detenerla.

—Anna, ¡no! —Gritó intentando pararla.

Ella no atendía a sus palabras, sus ojos estaban llenos de lágrimas y le gritaba sin parar, insultándole. David la retuvo mientras intentaba dar algo de sentido a todo eso. No entendía nada.

—Te lo dije... —rio Caroline cruzada de brazos al otro lado de la mesa.

—¡Parad! —Gritó David empujando un poco a Anna para que se alejara de él un momento—. No me podéis decir que os creéis esa mierda. No os podéis creer esa jodida foto. ¡No es real!

—¡Entonces dime por qué no has dormido en casa estas dos últimas noches! —Chilló Anna al borde de las lágrimas—. ¡Dime, David! ¿Por qué?

—¡Ya te lo he dicho antes, Anna! He dormido en mi jodido apartamento porque tengo que recoger mis cosas porque me voy a mudar al apartamento de Tribeca con vosotros, con la mujer que amo...

—¡Y una mierda la amas! —Chilló Caroline interrumpiéndole.

David la miró fijamente. Su pecho subía y bajaba deprisa, el corazón le latía a toda velocidad y sentía el pulso palpitante en la cabeza. Estaba a punto de estallarle.

—Caroline, Anna... —dijo con voz suave, intentando calmarse un poco—, ¿de verdad dudáis de mi amor por Jenny?

—¡¿Has visto esta jodida foto?! —Gritó Anna agitando el papel frente a él mientras una lágrima le caía por la mejilla.

—En internet hay muchas más —añadió Caroline—. ¡En todas partes hay fotos tuyas con esa zorra, David!

—¡Las fotografías se pueden manipular! —Le contestó rojo de rabia.

—Y también las personas pueden actuar... —murmuró Anna dejando caer los brazos. La expresión de su cara se convirtió en pura tristeza.

—Yo no sé actuar, Anna —dijo David avanzando hacia ella despacio—. Tú lo sabes, yo no soy un jodido actor. Yo quiero a Jenny con todo mi corazón, con toda mi alma. ¡Le pedí matrimonio, joder!

La gris mirada de Anna se centró en la suya. Le vio sufriendo, vio la sinceridad que irradiaba, vio la sorpresa porque claramente no se esperaba todo eso. Esa no era la mirada de alguien que engaña, de alguien que miente diciendo que quería a su amiga para luego darle una puñalada tramera de ese estilo.

—David... no sé... Esta foto...

—¡Esa foto es un montaje! —Gritó él llevándose las manos a la cabeza y despeinando su pelo oscuro.

—David...

Se volvió hacia Caroline, que le miraba algo más tranquila.

—Quiero creerte, de verdad quiero hacerlo pero... —negó con la cabeza y frunció los labios—. Cuando me he levantado he puesto la televisión y hablaban de esto, decían que tú habías aprovechado la ausencia de Jenny para retozar con ella. Han empezado a poner imágenes y te lo juro, he gritado de rabia, de impotencia. Quería golpearte, quería partirme esa cara guapa que tienes. Quería matarte por hacerle algo así a mi amiga. He entrado en internet y las mismas imágenes estaban ahí, en todas partes. He impreso una al azar y he venido para aquí dispuesta a cometer asesinato.

—Caroline, te entiendo, pero ¿de verdad crees que yo le haría algo así a Jenny? ¿De verdad lo crees? —Miró la foto que entonces estaba en el suelo—. ¿Con ella?

Caroline hizo una mueca de dolor y soltó todo el aire de los pulmones.

—No quiero creerlo, David.

—¡Pues no lo creas! —Gritó sintiendo la impotencia que atenazaba sus músculos.

—No es a mí a quién tienes que convencer...

Era cierto. Por Dios, Jenny...

¿Esas imágenes habrían llegado hasta ella?

De repente sintió un ligero mareo y tuvo que sentarse de nuevo. Respiraba con esfuerzo, sentía su corazón latiendo a tal velocidad que pensó que probablemente estaba sufriendo uno de los ataques de ansiedad que Jenny tenía.

Jenny...

—Señor Hill.

Levantó la mirada hacia la puerta y vio a su secretaria parada ahí.

—Tiene una llamada de teléfono bastante importante.

—No voy a atender a nadie hoy, Elizabeth.

—Disculpe, pero...

—¡He dicho que no!

Elizabeth dio un salto en su sitio y pestañeó asustada. Anna se acercó a ella.

—Yo atenderé esa llamada, Elizabeth.

Salió con ella del despacho y fue hacia su mesa.

—Está pasando por un momento difícil —le defendió ante la secretaria.

—Lo sé, pero yo solo intento hacer mi trabajo... Es el señor Walters.

Anna corrió hasta el teléfono dejando a Elizabeth en medio del pasillo. Cogió el auricular con rapidez y se lo llevó al oído.

—¿Gaz?

—Anna, ¿eres tú?

—Sí, cariño. Dime qué está pasando, por favor.

—No tengo ni idea, no sé qué es esto. Jenny está en shock y no habla ni dice nada. No sé qué hacer.

Anna soltó una exclamación de sorpresa. Jenny lo sabía. Jenny lo sabía y no había gritado ni insultado a David. Eso era malo, muy malo.

—¿C-cómo se... se ha enterado? —Tartamudeó sentándose en la silla de Elizabeth.

Escuchó a Gary suspirar al otro lado.

—Hemos ido a una entrevista en televisión y la hija de... —tomó aire fuertemente—. La presentadora le ha puesto las imágenes de repente. ¡Yo no sabía nada! Si lo hubiera sabido me hubiera negado a ir a ese programa ni a ningún otro, hubiéramos vuelto a casa de inmediato.

Anna apreció el dolor en su voz.

—Pero la ha dejado en ridículo frente a todos. Le ha puesto las jodidas fotos en directo, delante de miles de espectadores, Anna, delante de miles de personas... Y ella se ha quedado de piedra. Si hubieras visto su rostro... Se ha roto, Anna, Jenny se ha roto.

David no dejaba de sentir la mirada de Caroline sobre él. Enterró la cabeza entre sus manos, cerrando los ojos e intentando encontrar algo de sentido a toda esa situación.

Él no había hecho nada. Esas fotos eran un montaje burdo y cruel. ¿Por qué coño iba a hacer algo así? Y nada más y nada menos que con ella. No podía haber sido otra persona. Era como si se estuviera intentando vengar de Jenny, atacándola donde más le iba a doler. Con el odio que sentía hacia ella, crear esa imagen de ellos dos en actitud cariñosa era un claro intento de herir a Jenny premeditadamente.

¿Qué habría pensado Jenny al ver las fotos? ¿Se lo habría creído?

Levantó la cabeza de repente y vio a Caroline sentada frente a él.

—¿Piensas quedarte aquí para seguir atormentándome acerca de toda esta mierda? —Le preguntó mientras se ponía de pie.

—Estoy intentando entender todo esto.

David cogió su teléfono y fue hacia el ventanal, dándole la espalda.

—No hay nada que entender, Carol.

Buscó el número de Jenny entre las últimas llamadas y pulsó el botón verde. Ignoró que la rubia siguiera ahí sentada. Miró al frente y centró su mirada en el edificio de delante. Ni siquiera dio línea, directamente saltó el contestador de voz en el que Jenny le invitaba a dejar un mensaje que ella escucharía más tarde. Su corazón latió con fuerza al escuchar su voz, aunque fuera a través de una maldita grabación, esa voz era la única en su mundo.

De repente sintió vértigo. Pestañeó un par de veces y dio unos pasos hacia atrás, aturdido.

¿Y si Jenny se creía todo? ¿Y si le dejaba? ¿Qué iba a hacer él sin ella?

Su corazón latía demasiado rápido, sintió que la sangre abandonaba su rostro y chocó contra el sillón justo a tiempo, si no hubiera perdido el equilibrio. Se sentó en él y volvió a su anterior postura, cerrando los ojos y evitando la mirada de Caroline. Escuchó la puerta abrirse pero no levantó la cabeza. Oyó unos pasos acercándose hacia la mesa, eran tacones, debía de ser Anna.

—Creo que lo mejor será que nos pongamos en contacto con las revistas para averiguar de dónde han sacado esas fotos.

David levantó la vista lo justo para ver a Anna frente a la mesa. Caroline la miraba fijamente.

—Acabo de hablar con Gary y...

—¿Y Jenny? —Exclamó David levantando completamente la cabeza y mirándola con interés—. ¿Qué ha dicho? ¿Cómo está? ¿Qué...?

—Shh... tranquilo —le dijo ella levantando la mano hacia él—. No te preocupes ahora por eso. Vamos a...

—¿Y una mierda "no te preocupes"! —Gritó poniéndose de pie.

—David...

—¿No, Anna! —Exclamó dando un golpe a la mesa y mirándola con los ojos rojos—. Yo no he hecho nada, quiero a Jenny con todo mi corazón, quiero saber qué tal está, si se ha creído todo esto... quiero... yo...

Su voz fue quebrándose y se convirtió en un susurro triste que le rompería el corazón a cualquiera. Anna le miró con tristeza y pestañeó para alejar las lágrimas. Jamás había visto así a David, nunca le había visto perder esa fachada de persona dura e inquebrantable. Y ahí estaba él, con el rostro cubierto de dolor, con la mirada tan triste y desesperada que ablandaría el corazón de cualquiera... De cualquiera, pero no el de Caroline.

—Lo siento, David —dijo la rubia poniéndose de pie al lado de Anna—. De momento será mejor que te mantengas alejado de Jenny.

—¿Qué? —la voz de David fue un susurro de auténtico dolor.

Anna reprimió el sollozo que amenazaba con salir. Apartó la vista de él para no ver cómo sufría. David las miró intentando mantener las formas y no derrumbarse. Pero de sus ojos azules se escapó una lágrima que hizo que Caroline tuviera que tomar aire y cuadrarse de hombros.

Antes de permitir que él se acercara a su amiga necesitaba saber que todo eso era una mentira, que no había sido capaz de engañarla. Una pequeña voz en su corazón le gritaba que le mirara, que esa no era la cara de un hombre que engaña, que esa era la cara de alguien que ama con todo el alma. Pero necesitaba pruebas. Cogió la mano de Anna y empezó a andar hacia la puerta.

—Chicas, por favor...

Caroline frunció el ceño y apretó con fuerza la mandíbula. No quería llorar, no iba a llorar. No se giró a mirarle por última vez. Pero Anna sí y lo que vio hizo que las lágrimas corrieran libres por sus mejillas.

Las dos salieron del despacho de David cogidas de la mano.

—Carol, ¿crees que ha sido capaz de hacer algo así?

—No, Anna, no lo creo. Pero necesito estar segura.

Y las dos dejaron el edificio mientras, en la planta veinte, en el despacho principal, un corazón roto se debatía entre la razón y la locura. Mientras esa persona miraba al vacío con los ojos llenos de lágrimas y sintiendo la rabia creciendo en su interior. Tomó aire y se puso de pie. Caminó con paso firme hasta la puerta y salió decidido. No iba a permitir que nadie arruinara lo que tenía con Jenny. No iba a dejar que las mentiras terminaran con su relación. Quería a Jenny, la amaba con todo su corazón. La persona que había maquinado todo eso no se iba a salir con la suya.

—Elizabeth.

Su secretaria le miró con preocupación. Jamás le había visto así.

—Dígame, señor Hill.

—Estaré fuera del despacho el resto del día, tengo unos asuntos de vital importancia que solucionar.

—De acuerdo.

Caminó hacia el ascensor pensando en los ojos chocolate de Jenny, en su sonrisa y en cómo sonaba su risa cuando le decía alguna tontería al despertar. Recordó cuando le dijo que sí se casaría con él, cómo brillaban sus ojos y cómo le abrazó con tanta fuerza que casi le rompe las costillas. Esos recuerdos iban a ser solo los primeros de toda una vida con ella. Nadie iba a arruinar eso.

El avión privado de Viva Music tomó tierra a las cuatro de la madrugada. Jenny seguía en estado de shock. No había movido un solo músculo desde su salida del plató en Londres. William y Gary estaban muy preocupados y no sabían qué hacer. Cuando el piloto dijo que ya podían quitarse los cinturones y abandonar el avión ella no se movió, seguía con la mirada perdida y casi sin pestañear. William la cogió en brazos pero ella ni siquiera se agarró a él.

Bajaron las escalerillas y vieron el coche esperándoles en la misma pista. No se iban a arriesgar a aparecer en público con la que estaba cayendo. Nadie podía ver a Jenny en ese estado.

Entraron en el coche y Neal les llevó a casa. Gary llamó a Anna para decirle que iban para allá. El trayecto fue más de lo mismo, ni un movimiento por parte de

Jenny. Llegaron pronto al apartamento gracias a un tráfico que a esas horas era casi inexistente. William volvió a cogerla en brazos para llevarla hasta el ascensor. Cuando llegaron a casa y abrieron la puerta, Caroline y Anna estaban ahí con sendas caras preocupadas.

—Jen... —susurró Anna cogiéndola la mano.

Fue entonces cuando Jenny pareció reaccionar. Empezó a parpadear y sus ojos se llenaron de lágrimas. William la llevó hasta el sofá y la dejó sentada. Caroline y Anna se sentaron a ambos lados, la morena sin soltar su mano. Entonces el labio inferior de Jenny empezó a temblar, su rostro se contrajo en una terrible mueca de dolor y las lágrimas empezaron a salir sin control, deslizándose por su rostro. Anna pasó un brazo por su cintura y apoyó la cabeza en su hombro. Caroline se abrazó a su regazo, apoyando la cabeza en sus piernas. Jenny sollozó en silencio unos minutos y de repente apretó con fuerza la mano de Anna, haciéndola levantar la cabeza para mirarla.

—¿P-por qué, Annie? ¿Por qué me ha hecho esto?

—Jen... —acarició su cabeza con cariño.

Quiso decirle que no era real, que era un montaje, que David no había podido hacerle algo así. Él no era así. Él la quería. Pero la mirada que le lanzó Caroline le hizo cerrar la boca y seguir acariciando su cabeza suavemente.

Estuvieron así durante incontables minutos, puede que incluso horas. Jenny lloró en silencio la mayor parte del tiempo, de vez en cuando preguntaba "¿por qué?" y volvía a sumirse en un río de lágrimas. William se sentó al lado de Caroline con la mirada cansada y preocupada, acariciando la espalda de su mujer de vez en cuando. Gary se sentó en la mesita frente a Jenny, mirándola con tristeza y observando a Anna, diciéndole cosas con la mirada. Diciéndole que no entendía nada, que no podía ser cierto, que nada de eso podía ser real. Supo por la mirada de Anna que ella tampoco lo creía. Pero Gary necesitaba hablar con David. Necesitaba saber si eso era verdad y, si lo era, patear su jodido trasero.

—William —le dijo cuando el sol comenzaba a salir detrás del *skyline* de Manhattan—, acompáñame.

El moreno sabía a dónde iban, no necesitó ni una palabra más. Los dos se pusieron en pie y besaron a sus chicas antes de besar a Jenny en la frente. Se había quedado dormida después de tanto llorar. Salieron del apartamento y fueron a por el coche, debían hablar de todo eso cuanto antes.

Mientras ellos salían del edificio Jenny se despertó.

—¿Qué tal te encuentras? —Le preguntó Caroline acariciando su rodilla.

—Mal.

Las tres se quedaron en silencio.

—¿Dónde está? —Preguntó Jenny un rato después.

—¿Quién? —Preguntó Anna.

—¿Tú quién coño crees? El cabrón de David.

Perfecto, la Jenny auténtica había vuelto. Ya era hora.

—No lo sé, supongo que estará en su casa...

—¿En su casa? —Gritó Jenny sobresaltándolas a las dos—. ¡¿En su casa?!

Se puso de pie y dio una patada a uno de los pufs de color blanco que había al lado del sofá. Anna y Caroline se prepararon para la descarga de atrocidades que iba a salir de su boca. Llevaban mucho esperándolo así que iba a ser apoteósica.

—¡¿Os podéis creer lo que ha hecho?! —Gritó con los ojos llenos de lágrimas—. ¡Con la zorra de Lydia! No me lo puedo creer... Si le tuviera delante ahora mismo... le partiría la jodida cara, le daría una patada en los huevos que superaría con creces la que le di al asqueroso de Josh, le rompería la nariz y le... le...

Respiraba entrecortada, le temblaba la barbilla. Se llevó las manos a la cabeza y se tapó los ojos. Apretó con fuerza las mandíbulas justo antes de gritar. Anna se limpió una lágrima con rapidez, no quería que la viera llorar.

Jenny se pasó las manos por el pelo con rabia, despeinándolo completamente. Volvió a patear el puf una vez más, y otra, y otra. Para la cuarta patada que le daba ya estaba llorando de nuevo. Las lágrimas se mezclaban con los sollozos y los insultos. Caroline se puso de pie y se acercó a ella lentamente, como si fuese un animal peligroso.

—Jenny, cariño...

Y entonces ella se dejó caer al suelo de rodillas, enterró la cara entre las manos y rompió a llorar de nuevo. Era un llanto desgarrador, lleno de dolor y angustia. Anna corrió a su lado a la vez que Caroline, las dos se arrodillaron a su lado.

—¿Por qué? —Repetía Jenny una y otra vez—. ¿Por qué me ha hecho esto? Decía que me quería... ¿Por qué?

Anna miró a Caroline y estuvieron a punto de contarle lo que había pasado con David la tarde anterior cuando se enteraron de todo, la reacción de él ante la noticia que les hacía creer que todo aquello no podía ser real. Pero no dijeron nada, acariciaron la espalda de Jenny y le dieron todo el cariño que necesitaba en ese momento.

A poca distancia de allí, Gary y William llamaron a la puerta del apartamento de David. Cuando él les abrió la puerta se quedaron petrificados.

—Joder, tío —exclamó William al verle—. Venía dispuesto a partirte la cara, pero dudo que te la pudiera dejar peor de lo que está ahora.

David simplemente le miró, se dio la vuelta y entró en el apartamento dejando la puerta abierta para ellos. Las cajas de la mudanza estaban repartidas por el pasillo y el salón. Le siguieron hasta el sofá y se sentaron a su lado. Todas las fotos que habían salido en televisión, Internet o las revistas estaban esparcidas por la mesa. Lydia y David besándose en el asiento trasero de un coche, Lydia saliendo de ese coche con una enorme sonrisa en el rostro, David sonriendo dentro de ese coche mientras el pelo rubio de Lydia se veía desde atrás... Unas fotos asquerosas. William se estiró y cogió una.

—¿Cómo has podido...?

—Yo no he hecho nada —le cortó David con voz glacial antes de que terminara la pregunta.

William le miró y suspiró. El aspecto de su cara dejaba muy poco que objetar. Las marcas oscuras bajo sus ojos, la rojez de los mismos, el estado desastroso de su pelo y que aún fuera vestido con el pantalón del traje y la camisa arrugada le dejaba claro que estaba sufriendo. Una persona que hace algo así no estaría de esa manera. ¿O sí? El arrepentimiento siempre viene después, cuando ya es tarde.

—David, nos gustaría creerte —dijo Gary mirando las fotos—. Pero toda esta mierda es demasiado fuerte. Hay vídeos, hay fotos... Es demasiado.

Él suspiró y se pasó la mano por el pelo justo antes de volverse a mirar a Gary fijamente.

—¿De verdad crees que haría algo así? ¿De verdad crees que sería capaz de hacerle esto a Jenny? La amo con todo mi corazón, con toda mi alma... ¿Qué sentido tiene todo esto? —Exclamó frustrado señalando las fotos—. Me lie con Jennifer buscando fama y ahora saco a relucir mi verdadero yo, ¿es eso? ¡Yo odio la fama! La acepté por ella, joder. La acepté porque es la única jodida cosa buena que he hecho en la vida, Gaz. Porque estando con ella soy feliz, porque despertarme a su lado es lo más maravilloso de este mundo porque me completa. Me hace ser quien soy, me ha enseñado a vivir y a disfrutar con sus locuras, con su histeria y su manera de ser... ¿Cómo voy a engañarla si es lo único que me hace vivir?

Gary tragó en seco. Vio el sufrimiento en sus ojos, lo vio de verdad. David no sería capaz de hacer algo así, él quería a Jenny. Estiró la mano y la apoyó en su hombro.

—Te creo, David.

Él suspiró agradecido a la vez que cerraba los ojos. Asintió con la cabeza.

—Gracias, Gaz... De verdad. Todo esto está siendo un infierno y de verdad que agradezco que haya alguien que me crea...

Entonces se escuchó un sollozo ahogado y ambos se volvieron hacia William. Ahí estaba el grandullón, el más duro del grupo, limpiándose las lágrimas que surcaban su rostro. David sonrió con tristeza al verle.

—Will...

El aludido levantó la mano y la puso frente a su cara para que callara. Se sorbió la nariz y se pasó la manga del jersey por los ojos de nuevo.

—Voy a matar al que ha querido hundiros, tío —dijo volviéndose a mirar a David con ojos llorosos—. Te lo juro. Sea quien sea va a pagar por esto, yo me aseguraré de ello, amigo.

David asintió mirándole, aguantando el nudo de su garganta, aguantando para no echarse a llorar de nuevo. Pero entonces William estiró el brazo, le cogió por los hombros y le atrajo a su cuerpo para abrazarle con fuerza. No pudo resistirlo y lloró, abrazado a su amigo lloró en silencio.

—No estás solo.

La voz de Gary a su espalda le hizo llorar un poco más. Se había sentido tan solo hasta entonces... Nadie le creía, las chicas no le habían creído, supuso que ellos tampoco lo harían. Y no tenía a nadie más allí para consolarle ni darle su apoyo. Se sintió agradecido por tenerles en ese momento, porque fueran sus amigos de verdad y le creyeran.

Dos horas después los tres estaban montados en el Jeep de William camino a la discográfica. Habían hablado con los abogados de la compañía y estaban dispuestos a llegar hasta donde fuera necesario para que la verdad saliera a la luz.

David había pasado todo el día anterior llamando a Lydia pero no obtuvo respuesta. La muy zorra tenía activado el buzón de voz. Gary llamó a su representante pero este se negó a hablar con él. Se ganó una sarta de amenazas de querellas que no surtieron ningún efecto. También llamó a las revistas para conocer el nombre de la persona que les había vendido las fotos. En todas ellas le dijeron que no podían dar ese tipo de información porque habían firmado un acuerdo de confidencialidad. Nadie estaba colaborando para aclarar la situación así que iban a tener que tomar medidas extremas para un caso extremo.

Llegaron a Viva Music y la acera del edificio estaba atestada de fotógrafos y periodistas. No era ninguna sorpresa. William paró en la puerta y un muchacho de la discográfica apareció para coger las llaves del Jeep y aparcarlo en el garaje por ellos, no tenían tiempo que perder. Los tres salieron del coche y agacharon las cabezas para evitar los flashes. William pasó un brazo por los hombros de David e intentó cubrirle con su cuerpo.

—Señor Hill, ¿qué tiene que decir sobre las imágenes que su supuesta prometida vio en directo? —preguntó un hombre con gafas oscuras.

—¿Es cierto que durante todo este tiempo usted ha estado enamorado de la señorita Jamison y que todo esto era simplemente para saltar al mundo de la fama?

—¿Cómo se siente al ser una de las personas más odiadas de la red?

David respiraba entrecortado mientras escuchaba todas esas preguntas. Agradeció tener a William a su lado porque si no hubiera reaccionado haciéndoles a todos un corte de mangas y mandándolos a la mierda. De repente entendió a Jenny más que nunca. Y a la vez sintió un tremendo dolor en el pecho. Su Jenny...

—¿Qué han dicho sobre que Jenny vio las imágenes en directo? —Preguntó confundido mientras subían en el ascensor.

Gary carraspeó incómodo y William suspiró con fuerza.

—Aquella entrevista en directo para la televisión pública en Londres... —empezó Gary, David asintió—. Resultó ser una encerrona. La presentadora puso las imágenes mientras Jenny estaba sentada delante de ella, con todo el público y frente a todos los telespectadores, en directo.

David soltó un gemido y cerró los puños con fuerza.

—Me cago en su...

—Entró en estado de shock.

Y se quedó en silencio. David sabía que había algo más que no le querían decir. Miró a Gary y luego a William. Los dos mantenían la mirada al frente, observando las puertas de metal fijamente.

—Chicos... en serio, ¿qué tal está?

Necesitaba saberlo, tenía que saber cómo estaba ella. Conociéndola habría gritado y le habría insultado sin pudor, poniéndole a bajar de un burro. Estaría hecha polvo, destrozada, pero intentando mantenerlo oculto bajo esa fachada de persona dura y prepotente a la que las cosas no le afectan como al resto. Se moría de ganas por verla y poder abrazarla para consolarla... aunque eso iba a ser imposible ya que probablemente no quisiera verle. Su corazón dolió un poquito más.

—Está... silenciosa.

David se volvió hacia William abruptamente.

—¿Qué?

Ese era el último adjetivo que esperaba para describir su estado.

—Silenciosa —repitió William mirándole—. No ha dicho ni media palabra desde que vio las imágenes. Cuando hemos llegado a casa se ha venido abajo y ha llorado... bastante.

David se encogió al imaginársela llorando por todo eso.

—Pero no ha dicho absolutamente nada al respecto —finalizó William.

—¿Nada de nada? —Preguntó asustado.

Las puertas del ascensor se abrieron. William negó con la cabeza.

—¿Ni un insultó?

Volvió a negar. Eso era malo, muy malo. Que Jenny se guardara dentro todo lo que le provocaba esa situación era terrible, peor de lo que esperaba.

Se quedó paralizado en el ascensor. Gary y William salieron y se dieron la vuelta al ver que no les seguía. David estaba ahí, mirando a la nada, con los ojos muy abiertos y respirando deprisa.

—Necesito hablar con ella... —murmuró.

Gary chasqueó la lengua y se acercó a él, le cogió del codo y le sacó del ascensor.

—Será mejor que esperes a...

—¡No! —Gritó David deshaciéndose de su agarre—. Necesito verla y decirle que todo esto es mentira. No puedo estar aquí sabiendo que ella está sufriendo. No puedo... no...

Miró a Gary a los ojos y el rubio terminó suspirando. Asintió dándose por vencido. No iba a convencerle de que no fuera a verla. Lo vio en sus ojos, vio la firme convicción de ir allí para hablar con ella y hacerle ver que todo eso era un montaje. David tenía pelotas, probablemente Jenny saltaría sobre él nada más verle y haría uso de sus conocimientos de *Kick Jitsu*.

Llamaron al muchacho que se había llevado el Jeep cuando llegaron para decirle que lo llevara hasta la salida del ascensor en el garaje del edificio, así David podría subir sin ser acosado por los periodistas. No le verían salir por la puerta principal, donde le estarían esperando de nuevo, y así no le seguirían. Se despidieron. William y Gary se quedaron en la discográfica dispuestos a hablar con los abogados e intentar conseguir toda la información posible acerca de esas jodidas fotos. David bajó al garaje nervioso, golpeando el suelo con el pie mientras miraba los números de los pisos que descendía, pensando una y otra vez en Jenny.

Tenía que solucionar todo eso. La quería más que a nada en ese mundo y ella tenía que saberlo. Es más, ella lo sabía. Pero esas malditas fotos... La zorra de Lydia iba a pagar muy caro lo que había hecho.

Salió del ascensor y se montó en el Jeep que ya le esperaba. Salió a las calles de Manhattan a toda velocidad y condujo entre el tráfico intentando no saltarse demasiadas señales y semáforos en rojo. Fue una suerte que la policía no apareciera en ningún momento. Aunque tuvo peor suerte al encontrar un atasco a escasos quince minutos del apartamento. Gritó golpeando el volante con rabia. Necesitaba llegar cuanto antes, tenía que hablar con Jenny.

Ella le iba a gritar. Esperaba que lo hiciera. Incluso estaba preparado para que le golpeará. Estaba dispuesto a cualquier cosa para que ella se desahogara. La conocía, y el hecho de que no hubiera dicho nada acerca de lo sucedido le tenía al borde del pánico. Eso no era normal, no era lógico tratándose de Jenny. Hubiera esperado gritos, patadas, insultos... pero no silencio. Eso le rompía el corazón. Que Jenny hubiera reaccionado de esa manera significaba que estaba peor de lo que creía.

Soltó todo el aire de los pulmones mientras veía los coches avanzando lentamente frente a él. Golpeó el volante con los dedos.

—Vamos... vamos... ¡vamos!

Miró hacia la izquierda y vio que la mujer del coche de al lado le miraba raro. Joder, seguro que le reconocía. Ella bajó la ventanilla y le hizo gestos con la mano para que él bajara la suya. David frunció el ceño y volvió a mirar al frente. No tenía intención de aguantar a nadie diciéndole gilipolleces. Pero al no avanzar más que unos pocos metros, ella seguía a su lado y seguía haciendo gestos. Era una mujer de unos treinta y tantos años, de pelo moreno y ojos claros. Respiró hondo y bajó la ventanilla desde el interruptor de su puerta. Ella le miró fijamente.

—¿Sí? —Preguntó David con un amago de sonrisa.

—¿Tú eres el que sale en esas fotos por todas partes?

¿Qué respondía a eso? Mierda, odiaba ser conocido.

—Sí, soy yo —dijo intentando mantener la calma. No le importaría sacarle el dedo a esa mujer y decirle que se metiera en sus jodidos asuntos.

—¿Y qué haces aquí que no estás en casa de Jennifer explicándole todo?

David se quedó boquiabierto.

—¿Cómo? —Consiguió preguntar.

—Está claro que todo eso es falso, que esa cazafortunas ha intentado colarnos esas fotos para aprovecharse de vuestro momento —ella le miraba con calidez—. Yo no me lo he creído ni un momento. Se ve claramente que tú quieres a Jennifer y que ella te quiere a ti. He seguido vuestros movimientos desde siempre. Sois mi pareja favorita del mundo rosa.

La sonrisa de esa mujer le sacó una sonrisa a David. La primera en dos días.

—Yo creo en vosotros, David.

Se le encogió el corazón al escucharla decir eso. Dios, ¿desde cuándo se había vuelto una nenaza?

—Corre a por ella, ve a por tu chica.

—Pero... ¿cómo? —le preguntó señalando hacia delante, al atasco monumental.

Ella le miró un momento, luego miró al conductor de su coche y habló con él unos segundos. De repente se bajó del coche y fue hacia el Jeep. David la miraba con la boca abierta. ¿Qué coño hacía esa mujer? Ella dio la vuelta al vehículo y abrió la puerta del copiloto. Se sentó con total naturalidad y sonrió a David, que seguía con cara de alucine.

—Todo el mundo dejará pasar a una mujer embarazada... —dijo ella con gesto pícaro y sacando un pañuelo blanco del bolso.

David frunció el ceño. No entendía absolutamente nada. Ella bajó la ventanilla y sacó la mano con el pañuelo, comenzando a agitarlo. Se llevó la otra mano al estómago y puso cara de dolor.

—¡Vamos! —gritó sobresaltándole—. Arranca y dale al claxon. Vamos a que recuperes a Jennifer.

David sonrió al ver a esa mujer tan convencida. Miró de reojo al coche del que había salido y el hombre que lo conducía le sonrió también, levantó una de sus manos y cerró el puño dejando el pulgar hacia arriba. David asintió y de repente una fuerza extraña le invadió. Se sentía capaz de todo, de cualquier cosa por Jenny.

Apretó el acelerador y empezó a tocar el claxon. Los coches de delante tardaron un poco en reaccionar pero conforme fueron viendo que en el asiento del copiloto iba una mujer que sufría con la mano en el vientre se dieron cuenta de que debían dejarles pasar. Los coches se subieron a las aceras, dejándoles pasar por escasos espacios. La verdad es que no era un coche demasiado adecuado para una situación de ese estilo, pero en ese momento no podía pararse a pensar en eso. Si le hacía una raya al coche de William le pagaría el arreglo, que le dieran al coche de William.

Finalmente llegaron a la Calle Warren, libre de tráfico imposible. David paró al lado de la acera y la mujer le sonrió con dulzura, ya había dejado de gritar y de hacer muecas de dolor.

—Muchas gracias —le dijo David sinceramente.

—No hay de qué, cariño —le contestó ella estirando la mano y acariciándole la mejilla—. Ve a por tu chica, quiero veros radiantes en las revistas muy pronto.

David rio entre dientes y la vio bajar del Jeep. Se despidió agitando la mano y ella le hizo un gesto metiéndole prisa. David sonrió y arrancó de nuevo para entrar en el garaje del edificio. Bajó corriendo del Jeep y fue al ascensor.

Conforme el ascensor avanzaba piso por piso empezó a ponerse nervioso. ¿Querría Jenny verle? ¿Le abriría la puerta? Si Caroline estaba con ella probablemente le pondría las cosas muy difíciles, pero no se iba a dejar amedrentar por ella. Jenny era su novia, su prometida. Iba a luchar por ella, iba a hacer que le escuchara e iba a dejar que le pegara si era necesario. Todo lo que hiciera falta por recuperarla.

El ascensor llegó al piso diecisiete y David salió con manos sudorosas, sintiendo el corazón latir atronador en los oídos. Caminó hasta la puerta y tomó aire para luego soltarlo lentamente. Llamó al timbre puesto que había olvidado las llaves en su apartamento y esperó pacientemente hasta que escuchó unos pasos acercándose. El corazón le latió más rápido todavía. La puerta se abrió y Caroline apareció tras ella con rostro cansado.

—Carol...

La rubia suspiró y le regaló una triste sonrisa.

—Ya era hora.

—¿Cómo? —Preguntó con el ceño fruncido.

Caroline le cogió del brazo y tiró de él para meterle al apartamento. No se escuchaba ni un ruido. Todo estaba demasiado tranquilo.

—Jenny está acostada, se ha dormido hace un par de horas —dijo mientras caminaban hacia el salón. Anna estaba sentada en el sofá y se levantó al verles—.

Empezábamos a pensar que tendríamos que llamarte para que vinieras.

—Pero...

—Perdónanos, David —le interrumpió Anna—. Sabíamos que todo era mentira pero teníamos que ver a Jenny antes. Necesitábamos saber qué tal estaba antes que nada. Lo siento.

David parpadeó varias veces mientras las miraba a una y otra. Le sonreían con cariño y algo de culpabilidad.

—Está bien, Annie. Sé que me creíais, solo que hubiera estado bien algo de comprensión por vuestra parte. La necesitaba.

Anna fue hasta él casi corriendo y saltó para pasar los brazos por su cuello y abrazarle. David sonrió mientras pasaba las manos por su pequeña cintura.

—Sé que la quieres con todo tu corazón —susurró la pequeña en su oído—. Y ella a ti. Podréis con todo esto, lo sé.

—Gracias, Annie.

La dejó en el suelo y miró a Caroline, que jugueteaba con sus dedos mirando al suelo. Se acercó a ella y cogió una de sus manos, la rubia levantó la mirada.

—No pasa nada, Carol.

—Lo siento —vio como una lágrima salía de sus ojos azules—. No debería haber sido tan dura contigo.

—No te preocupes, lo entiendo.

—Gracias.

Y se abrazaron con fuerza mientras ella lloraba en silencio. David se sintió mucho mejor, después de todo seguía teniendo a todos sus amigos con él.

Se separó de Caroline y las miró a las dos, ellas asintieron y se dieron la vuelta para ir al salón al otro lado del apartamento. David suspiró y fue hacia la habitación de Jenny. Se quedó parado frente a la puerta y cerró los ojos mientras intentaba respirar despacio para tranquilizar a su corazón. Fue imposible. Se armó de valor y decidió dejarse de tonterías y llamar a la puerta.

Desde que Caroline y Anna la dejaron en la cama, Jennifer había atravesado lugares oscuros en su mente. Tuvo pesadillas, despertó sobresaltada en un par de ocasiones pero luego volvió a dormirse. Los ojos le escocían demasiado, le dolía la cabeza, tenía la garganta seca, su cuerpo entero estaba aletargado, reflejando el dolor que sentía por dentro.

Pero una de las veces que despertó no pudo volver a dormir. Empezó a darle vueltas a todo lo que había visto en ese jodido programa en Londres. David y Lydia. Su David y la zorra de Lydia. ¿Cómo podía...?

En su cabeza era inconcebible, no encontraba ningún motivo que hubiera podido hacerle actuar así. Recordó cuando le habló de ella y de todo lo que le hizo en el pasado. Ellos dos tuvieron algo, pero él le dijo que ya no importaba, que la quería a ella.

Habían pasado once meses, once malditos meses en los que ella se había enamorado hasta el tuétano. Once meses de buenos y malos momentos. Once meses de risas, besos, caricias, charlas sin sentido, buenos consejos, diversión y amor... ¿o no fue amor? ¿Era todo mentira?

Se le revolvió el estómago. Sintió unas náuseas tremendas y tuvo que correr hasta el baño para vomitar todo lo que tenía dentro. Por suerte no era casi nada, llevaba todo el día sin comer. O igual fue por desgracia porque volvió a su cama y de nuevo sintió náuseas. No podía vomitar nada porque no había nada en su estómago. Tuvo unas terribles arcadas que le causaron un dolor terrible en la garganta y que hicieron que más lágrimas cayeran por sus mejillas.

Estaba sentada en el suelo del cuarto de baño cuando escuchó que llamaban a su puerta. No contestó. Las chicas pensarían que estaba durmiendo y la dejarían tranquila.

Pero no, volvieron a llamar.

Suspiró y se pasó una mano por la frente pegajosa por el sudor. Se apartó el pelo de la cara y se puso de pie despacio. Justo entonces la puerta de la habitación se abrió lentamente.

—¿Jenny?

No.

Esa voz no.

Se quedó paralizada observándose en el espejo. No quería hablar con él, no quería verle.

—Jenny, ¿dónde estás?

Le escuchó caminando por su habitación. Entonces se dio cuenta de que el seguro de la puerta del baño no estaba echado y caminó rápidamente hacia él. Pero no fue lo suficientemente rápida en llegar.

La puerta se abrió y Jenny se quedó parada a dos pasos de alcanzarla. David apareció tras ella y dejó de respirar. Se le veía tan triste... Sus ojos azules parecían vacíos, sin ese brillo pícaro que solían tener cuando la miraba.

Estaba cansado, sus notorias ojeras le delataban. Puede que hubiera dormido tan poco como ella. Llevaba unos pantalones vaqueros y una camiseta de manga larga de color negro. Le vio abrir la boca dispuesto a decir algo pero justo entonces ella reaccionó.

Dio dos pasos hacia la puerta y la empujó con fuerza para cerrársela en las narices. Si le hubiera roto la jodida nariz mucho mejor. Pero él tuvo buenos reflejos y la detuvo a tiempo.

—Jenny, por favor... —le pidió volviendo a abrir la puerta—. Escúchame.

—¡Y una mierda! —Gritó intentando que las lágrimas no volvieran a aparecer—. Vete con tu zorra, David, te estará esperando.

El dolor en su expresión le rompió el corazón, un poquito más de lo que ya estaba.

Pero, ¡joder! ¿Por qué leches le estaba haciendo sentirse mal a ella después de lo que había hecho? No tenía por qué sentirse mal por verle triste, es más, ¡se lo merecía! Después de lo que había hecho se merecía eso y más.

Al ver que David no decía nada ni se movía, se cruzó de brazos y le lanzó una mirada envenenada.

—¿Qué? ¿A qué esperas? —Le gritó—. Vete a tomar por el...

—Jenny, por favor... —murmuró él dando un paso mientras estiraba la mano hacia ella.

—¡No me toques! —Chilló dando un respingo y mirando su mano con asco—. No se te ocurra tocarme o te partiré la cara.

—Estoy dispuesto a correr el riesgo.

Y dio otro paso más hasta que quedó a centímetros de ella. Con dedos temblorosos llevó su mano hasta el brazo de Jenny, pero ella se apartó bruscamente antes de que consiguiera tocarlo.

—Me estás haciendo cabrear muchísimo...

—Desahógate conmigo.

—No quiero desahogarme... —musitó mirando a un lado para no ver su rostro—. Quiero que te vayas.

—Jenny...

El susurro de su nombre y cómo se quebró su voz mientras lo decía hicieron que se le llenaran los ojos de lágrimas. Los cerró con fuerza a la vez que apretaba las mandíbulas. Seguía con los brazos cruzados y estaba haciendo tanta fuerza con ellos que le dolían todos los músculos.

—Por favor... solo escúchame... —siguió él con su voz aterciopelada e infinitamente triste—. Yo no he hecho nada...

—¿Que no has hecho nada?! —Gritó volviéndose a mirarle. David dio un respingo al ver sus ojos tan furiosos a la vez que demostraban lo herida que estaba—. ¿Que no has hecho nada?

Una lágrima se le escapó. La barbilla empezó a temblarle y sabía que se iba a derrumbar en cualquier momento. No pensaba darle el gusto de verle en ese estado. No quería que la viera así. Tomó aire lentamente y se cuadró de hombros. Se tragó las enormes ganas de llorar y le plantó cara.

—Eres un cerdo asqueroso, me has estado mintiendo todos estos meses por lo que sea que te traes entre manos con esa zorra. Te odio, David Hill. Te odio con todas mis fuerzas. No quiero verte aquí ni en ningún otro sitio. Márchate de mi casa y no vuelvas jamás.

El corazón de David se fue resquebrajando con cada una de sus palabras. Escucharla decir "te odio" con tanta rabia y mirándole de esa manera le partió el alma. Se esperaba palabras horribles, creyó que las podría aguantar, pero no pensó que fueran a dolerle tanto. ¿Qué había hecho él para merecer tanto dolor?

—Jenny, por favor...

Estiró la mano y cogió la de Jenny, que temblaba mientras le señalaba la puerta para que se marchara. Ella tiró bruscamente de su brazo y cerró el puño con fuerza. Pensó que le iba a pegar, cerró los ojos dispuesto a soportar el golpe. Pero en lugar de eso escuchó un sollozo y la sintió pasar a su lado. Abrió los ojos y la siguió fuera del baño. Jenny caminó hasta su cama y se quedó parada en frente, respirando con fuerza, con los ojos cerrados, sintiendo que él estaba tras ella y que le seguía mirando con esa pena tan terrible.

—¿Por qué? —susurró finalmente.

David se quedó sin respiración al escuchar el sufrimiento en esa pregunta. Jamás había escuchado esa voz en Jenny. Su corazón se encogió y tuvo ganas de abrazarla, pero eso no era una buena idea en ese momento. ¿O sí?

Se acercó a ella despacio, escuchándola sollozar en silencio. Estiró la mano y acarició su brazo. Jenny no se apartó. Sollozó más alto. Dio un último paso hacia ella y aspiró el aroma de su pelo. Llevó una de sus manos hasta la de Jenny y la cogió con suavidad. Apoyó la nariz en su cabeza y cerró los ojos.

—Jenny... yo te quiero...

Él no lo vio, pero el rostro de Jenny se contrajo y las lágrimas salieron a raudales.

De repente Jenny se dio la vuelta y le encaró. David dio un paso hacia atrás asustado por lo repentino de la acción. La mirada de Jenny le asustó.

—¿Que me quieres?! ¿Me quieres?! —Gritó sin dejar de llorar, con la voz rota y dejando que él viera todo lo que sufría—. Entonces, ¿por qué lo has hecho?

—Yo no he hecho nada, Jenny —dijo con toda la sinceridad que pudo plasmar en su voz—. Créeme, por favor, necesito que me creas.

—No puedo creerlo después de haber visto esas imágenes.

—Jen...

Arriesgó su propia integridad física y estiró la mano para acariciarle la mejilla. Ella cerró los ojos y dejó que lo hiciera. Necesitaba ese contacto. Se moría por que le tocara y le abrazara y le besara y le... Dios... cuánto amaba a ese hombre. Y estaba allí diciéndole que le quería, que él no había hecho nada. Y su voz le decía que era verdad, sus ojos no mentían, su sufrimiento dejaba claro que él estaba igual o peor que ella. Pero...

—¿Por qué iba a hacer algo así teniéndote a ti? ¿Con Lydia? —Jenny dio un respingo al escucharle pronunciar ese nombre—. ¿Con todo lo que ella te hizo? Por favor, eso no tiene ningún sentido. No para mí. Porque te amo, Jenny. Te quiero con toda mi alma. Te quiero tantísimo que no tienes ni idea de lo que duele. ¿Crees que te hubiera pedido que te casaras conmigo de haber estado planeando esto? ¿Crees que hubiera accedido a estar contigo y a que todo el mundo me conociera para luego aparecer con esa estúpida en unas fotos? ¿Qué ganaría yo con eso? Dímelo porque yo no lo entiendo. Yo ya lo tenía todo... Jenny... te tenía a ti...

Ella sollozó y cerró los ojos. No quería que le dijera esas cosas. La confundía. Era tan sincero y sonaba tan real que la hacía dudar. David llevó la mano a su barbilla y se la levantó para que le mirara.

—Abre los ojos, por favor...

Le hizo caso y se encontró con esos preciosos iris azules cubiertos de lágrimas.

—Jenny, te quiero con toda mi alma. Mi vida es vida desde que tú estás en ella. Solo te quiero a ti, jamás habrá nadie más que pueda apartarte de mis pensamientos, de mis sentimientos, de mi corazón... Jamás habrá nadie que haga que lo que siento por ti deje de latir en mi pecho.

De repente le cogió la mano y la llevó hasta su pecho. Jenny abrió mucho los ojos al sentir lo rápido que latía su corazón.

—Late por ti...

Joder... ¿en serio acababa de decirle eso? Se derritió en cuanto le escuchó. Llevaba aguantando todo el rato a duras penas, no quería que le ablandara porque tenía claro lo que pensaba. O bueno, puede que no tanto.

—David... —le miró entre las lágrimas— no me digas esas cosas...

—¿Por qué no? Es la verdad.

—Pero...

—Jenny, mírame. ¿En serio crees que sería capaz de hacerte algo así? ¿De verdad lo crees?

Ella titubeó. Lo había hecho, ¿no? ¿Qué más pruebas quería que esas puñeteras imágenes? Pero existen programas de retoques fotográficos, le dijo una vocecilla en su interior. Vale, existían, pero... Miró la cara de David, su firmeza, su mirada suplicante, llena de sinceridad.

Negó lentamente con la cabeza.

David sacó todo el aire que había aguantado en los pulmones. Se llevó hasta la boca la mano de Jenny que permanecía en su pecho y la besó a la vez que cerraba los ojos.

—Jamás te haría daño, Jenny, jamás... —repetía una y otra vez.

Ella le miraba paralizada todavía. No creía que lo hubiera hecho, pero esas fotos seguían allí. ¿Por qué habrían querido hacerle daño? ¿Por qué querían hacerles daño a los dos?

—¿Puedo abrazarte?

La pregunta susurrada de David le hizo dejar de dar vueltas a tantas preguntas en su mente. Le miró fijamente y levantó ligeramente las comisuras de sus labios a la vez que asentía.

David jamás la había visto tan bonita. Sonrió y la estrechó entre sus brazos con fuerza. Jenny pasó los brazos por su cuello y se apretó a él todo lo que le fue posible. Tenía miedo de que se marchara, miedo de que todo eso hubiera sido un sueño y en cualquier momento fuera a desaparecer.

—Te quiero... —dijo apretándola aún más fuerte si era posible y levantándola unos centímetros del suelo.

—Y yo a ti... —admitió Jenny con la voz llena de sentimiento.

Se echó a llorar abrazada a su cuello. Enterró la cara en él y sollozó sin pudor, sintiendo cómo él acariciaba su pelo y su espalda, notando sus suaves besos en la cabeza, sintiendo el galopar de su corazón tan cerca del suyo.

—No llores más, cariño. Ya no llores más por esto —le susurró mientras caminaba con ella en brazos hasta la cama—. Ya estoy aquí, estoy contigo.

—Siempre... —murmuró Jenny entre hipos sin soltarse ni un milímetro.

—Siempre —afirmó él sentándose en la cama y acomodando a Jenny en su regazo.

En algún momento los dos se quedaron dormidos. No habían pegado ojo desde hacía dos días y necesitaban descansar. Jenny abrió los ojos y sonrió al sentir las piernas de David enredadas en las suyas y su brazo alrededor de la cintura. Tenía las cabezas muy juntas, él respirando sobre su cuello. Se movió un poco y aspiró su aroma. Estiró una mano y acarició su pelo indomable. Él pareció notarlo porque soltó unos ruiditos a la vez que se acercaba más a ella. Pero no despertó así que Jenny permaneció así, acariciando su pelo y observándole dormir mientras pensaba.

Ese hombre no era capaz de engañarle con otra, y mucho menos con Lydia. Esa zorra había planeado todo y había esperado a que estuviera fuera del país para filtrar las fotos a la prensa. Y si sabía cuándo iba a salir del país era porque estaba al tanto de su calendario perfectamente. Bueno, eso en realidad no era algo en que basarse, mucha gente estaba al tanto de su calendario: fans, periodistas, gente de la discográfica... Pero la muy asquerosa había esperado a que estuvieran separados para hacerlo, para hacerles más daño porque no podrían hablarlo igual que si hubieran estado en la misma ciudad.

Lydia quería herirles profundamente, había ido a por todas. Y eso mismo era lo que pensaba hacer Jenny, ir a por todas y devolvérsela a esa maldita zorra.

David suspiró y acarició su cuello con la nariz. Creyó que había despertado pero no, siguió durmiendo con la paz escrita en el rostro.

Cuantísimo le quería. Adoraba todos y cada uno de los aspectos de ese hombre que dormía a su lado. Había visto todas sus llamadas y los mensajes de voz que le había dejado (aunque no los escuchó porque no quería venirse abajo todavía más), había ido a buscarla aun sabiendo cómo reaccionaría ella.

Porque perfectamente podría haberle golpeado, estuvo a punto de hacerlo. Y aun conociéndola había ido a pedirle que le escuchara. Y gracias al cielo que lo hizo porque, por mucho que una vocecita en su interior le decía que él no había sido capaz de hacer algo así, necesitaba verlo en sus ojos sinceros y escucharlo de su boca.

De repente mil recuerdos con David acudieron a su mente. Los paseos por los jardines del castillo en Norfolk mientras él reía por sus preguntas incesantes acerca de los fantasmas que lo habitaban; la paciencia infinita de él cuando ella se enfadaba con los chicos de los servicios de los hoteles durante la gira por la Costa Este ya que nunca le traían su zumo de naranja sin pulpa; cómo la abrazó cuando le contó la verdad sobre su madre; el sonido del piano cada vez que tocaba y ella apoyaba la cabeza en su hombro; su sonrisa genuina cuando comunicó delante de todos los invitados de la boda de Caroline que se iban a casar; sus caricias suaves y llenas de amor después de pedirle matrimonio...

Quería tantísimo a David que solo de imaginar perderlo el estómago se le revolvía.

Mierda. Se le había revuelto de verdad.

Se levantó de la cama sin importarle empujar a David y corrió hacia el baño con una mano tapando su boca.

Él se restregó los ojos mientras se incorporaba. Menudas maneras de despertarle... Observó la puerta abierta del baño y escuchó las arcadas.

—Jen, ¿estás bien?

Se incorporó de la cama lentamente, intentando espabilarse y pasándose una mano por el pelo para peinarlo un poco. Llegó hasta el cuarto de baño y se quedó en la puerta mirando a Jenny que estaba tirada en el suelo apoyada en la taza del váter. Frunció el ceño y se acercó a ella, se agachó a su lado y le apartó el pelo de la cara con cariño.

—Cielo... ¿estás bien?

Jenny negó con la cabeza a la vez que se pasaba la mano por los labios. La verdad es que tenía muy mal color, estaba algo amarillenta.

—Creo que he cogido algún virus estomacal —murmuró intentando levantarse.

David la cogió con suavidad por la cintura y la puso de pie. Le ayudó a lavarse la cara y los dientes, apartándole el pelo de la cara. La cogió en brazos para llevarla de nuevo a la cama.

—Descansa un poco más, iré a prepararte algo para comer.

—No tengo...

—Shh —la silencio mirándola serio, sacando al canguro que llevaba dentro—. Comerás algo y punto. ¿Hace cuánto que no comes?

—¿Hace cuánto que no comes tú?

David rio entre dientes. Esa mujer jamás dejaría de ser tan respondona.

—Te quiero, Jenny.

Se agachó a besarla fugazmente en los labios. La miró cuando se separó de ella y sonrió. Era tan feliz de que todo se hubiera solucionado entre ellos que habría sido capaz de pasarse todo el día observándola, aunque tuviera esa cara de enferma.

—¿Te das cuenta de que es la primera vez que me besas en... —se quedó pensativa— en casi un mes?

Estiró el brazo desde la cama y cogió su mano, tiró de él haciendo que se sentara a su lado. David rio porque sabía qué iba a decirle a continuación.

—Jenny, no. Voy a ir a prepararte algo de comer y te lo vas a comer.

Ella refunfuñó como una niña pequeña, pataleando incluso debajo de las sábanas.

—Pero yo quiero que me beses —dijo haciendo un puchero.

—Y yo quiero besarte, pero primero comerás y después nos centraremos en eso.

Jenny enarcó una ceja y le miró provocativa.

—¿Con *eso* te refieres a...?

David soltó una carcajada cortando su pregunta. Acarició su mejilla y se agachó a besarla. Ella llevó las manos a su nuca y le acarició el pelo mientras sus labios volvían a juntarse de nuevo.

—Con *eso* me refiero a... eso —murmuró sobre sus labios haciendo que el sexo de Jenny palpitará ansioso.

La besó con ganas, dejando que sus lenguas juguetearan un poco justo antes de besarla en los labios y dirigir la boca hacia su cuello. Lo recorrió lentamente haciendo que Jenny gimiera, bajó por su clavícula y llegó hasta el nacimiento de sus pechos, totalmente expuesto con la camiseta de tirantes que llevaba. Beso su piel justo antes de morderle el pecho derecho. Ella soltó un grito acompañado de su risa. David levantó la cabeza y la miró juguetón.

—Echaba de menos tu risa.

—Y yo te echaba de menos a ti.

Enredó los dedos en su pelo y tiró de su cabeza para que sus labios volvieran a juntarse.

—Tu comida... —murmuró David entre beso y beso.

—Mmmmm... te voy a comer a ti.

David rio y apoyó las manos en el colchón a la vez que se apartaba de ella. La miró a los ojos y sonrió. Ella estiró la mano y acarició su rostro, desde la frente hasta la barbilla.

—Te quiero muchísimo, David. Jamás en la vida vuelvas a hacerme algo así.

—Si yo no he hecho nada —dijo mirándola fijamente, elevando ligeramente las comisuras de sus labios.

—Lo sé...pero lo he pasado tan mal...

—Y yo, cariño. Pero ya está todo aclarado entre nosotros, no pienses en eso ahora.

—¿Cómo no voy a pensar en eso? —exclamó—. ¡Voy a partirle la cara a Lydia!

—Sé que serías capaz de hacerlo, pero no quiero que te encierren en la cárcel o en un psiquiátrico.

—¿En un psiquiátrico? —Le miró enarcando una ceja.

—¿Estás de coña? Estás loca, Jenny, te encerrarían a la primera. No haría falta ni hacerte un examen.

Ella le golpeó cariñosamente en el hombro y él rio. Enseguida ella se unió a sus risas y se abrazaron con fuerza. Se habían echado tantísimo de menos y lo habían pasado tan mal que el resto del día lo dedicaron a tocarse, abrazarse, besarse y hacer el amor. Bueno, y Jenny comió antes de todo eso, las órdenes de David había que cumplirlas...

A la mañana siguiente David despertó dolorido. Llevaba casi un mes sin echar un polvo y tanto movimiento el día anterior le había dejado los músculos machacados. Se puso de pie y se estiró mientras miraba hacia la ventana. Fue a un armario y cogió su pantalón del pijama. Casi le sorprendió que su ropa siguiera allí, Jenny perfectamente podría haberla quemado mientras bailaba alrededor de una hoguera conjurando algún hechizo que hiciera que perdiera el pene mientras dormía.

Fue a la cocina y se encontró con el resto de integrantes de la casa y con William y Caroline, que debían haber estado yendo y viniendo de un apartamento a otro. Aunque la verdad es que tampoco estaban demasiado lejos... Jenny les regaló un apartamento en su mismo edificio. Le dijeron que estaba loca por regalarles una casa pero ella se encogió de hombros y les dijo que todo era poco para ellos. Caroline todavía lloraba cuando lo recordaba.

Todos le abrazaron y le dijeron que estaban felices de que las cosas se hubieran aclarado entre ellos.

—No quisimos molestaros ayer porque seguramente estuvisteis muy ocupados recuperando el tiempo perdido —le dijo William con una sonrisita maligna.

—¿Y tú qué haces aquí que no estás en tu casa? —Le dijo David mientras abría la nevera.

Escuchó la risa de William tras su pregunta cortante.

—Hemos venido para comer con vosotros —dijo Caroline—. Es sábado.

David se pasó la mano por el pelo.

—Joder, no sé ni en qué día vivo...

—¡Carol va a preparar risotto con setas y solomillo con foie! —exclamó Anna entusiasmada desde la banqueta en la que estaba sentada.

Gary sonrió mirándola y le acarició la mejilla.

—De verdad me pregunto dónde metes todo lo que comes, Annie.

—¿No te has dado cuenta nunca de que no está quieta más de dos minutos y siempre va como con un petardo en el culo?

—¡William! —Gritó su hermana.

—¿Qué? ¿No tengo razón?

Todos se echaron a reír. David los observó mientras echaba zumo de naranja (sin pulpa) en un vaso. Sus amigos, sus queridos amigos.

Se acercó a William, le pasó un brazo por los hombros y le besó en la mejilla. Él se volvió a mirarle y le empujó con el hombro.

—¿Qué haces, capullo?

—Te quiero, Will... —se encogió de hombros—. Os quiero a todos y estoy muy contento de teneros como amigos.

Anna y Caroline le miraron con ternura justo antes de soltar un "aww" y juntar las manos a la altura del pecho. Se levantaron de las banquetas y fueron a su lado para abrazarle y decirle que ellas también le querían. Aprovecharon para soltar un "lo siento" de nuevo y él les dijo que no tenían que decirlo, ya lo sabía.

—¿No hace falta ir borracho para decir esas cosas? —Le preguntó William a Gary.

El rubio soltó una carcajada y se acercó a él para pasar un brazo por sus hombros y besarle también.

—No, William, no hace falta.

—Ni se te ocurra acercarte, Gaz —exclamó empujándole—. Aún me acuerdo de lo que hiciste en el Madison Square Garden, capullo.

Todos se echaron a reír escandalosamente al recordar el gran momento de la Kiss Cam. Todos menos William, que todavía no había superado aquello.

David volvió a la habitación de Jenny con una bandeja con el desayuno. Le había cogido una manzana para que comiera algo que le sentara bien en caso de no tener el estómago asentado del todo. Se sorprendió al no encontrarla en la cama. Dejó la bandeja en la mesilla más cercana a la puerta y fue hacia el baño. De nuevo escuchó arcadas y negó con la cabeza conforme se acercaba.

—Jenny... pensaba que estabas mejor...

En cuanto abrió la puerta ella levantó la mano hacia él, estaba agarrada a la taza y con el pelo recogido en una coleta.

—No vengas... esto es asqueroso...

Él sonrió y se acercó hasta ella, se agachó a su lado y posó la mano en su nuca. Jenny agradeció su contacto, sus manos habitualmente frías eran lo que necesitaba.

Volvió a vomitar una vez más y suspiró con fuerza cuando terminó. Se limpió un par de lágrimas derramadas producto de las arcadas y se incorporó con la ayuda de David.

—No es normal que sigas vomitando —le dijo mientras ella se lavaba la cara—. Llamaré al médico ahora mismo para que venga a verte.

Ella asintió mientras cogía el cepillo de dientes del vaso en el que descansaba. David se dio la vuelta y fue hacia la puerta justo en el momento en que ella dejaba caer el cepillo en la pila.

—¡Mierda! —exclamó con la boca llena de pasta dentífrica.

Se volvió asustado.

—¿Qué pasa? —La miró examinando su cara, esperando ver algo que la hubiera hecho gritar y quedarse tan paralizada.

—David... ¿q... qué... día es hoy?

David la miró ceñudo sin entender a qué se refería.

—¿Hoy? Sábado.

Observó cómo Jenny cerraba los ojos y sacaba cuentas con los dedos. Los abrió, se miró a sí misma muy fijamente en el espejo y negó con la cabeza.

—Jenny... ¿me vas a decir qué pasa?

Ella no le hizo ningún caso y volvió a repetir las cuentas con los dedos. Respiró hondo y se agarró a la pila del baño, agachó la cabeza y empezó a respirar despacio.

Inspira, espira, inspira, espira...

David la miraba sin entender nada.

Pero la mente de Jenny volaba, iba tan rápida que incluso sintió un mareo. Nada recomendable en esos momentos ya que sintió náuseas de nuevo.

No podía ser. Eso no podía estar pasando. No podía estar... joder, hasta le costaba pensar la palabra. Las pastillitas debían funcionar, para eso estaban, ¿no? Un pensamiento fugaz pasó por su mente: denunciar a la farmacéutica que producía esas pastillas. Negó imperceptiblemente con la cabeza. Como si fuera la primera a la que le pasaba algo así. Soltó todo el aire de los pulmones lentamente y volvió a aspirar. Sentía a David a su lado, podía sentir su ansiedad al no entender qué pasaba. Joder... ¿cómo coño se lo decía?

Un retraso. Un jodido retraso de casi tres semanas. ¿Cómo se le había podido pasar tanto tiempo? Entre el viaje a Europa y toda la promoción había estado muy liada. Y encontrarse con esas malditas fotos tampoco había contribuido demasiado a que se parara a pensar en sí misma.

Dios mío... un bebé... Embarazada. Las comisuras de sus labios se elevaron en una involuntaria sonrisa. Se miró de nuevo en el espejo.

—Jenny, en serio, ¿me vas a decir qué te pasa o quieres que empiece a ponerme histérico?

Se giró lentamente hacia él y le acarició la mejilla con cariño. Observó su rostro y sonrió. Joder... ¿iba a tener un hijo con David? ¿Tendría sus ojos? ¿Tendría su sonrisa? Mientras no tuviera su mala leche se conformaba.

—Será mejor que te sientes —le dijo cogiéndole de la mano.

Él la miró frunciendo el ceño de nuevo.

—¿Qué pasa? Jenny, ¿estás bien? Me estás asustando de verdad y no...

—Cállate y siéntate —le interrumpió empezando a ponerse nerviosa.

David se sentó en el borde de la bañera sin dejar de mirarla con ojos precavidos, como si tuviera miedo de lo que le fuera a decirle. Y de todas formas no hacía mal en sentirse de esa manera, ni de coña esperaba la bomba que Jenny iba a soltarle en unos segundos.

Carraspeó antes de arrodillarse frente a él, sin soltar su mano ni un instante. Tomó aire y le miró fijamente.

—Tengo un retraso.

David la miró con el ceño fruncido un instante pero enseguida la expresión de su rostro pasó a la más absoluta sorpresa. Su boca se abrió, su ceja izquierda se levantó y ahí se quedó.

—No estoy cien por cien segura pero... —se llevó la mano libre al estómago y sonrió—. Creo que existe una gran posibilidad de que esté... ya sabes...

—¿Embarazada? —La voz de David fue un susurro que escuchó a duras penas.

Ella asintió con la cabeza sin poder dejar de sonreír.

Nunca se había planteado tener un hijo tan joven, tan solo tenía veinticuatro años, tenía toda una vida por delante y una carrera que debía continuar. Pero la sola idea de tener un pequeñín entre sus brazos, un pequeñín que fuera el fiel reflejo de ese hombre que tenía delante... Se derretía por dentro. Sintió una calidez inusual inundándola por completo, su corazón hinchado en el pecho, la cabeza dando vueltas por la noticia. Una felicidad que difícilmente podía compararse con nada. Iba a ser madre.

Pero el padre parecía no reaccionar. Estaba ahí sentado con la cara blanca como la cal, con los ojos abiertos y con la ceja todavía levantada.

De repente la invadió un miedo irracional. ¿Y si él no quería ser padre? ¿Y si eso jamás había entrado en sus planes? Nunca habían hablado de tener hijos. Ella siempre había querido ser madre, puede que no tan joven, pero sí era algo que quería hacer antes o después. ¿Pero David? ¿Quería él ser padre? Empezó a asustarse de su posible reacción, de que le dijera que él no quería eso y que la dejara para siempre. Su respiración se volvió errática y soltó la mano de David para llevarla a su pecho. El corazón le latía demasiado rápido.

David parpadeó un par de veces mientras intentaba procesar toda esa información. Después de todo lo que acababan de pasar eso era demasiado... inesperado. Acababa de recuperar a su Jenny y esa noticia era tan increíble que le dejó fuera de combate.

Embarazada...

Era una palabra que conllevaba demasiado. Compromiso. Responsabilidad. Dedicación. Aunque en realidad eso ya era lo que tenía con Jenny. Se habían comprometido, iban a casarse en unos meses. La dedicación a ella era completa. La amaba con todo su ser y sabía que dedicarse a Jenny era lo único que quería hacer por el resto de su vida. Pero la responsabilidad... esa era una palabra que pesaba demasiado.

Él era responsable, por su trabajo se había convertido en una persona que actuaba en consecuencia con sus actos y a la que no le gustaba hacer cosas que no debía. Pero una cosa era ser responsable en el trabajo y otra muy diferente hacerse responsable de otra persona. De una pequeña personita que cambiaría su vida por completo. De una pequeña personita que...

De repente su mente voló hacia el futuro, hacia una habitación en la que Jenny estaba sentada en el sofá mientras mecía en los brazos a su bebé. Él entraba en ese cuarto a paso lento y en cuanto sus ojos hacían contacto con los del bebé una enorme sonrisa aparecía en su rostro. Era una niña, una niña preciosa. Tenía los ojos de su madre, de ese maravilloso color chocolate en el que te podías perder. Su pelo tenía el mismo color que el suyo, oscuro casi negro, y era rizado, como el de George. El tono de su piel, claro como la nieve, le hacía parecerse a Jenny y cuando sonreía... ah, cuando sonreía... entonces el mundo temblaba bajo sus pies y sentía que había estado esperando ese momento durante toda su vida.

Y entonces lo supo. Supo que no importaba nada más que el bebé que la mujer que amaba llevaba en su vientre. Supo que iba a quererle más que a su vida y que no dejaría que nada ni nadie le hicieran daño.

Vio a Jenny contraer el rostro en una especie de mueca de dolor y se apresuró a coger la mano que se había llevado al pecho. Ella levantó la mirada y a David casi se le parte el corazón al ver lo que vio en sus ojos. Parecía tener miedo y él enseguida entendió qué tipo de miedo era ese.

—Jenny...

—Si no quieres saber nada de... —empezó hablando apresuradamente y apartando la mirada.

—¿Qué dices, tonta?

Ella cerró la boca y volvió a mirarle con ojos brillantes, esperanzados.

—¿Crees que podría decirte que no quiero saber nada de la maravillosa personita que hemos creado juntos? —preguntó sonriendo y haciendo que los ojos de Jenny se llenaran de lágrimas.

Ella se encogió de hombros. David rio y se dejó caer al suelo, a su lado. Cogió sus manos y las besó con cariño. Se acercó a ella y la besó con dulzura en los labios.

Los dos se miraron a los ojos y sintieron que flotaban en su burbuja particular. David llevó una mano hasta la barriga todavía inexistente de Jenny y la apoyó con suavidad.

—Un bebé —susurró sin poder dejar de sonreír.

—Nuestro bebé —apuntó Jenny colocando la mano sobre la suya.

—Será preciosa.

—¿Preciosa? ¿Ya sabes que va a ser niña?

—Claro, será una niña igual de guapa que su madre, aunque espero que tenga la mitad de mala leche que tú.

—¿Qué? —Exclamó entre risas—. Querrás decir que tenga la mitad de mala leche que tú.

—Sshh, mientras tenga tus ojos me vale.

Jenny sonrió como una idiota y se lanzó sobre él, pasando los brazos por su cuello y apretándose a su cuerpo lo máximo posible. David la abrazó con fuerza, sin dejar de sonreír y sintiéndose más feliz que en toda su vida. Padres, muy probablemente iban a ser padres.

Estaba a punto de abrir la boca para preguntarle a Jenny si creía que serían capaces de hacerlo bien cuando la puerta de la habitación se abrió lentamente y Anna apareció silenciosa mirando en todas direcciones.

—¿Chicos? —Susurró—. Espero no interrumpir nada pero es que la comida ya está lista.

David levantó la vista hacia la puerta del baño justo en el momento en que la pequeña morena la abría. Cuando los vio sentados en el suelo frunció el ceño.

—¿Qué leches hacéis los dos ahí sentados?

Jenny se apartó de David y se limpió un par de lágrimas que se le habían escapado. Joder, las hormonas ya habían empezado a hacer de las suyas.

—Annie... ¿crees que podrías hacerme un favor?

Ella asintió observándolos con precaución. Tenían tales caras de gilipollas felices que casi pensó que estaban colocados. Olfateó el aire pero no apreció olor a marihuana, así que desechó la idea de que fueran fumados. Pero algo raro había en esos dos...

—¿Podrías ir a la farmacia a comprar un... una... esto...?

—¿Vas a decirlo de una vez? —exclamó Anna empezando a perder la paciencia.

Jenny miró a David y al ver la enorme sonrisa en su rostro tomó aire y se volvió hacia su amiga.

—Necesito una prueba de embarazo.

El grito de Anna se escuchó en todo el edificio. Joe estuvo a punto de llamar a los bomberos porque creyó que era la alarma de incendios.

—No me lo puedo creer, no me lo puedo creer, ¡no me lo puedo creer!

—¡Anna! ¿Te vas a callar?

Caroline estaba igual de histérica que su amiga pero que no parara de dar vueltas por el salón y la cocina mientras repetía eso una y otra vez no ayudaba en absoluto.

William estaba sentado en un sillón en estado de shock. Jenny embarazada. Su Jenny embarazada. Su mente no lo concebía. No, no había manera. No le encontraba sentido. Ella siendo madre... Negó con la cabeza mientras seguía mirando a la nada. No podía ser cierto.

Gary sonreía sin parar. Se había llevado una alegría tremenda y había abrazado a Jenny con tanta fuerza que David le había regañado diciéndole que tuviera cuidado con el bebé. No pudo hacer otra cosa que rodar los ojos. Si resultaba que David se convertía en un padre coñazo sería lo último que se esperaba en el mundo. Aparte, claro, de que Jenny fuera madre, eso tampoco se le había pasado nunca por la cabeza hasta ese momento. Lo mejor de la noticia es que él iba a convertirse en tío de una personita adorable. Sonrió todavía más.

—Jenny, ¿ya se ve algo?

David estaba pegado a la puerta del baño, con la oreja puesta sobre la madera y el pelo revuelto. Los dos minutos que Jenny llevaba dentro no había parado de llevarse las manos a la cabeza, despeinándose hasta el extremo.

—¡Te quieres callar, pesado!

Los gritos de Jenny le hicieron apartar la cabeza de la puerta.

—Joder... qué mal genio —dijo haciendo reír al resto.

—Jenny embarazada puede ser demasiado para la cordura mental de cualquiera —advirtió Caroline divertida.

—Pobrecito David... —murmuró Anna acariciando la espalda del aludido.

—Me echaréis una mano, ¿verdad? —Suplicó con cara de apuro.

Si Jenny normalmente tenía mal genio no se podía imaginar lo que sería cuando las hormonas se dispararan y le hicieran tener altibajos emocionales.

Anna rio y le abrazó antes de ponerse a saltar. Justo en ese momento el teléfono sonó y Gary fue a contestar. David se sentó en una banqueta de la cocina y empezó a golpear la encimera con los dedos. Estaba muy nervioso. De esa puñetera barrita blanca en la que Jenny había hecho pis hacía un minuto dependía su futuro. ¡Su futuro!

—David... —Se volvió hacia Gary que caminaba hacia él con el teléfono en la mano—. Es George.

David estiró la mano para cogerlo pero su amigo negó con la cabeza. Le miró extrañado.

—Está muy enfadado. Ha visto las imágenes con Lydia y quiere cortarte los huevos, palabras textuales.

Mierda... las fotos. Con todo eso se le había olvidado por completo el tema de las jodidas fotos con la zorra clamidiense. Tomó aire y volvió a pasarse la mano por el pelo.

—No importa, pásamelo.

—¿En serio? —Gary le miró como si estuviera loco.

David asintió y estiró la mano de nuevo. Gary le pasó el teléfono y dijo algo en voz baja, algo como "se nota que tienes poco aprecio por tu vida". Respiró hondo y se llevó el teléfono a la oreja.

—Hola, George.

—¿Cómo que "hola, George"? ¿Cómo que "hola, George"?!

Estaba muuuy enfadado. David carraspeó.

—Supongo que has visto la televisión últimamente.

—La televisión, las revistas, internet... ¿Hay alguna parte en la que no estén esas puñeteras fotos tuyas con esa rubia? David... deberías salir del país porque cuando te encuentre juro que acabaré contigo, te colgaré del mástil más alto por las pelotas y...

—George —se atrevió a cortarle—. Tranquilízate, por favor.

—¿Que me tranquilice? ¿Pero tú te crees que yo soy tonto o algo parecido?

David tomó aire y se puso de pie.

—Son un montaje, George. Esas fotos no son reales. ¿De verdad crees que sería capaz de hacerle algo así a Jenny? —Se hizo el silencio del otro lado—. Yo quiero a tu hija, George, la amo. No podría hacerle algo así por nada del mundo.

—Pero...

—Es un montaje, de verdad. Todavía no sabemos cómo lo ha hecho pero estamos investigándolo y vamos a llegar al fondo del asunto.

—¿Dónde está mi hija?

—Ahora mismo no se puede poner... —Joder, ¿qué le decía?—. Está... en la ducha, pero le diré que has llamado.

—David, te lo juro, si lo de esas fotos es cierto...

—No, George, te lo digo completamente en serio, son falsas. No me voy a arriesgar a mentirte, eres el jefe de policía y te creo cuando dices lo de colgarme de los huevos —sonrió y escuchó la risa de George al otro lado—. No podría herir a Jenny jamás, nunca. La verdad es que todo esto nos ha hecho mucho daño y hemos atravesado un episodio difícil en nuestra relación pero lo hemos hablado y está todo aclarado.

—Si ella te cree yo no puedo hacer nada al respecto.

—Pero quiero que usted también me crea... —escuchó el carraspeo de George, sonrió—. Quiero que tú también me creas.

Se oyó el sonido de una respiración profunda.

—Mira, muchacho, cuando he visto esas imágenes casi me ha dado un infarto. No entendía por qué llevaban mirándome raro estos dos últimos días por el pueblo pero como yo casi no veo la televisión excepto los deportes resulta que no me había enterado de nada. Y te juro que si te llego a tener cerca en ese momento... te hubiera estrangulado, David, con mis propias manos.

Tragó en seco al escuchar las palabras de su suegro.

—Pero sé que la quieres porque he visto cómo la miras. Y has tenido los coj... ejem... el valor, de contestar al teléfono tú mismo y eso me dice mucho acerca de ti. Voy a creerte, David. Pero como algún día, sea cuando sea, me entere de que haces daño a mi niña...

—Sí, George, me estrangularás con tus propias manos.

—Eso es —apreció una sonrisa en sus palabras—. Veo que te has quedado con lo esencial.

Los dos se echaron a reír. David le prometió que le diría a Jenny que había llamado y que contactaría con él enseguida. Se despidieron amistosamente y David dejó el teléfono sobre la encimera. Joder... La siguiente noticia que le daría al jefe Scott era que había embarazado a su hija. ¿Eso también era motivo de estrangulamiento?

Mientras él hablaba con George no se dio cuenta de que Caroline y Anna entraban al baño con Jenny. Por eso, cuando la puerta se abrió y una muy sonriente Caroline salió y se sentó a su lado en otra banqueta, supo cuál había sido el resultado de la prueba. Se puso de pie y vio a Jenny salir cogida del brazo de Anna, que se limpiaba una lágrima mientras no paraba de sonreír.

—¿Qué? ¿Qué ha salido? —preguntó notando cómo el pulso le latía atronador en los oídos.

Jenny le miró y lo vio en sus ojos. Brillaban como nunca antes lo habían hecho. Su sonrisa era deslumbrante y podría jurar que jamás la vio tan hermosa. Sus mejillas tenían un sonrojo especial y toda ella irradiaba un aura de felicidad que se contagiaba a kilómetros a la redonda.

No necesitó respuesta.

Fue hasta ella y abrió los brazos para cogerla por la cintura. Anna se apartó para dejarles intimidad y fue a abrazar a Gary. Jenny se agarró al cuello de David mientras le daba vueltas en el aire. Los dos empezaron a reír. Fue una imagen propia de una película romántica, al más puro estilo de un final feliz.

David la dejó en el suelo y enterró la nariz en su cuello, aspirando su aroma y dejándose llevar por completo por esa felicidad tan increíble que jamás había experimentado.

—Vamos a tener un bebé... —murmuró sobre su piel.

Jenny sollozó y se agarró más fuerte a su cuello. Él rio y la apretó más fuerte. Pero de repente recordó que debía tratarla con cuidado y se separó de ella. La miró lleno de amor y acarició su mejilla. Ella no dejaba de llorar.

—Jen... no llores...

Y ella rompió a llorar todavía más fuerte. Pero ya no parecían lágrimas de alegría, más bien era un llanto amargo. La miró extrañado y le apartó el pelo de la cara con cariño.

—¿Qué pasa, cielo?

—M-me voy a p-poner c-como una f-foca —balbuceó entre sollozos.

David se echó a reír y se ganó una mirada furibunda de su chica. Se puso serio y cogió su cara con ambas manos.

—Estarás preciosa con barriguita.

—¿Me querrás igual?

—¿Eres tonta? —Rio acercándose y acariciando su nariz con la suya—. Yo te voy a querer siempre.

Jenny sonrió tímidamente y volvió a abrazarle con fuerza.

Los seis estaban sentados en los sofás después de haber degustado la maravillosa comida de Caroline, Jenny tumbada con la cabeza apoyada en el regazo de David mientras él acariciaba su cabello, Gary y Anna sentados uno al lado del otro y ella apoyando la cabeza en su hombro, y Caroline miraba a su marido con mala cara y los brazos cruzados.

—William Sheppard, ¿vas a espabilarte de una jodida vez?

—Si estoy bien, cariño.

—¡Y una mierda estás bien! Llevas así desde que Jenny ha dicho que está embarazada.

Él se volvió a mirarla con los ojos muy abiertos.

—¿Qué pasa? ¿Soy el único que ha flipado con la noticia? ¿Soy el único al que le asusta todo esto?

—¿Te asusta? —Inquirió Jenny mirándole desde su posición—. ¿Por qué, Will?

—Porque esto es demasiado... no sé, muy... —se pasó una mano por la cara en claro gesto de exasperación—. ¡Ya me entendéis!

—La verdad es que no —soltó su mujer sin entender nada.

William resopló y se puso de pie.

—Jenny embarazada, nosotros casados, otra boda en el horizonte... ¿no os dais cuenta?

—Crecemos —dijo Gary.

—¡Eso es! —exclamó el moreno señalándole.

—¿Y eso es lo que te da miedo? —preguntó Anna mirándole tiernamente.

—Yo que sé, Annie... —se dejó caer de nuevo en el sofá—. Nunca pensé que estas cosas fueran a pasar tan deprisa y...

—¡Fuiste tú el que me pidió matrimonio! —exclamó Caroline al borde de las lágrimas.

William la miró con el ceño fruncido y entonces entendió lo que ella estaba pensando. Se levantó y fue a sentarse a su lado, cogió su mano con cariño y la besó en los labios.

—No me refiero a eso, Carol... no seas tonta. Casarme contigo ha sido lo mejor que he hecho en la vida.

Ella sonrió algo más calmada y apretó su mano.

—Me refiero a nosotros —los señaló a todos con la mano—. Hemos crecido, nos hemos hecho mayores.

—Ya iba siendo hora.

Todos se volvieron a la vez a mirar a David. Se apresuró a levantar las manos en gesto de disculpa.

—¿Qué? —Preguntó con una risita—. Eráis una cuadrilla de niñatos cuando yo llegué aquí.

William soltó una carcajada.

—Serás capullo... Si nos ponemos a hablar de cuando tú llegaste aquí podríamos hablar de muchas cosas que te harían quedar en mal lugar.

—No es momento de sacar los trapos sucios —le contestó saliéndose por la tangente.

Todos rieron al escucharle. Jenny estiró la mano y le acarició la mejilla.

—Yo me alegro mucho de que entraras en nuestras vidas. Si no a saber cómo estaría yo ahora.

—Apuesto a que borracha.

—¡Gaz! —Le reprendió entre risas.

Todos se echaron a reír.

—Es un cambio tremendo... —murmuró William cuando dejaron de reírse.

—A mí me gusta este cambio —dijo Jenny acurrucándose en el regazo de David.

—Y a mí —susurró Anna abrazando a Gary y apoyándose en su pecho.

—Yo estaría dispuesta a cambiar algo más.

Todos se volvieron hacia Caroline. William la miró con la boca abierta y enseguida empezó a negar con la cabeza.

—Ah, no. Nada de embarazos, Carol. Déjame disfrutar de mi vida de recién casado un poquito más.

—Pero no mucho —pidió ella haciendo un puchero.

William rio y abrazó a su esposa.

—No será mucho, cariño. Disfrutaremos de ser tíos antes de ser padres, ¿qué te parece?

Entonces todos empezaron a decir lo mucho que iban a querer al bebé, lo mucho que le iban a consentir y lo mucho que le iban a abrazar. Anna empezó a pensar en la ropa que llevaría la niña, Gary le decía que podría ser un niño y tuvo que debatir eso con David también, que estaba plenamente convencido de que sería una niña. William decía que le enseñaría a jugar al baloncesto, sin importar que fuera niña o niño y Caroline hablaba de lo bien que lo pasarían juntos como la gran familia que eran.

Jenny los observaba a todos y no podía sentirse más feliz. Ya no importaba lo que habían pasado días atrás. Que le dieran por ahí a Lydia y a las fotos. Sus abogados se estaban encargando de eso y en un par de días darían una rueda de prensa para hablar de ello con los medios. No querían más revuelo al respecto e iban a dejar bien claro que todo era un montaje y que las cosas entre ellos estaban bien. Era mejor dar la cara y aclarar las cosas que dejar que la montaña de mierda creciera.

No quería que George ni la familia de David creyeran todas esas mentiras. Bastante había sido para ellos verlo en televisión. Kate había llamado a David histérica mientras comían porque llevaban llamándole dos días y no sabían nada de él. Por suerte habían conseguido tranquilizarla, a ella y a Ygritte. Y también a George, aunque no sin esfuerzo.

Miró a sus amigos mientras William y Gary discutían acerca de quién llevaría el carrito del bebé cuando salieran de paseo. Sonrió y suspiró feliz. Sintió la mano de David acariciando su estómago y se volvió hacia él para mirarle. La plenitud en sus ojos azules, la felicidad, el amor y una especie de... ¿veneración?, que vio en ellos la dejaron casi sin respiración. Estiró una mano y acarició su mejilla. Él se agachó y la besó en los labios.

—Te quiero.

—Yo también te quiero.

La voz de Anna les hizo salir de su particular ensoñación.

—¿Vemos una peli?

Y juntos pasaron la tarde perfecta. Películas, palomitas, risas, amigos y grandes dosis de felicidad.

La zorra de Lydia sabía perfectamente que había armado la gorda. No había forma humana de que contestara al teléfono. Su representante no contestaba a ninguna pregunta y habían tenido que optar por denunciarla legalmente por injurias y calumnias.

Los abogados de Viva Music estaban completamente volcados en el asunto, no pararían de remover cielo y tierra hasta encontrar una pequeña brecha en todo ese asunto del documento de confidencialidad que habían firmado los medios para no decir ni media palabra acerca de dónde habían salido esas imágenes. Si encontraban el más mínimo fallo en ese documento o en su legalidad irían a por ellos con el cuchillo entre los dientes. Jennifer y el señor Hill habían dado orden de que se tratara el asunto de esa manera, así que eso era lo que iban a hacer.

Había llegado el momento de dar la cara frente a los medios y hacerles saber que toda esa patraña de las fotos era una vil mentira y que ellos seguían juntos.

Era martes a mediodía. Les habían convocado en la sala de prensa del Four Seasons, donde solían hacer todas las entrevistas. En la salita lateral David estaba dando vueltas de un lado a otro sin parar. La última vez que estuvo allí estaba nervioso, pero en esa ocasión estaba enfadado y más nervioso todavía. Jenny estaba sentada con un botellín de agua en la mano y hablando con Gary acerca de las cosas que tenía que decir.

—No se te ocurra insultarla.

Ella rodó los ojos.

—No soy tonta, Gaz...

—Lo sé, simplemente te lo recuerdo. Si empiezan a cuestionar lo que vosotros digáis y repiten mil veces que esas fotos muestran claramente que David y Lydia tienen un lío no quiero que saltes como una loca.

—Lo intentaré —murmuró Jenny bajando la mirada.

—Es en serio, Jen.

— ¡Que sí, Gary! —Levantó la mirada y él dio un paso atrás—. Joder, no seas pesado.

—Vale, vale —puso las manos hacia delante, la cara de asesina de Jenny le daba miedo.

David se dio la vuelta al escucharles y se acercó para sentarse al lado de ella. Le cogió la mano con suavidad.

—¿Cuándo dices que vais al médico? —Les preguntó mirándolos a los dos.

—El viernes —respondió David acariciando el dorso de la mano de Jenny.

—Pues que os hagan una revisión bien exhaustiva, creo que llevas al anticristo en tu interior.

—¡Gary! —Exclamó Jenny con una enorme sonrisa.

Los tres se echaron a reír.

Ella abrió la boca para decirle que eso solamente acababa de empezar y que se preparara para los siguientes meses cuando la puerta se abrió y la cabeza de William apareció tras ella. Llevaba puesto el pinganillo en el oído para comunicarse con Steve y Alex. Muchos medios asistían a esa rueda de prensa pero los que no habían conseguido acreditación estaban apostados en la puerta del hotel a la espera de una instantánea. No se fiaron de que solamente William fuera con ellos y llevaron a parte de su equipo con ellos.

—Están a punto de derribar la puerta.

—Ya salimos —Gary se volvió hacia Jenny—. Nada de...

—¡Que sí, pesado! No voy a insultar a la grandísima hija de puta de la zorra de Lydia, ¿vale?

David la miró enarcando una ceja y reprimiendo la sonrisa.

—¿Qué pasa? —Le preguntó volviéndose hacia él—. Me desahogo ahora.

—Ya lo veo —rio acercándose a besarla en los labios fugazmente—. No me dejes perder la paciencia a mí, por favor.

Ella sonrió y estiró la mano que él no le sujetaba para acariciarle el pelo.

—Tranquilo, te daré una patada en la espinilla si hace falta.

—No me termina de convencer esa técnica...

Rieron bajito antes de besarse de nuevo. Gary les miró, hizo un gesto con la cabeza, todos se pusieron serios, tomaron aire y salieron a la sala.

Gary fue primero y se sentó en la silla de la derecha. Cuando Jenny y David salieron cogidos de la mano todos los fotógrafos se pusieron de pie y los flashes inundaron la habitación. Consiguieron llegar hasta sus asientos pese a no ver prácticamente por dónde iban. Se sentaron y miraron al frente, sin mirar directamente a ningún periodista.

Gary carraspeó en el micrófono.

—Buenos días. Como bien saben, hemos convocado esta rueda de prensa con motivo de la aparición de ciertas imágenes del señor Hill con la señorita Jamison, antigua corista de Jennifer que en la actualidad no se dedica a nada, que nosotros sepamos —hizo una pausa mirando los papeles que tenía frente a él—. Nos gustaría dejar claro que esas fotografías son falsas. El señor Hill no tiene nada que ver con la señorita Jamison y jamás ha engañado a Jennifer.

Varios flashes saltaron en ese momento y Jenny parpadeó. Bajó la mirada a sus manos entrelazadas. Sintió cómo David le daba un apretón. Respiró hondo intentando calmar los rápidos latidos de su corazón. Se sentía nerviosa e incómoda ante esa situación.

—Los abogados de Jennifer han interpuesto una demanda contra la señorita Jamison por injurias y calumnias, además de pedir una indemnización por daños y perjuicios dado que, debido a estas imágenes manipuladas, ella y el señor Hill han atravesado un episodio de depresión bastante importante, además de los problemas personales que eso ha podido ocasionar.

Carraspeó de nuevo y siguió hablando.

—Si quieren hacer alguna pregunta este es el momento —se hizo el revuelo en la sala. Gary hizo un gesto con las manos para que se calmaran—. Solo van a contestar a dos preguntas cada uno. Ni una más.

Observó a los periodistas que parecían ansiosos por preguntar. Desde luego, ese tema estaba siendo el boom del momento, estaba por todas partes.

—Por favor, usted —señaló a una morena que Jenny reconoció de anteriores ruedas de prensa—. Señorita Preston.

La aludida se puso de pie. Jenny reconoció a la reportera de InTouch. Casi le da una patada a Gary por debajo de la mesa por haberle dado la palabra pero recordó que debían conceder una pregunta a cada tipo de medio. Contestar a la revista que más les acosaba y luego a una de carácter más serio, eso habían acordado hacer.

—Buenos días, Emily Preston, de InTouch. Me gustaría saber qué tiene que decir el señor Hill al respecto. En las fotografías se le ve muy acaramelado con la señorita Jamison, sonriente e incluso disfrutando del momento.

Jenny apretó con fuerza las mandíbulas. David se removió en su asiento y se acercó al micro que tenía delante. No había tenido que hablar en una rueda de prensa jamás, no tenía ni idea de que fuera a ponerse tan sumamente nervioso. Notaba el pulso latiéndole acelerado en los oídos.

—Conozco a Lydia desde hace varios años, trabajé con ella durante la etapa en la que asesoré a Brittany Mason. Desde entonces la he vuelto a ver una sola vez, en la fiesta tras el primer concierto de Jennifer en el Madison Square Garden del año pasado, concretamente en la suite de este hotel en el que nos encontramos. Desde entonces no he tenido ningún contacto con ella y mucho menos he engañado a Jenny con ella. Esas fotos son falsas, un montaje. Yo no he tenido un lío con la señorita

Jamison.

Se echó hacia atrás y respiró hondo. Sintió las caricias del dedo pulgar de Jenny en el dorso de su mano. Se giró a mirarla y la vio sonriendo ligeramente, le correspondió con otra pequeña sonrisa.

—Usted, señor Terry —Gary señaló a un señor de unos cincuenta años de pelo rubio teñido que se puso de pie.

—Buenos días, Alfred Terry, del New York Daily Mirror. Dicen que siguen juntos, ¿también la boda sigue adelante?

Jenny le hizo un gesto a David para dejar claro que ella iba a contestar a esa pregunta. Se acercó al micro.

—La boda sigue adelante.

Se escucharon los murmullos de todos los presentes. Varios periodistas se pusieron de pie a la vez que levantaban las manos pidiendo la palabra. Gary señaló a una mujer con gafas y el pelo recogido.

—Sarah Parker, de Vh1. Jennifer, eso nos da a entender que usted confía en la palabra del señor Hill. ¿No se cree lo que aparece en esas imágenes?

Jenny hizo verdaderos esfuerzos para no levantarse y decirle que era idiota. ¿No acababa de decir que la boda seguía adelante y David había negado todo diciendo que era un montaje? Gary se apresuró a estirar su mano bajo la mesa y apoyarla en su rodilla. Se tenía que ceñir a lo que habían acordado decir. Asintió levemente a Gary y se acercó de nuevo al micro.

—Como se puede imaginar fue toda una sorpresa ver esas imágenes por primera vez, bueno... creo que todos saben perfectamente la cara que se me quedó —hizo una pausa y vio cómo la mayoría asentía—. Pero confío en David, confío plenamente en él y sé que no sería capaz de hacerme algo así. Y mucho menos con Lydia.

—Es cierto, señorita Scott —siguió la periodista—, todos recordamos cuando la señorita Jamison fue al programa de Oprah y la dejó en bastante mal lugar. ¿Cree que esto puede deberse a alguna rencilla del pasado?

—La señorita Scott no va a contestar a esa pregunta —se apresuró a decir Gary—. Por favor, recordad que estamos pendientes de un juicio y hay preguntas a las que no pueden responder.

Todos volvieron a ponerse en pie y a pedir que les cedieran la palabra. Gary señaló a un señor trajeado con una calva incipiente que se ajustó la corbata antes de hablar.

—Buenos días, Jim Taylor, de USA Weekly.

Jenny y David se tensaron en sus asientos. Odiaban a USA Weekly, eran los que más fotos robadas publicaban de ellos y normalmente decían cosas que no eran ciertas.

—Jennifer, estas imágenes no dejan mucho que objetar, según la opinión de los especialistas en fotografía de nuestra revista son unas imágenes cien por cien fiables. ¿Tanto confía en la palabra del señor Hill? ¿No cree que todo esto pueda ser debido a su interés particular en darse a conocer de su mano para luego darle la patada y aprovecharse de las ventajas de la fama?

David se echó hacia delante y abrió la boca para decirle un par de cosas a ese periodista de pacotilla pero Jenny tiró de su mano. Se volvió a mirarla y al ver sus ojos volvió a recostarse en la silla. Ella apoyó una mano en la mesa y miró fijamente al periodista.

—Mire, señor Taylor. Le voy a decir una cosa muy sencilla. David no está conmigo por la fama, él odia la fama, la acepta por mí. Si vuelvo a oírle decir eso sobre mi prometido le juro que denunciaré a su revista por injurias.

Y se levantó de la silla para darse la vuelta y salir a paso decidido de la sala. Los periodistas se pusieron de pie y empezaron a hacer más preguntas y fotos. David miró hacia donde Jenny había desaparecido y miró a los periodistas. Gary hablaba sin parar diciendo que la rueda de prensa había terminado, que no iban a contestar a más preguntas. Ellos, como era de esperar, no le hacían ni puñetero caso. David se acercó al micrófono.

—Por favor —pidió. Ni caso—. ¡Por favor!

Todos se callaron con su grito y le miraron. Gary lo hizo con los ojos muy abiertos, pidiéndole en silencio que no dijera nada que no debía. Él le hizo un gesto con la mano para que se calmara.

—Voy a añadir una cosa que creo que han olvidado —les miró muy serio mientras ellos le observaban expectantes, esperando con el móvil o la grabadora en alto, todas las cámaras enfocándole directamente—. Yo quiero a Jennifer. No quiero la fama ni el dinero ni el éxito que la acompañan allá donde va. La quiero a ella. Ni Lydia ni nadie harán que eso cambie, por mucho que lo intenten con montajes o diciendo tonterías por televisión. Nuestro amor es real y verdadero. Publiquen eso en sus jodidas revistas.

Y se puso de pie para darse la vuelta dejando a los periodistas con la boca abierta. Aunque fue solo por un segundo ya que enseguida volvieron a ponerse en pie y a gritar cosas que no entendió. Entró en la salita y vio a Jenny sentada en el pequeño sofá. En cuanto cerró la puerta ella le miró con una sonrisa y los ojos rasgados.

—¿Estás llorando? —preguntó acercándose a ella rápidamente y agachándose a sus pies.

—¿De verdad les has dicho todo eso?

David sonrió y asintió con la cabeza cogiéndola de la mano. Jenny sollozó un poquito.

—No me puedes hacer estas cosas en mi estado.

—Ay, mi Jennita sensible... —se acercó a ella para abrazarla—. Ya sabes que solo he dicho la verdad.

—Lo sé —contestó abrazada a su cuello y con la nariz enterrada en el hueco bajo su oído.

Ese viernes, ver los titulares de las revistas hacían que Jenny sintiera a la vez ganas de llorar y de estrangular a alguien.

“Yo no he tenido un lío con la señorita Jamison”; “No quiero la fama, ni el dinero, ni el éxito, la quiero a ella”; “La boda sigue adelante”. Esas eran las frases más repetidas en todas partes. Aparecían en negrita, en letras grandes y mayúsculas llamando la atención de todo el mundo. Pero en la letra pequeña aparecían las cosas que desataban el instinto asesino de Jenny.

“...parece ser que Jennifer está locamente enamorada de David Hill y confía plenamente en su palabra pese a que las fotos, que podemos ver en esta página, son más que claras y elocuentes. En ellas vemos que Lydia Jamison y David Hill pasaron un buen rato juntos durante la ausencia de Jennifer a causa de su promoción europea. Esto nos hace ver una vez más que el amor es ciego y muchas veces las personas dejan de lado la sensatez y se fían de meras palabras que luego el viento se lleva. Esperemos que a Jennifer no le salga el tiro por la culata con David y que su boda no termine en otro divorcio más a los que tan acostumbrados nos tienen las celebrities...”

—¡Me cago en la madre que los parió!

Ese grito hizo sobresaltarse a Anna que dejó de lado los bocetos del vestido de Jenny para la entrega de los MTV Movie Awards que acababan de enviarle desde Italia y fue hacia el salón. Encontró a su amiga sentada en el sofá rodeada de revistas y con cara de pocos amigos.

—¿Por qué te torturas a ti misma mirando estas revistas? —Le preguntó cogiendo una y lanzándola a la mesa—. No te hacen ningún bien, Jen.

—Tráeme chocolate.

Anna la miró levantando una de sus cejas perfectamente depiladas.

—No soy tu sirvienta.

Jenny bufó y se removió en el sofá.

—Lo sé, Annie, perdona, no quería hacerte pensar eso —estiró la mano hacia ella y Anna la cogió dando un par de pasos hacia el sofá—. Me cabrea demasiado toda esta mierda.

La pequeña morena suspiró y se sentó a su lado apartando antes las revistas.

—Sé que te cabrea, ¡me cabrea hasta a mí! Pero no puedes estar perdiendo la paciencia por esto cada dos por tres. Deja que digan lo que quieran, son muy libres de decir lo que les plazca.

—No lo son —apuntó enfurruñada.

—Claro que no, pero déjalas. Viven de esto, del morbo, de remover la mierda para hacer daño. Esto es lo que vende, Jen —señaló una portada en la que se les veía a ellos en la rueda de prensa y una foto en la esquina inferior izquierda recordaba el falso desliz de David.

—Odio ver esas fotos una y otra vez —murmuró Jenny dejando caer la cabeza en el respaldo del sofá.

—Lo imagino...

Las dos se sumieron en un cómodo silencio. Jenny cerró los ojos un instante y pensó en la frenética semana que acababan de pasar. Parecía que había durado un mes entero pero no habían sido más que siete días. Las malditas imágenes, la tristeza, la frustración, el enfado, el odio hacia David, el dolor constante cada vez que respiraba. El estado de shock en el que entró fue parecido al que sufrió con la muerte de su madre. Aunque tampoco podía compararse con aquello.

Su madre...

De repente se acordó de ella. Estaba embarazada, iba a casarse con David. Su madre no iba a estar presente en ninguno de esos momentos tan importantes de su vida. Más importantes que un Grammy, más importantes que un disco de platino, más importantes que cualquier otra cosa que ya tuviera. Se le llenaron los ojos de lágrimas. Anna se dio cuenta y le acarició la mano con cariño.

—Jen, ¿estás bien?

—Estaba pensando en mi madre.

Eso sorprendió a Anna. Jenny no solía hablar de ella después de lo que pasó. En muy raras ocasiones comentaba algo acerca de Margaret por mucho que pensara en ella. El caparazón que Jenny se puso después de su muerte caía en raras ocasiones.

—¿Y qué pensabas? —le preguntó con dulzura.

—La echo de menos. Voy a ser madre y ella no va a estar, no va a conocer a su nieto y...

—Nieta —la corrigió Anna.

Jenny puso los ojos en blanco.

—No sabemos qué va a ser, Annie.

—Yo sí. Ya te lo dije, va a ser una niña preciosa.

Jenny sonrió y miró los ojos grises de su amiga. Parecía plenamente convencida de ello. Se llevó una mano al estómago y acarició la inexistente barriga.

—Me pone triste pensar que mi madre se va a perder los momentos más importantes de mi vida.

—Los verá desde donde esté.

—¿Tú crees? —preguntó esperanzada.

—Por supuesto. ¿Jamás la has sentido a tu lado?

Jenny se encogió de hombros.

—Ya sabes que desde que murió no he hablado mucho de ella. Siempre he pensado que todo lo que sucedió había sido mi culpa. Pero desde que hice las paces con mi padre las cosas han cambiado. No sé, me siento en paz conmigo misma por eso, siento que ella no me culpa...

—Ella jamás te culparía por eso —la cortó mirándola con una pequeña sonrisa.

—Lo sé, pero yo pensaba que lo hacía. Hace un tiempo que cambié de parecer e hice las paces con mi padre, puede que sentirme bien conmigo misma haga que la sienta más cerca. Es una tontería pero es así como me siento.

—No es ninguna tontería.

Volvieron a quedarse en silencio de nuevo, con sus manos entrelazadas todavía y observando las vistas de la gran manzana por el enorme ventanal.

Poco después las dos estaban observando los bocetos del vestido que llevaría a la entrega de premios. Ella no tenía nada que ver con el mundo del cine, no estaba nominada a ningún premio, por supuesto. Jenny iba a cantar en la gala. Faltaba un mes para que se celebrara y todavía no se notaría el embarazo. Necesitaba un vestido moderno y vanguardista para la alfombra roja y otro conjunto para la actuación.

Las dos estaban comentando acerca de si sería mejor que llevara falda o pantalones cuando escucharon la puerta abrirse.

—No hace falta que nos acompañes... —dijo David.

Jenny se giró hacia la entrada y le vio pegado al teléfono móvil. Qué guapo estaba. Llevaba un traje gris marengo con una camisa negra con los primeros botones desabrochados. Ni rastro de la corbata, debía habérsela quitado de camino a casa. Sus miradas se encontraron y él le guiñó un ojo. Le sonrió y sintió el habitual cosquilleo interno que sentía al verle tan sumamente atractivo.

—Neal nos llevará... Ah, tienes razón. ¡No seas imbécil! —Y se echó a reír.

¿Con quién hablaba?

Gary entró en el salón con su traje de color negro. Él no se había quitado la corbata en tonos verdes todavía. Anna se levantó de un salto del sofá y fue hasta él dando brinquetes. Jenny sonrió al verla enganchándose a su cuello para darle un beso.

David se sentó al lado de Jenny todavía hablando por teléfono entre risas, cogió su mano y la llevó a sus labios para besarla. Ella le sonrió de vuelta y se acercó a él para recostar la cabeza en su hombro. Le había echado de menos.

—Esta tarde necesito que vengas a la discográfica, Jen.

Se giró hacia la voz de Gary.

—Claro, no hay problema.

—Fergie viene para hablar de vuestra colaboración.

—Qué bien, hace mucho tiempo que no hablo con ella. ¿No vienen los demás?

Gary negó con la cabeza mientras se sentaba en el sofá. Anna se quedó de pie mirándolos a ambos.

—Will acaba su gira en una semana, el jueves la termina aquí en el Madison, actúa con Eva Simmons. Tabu y Apple están en Los Angeles para unas promociones. Así que Fergie es la que viene a la reunión para revisar el tema —la miró fijamente—. Lo has escuchado, ¿verdad?

—Sí, Gaz, lo he escuchado —respondió con hastío—. ¿No te fias de mí?

Gary se echó a reír.

—Me fio de ti pero pregunto para asegurarme.

Jenny negó con la cabeza y no pudo evitar que una sonrisa asomara en sus labios.

—¿Estás nerviosa? —preguntó el rubio tendiendo la mano a Anna para acercarla hasta él y sentarla en sus rodillas.

—Lo está —le contestó su novia pasando un brazo por sus hombros.

Jenny les miró a los dos y observó a David por el rabillo del ojo.

—¡Está bien! —Gritó al que fuera con el que hablaba—. Pero en diez minutos, ni uno más ni uno menos... sí, sí... —rio de nuevo—, hasta ahora.

Pulsó la pantalla de su iPhone y lo dejó sobre la mesa.

—Hola, cariño... —susurró pasando un brazo por la cintura de Jenny y atrayéndola a él.

Jenny se dejó abrazar y aspiró su aroma familiar mientras sonreía apoyada en su pecho. Notó los labios de David besando su pelo.

—¿Por qué sigues mirando toda esta mierda?

Se separó de él para ver a qué se refería. Ah, claro, las revistas.

—Me gusta saber lo que dicen.

—Claro, pero luego soy yo el que sufre las consecuencias —lanzó a la mesa la revista que había cogido del sofá—. ¿Ya estás lista?

Jenny miró hacia abajo, a sus ropas. ¿Qué pasaba? ¿Tan mal vestida estaba que no parecía lista para salir de casa?

—No creo que deba ponerme algo más para ir al ginecólogo —contestó con sequedad, incluso borde.

David respiró hondo y se obligó a sonreír.

—Estás preciosa tal y como estás.

—Sí, claro, eso lo dices ahora —exclamó poniéndose de pie de repente y sobresaltándolos a los tres—. Ya has dejado claro que no estoy lo suficientemente bien vestida como para salir a la calle.

—¿Qué? —Preguntó David sin entender nada.

—Nada, David, ¡nada!

Y se fue hacia la habitación dando grandes zancadas. Gary y Anna se volvieron hacia David y le sonrieron.

—Y ni siquiera está de tres meses —dijo Gary con claro tono malicioso.

—No me toques la moral, Gaz —se puso de pie—. Esta mujer me va a volver loco.

Fue tras ella dejando atrás las risitas de sus amigos, si es que podían llamarse así. Llegó a su habitación y la encontró sacando ropa del armario y lanzándola sobre la cama.

—Jenny, por favor, no tengas un ataque de los tuyos.

Ella se giró de repente y le fulminó con la mirada. David paró su avance en seco. Joder, le había dado mucho miedo.

Jenny siguió sacando ropa y tirándola a la cama.

—No te cambies, cariño, estás perfecta así...

—No decías eso hace un minuto.

—Yo no he dicho eso en ningún momento.

Jenny dejó de hacer lo que estaba haciendo y se giró a mirarle. Él la miró con calidez y ladeó la cabeza. Puede que ella no actuara racionalmente del todo a continuación pero no pudo evitarlo. Verle allí plantado, tan guapo y con esa mirada pudo con ella. Cogió lo primero que pilló y se lo lanzó. David fue rápido y esquivó la chaqueta. Iba con percha incluida.

—Jenny, ¿en serio? —La miró fijamente.

—Vete a la mierda.

Él rio. La típica respuesta de Jenny cuando no sabía qué contestar. Se acercó a ella y la cogió por la cintura. Ella no se resistió, sabía que no estaba actuando de manera racional. David la giró para que quedaran cara a cara. Sintió sus dedos en su barbilla y levantó la vista. La estaba mirando con una ceja levantada y su sonrisa torcida favorita.

—Vamos, Jen, no seas niña...

Hizo un puchero solamente para llevarle la contraria, él se echó a reír.

—¿Crees que serás capaz de controlar estos momentos de locura transitoria durante los meses que quedan?

—No.

Volvió a reír. Jenny sonrió casi involuntariamente.

—No puedes ponerte así con cada cosa que te diga. No puedo estar mirando con lupa cada palabra que te digo por si te sienta mal o le encuentras un doble sentido descabellado.

Ella desvió la mirada pero David volvió a coger su barbilla para que le mirara de nuevo.

—Sabes perfectamente que no he dicho nada por lo que te tengas que poner así.

—Vale... —rodó los ojos—, tienes razón.

—Estás muy guapa con esos pantalones y esa camisa. No tienes que cambiarte de ropa. Estarías guapa aunque fueras con una bolsa de basura puesta.

Ella sonrió al escucharle. David la acercó un poco más a él colocando una mano en su cintura.

—Siempre estás preciosa, Jenny —susurró agachando ligeramente la cabeza.

Esa voz susurrante le nublabla los sentidos. Levantó la cabeza y unió sus labios en un beso dulce y tierno. Llevó las manos a su nuca y la acarició de esa manera que sabía que a él tanto le gustaba. David la apretó más a su cuerpo y llevó una mano a su cuello. Se separaron unos segundos después y él besó la punta de su nariz.

—Tenemos que ir a ver qué tal se encuentra nuestra pequeña.

Jenny rio y le miró a los ojos. Brillaban igual que siempre que nombraba a su pequeña.

—Estáis empeñados en que va a ser una niña y no lo sabemos todavía.

David la cogió de la mano y empezó a andar hacia la puerta.

—Yo sí lo sé —dijo convencido.

Jenny volvió a reír. Justo antes de que él saliera de la habitación tiró de su mano haciéndole parar. David se dio la vuelta y la miró interrogante. No le dio tiempo a preguntarle nada porque los labios de Jenny volvían a estar sobre los suyos.

—Lo siento —susurró entre beso y beso.

Él sonrió mientras cogía su rostro entre sus manos y la besaba de vuelta. Se miraron a los ojos fijamente.

—No me vuelvas loco estos nueve meses —le pidió, bueno, casi se lo rogó.

—Lo intentaré —concedió ella—. Aunque de todas maneras no serán nueve meses, ya habrán pasado casi dos...

David se echó a reír y se acercó a besarla una última vez antes de salir al salón.

—¡Ya era hora! —William estaba de pie en la cocina con los brazos cruzados.

—¿Qué haces tú aquí? —Preguntó Jenny al verle.

—Hola, Jen, ¿qué tal estás? Yo también me alegro mucho de verte —dijo con ironía mirándola con mala cara—. Vamos al médico, ¿no?

—*Vamos* al médico —contestó señalándose a ella y a David.

William la miró con una enorme sonrisa falsa.

—*Paparazzi*.

No necesitó oír nada más. Bufó en alto y fue hacia la puerta. Ya entendía con quién hablaba David cuando llegó a casa.

—Llámame en cuanto sepáis algo —gritó Anna a sus espaldas.

—No sabremos todavía el sexo del bebé —le respondió mientras abría la puerta.

—Eso no necesito saberlo.

David rio entre dientes y Jenny rodó los ojos.

El enorme Jeep de William paró frente a la puerta del edificio. Estaban en el distrito financiero, unas manzanas más allá del nuevo World Trade Center. Jenny y David salieron del coche agachando las cabezas ligeramente. Lo último que querían era que alguien les reconociera entrando en un centro médico especializado en ginecología. Los periodistas se frotarían las manos con esa noticia después de todo lo que estaba pasando.

Entraron en el enorme *hall* acristalado y fueron hacia los ascensores. La clínica estaba en la décima planta. Dejaron a William cotilleando todo en el *hall* y fueron hacia el ascensor. Subieron acompañados de tres hombres trajeados que conversaban acerca de los inconvenientes de cenar mucho por las noches, claramente ajenos a quienes eran ellos dos. Salieron del ascensor cuando paró en su planta y caminaron cogidos de la mano.

—Una conversación interesante... —rio David.

El ascensor les había dejado directamente en la clínica. Era una sala abierta con grandes ventanales desde los que se veían las ventanas de los edificios colindantes.

Los colores blanco y azul dominaban el lugar, dándole un aspecto completamente médico y aséptico. Fueron hacia la recepcionista que enseguida levantó la mirada del teclado del ordenador y les regaló una enorme sonrisa.

—Buenas tardes...

Se quedó callada al reconocerles. Miró a Jenny con la boca abierta y su mirada pasó a David. Entonces sus ojos parpadearon y tragó saliva. Jenny no sabía si echarse a reír o cogerla de los pelos y decirle que ese era su hombre. Además, él sonreía abiertamente y tenía ese brillo especial en los ojos que no le había abandonado en la última semana. Estaba guapísimo. Era normal que la pobre recepcionista tuviera que tragar en seco al contemplar ese magnífico ejemplar masculino. Jenny decidió no montar el numerito y obligó a sus hormonas a relajarse.

—Buenas tardes —respondió David completamente ajeno a la reacción de la chica—. Venimos a ver a la doctora Cortes.

La chica carraspeó y bajó la mirada hacia la pantalla. Jenny frunció los labios intentando reprimir la risa, él se dio cuenta y la miró extrañado. ¿De qué se reía ahora esta mujer?

—Sí, les atenderá en unos minutos —anunció la chica haciendo que David dejara de mirar a Jenny—. Pueden sentarse en la sala de espera.

—Gracias —dijo Jenny sonriéndole.

—¿Quieren algo de beber?

—No, gracias —contestó David negando levemente con la cabeza.

—Me gustaría un vaso de agua muy fría —pidió Jenny sin dejar de sonreír.

—Por supuesto.

La chica se levantó diligente y desapareció por el pasillo.

—¿Se puede saber de qué te reías antes? —Le preguntó mientras se sentaban en los sillones de la sala de espera.

—La pobre chica ha babeado cuando te ha visto.

—¿A mí? ¿No sería por ti?

—¿Por mí? —Rio antes de acariciarle la mejilla—. Ay, David... ¿cuándo te vas a enterar de que traes de cabeza a la mitad de la población femenina del planeta?

—Joder, cállate, no me digas eso, ya sabes que no me gusta.

—Enfurrñado me gustas mucho más...

Se acercó a él mirándole con picardía y le mordió en el cuello. David rio entre dientes y la empujó un poco para apartarla.

—Estamos en una clínica. Compórtate, por favor.

Quiso sonar serio pero no podía dejar de sonreír. Jenny se dejó apartar y suspiró, le cogió de la mano y apoyó la cabeza en su hombro. Justo entonces la recepcionista volvió con su vaso de agua muy fría. Jenny se lo agradeció y no pudo evitar soltar unas risitas cuando vio cómo ella miraba a David justo antes de darse la vuelta hacia su mesa.

—No te rías... —murmuró él entre risas también.

Jenny soltó una carcajada involuntaria y las personas que había en la sala de espera se volvieron a mirarla. Se tapó la boca con la mano y se refugió en el pecho de David. Él rio bajito y pasó un brazo por sus hombros para abrazarla a la vez que besaba su pelo. Les salió natural, sin tener en cuenta que todas las personas que había allí les conocerían a los dos. Actuaron como una joven pareja normal y feliz.

Cuando les dijeron que podían entrar a la consulta todas esas personas se quedaron pensando eso. Para ser famosos y mundialmente conocidos parecían normales, personas que rien, se avergüenzan y sufren. Todos estaban al tanto de esas fotos del supuesto engaño de David. Ninguno creyó que eso fuera cierto después de presenciar esos segundos de complicidad entre ellos.

Entraron en la consulta de la doctora Cortes y se saludaron educadamente.

—Así que estás embarazada, Jennifer.

—Me hice la prueba hace unos días y salió positiva. Creo que mi médico particular le envió los análisis de sangre que me hizo el martes, ¿cierto?

—Así es —sonrió la doctora. Era joven, unos treinta y cinco años. Pelo rubio cortado en una graciosa melena a la altura de la barbilla. Tenía ojos castaños y muy expresivos. Infundía confianza—. Por eso te digo que estás embarazada, no lo preguntaba.

Volvió a sonreír y ellos la imitaron. David estiró la mano para coger la de Jenny y ella se volvió para mirarle. Su sonrisa se hizo todavía más grande y sintió un escalofrío recorrerle el cuerpo. Iba a ser madre. Confirmado. Madre... Tuvo que reprimir las ganas de llorar.

—Bueno —siguió la doctora Cortes—, según los análisis todo está bien, Jennifer. Todo está entre los límites establecidos y no hay nada fuera de lo normal. Supongo que sabes que no puedes hacer esfuerzos excesivos así que espero que no tengas ninguna gira programada.

—No hay nada programado —sonrió sin soltar la mano de su novio—, ya lo programaremos más adelante.

—Perfecto. No quiero que te pegues una paliza tremenda bailando que pueda causar cualquier problema al bebé. ¿Haces ejercicio?

Jenny asintió con la cabeza.

—Puedes seguir haciéndolo sin problema. Mantén el ritmo y si ves que te cansas más de lo normal simplemente reduce las sesiones. Te vendrá bien hacer ejercicio y mantener la normalidad. Eso no afectará en nada al bebé —les miró a los dos alternativamente—. Supongo que querréis verle.

—¿Ya podemos? —preguntó ella notando cómo su corazón se aceleraba.

—Claro —dijo poniéndose de pie—. Vamos a esa camilla. Jennifer, tendrás que ponerte esta bata, puedes pasar detrás de ese biombo.

Ella sonrió y cogió la bata que le tendía. Sonrió una última vez a David y fue hacia el biombo. Se desvistió a toda prisa y se puso esa bata horrible de color blanco. Caminó hacia la camilla y se sentó. David enseguida estuvo a su lado de nuevo para cogerle la mano.

—Vamos allá —susurró la doctora—. Tumbate, Jennifer. Vas a notar algo de frío cuando te aplique este gel, pero tranquila, merecerá la pena.

Le sonrió y Jenny sonrió automáticamente. Iba a ver a su bebé. El corazón le latía tan deprisa que creyó que se le saldría del pecho. Miró a David y sintió que el amor que sentía por él crecía un poquito más. Parecía tan feliz... Sonreía sin parar, sus ojos brillaban llenos de una felicidad que irradiaba por todos los poros de su piel. Estiró la mano que tenía libre y le acarició el pelo. Él apartó la vista del monitor en el que todavía no aparecía nada y la miró. Se sonrieron y David se acercó a besarla en los labios. Un tierno beso que lo significaba todo.

Justo entonces un extraño sonido inundó la habitación y los dos se separaron para mirar al monitor.

—Aquí lo tenemos... —murmuró la doctora.

—¿Eso es... su corazón? —preguntó David abriendo la boca por primera vez desde que entraron a la consulta.

—Así es. Fuerte y sano.

Y entonces Jenny ya no pudo aguantar más y sintió las lágrimas deslizándose por sus mejillas.

Los días iban pasando rápidos, aunque no lo suficiente para David.

El humor de Jenny era tan cambiante que cuando despertaba no sabía si ese iba a ser uno de los días en que iba a sufrir por haberla dejado embarazada o iba a poder relajarse al verla sonreír. Tan pronto le gritaba sin razón como se echaba a llorar de repente. Las dos cosas le acojonaban bastante, la verdad.

Ya se le notaba la tripita. Dentro de poco tendrían que admitirlo ante los medios o mandar algún comunicado de prensa para que les dejaran tranquilos. En US Weekly ya habían publicado fotos de Jenny comprando en la Quinta Avenida acompañada de Anna en la que analizaban al milímetro su perfil ligeramente curvado. Por suerte, en la actuación en los MTV Movie Awards nadie sospechó nada porque Anna la vistió con ropas que no se ceñían demasiado en su cintura y caderas. Pero ahora ya estaba de casi cuatro meses, no podían ocultarlo por más tiempo.

Otro tema que tenía a Jenny ansiosa era el de siempre, el de los últimos meses. No había noticias de Lydia. Sus abogados se habían reunido con los de ella pero la corista no había dado señales de vida. Aunque tampoco le daban más vueltas al asunto, la fecha del juicio ya estaba fijada y ese día ella debería dar la cara. Hasta entonces trataba de no torturarse con el tema.

Era miércoles por la mañana y Jenny estaba sentada en una banqueta de la cocina mientras observaba a Caroline yendo de un lado a otro con un delantal lleno de harina.

—¿De crema? —le preguntó la rubia observando el interior de la nevera

—Y chocolate.

Caroline volvió la cabeza para mirarla con censura.

—Ya sé que no debería comer dulces, Carol, ¡pero lo necesito! —Exclamó juntando las manos en señal de súplica—. Ponte en mi lugar, por favor.

Su amiga negó con la cabeza mientras sacaba los ingredientes que iba a necesitar y los dejaba en la encimera. Cogió un bol de un armario y se colocó frente a Jenny en la isla central, dejando todo lo que necesitaba para hacer la crema pastelera a su lado. Ella la observaba con detalle mientras no paraba de mover la pierna en claro gesto nervioso.

—Parece que te llevan al paredón, Jen... —rio Caroline mientras empezaba a batir los huevos—. Solo es el cumpleaños de David.

—Sabes perfectamente que no es eso lo que me preocupa.

—Ya, ya... confesar ante tus suegros y tu padre que estás embarazada debe de dar un poquito de miedo.

—¿Un poquito? —Chilló haciendo que Caroline diera un brinco—. Mi padre se pondrá histérico.

—Igual no, puede que se alegre tantísimo de ser abuelo que se eche a llorar.

—¿Mi padre? Caroline, eres súper graciosa —rio falsamente—. Deberías dedicarte a hacer monólogos en algún local del Soho en lugar de ser mi entrenadora personal.

—Y nutricionista —añadió levantando un dedo y con una enorme sonrisa en el rostro.

Justo entonces escucharon la puerta abrirse y Anna llegó junto con Will cargado de bolsas.

—Déjalo por ahí, Will —le dijo acercándose al salón y señalando los sofás—. Luego me encargaré de colocarlo.

—No soy tu jodido esclavo, Anna —gruñó Will arrojando las bolsas encima del sofá y mirándola con mala cara—. Que trates así a Gary no quiere decir que conmigo puedas hacer lo mismo.

—Llevas diciéndome lo mismo desde que éramos niños —contestó ella moviendo la mano en el aire—. Te encanta venir de compras conmigo, hermanito.

Will empezó a farfullar cosas que hicieron reír a las tres. Anna fue corriendo hacia Jenny y la abrazó para después besarla. Fue hasta Caroline seguidamente y repitió la acción. Will se acercó a su mujer y la besó en el cuello justo antes de ponerse a cotillear en la nevera.

—¿A qué hora llegan todos? —Preguntó el moreno con la cabeza dentro del frigorífico.

—Mi padre dentro de dos horas y los Hill un poquito más tarde. David va a ir a buscarles con Gary cuando salgan de la oficina.

—Entonces tenemos aproximadamente tres horas y media para preparar todo esto —exclamó Anna poniéndose recta, su pose de sargento.

Oh, oh.

David iba sentado en el asiento del copiloto lanzando miradas asesinas a Gary sin parar. No entendía por qué no había ido con Neal a buscar a George y a sus padres.

—La vida es algo que no se puede predecir, ¿no creéis? —Preguntaba el rubio mirando por el espejo retrovisor hacia ellos—. A veces suceden cosas inesperadas que luego resultan ser maravillosas...

—O cosas inesperadas y que son falsas —cortó George mirando a David desde su asiento con esa mirada fría de padre que además es jefe de policía y tiene un arma que sabe utilizar.

Le sonrió como pudo y se encogió un poco en su sitio para que no pudiera verle desde donde estaba sentado. Por suerte Gerard acudió en su ayuda y desvió la conversación hacia las fotos de Lydia diciendo que él jamás creyó que David fuera capaz de hacer algo así y que se veía claramente que eran un montaje.

George le siguió el juego y entre los dos se entretuvieron el resto del trayecto conversando acerca de la falsedad de las imágenes y de lo bien que habían reaccionado los dos en la rueda de prensa.

Kate y Ygritte iban en los asientos del fondo del Jeep conversando entre ellas por lo que David no las escuchaba. Y tenía la esperanza de que no hubieran escuchado a Gary y sus indirectas porque eran demasiado listas como para olerse que en ese viaje iban a descubrir algo muy interesante. Además, tenía claro que ambas habrían oído acerca de los rumores del embarazo de Jenny, no le cabía ninguna duda. La mirada que le lanzó su madre antes de abrazarle en el aeropuerto le resultó diferente, esperanzada e ilusionada. Aunque Ygritte era tan discreta que no diría nada hasta que le sacaran el tema. Probablemente habría obligado a Kate a no decir ni una sola palabra al respecto si él o Jennifer no nombraban el tema.

—Cierra esa boca, Gaz —escupió en voz baja mirándole amenazante.

El rubio rio entre dientes sin apartar la vista de la carretera.

—¿Tú ves que a mí me haga gracia? —Preguntó empezando a enfadarse de verdad.

—Me callo, David, no diré ni media palabra más —prometió levantando una mano en el aire—. Es que es tan divertido haceros rabiar...

—Pues límitate a conducir y métete tus diversiones por el culo.

Gary se echó a reír y David negó con la cabeza. Por favor, que llegaran pronto a casa, que llegaran cuanto antes. Aunque, claro, lo que les esperaba una vez llegaran era tema aparte... Confesar ante los padres de ambos y Kate que esperaban un hijo.

Un hijo antes del matrimonio y con toda la que les estaba cayendo encima con el tema de Lydia. Encima Jenny ya estaba bastante redondita y se le notaba a la legua. Por lo menos él la notaba muy cambiada, seguro que su madre vería que algo pasaba con ella en cuanto la viera. Suspiró y se pasó una mano por el pelo. Con

tanto estrés que tenía últimamente no sería raro que empezara a caérsele en cantidades industriales.

Tras media hora en el coche en la que las conversaciones se centraron en cómo iban a pasar esos días en la Gran Manzana, llegaron a su edificio. Entraron en el garaje directamente para evitar a los periodistas que estaban apostados permanentemente en su portal. David no quería ni oírles preguntar acerca de la tripita de Jenny delante de sus padres. Salieron del coche y cargados de maletas fueron hasta el ascensor.

—Kate, ¿qué coño te has traído para una semana? —preguntó a su hermana mientras arrastraba una de las dos maletas que había traído.

Su hermana se sonrojó y se encogió de hombros.

—Ropa y complementos, Dave, nada más.

La miró frunciendo el ceño. Su hermana no se sonrojaba. ¿Qué le pasaba para actuar así? Además, iba maquillada. O su pequeña hermanita había crecido demasiado en los últimos meses que llevaba sin verla o allí pasaba algo que él se había perdido. Miró de reojo a su madre y tuvo la prueba que necesitaba. Esa sonrisa que Ygritte lucía quería decir que había más cosas ahí de las que él sabía. Debía ponerse las pilas y enterarse.

Llegaron al piso diecisiete y Gary sacó sus llaves para abrir la puerta. En cuanto puso un pie en el interior del apartamento se escucharon pasos de gente acercándose junto con risas exageradas y la voz de una mujer mandándolos callar a todos inmediatamente. David rio al reconocer la voz enfadada (algo casi continuo últimamente) de su querida prometida.

—Ya estamos aquí —exclamó Gary dejando en el suelo la maleta que llevaba.

Anna apareció enseguida para darle un abrazo. Tras ella, William y Caroline apoyados en la isla de la cocina, sonrieron. Jenny también estaba con ellos y no parecía demasiado cómoda. Se retorció las manos sin parar y estiraba el bajo de su camiseta hacia adelante intentando que no se ciñera demasiado a su cuerpo. David sonrió y fue hacia ella.

—Hola, preciosa —susurró justo antes de depositar un suave beso bajo su oído.

Jenny reprimió un escalofrío y le devolvió la sonrisa.

—Felicidades, Jack.

David soltó una carcajada y pasó las manos por su cintura para atraerla hacia él. La besó fugazmente en los labios.

—No he hecho nada que merezca que me llames por mi antiguo nombre de canguro, ¿verdad? —su tono de voz cambió de divertido a precavido.

Jenny negó con la cabeza sin dejar de sonreír.

—Me gusta llamarte así de vez en cuando, no debemos perder las buenas costumbres.

—Ah, si es por eso puedes llamarme así cuando quieras.

La besó en los labios olvidando por completo al resto de personas que venían con él. Jenny ya había pasado las manos por su nuca y se apretó a su cuerpo buscando la habitual sensación de bienestar que la invadía cuando le sentía tan cerca. Bueno, y dicho sea de paso, porque últimamente estaba más salida que el pico de una plancha y en cuanto David la besaba todas y cada una de las terminaciones nerviosas de su cuerpo se revolucionaban y le pedían más.

Un carraspeo les hizo separarse. Jenny miró por encima del hombro de David y sonrió al ver parados allí a todos sus seres queridos. Soltó a su chico sin pensar demasiado en el acaloramiento momentáneo que sufría y fue a abrazar a su padre. George la recibió encantado.

—Te había echado de menos, pequeña —susurró en su oído mientras acariciaba su pelo.

—Y yo a ti, papá.

Le abrazó con fuerza y aspiró su aroma familiar tan similar al del coche patrulla. Sus ojos se llenaron de lágrimas y tuvo que limpiarlos con el dorso de la mano derecha para eliminar las que habían empezado a escaparse sin permiso.

—No llores, Jen —rio su padre mientras le acariciaba la mejilla.

—Estoy un poquito sensible últimamente —murmuró ella apartándose un poco de él.

—Y muy guapa.

Jenny se volvió hacia la voz femenina que había dicho eso y sonrió al ver a Ygritte. Más lágrimas. Se abrazaron cálidamente y se susurraron al oído palabras que nadie más escuchó. Ygritte se aseguró de que se encontraba bien después de esas fotos tan horribles que habían recorrido el globo terráqueo, le pidió que no creyera ni media palabra de las que dijeran porque David estaba completa y absolutamente enamorado de ella, le contó que habían hablado durante aquellos dos días y que jamás le había visto sufrir tanto. Jenny lloró todavía más recordando aquellos terribles momentos.

Enseguida pasó a los brazos de Kate que la abrazaron entre risas y alguna que otra lágrima también, pero ya no le dijo nada sobre ese episodio que quería borrar de su mente.

—¿Va a venir Steve al cumpleaños de mi hermano?

Se echó a reír escandalosamente en cuanto la escuchó.

Tras abrazar a Gerard y que todos sus amigos abrazaran a los recién llegados, se dedicaron a ubicarlos en el apartamento. Ygritte y Gerard ocuparían el antiguo cuarto de William y Caroline; George y Kate se quedarían en las otras dos habitaciones del apartamento, más pequeñas pero para ellos solos serían perfectas. Dejaron las maletas y comenzaron a ultimar los detalles para comenzar la celebración del cumpleaños de David.

—¿Quién querrá que abra una botella de vino especial? —gritó Gary para que los nuevos habitantes de la casa le escucharan.

—Me parece una gran idea, chico —dijo George caminando por el salón sin dejar de mirar por los enormes ventanales—. Menudas vistas, creo que no me acostumbraré jamás a ver esto a todas horas.

Jenny rio entre dientes y fue hacia la cocina para sacar un par de vasos que faltaban de un armario. Justo cuando los sacaba sintió la mano de David acariciando su brazo. Se volvió a mirarle.

—¿Qué tal estás? —le preguntó él con suavidad.

—Estoy bien, nerviosa pero bien.

—Te has librado de una buena no viniendo a recogerles con el simpático de Gary.

—¿No se ha comportado? —reprimió una sonrisa.

—Para nada —negó con la cabeza sin dejar de acariciar la piel de su brazo—. Se estaba ganando una paliza en toda la regla.

Jenny rio y David no pudo hacer otra cosa que sonreír. Le encantaba escucharla reír.

—¿Cómo crees que se lo van a tomar? —preguntó ella preocupada.

—Ni idea. ¿Estás asustada?

—Estoy acojonada —apuntó abriendo mucho los ojos.

—No es una mala noticia, se lo tomarán bien —hizo una pequeña pausa—. O eso espero...

Jenny apoyó la cabeza en su pecho y él le acarició la espalda.

—Todo irá bien —susurró antes de besarle en la frente con cariño.

Ella suspiró y pasó los brazos por su cintura sin soltar los dos vasos que había cogido. Justo entonces empezaron a escuchar a William discutiendo con Gerard acerca de no sé qué partido de los Yankees.

—Maldita sea la hora en que le explicó las reglas del béisbol... —murmuró David entre dientes—. Será mejor que empecemos todo esto cuanto antes si no queremos que se comporten como dos críos.

Jenny rio y cogió su mano para ir con él y el resto hasta el salón. Se sentaron todos alrededor de la mesa en la que platos con diferentes aperitivos les esperaban para celebrar el cumpleaños de David.

Conversaron acerca de cómo iban las cosas en Norfolk, sobre cómo George había tenido que detener a unos gamberros en Aberdeen después de que hicieran unas pintadas en la tienda de la señora Taylor y William añadió algo de humor contando unos chistes subidos de tono que había escuchado en la radio. Gerard rio tanto que casi se atraganta con uno de los canapés de cangrejo que había preparado Caroline.

Jenny no pudo probar bocado en todo el rato. Le sudaban las manos, el corazón le latía demasiado rápido y sentía un nudo en el estómago que le impedía llevarse nada a la boca.

—¿No comes nada, cielo? —Preguntó su padre mirándola fijamente.

—No... he picado algo mientras Carol lo preparaba todo —mintió con una sonrisa demasiado falsa.

Vio cómo sus amigos reprimían la risa y casi escuchó el gruñido subir por la garganta de David.

—Hagamos un brindis —dijo Gerard poniéndose en pie, todos le imitaron—. Por David, que hoy cumple treinta y un años y parece que ha encontrado su lugar en el mundo. Mi mujer y yo os estamos muy agradecidos a todos por haberle incluido en vuestras vidas aunque sabemos que sus comienzos no fueron demasiado agradables para todos.

Se escucharon risas por parte de los aludidos. Jenny se sonrojó recordando los comienzos de su relación y se sorprendió al recordar lo mucho que le odiaba cuando apareció en su vida.

Negó con la cabeza al acordarse de cómo le pidió y le rogó a Carlo por que le despidiera y así perderle de vista. Odiaba su mirada de suficiencia, su altanería, su manera de intentar manejarla a su antojo... Casi no podía creer cómo había pasado de odiar a amar de esa manera a su canguro.

—Jenny, cariño —dijo Gerard haciéndola parpadear mientras apartaba todos esos recuerdos de su mente—. Coge una copa y brinda con nosotros.

Oh, oh...

—Esto... no quiero vino, Gerard, gracias —se estiró y cogió una lata de refresco—. Brindaré con esto.

—Pero, mujer, un brindis de este calibre es mejor hacerlo con un buen vino como el que Gary nos ha servido.

—No quiere beber, papá —explicó David—. No importa. Yo también brindo con refresco.

—Pero... —fue a quejarse Gerard.

Justo entonces Ygritte estiró la mano y la puso sobre el brazo de su marido sin dejar de sonreír en ningún momento. Éste la miró un instante y se sorprendió al verla con esa sonrisa tan radiante.

—Creo que hay algo que tu hijo quiere decirnos, Gerard.

Entonces todas las miradas se centraron en ellos dos. Jenny carraspeó nerviosa y David miró serio a su madre. Ella sabía perfectamente lo que sucedía.

Ygritte le hizo un asentimiento casi imperceptible con la cabeza y le miró con los ojos llenos de ternura. Sonrió a su madre y cogió a Jenny de la mano. Ella levantó la vista y le miró con auténtico pavor. Él lo hizo con firmeza, intentando transmitirle confianza, diciéndole que no se preocupara, que todo iba a salir bien. Tomaron aire y observaron al resto. Estaban todos expectantes.

Caroline se había enganchado al brazo de William y les miraba con ojitos brillantes y sin borrar la sonrisa de su rostro. El moreno sonreía con sorna, esperando impaciente la reacción de George Scott. Casi cruzaba los dedos por que sacara la pistola y le diera un susto de los buenos a David. Esa sería una anécdota cojonuda.

Anna había juntado las manos a la altura del pecho y les miraba de manera muy similar a Caroline. Gary pasó un brazo por la cintura de Anna y sonreía con calidez a sus amigos.

Kate miraba a su hermano con el ceño fruncido. No entendía nada pero a ella todo eso le daba igual, solo quería que esa maldita fiesta terminara cuanto antes para poder llamar a Steve y verle por fin. Llevaba tanto tiempo esperando ese reencuentro que cualquier cosa que le fueran a contar sería completamente irrelevante para ella.

George y Gerard les miraban frunciendo el ceño, con las copas en las manos y sin tener ni idea de qué pasaba que era tan importante como para tomárselo con tanta ceremonia.

—Papá, mamá, George... —empezó David mirándoles uno a uno—. Jenny y yo tenemos que contaros algo. Jenny y yo... esto... Jenny...

—Joder, David, dilo de una jodida vez —le cortó ella empezando a perder la paciencia—. Estoy embarazada.

Bomba soltada.

Se hizo el silencio más absoluto en la habitación por un espacio de tiempo indefinido.

Jenny miraba fijamente a su padre que fue cambiando de color lentamente. El pálido habitual de su piel pasó a un rosado, que cambió a rojo en dos segundos y se convirtió en morado en solamente uno. Por suerte, mientras George mutaba como un camaleón, el resto de las personas ahí reunidas se sumieron en un estado de algarabía y alegría extremo.

Ygritte corrió a abrazarles entre risas y gritos.

—¡Voy a ser abuela! —Gritaba abrazando a David para luego coger a Jenny de ambas manos y mirarla con los ojos llenos de lágrimas—. Lo he sabido nada más verte, cariño. Tienes ese brillo especial que solo las futuras madres tienen.

Se abrazaron entre lágrimas de felicidad. Gerard y Kate se acercaron a ellos también, les abrazaron mientras exclamaban lo felices que estaban y lo inesperado de esa noticia. Sus amigos contemplaban la escena sin dejar de sonreír y después se vieron sorprendidos por los abrazos efusivos de la familia Hill al completo. El que seguía sin moverse de su sitio era George Scott.

Por su mente pasaban cientos de imágenes sin cesar. Momentos compartidos con su hija, momentos tan lejanos que casi veía en blanco y negro. Si había algo de lo que se arrepentiría el resto de su vida era de haberse alejado de ella. Haber dejado que se marchara a Nueva York y que emprendiera sola la andadura de ser cantante, haberse desentendido en cierta manera de su vida, haberse dedicado exclusivamente a refunfuñar cada vez que la veía en los medios por un escándalo.

Haberse perdido la mitad de la vida de su niña. Eso era lo que más le atormentaba cuando se acostaba por las noches. “Soy un mal padre”, se decía cuando se tapaba con las mantas, “he dejado de lado mis obligaciones solo por mi propia comodidad, por no enfrentarme a la realidad de Jenny”. Y se sentía egoísta, cobarde y triste como nadie.

Todas las noches recordaba a Margaret. La veía sentada en la banqueta del piano de color blanco que antaño adornaba el salón de la casa de Aberdeen. Jenny se sentaba a su lado y tarareaba las canciones que su madre tocaba. Ya entonces sabían que tendría una gran voz y que podría hacer cosas importantes en su vida. Las recordaba a las dos sonriendo mientras la lluvia caía incesante en el exterior. Él se sentaba en su sillón a ver las noticias pero no paraba de mirarlas de reojo, guardando en su memoria esos momentos tan preciosos que jamás olvidaría.

Amó a su mujer más que a nada en el mundo. La quería cuando gritaba, cuando se enfadaba, cuando reía, cuando cantaba y cuando bailaba, pero, sobre todo, la quería cuando hablaba. Porque sabía hablar, sabía decir todo lo que pensaba sin ningún problema, encontrando la manera de desnudar sus pensamientos frente a él. Y esa no era una característica que George Scott hubiera adquirido con el paso de los años. Así que cuando Margaret murió se sumió en una oscuridad de silencio. Una oscuridad que ni siquiera dejó que iluminara la sonrisa de su propia hija.

Ella creyó que le culpaba por lo que pasó y él jamás se lo desmintió. Hubiera sido todo más sencillo si hubiera sabido hablar, compartir sus sentimientos con Jenny, decirle sinceramente y mirándole a los ojos que su madre había muerto porque la vida es así, porque las cosas suceden sin razón, que ella no era culpable de nada y que siempre estarían juntos.

Pero no lo hizo y su pequeña se marchó. Y había estado fuera de casa durante años. Años en los que hablaban de vez en cuando pero casi siempre terminaban discutiendo. Y la había echado tantísimo de menos que le dolía solo recordarlo.

Y su pequeña estaba embarazada ahora. Embarazada. Su Jenny iba a tener un bebé.

Sonrió de repente en medio de los abrazos y la alegría que le rodeaban. Sonrió pensando que iba a ser abuelo, que una pequeña personita iba a iluminar sus días dentro de unos meses. Recordó a Margaret de repente y se le llenaron los ojos de lágrimas. Si su mujer hubiera estado en ese momento hubiera abrazado a su hija la primera de todos los ahí reunidos. La hubiera besado en la mejilla y hubiera acariciado su cabello con una dulzura infinita.

Margaret no estaba allí. Pero él sí.

Avanzó hasta donde su hija estaba intentando sonreír a Anna que hablaba con Ygritte acerca de la preciosidad de vestidos que le pondrían al bebé. Jennifer no le vio ir hasta allí. George estiró un brazo y apoyó la mano con suavidad en su hombro. Ella se giró despacio y le miró con ojos brillantes, llenos de sensaciones cruzadas. El miedo, la alegría, la tristeza, la decepción, la ilusión, chocando entre ellos.

—Jen, cariño —murmuró dejando que se notara lo emocionado que estaba—, me alegro muchísimo por vosotros.

Los ojos de su hija se suavizaron y una sonrisa apareció en sus labios.

—¿De verdad, papá?

George asintió mientras sentía las lágrimas agolparse en sus ojos. Jenny se lanzó a sus brazos y se enroscó a su cintura mientras rompía en llanto, mezcla de alivio y de alegría.

Los dos se abrazaron durante minutos mientras George la besaba en la mejilla y acariciaba su cabello con toda la dulzura que sentía en esos momentos.

—No me puedo creer que no me dijeras nada.

Jenny soltó una risita por lo bajo.

—Entiéndelo, no podía.

—Y una mierda. Es mi hermana.

—Y está enamorada, no es tan malo.

David bufó mientras subían en el BMW negro que les esperaba en el garaje de su edificio. Neal le sonrió mientras cerraba la puerta y fue a sentarse en el asiento del conductor.

—Enamorada de uno de los chicos de William, Jenny —apuntó David mientras se desabrochaba los botones de la chaqueta del traje gris de Dior que llevaba—. Uno de los chicos de William, ¿lo pillas?

Jenny soltó una carcajada mientras se colocaba el cinturón de seguridad por encima de la enorme barriga.

—No entiendo qué problema tienes con eso.

David miró fijamente a William que estaba sentado con total tranquilidad en el asiento del copiloto. El moreno miraba al frente mientras salían del garaje, con las gafas de sol oscuras perfectamente colocadas.

—¿Quieres que te recuerde alguna de las cosas que ha hecho tu querido Steve durante el último año?

Las comisuras de los labios de William se curvaron ligeramente hacia arriba.

—Es joven y mientras no está trabajando es muy libre de hacer lo que quiera.

—¡Pero se ha metido en más peleas que un jodido boxeador! —Gritó David echándose hacia delante para poder ver mejor a William—. No quiero eso para mi hermana.

—Eso no lo decides tú.

Se giró rápidamente hacia la voz de Jenny, que miraba por la ventana intentando no reírse.

—Pues en este caso te equivocas —gruñó de nuevo dejándose caer sobre su asiento—. No pienso permitir que Kate salga con él.

—Entonces te deseo suerte, colega —dijo William sin cambiar su expresión seria—. Creo que tu querida hermanita pasa más tiempo en el apartamento de Steve que en el que Gerard alquiló para ella.

David empezó a decir barbaridades a la vez que se llevaba las manos a la cabeza. Jenny se echó a reír y estiró la mano para apoyarla sobre su rodilla.

—Steve es un buen chico, dale una oportunidad.

—Y una mierda una oportunidad —farfallo David—. Una oportunidad dice... ¡ja! Ni de coña pienso darle una oportunidad a ese descerebrado...

—Cascarrabias de los cojones —murmuró William desde su asiento.

Neal reprimió una sonrisa pero Jenny le vio a través del espejo retrovisor así que estalló en carcajadas, haciendo que el pobre chofer se echara a reír también.

—Me encanta veros tan divertidos —dijo David con voz cortante—. Por lo menos está bien ver que os tomáis de esta manera lo que va a pasar dentro de un par de horas.

Jenny dejó de reír automáticamente y se llevó las manos a la barriga, acariciándola en una especie de manía que había adquirido en el último mes. Si se ponía nerviosa acariciaba su barriga, a su bebé. Le daba tranquilidad y, de alguna manera, sentía que se la transmitía a su pequeña. Sí, pequeña.

Resulta que la bruja de Anna y el padre de la criatura tenían razón, era una niña. Todavía no tenían decidido el nombre y aunque Anna estuviera totalmente segura de que iba a llamarse Stephanie, ellos no lo tenían tan claro. Principalmente porque ni a ella ni a David les gustaba ese nombre. Se debatían entre Julia y Emma, todavía no lo tenían claro. Aunque ella siempre la llamaba Emma. Solía hablar con su niña cada vez que se quedaba sola. Le contaba lo que había hecho ese día, le hablaba de su padre y su mal genio, de lo mucho que le quería, de sus futuros tíos y de toda la gente que la iba a querer cuando llegara al mundo.

—Lo siento, cariño —sintió la mano de David sobre la suya uniéndose a sus caricias—. Perdona por ser tan borde, pero ya sabes cómo me pongo con el tema de Kate.

Jenny asintió comprensiva pero siguió seria, mirando por la ventana. Nueva York y su día a día. Gente yendo y viniendo por las aceras, turistas haciendo fotos durante las vacaciones de su vida, policías comiendo donuts apoyados en su coche patrulla mientras observaban el tráfico, puestos ambulantes de pretzels, el perpetuo humo saliendo de las rejillas en el asfalto, el sonido del claxon de los coches... Suspiró y siguió acariciando a su niña.

Se había dejado llevar por las risas y la histeria de David con la relación de su hermana y Steve, tanto que casi había olvidado a dónde iban en ese momento.

Había llegado el día. "El día D". Lydia Jamison. La zorra entre las zorras. La mujer que había intentado destrozarse la historia de amor de su vida mediante mentiras y manipulaciones. La asquerosa mujer que había fingido un lío con David para hundirla en la miseria. Y ese día, veinticinco de noviembre, iban a enfrentarse a ella en los juzgados.

Seguían sin saber absolutamente nada de ella. Uno de sus abogados consiguió contactarla un día pero ella le respondió que no tenía nada que hablar con él y que todo quedaría aclarado ante la justicia. La muy zorra...

La cuestión era que ese día iba a ser la vista oral y todos ellos tendrían que dar testimonio acerca de lo sucedido. Lo más probable es que Lydia se inventara todo y contara su versión especial y particular de los hechos, es decir, la versión falsa.

Jenny sabía que se iba a poner histérica cuando la escuchara decir esas cosas sobre ella y David. Lo sabía y aunque había practicado en casa, con sus abogados, con David, con Anna y Caroline... aun así tenía serias dudas de que fuera a ser capaz de controlarse y no ponerse a gritar en medio del juzgado como una auténtica demente.

Sin que David dejara de hacer caricias sobre su mano llegaron al 31 de Chambers Street y Neal paró el BMW frente a la puerta, donde una jauría de *paparazzi* y periodistas esperaban ansiosos por saber más de esa historia que tantos beneficios les estaba dando.

Jenny inspiró profundamente y cerró los ojos.

—Todo irá bien.

Asintió ante el susurro de David y abrió los ojos para mirarle. Él le sonrió y ella asintió con la cabeza. Se besaron levemente en los labios y miraron al exterior del coche. William salió del BMW y se colocó al lado de la puerta de David. Le vieron mover los labios diciendo lo que fuera a los periodistas, probablemente advirtiéndoles para que se comportaran. David cogió la mano de Jenny y la apretó intentando transmitirle su fuerza. Justo entonces William abrió la puerta y la locura se desató.

—¿Qué tal se encuentra señorita Scott? ¿Novedades acerca de su embarazo?

—¿Qué esperan de esta vista oral con la señorita Jamison?

—¿Todavía sigue creyendo en la versión del señor Hill?

—¿Son ciertos esos rumores que hablan acerca de su decisión de dar a luz en el agua bajo el control de un chamán y...?

Jenny volvió la cabeza hacia la voz que había hecho esa última pregunta. ¿Qué tipo de chorradas eran esas? ¿Un chamán? Por favor... los jodidos periodistas estaban a punto de perder la cabeza en el momento menos pensado.

—No digáis tonterías... —murmuró mientras David tiraba de ella hacia la entrada de los juzgados.

Ignoraron todas las preguntas y siguieron a William y a otros dos chicos de su equipo de seguridad que habían llegado en el coche que iba delante de ellos hasta el interior del edificio, donde por fin las tonterías cesaron y pudieron disfrutar de un silencio bastante agradable. Los abogados de Jenny se acercaron a ellos y les pusieron al corriente de las últimas novedades sobre el caso. Lydia ya se encontraba en la sala. Estaban bastante seguros de que iba a utilizar algún testigo falso y comentaron algo acerca de un as en la manga que solucionaría todo y pondría a cada uno en su sitio. Jenny les miraba con el ceño fruncido. *¿Qué as en la manga?* No tenía ni idea de a qué se referían con eso pero David asentía a la vez que sonreía con cierta malicia en el rostro.

—¿Qué pasa? —Preguntó cuando los dos abogados se pusieron a hablar con un hombre que pasó a su lado—. ¿Qué dicen de un as en la manga?

—Nada, cariño, no te preocupes —le acarició el rostro con dulzura—. Todo va a ir bien.

—Si me estás ocultando algo sabes que me voy a cabrear...

—Asumo las consecuencias —sonrió a la vez que se agachaba un poco para besarla en la punta de la nariz.

Jenny se le quedó mirando muy seria pero él no se amedrentó bajo esa mirada. Ya no surtía el efecto de antaño, estaba perdiendo facultades con él. En vez de conseguir que le confesara lo que leches estuviera pasando, el muy cabrito se echó a reír.

—Me encanta tu mal genio, Jennita.

—Mi mal genio se ha ido a la mierda —cruzó los brazos por encima de su barriga—. No sé por qué ya no te sonsaco nada cuando te miro así.

—Estás embarazadísima, Jen —posó las palmas de sus manos a ambos lados de su tripa y sonrió con calidez—. El efecto demoníaco que tu mirada asesina tenía en mí desapareció en el momento en que te convertiste en la mujer que lleva en su vientre a la niña de mis ojos.

—Con Anna sigue surtiendo efecto... —frunció el ceño al decirlo.

—Pero yo ya estoy más que inmunizado, ahora tus miradas me parecen entrañables.

¿Qué? ¿Entrañables? No me jodas...

—Te odio, Jack —masculló entre dientes realmente cabreada.

—Pues yo te adoro.

Y la besó en los labios sin dejar de acariciar su barriga. Y Jenny no pudo hacer otra cosa que derretirse internamente ante la dulzura de su prometido. Y a su vez sintió como todo se revolucionaba en su interior. Y no pudo evitar llevar su mano derecha a la nuca de David y atraerle más a ella para profundizar el beso. Durante las últimas semanas estaba más receptiva a toda caricia, beso, roce o susurro. Todo le ponía cachonda.

Un carraspeo a sus espaldas les hizo separarse.

—Ya podemos pasar a la sala —les informó uno de sus abogados.

David asintió con la cabeza y cogió la mano de Jenny. Ella intentó alejar los pensamientos de ellos dos desnudos haciendo cositas encima de uno de los bancos de los pasillos del juzgado para centrarse en lo que se avecinaba. Ver a Lydia de nuevo. No partirle la cara. No gritarle que era una zorra asquerosa. Mantenerse lo más

serena posible. No estresarse para no romper aguas antes de tiempo.

Caminó al lado de David sin soltar su mano mientras se repetía mentalmente como un mantra todo eso una y otra vez. Sintió cómo le acariciaban la espalda y se volvió para encontrar a William a su lado.

—Todo irá bien, Jen.

—Estoy hasta los cojones de esa maldita frase.

William rio entre dientes.

—Pero es totalmente cierta, ya lo verás.

Otro que sabía algo que ella desconocía por completo. ¿Por qué le ocultaban cosas?

Quiso preguntarle qué coño estaba pasando pero entonces atravesaron las puertas de la sala en la que iba a llevarse a cabo su juicio. Miró al frente y observó el lugar en el que iban a tener que pasar varias horas ese día.

La madera predominaba en la sala. Paredes, asientos, barandillas, estrado, mesas, todo era de madera. Se dirigieron hacia la baranda que separaba la zona de los asistentes al juicio de la que ocuparían defensa y acusación. El estrado presidía el lugar desde su posición elevada, justo al lado se encontraba el lugar que supuso ocuparían los testigos para dar su testimonio sobre el caso. Pudo ver la mesita en la que se sentaría la mecanógrafa para transcribir todo lo que sucediera y se dijera a lo largo del juicio. Tras el estrado, a la derecha, una puerta cerrada dejaba claro que el juez estaría preparándose, vistiéndose con su habitual toga de color negro y colocándose la peluca blanca que tanto le recordaba a la Francia de Luis XIV.

Estaba observando todo y pensando en dónde tendría que sentarse a lo largo de todo el proceso cuando vio esa melena rubia que tantas y tantas veces había soñado con arrancar. Las aletas de su nariz se dilataron como acto reflejo y sintió cómo la rabia campaba a sus anchas por sus venas. Intentó caminar lo más serena posible al lado de David pero cuando la propietaria de esa melena rubia se giró y la miró todo su autocontrol se fue a la mierda.

—Me cago en...

William fue más rápido que David y la cogió por la cintura poniéndose frente a ella, con lo que perdió el contacto visual con Lydia.

—Jenny, por favor, tranquilízate —susurró el moreno.

—Jenny, cariño, no hagas esto ahora —le pidió David poniéndose al lado de William y mirándola a los ojos—. Es lo que ella quiere, lo que le gustaría que sucediera. No le des esa satisfacción.

Ella cerró los ojos y respiró hondo. Tenían razón. No podía hacer eso ahí, en medio del juzgado. No iba a darle lo que ella buscaba. Lydia estaría encantada de que perdiera el control y se abalanzara sobre ella para intentar partirlle la cara. Estaba más que segura de que sería capaz de hacerlo, perfectamente podría partirlle esa narizota y deformarle la cara por lo menos para un par de días. Pero no podía hacerlo.

Por un instante pasó por su mente la imagen de ella misma golpeando a Lydia. Por supuesto que sintió una sensación de placer imposible de expresar, pegar a esa gran zorra era algo que hacía mucho tiempo que quería haber hecho. Pero de repente pensó en alguien más. Si su pequeña viera esas imágenes algún día, ¿qué pensaría de su madre? Ya no estaba ella sola en ese mundo de locos, ahora había alguien más en camino. Su niña no podía verla así, debía darle ejemplo. Bastantes cosas indecentes y difíciles de explicar había hecho a lo largo de su vida como para añadir una pelea en medio del juzgado que estaba rodeado de *paparazzi*. Su pequeña Emma no podía ver eso.

Respiró hondo un par de veces y abrió los ojos. Se encontró con los azules iris de David y se centró en ellos. Asintió con la cabeza a la vez que dejaba de sentir las manos de William en su cintura.

—Ya estoy más tranquila.

—Esta es mi Jenny —susurró David justo antes de acercarse a besarla fugazmente en los labios—. Ni la mires, seguro que intenta sacarte de tus casillas. Sabe cómo eres, intentará todo para que pierdas el control.

—No lo conseguirá —dijo convencida antes de coger la mano de su chico—. No voy a dejar que me domine la rabia. Y no porque no la sienta...

David rio entre dientes y juntos atravesaron el pasillo hasta las sillas que debían ocupar. No miraron a Lydia ni un solo instante pero podían sentir como ella les observaba a ellos. Jenny miraba al frente, pensando en su pequeña una y otra vez. La podía ver con sus rizos de color negro y sus preciosos ojos azules, riendo mientras su padre la llevaba en brazos como si fuera una especie de montaña rusa.

David por su parte, miraba a los abogados que tomaban asiento en sus puestos frente al lugar que ocuparía el juez. No quería ni ver a Lydia. Estaba seguro de su autocontrol y sabía que no sería capaz de perderlo por mucho que ella lo intentara. Pero aun así, no quería verla. Esa persona por la que una vez se sintió atraído era para él una completa extraña.

Había intentado romper su relación con Jenny, había intentado lucrarse a su costa (consiguiéndolo enormemente ya que su imagen y su historia habían recorrido todo el mundo), le había utilizado como conejillo de Indias para conseguir lo que quería sin importarle las consecuencias. ¿Y todo para qué? Para hundir a Jenny, a su Jenny. Eso era lo que más furioso le ponía. Recordar su mirada triste o las lágrimas cayendo por sus mejillas le hacían sentirse fatal. No quería volver a ver a Jenny así nunca más. Decidió centrarse en mirar al frente y esperar a que todo comenzara.

Uno de sus abogados, Brad, le miró un instante. Vio una pequeña sonrisa aparecer en sus labios y no pudo evitar sonreír también. Ellos tenían algo que Lydia no tenía. Su as en la manga iba a sorprenderla tanto que entonces sí la miraría. Ver su cara de zorra cambiando a la más absoluta y pura sorpresa merecería la pena. Oh, sí, merecería muchísimo la pena.

El juez entró en la sala tras el anuncio del alguacil y todos se pusieron en pie. Tomó asiento y miró a los ahí reunidos. Empezó hablando de lo que les había llevado allí, la presunta ilegalidad de las fotos que habían aparecido meses atrás en todos los medios de comunicación y que parecían provenir de la señorita Jamison.

—Según veo aquí —empezó el juez mientras miraba unos papeles—, la acusación tiene pruebas de que fue usted misma la que llevó las fotografías a varias revistas, entre ellas: InTouch y US Weekly. Tengo aquí los acuerdos de confidencialidad que esas revistas han decidido presentar para este juicio. ¿Qué tiene que decir a eso?

—Absolutamente nada —contestó la rubia con su voz nasal.

Jenny apretó con fuerza los puños y respiró profundamente. Solo de escuchar su voz su rabia aumentaba por segundos.

—Creo que escucharemos primero su versión, señorita Jamison. Cuénteme qué sucedió y cómo consiguió estas fotos.

Se dirigió hacia el estrado y subió al lugar de los testigos. Antes de tomar asiento juró sobre la Constitución decir la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad. Su abogado se puso en pie y le preguntó qué había sucedido para que estuviera ahí como acusada.

—Es muy sencillo —se acomodó en su asiento, carraspeó y dirigió a David una mirada acompañada de una sonrisa, él la ignoró con la vista fija al frente—. David y yo, es decir, el señor Hill y yo, manteníamos una relación secreta que él nunca quiso que saliera a la luz. Engañaba a la señorita Scott desde hacía meses. Mientras ella estaba de gira por Europa nos vimos mucho más frecuentemente, casi todos los días para ser exactos.

—¡Eso es mentira! —Jenny no pudo aguantar escuchar eso. Menuda zorra mentirosa.

El juez le dirigió una mirada enfadada.

—Jen, no, no digas nada, déjala hablar y decir sus mentiras. Luego será nuestro turno para contar nuestra versión.

Asintió a David pero algo en su interior le decía que le iba a ser muy difícil escuchar todo eso. Notó una patada de su niña. Ella también estaba poniéndose nerviosa. Tomó aire y se pasó la mano por la frente, estaba sudando.

—No sé si voy a poder aguantar esto, David.

Él la miró preocupado. Lo último que quería era que le afectara, que todo eso adelantara el parto o le sentara mal a su pequeña. Jenny estaba de ocho meses y medio, llevaba varios días teniendo dolores y encontrándose más incómoda que nunca. No habían podido cambiar la fecha del juicio así que ahí estaban... y no podía permitir que afectara a su salud y mucho menos a la de su bebé. Se puso de pie y miró al juez.

—Señoría, disculpe, ¿podemos hablar en privado un momento?

El juez le miró ceñudo y pareció pensárselo unos segundos. Observó a Brad, su abogado, y asintió finalmente. Los dos se levantaron y fueron hasta él. El abogado defensor también se acercó hasta el estrado.

—Dudo mucho que Jennifer pueda aguantar esto sin romper aguas —dijo David en voz baja—. No creo que sea buena idea que esté presente durante el proceso.

—No tiene buena cara, eso es cierto —admitió el juez.

—Si su declaración no es completamente indispensable, ¿cree que podría dejar que saliera de la sala? —pidió Brad.

—No puedo hacer eso. En este caso es muy importante conocer la relación que tuvieron ella y la señorita Jamison, creo que eso puede ser relevante y que habrá influido de una manera u otra en los acontecimientos que nos han traído aquí. Si no se conocieran con anterioridad, si no hubiera unas bases que me hicieran creer que el pasado tiene bastante que ver en todo esto, no dude ni un instante que dejaría que saliera. Pero, entiéndalo, no puedo hacer eso. Lo siento.

David asintió preocupado. Lanzó una rápida mirada a Jenny y tragó saliva. La veía inquieta, preocupada, acariciando su barriga sin parar. Respiró hondo y volvió a mirar fijamente al juez antes de comenzar a hablar.

—De acuerdo, lo entiendo, pero si se pone de parto aquí mismo espero que eso pese sobre su conciencia. Usted será el culpable de que rompa aguas antes de tiempo. No nos dejaron adelantar el juicio, no permitieron mover la fecha porque la justicia no dependía de embarazos ni alumbramientos—su voz sonaba segura y con un toque de malicia—. Si Jennifer rompe aguas en este juzgado espero que sea el primero en llamar a una ambulancia. En caso contrario volveremos a vernos aquí en un tiempo, y usted no estará ahí sentado, sino en el lugar de Lydia.

El juez le miró sorprendido, molesto incluso. ¿Cómo se atrevía ese famosillo a amenazarle de esa manera?

—Señor Hill, creo que este no es sitio para tratar de amenazarme con querellas, ¿no cree?

—Si su mujer fuera la que estuviera ahí sentada, sufriendo y temiendo por el bebé que está a punto de nacer, ¿no haría usted lo mismo?

De nuevo le miró sorprendido. Christy, su hija mayor, estaba embarazada ahora mismo, y si se viera metida en alguna situación que pudiera acarrear problemas a su nieto él sería el primero en movilizarse cielo y tierra para que nada malo le sucediera. Carraspeó y miró a sus papeles justo antes de mirar a David a los ojos.

—Haré salir a todo el mundo de la sala para que testifique primero. Los abogados de ambas partes se quedarán. Después la señorita Scott podrá marcharse. Y olvidaremos que esto ha sucedido, ¿de acuerdo?

David sonrió y asintió efusivamente.

—De acuerdo, señoría, le estoy muy agradecido.

El juez asintió haciéndoles un gesto con la mano para que todos volvieran a sus sitios. Desde que supo que iba a ser abuelo estaba ablandándose, ya no era el juez más severo de Nueva York. Esperaba que sus colegas no se enteraran de eso.

—Por favor —habló en voz alta dirigiéndose al resto de los ocupantes de la sala—, salgan un momento. Debido a unas complicaciones inesperadas, la señorita Scott testificará ahora sin la presencia de ninguno de ustedes.

—¿Cómo? —Chilló Lydia poniéndose de pie—. Eso no puede ser, yo tengo que estar presente cuando ella hable.

El juez golpeó con el mazo en la mesa con fuerza.

—He dicho que salgan todos de la sala.

Lydia cerró la boca, su abogado empezó a cuchichear con ella, le miró fijamente antes de que ella asintiera sin demasiada convicción y salió enfurruñada. Lanzó una mirada asesina a Jenny pero ella ni se enteró porque estaba escuchando a David muy atentamente mientras él le explicaba el cambio en el orden del juicio.

—¿Y después tendré que irme? —Le preguntó sin entenderle demasiado bien—. Me perderé lo que diga esa maldita zorra. No puedo irme, David, tengo que estar aquí para negar las mentiras que diga.

—No podrás hablar mientras ella esté hablando, cariño. Y eso podrá contigo. Lo sabes.

Jenny tuvo que darle la razón en eso. Si la escuchaba diciendo más mentiras saltaría enseguida. Como antes. Y el juez la mandaría callar. Y Lydia contaría otra mentira y no podría mantener la boca cerrada mientras la escuchaba. Imposible. Sintió otra patada de su niña y corrió a tranquilizarla. Transmitía sus sensaciones a Emma y eso no era bueno.

—De acuerdo, me marcharé —le dijo a David—. Pero luego me contaréis absolutamente todo. Quiero saber qué es eso del as en la manga y qué cara se le queda cuando la declaren culpable. Porque la van a declarar culpable, ¿verdad?

—No te preocupes por eso ahora —dijo mientras le acariciaba la mejilla con cariño—. Céntrate en tu declaración y en tranquilizarte. Hazlo por nuestra pequeña.

Asintió con la cabeza antes de recibir un dulce beso en los labios. Observó los ojos azules de David una última vez antes de que se diera la vuelta y saliera de la sala acompañado por William y Gary. Se volvió hacia el juez y le sonrió tímidamente. Se sentía demasiado observada en esa sala, aunque solo los abogados estuvieran ahí

también. Y la transcriptora, claro, ella tampoco había abandonado la sala puesto que tenía que copiar todo lo que se hablase durante el juicio.

—Señorita Scott, por favor, adelántese. Tome asiento en el estrado.

Le señaló la silla a su lado. Jenny caminó hacia allí despacio y se sentó con timidez. Nunca había estado tan cerca de un juez, todas sus travesuras nunca habían llegado hasta ese punto. Era la primera vez que estaba en un juicio y la primera vez que se sentaba tan cerca del que tomaba las decisiones.

—¿Se encuentra bien? —le preguntó casi con preocupación.

—Sí, señor juez, me encuentro bien.

—Entonces, empecemos —le sonrió con calidez, intentando tranquilizarla.

El alguacil se acercó a ella y le hizo jurar sobre la Constitución, al igual que había hecho Lydia momentos antes. Al terminar se sentó en la silla de madera. Su abogado se adelantó y la miró con una sonrisa, intentando que se relajara.

—Conoce a la señorita Jamison desde hace tiempo, cuénteme cómo ha sido su relación hasta ahora.

Ella le narró los años en que fueron compañeras, cuando Lydia era su corista y su compañera de juergas. Habló de su aparición en el programa de Oprah y su creencia de que hizo todo aquello por envidia.

—Por eso cree que este episodio puede deberse a la envidia también, ¿cierto?

—Sí. Creo que se ha inventado todo esto porque yo me quedé con David. Hace un tiempo coincidimos en una fiesta y cuando nos vio juntos su rostro cambió. Adquirió una sombra de maldad que me hizo pensar que haría o diría algo. Pero el tiempo pasó y no supimos nada de ella. Así que dejé de pensar en ello. Hasta que vi aquellas imágenes...

—¿Cree que son falsas?

—Sé que son falsas —puntualizó mirando los ojos castaños del abogado—. David no me haría algo así. Sé que es imposible que me hiciera daño de ninguna manera. Y no es porque esté locamente enamorada de él, como dicen los medios de comunicación, lo sé porque le conozco. Es incapaz de herirme, ni a mí ni a nadie. No he conocido nunca a nadie con un corazón tan grande como el suyo.

Lanzó una mirada al juez que asintió al escucharla, pero no parecía nada convencido con su declaración. Jenny se humedeció los labios y añadió algo más.

—Está conmigo, ¿sabe? Está conmigo pese a todo.

—¿A qué se refiere? —se interesó el juez.

—Usted sabe cómo era yo, recuerda mis juergas y mis interminables apariciones en la prensa siempre borracha o colocada —él asintió con mala cara—. Perdón por lo de colocada, pero usted sabe perfectamente que lo iba. Es un delito, de acuerdo, pero estoy sincerándome con ustedes, de eso se trataba, ¿no?

—No exactamente, pero continúe.

Hubo algo en la voz del juez, que trataba de parecer ligeramente molesto por su confesión, que le recordó a George. Sonrió y se puso un mechón de pelo tras la oreja.

—David empezó conmigo y dejó aquello de lado. No lo tuvo en cuenta. Le molestaba, trataba de que lo cambiara, pero jamás dejó de estar a mi lado pese a todas mis locuras. Siguió ahí, al pie del cañón, en los buenos y en los malos momentos. Y yo cambié poco a poco porque le tenía a él, porque fue mi mayor apoyo en el mundo. ¿Cómo iba a liarse con esa zorra habiendo aguantado todo ese tiempo a mi lado?

El juez la observaba con mala cara de nuevo.

—Preferiría que no insultara a la acusada.

—Ups, disculpe —se llevó las manos a la boca con arrepentimiento—. Lo siento, es que solo decir su nombre me provoca urticaria así que trato de llamarla de cualquier otra manera.

—Señorita Scott, por favor, ciñase a su declaración —le pidió su abogado viendo como eso podía terminar mal.

—Perdona, Brad. Señor juez, iré directa al grano.

El juez no pudo evitar sonreír. La miró con impaciencia pero divertido.

—Entonces, ¿por qué cree que David sería incapaz de engañarla? —Preguntó Brad colocando las manos sobre la encimera de madera delante de su asiento junto al juez.

Jenny le miró a los ojos, muy seria, y tragó saliva.

—Porque me ha querido en mis malos momentos, me ha amado como nadie lo había hecho hasta ahora, ha aguantado las mentiras que han publicado las revistas, ha sabido estar a mi lado siempre... Me cuidó después de ser atacada por un loco que me amenazaba, aguantó que la prensa hablara de su pelo, me pidió matrimonio sabiendo la que se le venía encima si seguía conmigo, aguantó a mi padre después de que esas malditas imágenes con Lydia salieran por todas partes, ¿sabe lo que es eso? ¡Fue el que dio la cara con mi padre! Y eso no lo hace una persona que engaña, ¿no crees? —El abogado asintió en silencio—. Eso solamente lo hace una persona con buen corazón y que me quiere con locura.

La sala quedó en completo silencio. Jennifer acarició su barriga justo antes de notar un pequeño calambre. El juez carraspeó y anotó algo en sus papeles.

—¿La defensa quiere hacer alguna pregunta?

El abogado de Lydia negó con la cabeza y se puso a mirar entre su carpeta algo que parecía muy importante. A él le interesaba entrevistar a David Hill, la señorita Scott podía marcharse ya mismo sin añadir ni media palabra más.

—Está bien, ya puede marcharse, con esto es suficiente. ¡Alguacil! —Exclamó el juez antes de que el susodicho se acercara a ellos—. Diga a todos que entren y acompañe a la señorita Scott fuera.

—Muchas gracias, señor juez, ha sido muy amable permitiendo que pudiera hablar con usted a solas.

Él le sonrió desde su asiento mientras ella se ponía de pie con esfuerzo.

—Cúidese, señorita Scott.

—Puede llamarme Jennifer.

Se sonrieron y salió de la sala tras el alguacil. David fue el primero en acercarse a ella una vez estuvo fuera. La cogió de las manos y la miró algo preocupado.

—¿Qué tal estás, estás bien?

—Sí, tranquilo, todo ha ido muy bien.

Eso pareció tranquilizarle. Jenny se acercó y le besó en los labios. Justo entonces uno de sus abogados apareció tras la puerta.

—David, tienes que entrar ya.

Él asintió, acarició la mejilla de Jennifer y miró a William que estaba tras ellos.

—Quédate con ella.

—Sin problema.

Acarició la barriga de su chica y entró en la sala dejándolos a los dos en el pasillo. Jenny fue hasta uno de los bancos y se sentó muy despacio y apoyándose en la pared. Con esa barrigota le costaba muchísimo hacer cualquier tipo de movimiento.

—Qué ganas tengo de que esta pequeña salga ya. Estoy como una foca.

William rio y se sentó a su lado.

—¿Qué tal ha ido?

—Creo que bien. El juez es un buen hombre, sabrá diferenciar entre una maldita zorra de Satanás y nosotros.

Las carcajadas de William resonaron en el amplio pasillo.

De repente Jenny sintió otro calambre mucho más intenso que el que sintió en el interior de la sala y se dobló sobre sí misma. Bueno, lo intentó, con el tamaño de su tripa era bastante complicado.

—Jen, ¿estás bien?

La mano de William acariciaba su espalda.

—Deben de ser gases... Últimamente no los llevo demasiado bien y... ¡Oh!

Sintió como si se hiciera pis encima y sus pantalones mojándose. Miró hacia abajo aterrorizada.

—Mierda, Jen... no me jodas, ahora no.

—Ahora sí, Will.

Acababa de romper aguas.

Los tacones de Anna parecían estar hechos de chicle.

—Joder, Carol, debería haberte hecho caso y cambiarme de zapatos.

—Te lo dije, esos tacones de aguja son preciosos pero no son demasiado prácticos ahora mismo.

Las dos corrían después de haber bajado del taxi en la Avenida Madison, a escasos metros del Hospital Monte Sinaí, pero con los zapatos de Anna estaban tardando tanto que parecían kilómetros. La morena se dio por vencida, se agachó en medio de la entrada al hospital y se descalzó. Caroline asintió con la cabeza y cogió su mano para tirar de ella. Fueron directas al ascensor y marcaron la planta en la que sabían que estaba ingresada Jenny.

—¿Puedes creer que esto esté pasando? —preguntó Anna mientras subían.

—Vamos a ser tías —sonrió la rubia.

—Jenny va a ser madre. Jamás creí que vería suceder algo así.

Las dos rieron a carcajadas. Entonces llegaron a la cuarta planta y salieron mirando a su alrededor, ligeramente desorientadas. Carol señaló un cartel a la derecha que indicaba dónde estaban las habitaciones así que echaron a correr de nuevo hacia allí. Cuando llegaron a la número 432 llamaron ligeramente a la puerta antes de abrir sin esperar que nadie contestara.

—Ya era hora.

Carol lanzó una mirada enfadada a William que las miraba con los brazos cruzados desde el fondo de la habitación.

—Si alguien no se hubiera puesto unos taconazos de catorce centímetros para venir aquí probablemente hubiéramos llegado antes.

—Olvidate ya de mis zapatos —exclamó Anna dejándose caer en una silla al lado de Gary, que se acercó a besarla en la mejilla—. ¿Dónde está Jenny?

—En el paritorio.

—¿Tan pronto?

—Ha sido visto y no visto —dijo William—. Ha roto aguas en medio del pasillo del Juzgado, la ambulancia ha llegado muy rápido y creo que la cabeza de la niña ya estaba asomando cuando hemos llegado aquí.

—Will, no digas tonterías —le reprendió Carol.

—¡Te lo juro! La chica que iba en la ambulancia con nosotros estaba alucinando. Decía que iba a ser un parto exprés.

—¿Y David? —preguntó Anna.

—Dentro con ella.

—Él y yo hemos llegado algo más tarde —interrumpió Gary—. No me puedo creer que esto haya sucedido hoy, todavía quedaban un par de semanas para que saliera de cuentas. Si hubieran accedido a cambiar la fecha del jodido juicio...

—¡Lo había olvidado! —Exclamó Carol—. ¿Qué ha pasado con la cabrona de Lydia?

Gary sonrió lanzándole una mirada a William, que compuso su sonrisa más divertida antes de acercarse a su mujer y cogerla por la cintura.

—Vamos a poder olvidarnos de ella por una larga temporada.

David siempre creyó que era un hombre valiente, que estaba hecho a todo y que nada en el mundo conseguiría hacerle desfallecer. Había pasado por muchas cosas duras a lo largo de su vida y había sabido luchar contra ellas, sin darse por vencido. Pensaba que era un hombre curtido en mil batallas y capaz de superar cualquier cosa que le echaran. Hasta que se vio frente a las piernas abiertas de Jennifer dando a luz y todo a su alrededor desapareció convirtiéndose en negro.

Se había desmayado.

No había aguantado ver ese espectáculo y se había desmayado.

Hay que joderse...

Cuando abrió los ojos se encontró recostado en uno de los asientos laterales de la sala de partos, podía escuchar los ruidos de las máquinas y de gente yendo y viniendo. Pero no oía gritos de Jenny, y debería oírlos porque recordaba perfectamente sus chillidos y sus juramentos mientras la matrona le pedía que empujara para que el bebé saliera. Entonces cometió el error de acercarse a mirar y todo se fue a la mierda. Y se lo había perdido. Joder...

Se incorporó y vio a su chica al final de la habitación, tumbada en una cama hospitalaria y sonriente, llevando entre sus brazos un pequeño bulto envuelto en una manta de color rosa. Llevaba el pelo pegado a la frente, estaba acalorada y el cansancio presidía su rostro, pero estaba preciosa. Empezó a andar hacia ella, hacia ellas. El corazón le latía demasiado rápido en el pecho, sentía las piernas de gelatina y las manos temblando. Jenny levantó la vista de su pequeña y le sonrió.

—Eres un flojeras —murmuró mirándole con calidez.

—Lo siento.

Ella negó con la cabeza quitándole importancia.

—Mira, te presento a tu niña.

David tragó saliva y recorrió la corta distancia que le quedaba para alcanzarlas y poder ver por fin a su pequeña. Sintió los ojos acuosos y tuvo que pestañear varias veces para poder verla con claridad. Allí estaba, tan chiquitita, tan blanquita, tan preciosa... Tenía los ojos cerrados y dormía con la mejilla apoyada en el pecho de su madre. Su pelo era castaño oscuro y su pequeña naricita le recordó a la de Jennifer. David tenía la boca seca, el corazón latiendo a toda velocidad, una sensación de vértigo enorme creciendo en su pecho y la boca del estómago cerrada. Pero no porque fuera a desmayarse ni porque se encontrara mal. Acababa de entender que esa personita dependería de él a partir de ahora.

—Es preciosa —consiguió decir finalmente.

—¿Quieres cogerla?

Asintió con la cabeza y Jenny se la tendió. La cogió con un cuidado extremo e infinita ternura. Sintió su calidez y la acercó a su pecho. Entonces la pequeña abrió los ojos, parpadeó antes de bostezar y sacó uno de sus bracitos de la manta que la cubría. David llevó uno de sus dedos a su manita y la acarició maravillado. Entonces ella le cogió el dedo y lo apretó. En ese preciso instante David se enamoró de su niña. Sintió un par de lágrimas cayendo por sus mejillas.

—Me lo he perdido... —susurró apesadumbrado sin poder dejar de mirarla.

—Has estado aquí todo el tiempo —respondió Jenny observándoles embobada—. Aunque solo haya sido en cuerpo y no en mente.

Entonces David la miró y se agachó para besarla en los labios. Jenny estiró una mano y la llevó hasta su cuello.

—Gracias —murmuró él—. Gracias por darme a esta preciosidad.

—Gracias a ti por fabricarla conmigo.

—Te quiero, Jen.

—Y yo a ti, con toda mi alma.

—Señorita Scott, ¿no va a enseñarnos a la pequeña Emma?

Jenny sonrió a uno de los periodistas que casi vivía en la puerta de su edificio.

—Cuando sea algo más mayor podréis verla, todavía es muy pequeña.

—¿Y qué tal se encuentra?

—Creciendo poco a poco, sana y preciosa.

David pensó algo más para sus adentros pero prefirió callar y no decirlo ante la prensa. Se quedó aguantando la puerta mientras su chica contestaba a las preguntas de los periodistas hambrientos de información sobre su niña.

—¿Cuándo volverá a los escenarios?

—Pronto.

—¿Ya tienen fecha para su boda? —El periodista se dirigió a David para que le contestara.

Él sonrió y negó con la cabeza.

—Todavía no, esperaremos a que la niña crezca.

—¿Están sorprendidos por el giro inesperado de los acontecimientos con la señorita Jamison?

—No vamos a hablar sobre eso, ya lo sabéis —respondió Jenny—. Y ya basta de preguntas, tenemos que ir a casa con nuestra hija, ¿de acuerdo? Ya hubo una nota de prensa al respecto, respetad un poco nuestra intimidad.

Los periodistas asintieron, les hicieron un par de fotos más y por fin consiguieron acceder al interior del edificio. Joe respiró un poco más tranquilo. No le gustaba eso de tener periodistas todo el día ahí plantados, pero la señorita Scott había vuelto a casa con la niña dos meses antes y todos querían fotos de Emma, además de querer conocer las opiniones de la gente cercana sobre el juicio por las fotos comprometedoras del señor Hill. La verdad es que Joe nunca creyó que fueran reales, tenía en muy buena estima al señor Hill y jamás pensó que pudiera ser capaz de algo así. Se alegraba de que se hubiera demostrado la verdad al fin.

David y Jenny se despidieron de él y fueron hasta el ascensor cogidos de la mano. Una vez dentro ella se recostó en su hombro.

—¿Crees que tardarán mucho en dejarnos en paz?

—Nunca nos dejarán en paz, Jen, eres famosa.

—Tú también lo eres.

—No me lo recuerdes...

La risa de Jenny inundó el ascensor. Cuando salieron se detuvieron frente a la puerta del apartamento. Se escuchaba el sonido habitual de ese lugar durante los últimos días: lloriqueos de bebé.

Emma lloraba de día, de noche, mientras comía, mientras dormía, mientras la bañaban... Bueno, no tan exagerado, pero era una niña muy llorona que no les dejaba descansar en ningún momento. Anna estaba encantada con ella y no se quejaba en absoluto de que no le dejara dormir, pero Gary no lo estaba llevando nada bien y se estaba planteando la opción de irse a casa de William a dormir alguna noche. Además, esos días la casa estaba especialmente ruidosa.

Cuando abrieron la puerta escucharon la risa de Ygritte. Todos habían ido a visitarles para conocer a Emma y pasar unos días con ellos así que esa casa era una completa locura.

—Hola, chicos —les saludó George acercándose a besar a su hija en la mejilla.

—Hola, papá, ¿qué tal se está portando?

—De maravilla.

Para George su nieta era una maravilla, no importaba que llorara todo el tiempo, se le caía la baba con ella y estaba encantado de la vida. Se pasaba los días observándola, haciéndole monerías y cogiéndola en brazos.

—Es como Jennifer —le contó un día a David—. Cuando era un bebé lloraba a todas horas, su madre y yo estábamos desquiciados porque no podíamos dormir más de dos horas seguidas ninguna noche. Fue terrible.

Por eso tuvo que morderse la lengua delante de los periodistas. Si les hubiera dicho que Emma era tan llorona como lo fue su madre se hubiera ganado una noche durmiendo en el sofá, y no pensaba arriesgarse.

Jenny fue hasta salón donde Ygritte y Gerard estaban sentados en el sofá mientras Kate paseaba con Emma en brazos de un lado a otro, tratando de calmarla y que dejara de llorar.

—Mamá ya está aquí —exclamó acercándose a su cuñada.

—Por favor, haz que calle, dale de comer, cántale o haz lo que sea. Necesito algo de silencio.

Rio mientras cogía a su pequeña en brazos. Emma fue dejando de llorar lentamente. A veces los brazos de su madre tenían efectos calmantes para ella, aunque no siempre era así.

La observó y acarició la punta de su nariz, se acercó a besarla en la frente. Le encantaba acunarla, aspirar su aroma, acariciar su piel y observarla a todas horas. Emma la tenía encandilada. A veces, cuando estaban a solas las dos, le besaba los dedos de los pies, luego las rodillas, la tripita, las manitas, los mofletes, la frente y la nariz, y Emma permanecía callada y tranquila, encantada de que su madre la comiera a besos. Y es que Jenny se la hubiera comido a bocados pequeñitos. Adoraba a su bebé, la amaba con toda su alma y todo su ser. Era su luz y su alegría, por mucho que por las noches la volviera loca con sus lloriqueos.

David se acercó a ellas y besó a Emma en la mejilla antes de acariciar su cabecita.

—Emma... —canturreó— ¿cómo está mi niña?

Jenny sonrió al escucharle hablarle así, con esa vocecita que ponemos todos cuando hablamos con un bebé. Le encantaba David en su papel de padre, no podía evitarlo. Cuando le veía bañándola, dándole el biberón, susurrándole lo mucho que la quería o bailoteando con ella en medio de la noche para calmarla, se le caía la baba. Desde que Emma llegó, su amor hacia él había crecido y se había multiplicado por mil. No podía sentirse más feliz de haber formado una familia con él.

Después de parlotear con su pequeña, David fue a sentarse al lado de su padre.

—¿Qué tal ha ido por la discográfica? —Preguntó Gerard.

—Bien, es una suerte tener ayuda extra estos días.

—Me alegro de que la fusión esté funcionando.

—A Jason no le quedó otra solución —sonrió.

—Sigo sin entender cómo fue capaz de hacer algo así.

—Es un gilipollas, papá. Solamente la gente gilipollas hace esas cosas.

—Pero Rony Music tenía un imperio, no entiendo que entrara en el juego de Lydia.

—Ya sabes lo que dicen, tiran más dos tetas que dos carretas.

Gerard se echó a reír y palmeó la rodilla de su hijo.

Jason Prescott estaba en el ajo. Fue cómplice de Lydia en el montaje fotográfico que casi acaba con la relación de Jennifer y David.

Uno de sus abogados empezó a tirar de un hilo al descubrir quién había llevado las fotografías a una de las revistas que decidió colaborar dándoles el acuerdo de confidencialidad que habían firmado con Lydia. Nadie es inmune al poder del dinero y, en este caso, la dirección de la revista accedió a colaborar a cambio de una importante cantidad. Consiguieron dar con el supuesto fotógrafo que había realizado las fotos y hablaron con él. Le amenazaron con denunciarle también puesto que esas fotografías eran falsas y había utilizado la imagen de David ilegalmente, con mala fe y con claras intenciones de hacer daño. El fotógrafo confesó todo. Y aquella confesión les descubrió algo que ninguno de ellos esperaba de ninguna manera.

Lydia se había aliado con Jason para llevar a cabo todo aquello.

La corista se sentía despechada y odiaba a Jennifer, le había tenido una envidia increíble desde el primer momento, y todo lo que sucedió en el pasado lo había hecho tratando de hacerle daño. Así que cuando se reencontraron en la fiesta del Four Seasons y Jennifer la dejó en evidencia delante de David, echándola de allí de malas maneras, planeó hundirla. La odiaba por su éxito y por todo lo que había conseguido a lo largo de su vida. La odiaba por estar con David, por tener los amigos que tenía, por amasar la fortuna que había amasado, por todos los fans que tenía repartidos por el mundo... la odiaba por todas las cosas que ella jamás conseguiría. Así que, varios días después, se reunió con la persona que creyó que podría ayudarle a llevar a cabo su malévolos plan.

Jason Prescott quería a Jennifer. Quería poseerla, que fuera suya de cualquier manera imaginable. Pero ella siempre se le había resistido. Y eso no era algo que él supiera aceptar tan fácilmente. No le preocupaba que ella tuviera aventuras por ahí con otros hombres porque creía conocerla y pensaba que no tenía intenciones de tener nada serio con ninguno de ellos, esperando que tarde o temprano llegara su turno. Pero cuando David entró en el juego y vio sus miradas y los gestos entre ellos... empezó a arrepentirse de haber contratado a Hill como asesor de Jennifer.

En la fiesta del Four Seasons se dio cuenta de que entre ellos había algo, ambos desaparecieron sin explicaciones, no había que hacer un máster para entender lo que estaba sucediendo. Pero aguantó sin hacer nada. Hasta que se marcharon de vacaciones a Barbados y las imágenes de los dos aparecieron por todas partes. Estaban hasta en la sopa. Besándose, abrazados, sonrientes, mirándose embobados a los ojos. Decidió hacer lo que debería haber hecho hacía mucho tiempo: despedir a David. Podía hacerlo, la cláusula en su contrato se lo permitía. Le echó a la calle esperando que así también desapareciera de la vida de Jennifer.

Pero no fue eso lo que sucedió y su relación se consolidó todavía más. Aparecían juntos en los medios, posaban para los fotógrafos e incluso hacían ruedas de prensa conjuntas. Además de eso, Jennifer decidió suspender la gira provocándole pérdidas millonarias. Y, sin más, se marchó de su sello discográfico, dejándole sin uno de los mayores activos que Rony Music poseía. Había perdido a Jennifer por culpa del gilipollas de David Hill. Ya no podría tenerla como siempre había soñado, de ninguna de las maneras. David debía pagar por ello.

La primera vez que Lydia contactó con él proponiéndole el plan para hundir a Jennifer se negó. No le parecía bien hacer algo así a una de las cantantes de su propio sello discográfico, por mucho que odiara a David y quisiera hundirle. Hacerle algo a Jennifer podría suponer hacerse a sí mismo porque podría perder mucho dinero si la cosa se ponía fea. Así que lo dejó pasar. Pero cuando Jennifer se marchó de Rony Music y vio consolidada su relación con David fue él mismo el que se puso en contacto con Lydia.

Urdieron todo los dos juntos, prepararon las fotografías con la ayuda del mejor fotógrafo que conocían (el que después habló con los abogados de Jennifer) y decidieron esperar a que la promoción de su nuevo disco estuviera en Europa para poder hacerles más daño. Sabían que estarían separados, era la idea perfecta.

Todo salió según lo planeado. Las fotos estaban en todas partes, el vídeo era viral en internet, aquel actor que contrataron se parecía tantísimo a David que dio el pego. Todo el mundo hablaba de la infidelidad, era el tema más comentado en la televisión, fue *trendic topic* en Twitter. Estaban consiguiendo lo que querían, hacerles daño y hundirles.

Cuando Jason vio las imágenes de David entrando en el edificio de Viva Music acompañado de parte del séquito de Jennifer y vio su rostro demacrado y aquellas ojeras, sintió que todo había merecido la pena. Hasta que los vio en aquella maldita rueda de prensa. Juntos. Los dos. Cogidos de la mano. Declarando que todo era mentira. Jenny confiaba en él. No creía ni una sola de las fotografías. Él la amaba. *Enamorados* fue la puñetera palabra que apareció en todas las revistas después de aquello. No había servido de nada.

Y el tiempo pasó, olvidó lo que habían hecho, seguía hirviendo de rabia al recordar que su plan no había surtido el efecto que deseaba pero lo dejó apartado a un lado. Después de todo, no era él el que estaba en el candelerito por aquello, fue a Lydia a la que culparon de todo. Le había pagado un dineral y prometido que sacaría un disco en solitario. Lydia no le implicaría en el asunto. No habría ningún tipo de problema.

Hasta que aquel fotógrafo habló.

Cuando David apareció en su despacho un mes antes del juicio no podía creer lo que sus ojos estaban viendo. ¿Qué coño hacía él ahí? Tuvo su rápida respuesta cuando le puso sobre la mesa las verdaderas fotos, en las que él no aparecía, en las que solamente aparecía Lydia y luego habían añadido meticulosamente la imagen de David. Sacó su teléfono móvil y le enseñó la secuencia entera del video que grabaron con el doble. Había varios ángulos desde los que se veía perfectamente que no era él. ¿Cómo cojones había conseguido todo eso?

David le habló con seguridad, cogiéndole por los huevos y sin dejarle opción a absolutamente nada más que hacer un trato con él. Jason no aparecería por ningún lado, los medios jamás sabrían que había estado metido en toda esa mierda, el fotógrafo testificaría en el juicio y culparía a Lydia, nadie sabría que él había sido su cómplice. Pero a cambio debía hacer algo. Odió aceptar aquel trato, odió a David más que nunca, pero no podía dejar que ese asunto hundiera su vida.

Rony Music desaparecería para fusionarse con Viva Music. Pasaría a ser Viva Music and Co. Pero Jason desaparecería del mapa, no tendría ni voz ni voto en la nueva discográfica. Había dilapidado su carrera. Le pagarían una cantidad de dinero irrisoria a cambio de la fusión, todo por mantener la boca cerrada y no hundirle en la más absoluta miseria si salía a la luz su implicación en el montaje. Jason sabía perfectamente que si aquello se llegaba a conocer nadie querría saber nada de él, sus estrellas se marcharían de Rony Music, las marcas de publicidad no querrían ni hablar con él, todo se vendría abajo. No le quedaba otra opción que aceptar aquel trato.

Así que Jason firmó la fusión y se comprometió a desaparecer. Se marchó a Los Ángeles, a una de las pocas casas que pudo mantener tras aceptar el poco dinero que le dieron a cambio, y jamás volvería a aparecer en sus vidas ni a hablar del asunto con nadie.

Lydia estuvo a punto de sufrir un ataque cuando el fotógrafo declaró en el juicio, sacando las verdaderas fotografías y el vídeo que grabaron con el actor. Gritó que Jason Prescott estaba con ella, que no había hecho aquello ella sola, que deberían hablar con él, que estaba siendo presa de un complot. Pero el juez no atendió a sus palabras, no había ni una sola prueba de que eso que decía fuera cierto, las pruebas indicaban que ella había hecho todo aquello sola. Así que la declararon culpable. Tuvo que pagar una multa de trescientos mil dólares a Jennifer por daños y perjuicios y otra cantidad exactamente igual a David. Se libró de la cárcel por no tener antecedentes pero tendría que hacer servicios comunitarios durante seiscientas horas. Además de que después de aquello nadie querría contratarla en el mundo de la música.

Todo había salido a pedir de boca. Jennifer casi saltó cuando le contaron todo después del parto, una vez estuvo ya en su habitación con la pequeña Emma dormida en una cunita a su lado. No pudo celebrarlo, los puntos se lo impidieron, pero la alegría que sintió al saber que todo había salido bien fue indescriptible. Pese a todo, tanto William como Gary y David se ganaron unos gritos por su parte por haberle ocultado toda esa información hasta entonces.

Pero había algo que le quedaba pendiente sobre ese asunto. No pudo ver la cara de Lydia cuando todo explotó, cuando el fotógrafo habló y la descubrió ante el juez. Hubiera dado cualquier cosa por poder ver su cara de zorra desencajada y sin entender nada.

EPÍLOGO

Aquel día, cuando todos hubieron cenado, Jennifer fue a su habitación para observar a la pequeña Emma dormir. Llevaba en silencio casi una hora y pronto volvería a despertarse, trataba de aprovechar todos esos ratos de paz para mirarla mientras dormía y disfrutar de la serenidad de su rostro.

—Deberías acostarte un rato para descansar antes de que se desate la tempestad.

Sonrió mientras se volvía para mirar a David. Llevaba unos vaqueros claros y una camiseta de manga larga de color azul, combinaba demasiado bien con el color de sus ojos.

—No quiero dormir, quiero mirarla.

—Va a seguir aquí cuando despiertes.

David pasó las manos por su cintura y la abrazó con cariño. Los dos se separaron para mirar a su pequeña. Él se quedó a su espalda y llevó las manos a su cuello para masajearlo. Jenny cerró los ojos y disfrutó de la sensación.

—¿No es una locura lo que estamos haciendo con la discográfica? —Susurró mientras él seguía con su masaje.

—Ahora lo es. Son dos sedes, muchos nuevos contratos, muchos músicos queriendo entrar a trabajar con nosotras... Pero cuando las cosas se formalicen verás cómo todo sale bien. Vamos a ser uno de los mayores sellos discográficos del mundo.

—Pero no quiero que te quite tiempo para estar con nosotras.

Dejó de masajear su cuello para rodearla y mirarla de frente, la cogió de las manos y se llevó una de ellas a la boca para besarla. Sonrió y se acercó a darle otro beso en los labios.

—¿Crees que soy capaz de pasar mucho tiempo sin verte? —murmuró sobre su boca.

Ella negó mientras él seguía besándola. Su corazón estaba alborotado y su cuerpo quería gozar de su chico como era debido. Y eso últimamente era bastante complicado entre la niña y todas las personas que había en aquella maldita casa. Puede que debieran empezar a pensar lo de independizarse solos los tres.

—No puedo pasar ni un solo día sin besar estos labios —siguió David a la vez que deslizaba las manos desde sus hombros hasta sus pechos—. Sin tocar estas preciosidades —Jenny rio mientras él continuaba su descenso—, sin acariciar esta cintura, sin tocar este culito respingón que me tiene loco...

Entonces la agarró de repente y la apretó contra su cuerpo. Jenny le miró a los ojos con la respiración atascada en la garganta. Y él decidió hacer lo que sabía que tenía que hacer. Sonrió. De lado. Sexy. Incitándola. Haciendo que se humedeciera. Y se lanzó a sus labios y empezó a quitarle la camiseta atropelladamente. Jenny empezó a desnudarse deprisa, quería sentir su piel sobre la suya, quería sentirle en su interior.

La boca de David recorría el cuello de Jenny cuando se oyó un leve lloriqueo. Los dos se quedaron muy quietos a los pies de la cama, rezando porque Emma no se hubiera despertado y no tuvieran que dejar eso a medias.

Pero a la pequeña le daban igual las necesidades de sus padres, ella tenía hambre.

—Mierda —murmuró David dejando caer la cabeza sobre el hombro de Jenny.

Ella sonrió contra su pecho y se puso de puntillas para besarle en los labios una última vez antes de acercarse a la cuna.

—Vístete, por favor —le pidió él—. No me tortures más.

Las risas de su chica se escucharon unidas al gimoteo de su hija y, pese a lo fastidioso de la situación, pensó que no podía ser más feliz.

Bso Amando a la Estrella

I'll be there for you, de The Rembrandts. Canción de la serie Friends.

Yo estaré allí para ti, cuando la lluvia empiece a caer.

Yo estaré allí para ti, como he estado antes.

Estaré allí para ti porque tú también estás allí para mí.

Heaven, de Bryan Adams.

Oh, pensando en nuestros años de juventud

Solo éramos tú y yo

Éramos jóvenes, alocados y libres

Ahora nada puede alejarte de mí

Hemos estado en ese camino antes

Pero se ha acabado ahora

Me tienes volviendo a por más

Porque, cariño, eres todo lo que quiero

Cuando descansas aquí en mis brazos

Encuentro complicado creer que estamos en el cielo.

Tu amor es todo lo que necesito

Y lo encuentro ahí en tu corazón.

No es tan difícil ver que estamos en el cielo.

Oh, una vez en la vida encuentras a alguien

Que pondrá tu mundo del revés

Levantándote cuando te sientas caer

Ahora nada puede cambiar lo que significas para mí

Hay tanto que podría decir, solo agárrame ahora

Pues nuestro amor alumbrará el camino

Cariño, eres todo lo que quiero

Cuando descansas aquí en mis brazos

Encuentro complicado creer que estamos en el cielo.

Y el amor es todo lo que necesito

Y lo encuentro ahí en tu corazón

No es tan difícil ver que estamos en el cielo.

He estado tanto tiempo esperando que algo llegara

Para que el amor me sorprendiera

Ahora nuestros sueños se hacen realidad

A través de los buenos y los malos momentos

Estaré a tu lado

AGRADECIMIENTOS

En primer lugar a ti, que acabas de terminar esta historia. Gracias por darme la oportunidad de entrar en tu tiempo libre a través de esta saga que ya ha llegado a su fin. Espero que hayas reído, llorado y suspirado, que te hayas emocionado y que te quedes con un buen sabor de boca. Si una sonrisa ilumina tu rostro ahora mismo seré la mujer más feliz del mundo.

A Tara y a Shia, de Red Apple Ediciones, por su paciencia y su trabajo.

A mis padres y mi hermano porque sin ellos no soy nada.

A mis amigos, esos tapujeros repartidos por el mundo. A los que están cerca y a los que están lejos. Porque pase el tiempo que pase, cada vez que nos sentamos alrededor de una mesa y nos ponemos a charlar, las cosas siempre son iguales que hace diez años.

A mi chico, por su cada vez mayor paciencia cuando una de mis novelas me absorbe.

A las personas que estoy conociendo a través de la red y que se están convirtiendo en personas importantes en mi vida. Blogueras maravillosas que van a ser mamás en breves; compañeras de editorial con las que compartir charlas y risas; lectoras que contactan conmigo a través de mis redes sociales y que me hacen sonreír con sus mensajes, opiniones y teorías. Gracias a todas y cada una de vosotras.

Quiero hacer una mención especial al grupo de personas con las que una vez visité la ciudad en la que transcurre casi toda esta historia. Conocer Nueva York rodeado de mi familia y de amigos que también son familia pese a no haber lazos de sangre entre nosotros, recorrer sus calles, disfrutar de todos los lugares que Jenny y David transitan a lo largo de las dos partes de la saga y vivir durante unos días en esa gran ciudad no podría haber sido mejor de ninguna manera. Con ellos fue especial. Gracias a Pilar, Enrique, Ángel y Raquel, y gracias a Lola, Rolando y Tania. Mis personajes han recorrido los sitios que visitamos juntos en su día y he vuelto a trasladarme a ese precioso lugar llamado Manhattan gracias a los recuerdos que comparto con todos vosotros.

Y por último, a todos los que creéis en el amor, aunque comience como la historia de Jennifer y David, con sus tiras y aflojas, con ese odio irracional que se torna poco a poco en amor incondicional. Porque hay muchas maneras de quererse y todas son válidas.

Gracias a todos y cada uno de vosotros. Se os quiere.



Red Apple Ediciones

Marta Francés©2016